



*El* invierno  
en su piel

Alejandra MACOL



Copyright © 2020  
Diseño de la cubierta: @alejandramacol  
Imagen: Pixabay  
Todos los derechos reservados.

**EL INVIERNO EN SU PIEL**



**Alejandra Macol**

**NOTA DE LA AUTORA**

En el año 2017, una persona muy cercana a mí me contó un testimonio real que le cambió su vida para siempre, y eso fue lo que me inspiró para escribir esta historia. Me pidió que mantuviera su identidad en el anonimato, pero ella sabe que le agradezco enormemente su generosa aportación.

Mis queridos lectores, quería daros una serie de consejos antes de leerla.

Las ubicaciones que verás a continuación son reales en su mayoría, pero otras son totalmente ficticias. Cualquier parecido con la realidad es puramente casual.

Se han sustituido los nombres reales por otros inventados.

Para una mejor experiencia, escucha su banda sonora en la playlist de Spotify para inspirarte:

El invierno en su piel

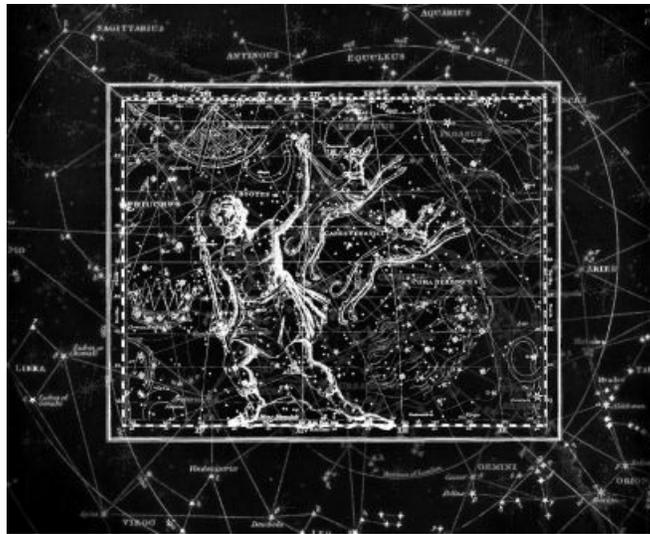
Y no te olvides de seguirme en las redes para no perderte nada relacionado sobre esta apasionante historia.

La pluma de Alejandra Macol

@alejandramacol

A esta novela se le ha dado el visto bueno por mis dos lectoras beta: @chrisdewitromance y @gloria.november82. Muchas gracias por vuestro apoyo incondicional. Os estoy profundamente agradecida y os adoro.

La constelación *Canes Venatici*



A mi yaya, la señora Paca.  
Mi lectora fiel.

A mi tata Antonia.  
Tu risa era la más bonita y sonora del mundo.

PARTE I:  
*EL TEMIBLE NILS CAN*

<<Pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos>>  
— Nicolás Maquiavelo—



**PRÓLOGO**

Las personas buscábamos constantemente nuestro sitio en el mundo. Creíamos que para encontrar ese lugar debíamos buscarlo fuera de nuestro radio, pero perdíamos el tiempo. Las cosas eran más sencillas. Estábamos ciegos de entendimiento, pues lo que más nos satisfacía estaba enfrente de nuestras narices.

No sabíamos cómo era la verdadera felicidad hasta que la experimentábamos cuando dábamos con esa persona especial que nos hacía olvidar el mundo con un solo beso.

De eso se trataba. De encontrar a esa persona que hiciera de nuestro mundo, el sitio en el que querríamos quedarnos para siempre. A eso yo lo llamaba hogar.

(Noruega)  
09:30 horas

Destilaba nerviosismo a raudales. Me tiritaban las manos. Mis pies, torpes y pesados, caminaban como podían hacia una de las aulas de la universidad. Mientras avanzaba, el sentimiento de angustia era proporcional al de nadar sobre las aguas cenagosas.

Tenía un mal presentimiento.

Mi mente me impedía que sorteara en mi camino, los enormes picos escarpados que retrasaban la llegada a mi meta.

Como siempre, llegaba tarde. No había ni un mísero ruido a mi alrededor salvo el de la pulidora que estaba utilizando el hombre de la limpieza para abrillantar el suelo del pasillo. Casi podía reflejarme en él y ver a esa muchacha inquieta, de mejillas arreboladas y de pestañas largas mostrando aparente serenidad y que ansiaba adentrarse en el mundo del arte.

Abracé mi carpeta gris XXL para conferirme ese aire de seguridad y autocontrol. Tenía que dar mi primer paso hacia adelante: llamar a la puerta para que el profesor Riodhr viera que su patética alumna llegaba tarde a su primera clase para después, presentarme ante unos compañeros que iban a escudriñarme y juzgarme sin darme apenas tregua.

Me sentía como una quinceañera a punto de entrar en un gran salón donde todas las miradas se centrarían en mi pelo salvaje y en mi ropa inapropiada para la ocasión.

El hombre encargado de pulir el pasillo, me sonrió cuando pasé por su lado.

— Muchacha, llegas tarde.

¡Como si no lo supiera!

Le devolví la sonrisa un tanto disgustada. Después, preparé mis nudillos y llamé a la puerta. Mi corazón se disparó. Debía aquietarlo si no quería desmayarme el primer día de clase.

Cuando me encontré cara a cara con el profesor Riodhr, éste me invitó a pasar con un leve gesto de cabeza. A primera vista, parecía un tipo serio y poco tolerante.

— Lo siento mucho, profesor Riodhr— susurré bajando mi mirada hacia mis botas.

Se apartó a un lado para dejarme pasar y cuando entré en clase, no me atreví a mirar a mis compañeros. Oía risitas y cuchicheos. ¿Ya tan pronto? — Pensé— ¡Si aún no me ha dado tiempo a familiarizarme con mi entorno!

No se me permitía ni siquiera respirar el perfume concentrado a humanidad, ni sentir el peso sobre mis pies gelatinosos. Todo mi cuerpo parecía estar luchando contra la gravedad y pensé que no debía permitir que aquello me afectara y me hiciera empequeñecer.

Mi carpeta, mis leggings amarillos o mi mirada perdida en mis botas al estilo militar, darían pistas sobre mi personalidad, me abriría a los demás e intentaría empatizar con ellos.

Sí. A simple vista, juzgada por aquellos francotiradores que me apuntaban, era una humana torpe que dejaba en evidencia sus debilidades, pero nada era lo que parecía. No me dejaría pisotear. Era consciente de que, al exponerme, estaría sometida a una evaluación profunda de pies a cabeza como un blanco fácil.

Y no. La carcasa débil que me describía por fuera nada tenía que ver con la fuerza de esa leona que habitaba en mi interior. Tan solo permanecía silenciada a la espera de salir si se sentía amenazada.

El profesor Riodhr se dirigió hacia su mesa.

— Dime tu nombre, muchacha— pidió.

— Eva Nass— respondí en voz baja.

Parecía que Úrsula, la puta bruja de la sirenita, me había arrebatado la voz. No lograba encontrar las palabras adecuadas para expresarme.

Con el dedo índice, el profesor me buscó en el listado de alumnos.

Repasó dos o tres veces los nombres sin hallarme entre ellos.

— Señorita Nass, no aparece en mi lista. ¿Está segura de que esta es su clase?

Por un lado, esperaba haberme equivocado. Quería desaparecer de ese lugar cuanto antes, volver a empezar y llegar a tiempo para sentarme y hacer las respectivas presentaciones sin llamar demasiado la atención, pero no.

Siempre tenía que sobresalir. Si no era por mi impuntualidad, era por mi forma de vestir o por mis gustos excéntricos.

Ya empezaba mal el día. Llegaba tarde y mi nombre no estaba informatizado en el listado de alumnos. Bien... ¡Bendita ley de Murphy! ¡Déjame en paz!

— Sí, profesor Riodhr. Estoy segura. Habrá sido un error de administración.

— Pues debe ser eso, pero no puedo admitirte en esta optativa. Mi cupo está lleno y las plazas para cursarla eran limitadas. Son exigencias de dirección— se encogió de hombros.

Mi cara de, <<tierra trágame, por favor y vomítame donde te salga de las narices>>, lo decía todo. Mis compañeros empezaron a elevar las voces y lo que antes eran cuchicheos, en esos momentos eran palabras que llegaban bastante definidas:

<< ¡Qué leggings más horribles!>> <<Nass es como el monstruo del lago Ness>>, <<Pero qué tonta>>, <<Sus padres se han lucido al traerla al mundo>>... <<Que se vaya fuera. Aquí no tiene plaza>>.

Podría hacerles callar con un <<Idos todos a la mierda>>, pero eran demasiados y prefería abstenerme. Ahora los veía mejor. Había levantado la vista de mis botas y hacía un repaso rápido por las caras que me eran desconocidas. La mayoría de los alumnos, eran chicas. Había solo tres chicos y uno de ellos, de piel oscura, hacía caso omiso al aluvión de críticas. Me miró con dulzura. Intentó, pacífico, aquietar mis ánimos con una sonrisa. Siseó para hacer callar a las cotorras y curtió efecto.

El silencio reinó la estancia, pero continuaba el murmullo, al que ahora habían sumado al chico de piel oscura.

— Hable con la señora Abels y dígame que ha sido descartada de mi optativa y que desea cursarla. Quizá al ser un problema interno, decidan hacer una excepción. De todos modos— me miró el señor Riodhr dubitativo—, hay un alumno que aún no ha aparecido. Si no lo hace, podría ocupar su lugar.

Su bigote pelirrojo le tapaba el labio superior y parecía que no movía apenas los labios al hablar. Era como la estatua de un escriba egipcio. Demasiado estático. Demasiado inexpresivo.

De repente pensé en ese alumno que aún no se había presentado a la optativa. Si no aparecía, podría tener una oportunidad.

— Diríjase a secretaría y cuando sepa algo, me lo dice. Suerte.

Sin mirar atrás, salí escopetada hacia el pasillo, donde me encontraba de nuevo con el hombre de la pulidora.

— Joven, no haga caso a las burlas de esas criaturas. Me consta que en la vida todo es devuelto. Así que, no te preocupes si se ríen. Al final del camino, tú serás la que ría y ellos los que lamenten haberlo hecho.

No entendí adónde pretendía llegar aquel hombre, pero me pareció aprovechable su

reflexión.

Era injusto. Yo no me metía en la vida de nadie. ¿Por qué se tenían que meter los demás en la mía? ¿Por qué mi estilo tenía que ser el mono tema de siempre? ¡Tan solo eran unos leggings, por todos los dioses! A mí me refanfinflaba la vida ajena y el estilo de los demás. Esas personas eran tan limitadas que debían meter sus narices en mi vida para sentirse menos vacías.

Me dirigí hacia secretaría refunfuñando. La señora Abels, la secretaria, no superaba los 40. Parecía más bien una mujer veinte años más joven a juzgar por la elección de su vestimenta.

Hacía apenas unos minutos era juzgada por mis leggings y sin embargo, era yo la que observaba con lupa a la señora Abels. A diferencia de mis horribles compañeros, mi crítica sería constructiva y le diría muy gentilmente que no se vistiese para complacer a los demás.

— ¿En qué puedo ayudarte, jovencita?

No soportaba que me hablaran de usted, así que, agradecí aquel gesto. No estaba para aguantar más tonterías.

En ese instante, percibí una leve brisa en mi nuca. Detecté la presencia de una tercera persona que acababa de entrar acariciando mi cabello con su estela y erizando mi piel. Pensé al instante que si me giraba y me encontraba con la persona que olía tan bien a cítricos, me enamoraría profundamente de él. <<No mires hacia atrás. Que su olor no te distraiga>> Me ordenaba a mí misma. Me sentía tentada como Orfeo en las aguas oscuras del inframundo:

<< ¡Así será! Orfeo! ¡Regresa al mundo superior, y Eurídice te seguirá como tu sombra! Pero no te detengas, ni hables, y, sobre todo, no mires hacia atrás hasta que hayas salido al aire libre. Porque si lo haces, no volverás a ver su cara otra vez...>>

Deseaba comprobar quién controlaba mis sentidos olfativos y por qué había seguido mis pasos. Di media vuelta atraída por la fragancia encontrándome con un guerrero vikingo de metro noventa, media melena rubia y mechones iluminados por un falso sol. Llevaba ropa ligera a pesar del frío que hacía y en su mirada aguamarina, descifré un mensaje de alerta.

Inmediatamente, el chico se fijó en mis leggings amarillos y cruzó los brazos mostrándose indiferente.

— Señorita, dime en qué puedo ayudarte— repitió la señora Abels salvándome de mi atolondramiento.

— Quisiera — me era más difícil concentrarme—... Cuando me dieron a elegir una optativa en la suscripción, elegí la optativa de mitología nórdica como primera opción, pero al llegar a clase, me he encontrado con que no figuro en el listado del profesor Riodhr.

La señora Abels arqueó una de sus cejas.

— Déjame comprobar primero cuáles son tus asignaturas. ¿Tu nombre?

— Eva Nass.

Sin despegar sus enormes ojos verdes de la pantalla del ordenador, tecleó con rapidez mi nombre y mis apellidos.

— Mmmm... Eva, aquí en mi ordenador, consta que te cambiaron de optativa y se la ofrecieron a otro alumno. Por lo que veo, estás admitida en matemáticas aplicadas al arte.

¡Qué horror! Las matemáticas y yo nunca habíamos conectado.

— Por favor— bajé la voz para que el berserker que esperaba pacientemente detrás de mí no pudiera oírme—, ¿no podría hacer la vista gorda y admitirme en la clase del señor Riodhr? Solo soy una alumna más. Le ruego que valore mi desconocimiento sobre matemáticas. No se me da bien, ¿lo comprende? — mostré mi mejor sonrisa.

Nadie se daría cuenta del cambio. La secretaria añadiría mi nombre al listado y avisarían al señor Riodhr para que modificara el suyo.

La señora Abels era una mujer complaciente. Vio en mis ojos la desesperación de una chica que deseaba encontrar su sitio.

— Asunto resuelto— me guiñó el ojo—. Avisaremos al señor Riodhr.

Suspiré aliviada.

— Muchas gracias, señora Abels.

— No hay de qué. ¿Deseas algo más?

Agradecí que hubiera alguien agradable en mi día de mierda.

— Sí. Solo una cosa más. ¿Quién es la persona a la que le asignaron mi optativa? Quizá tenga el mismo problema que el mío.

— A ver... déjame ver...

— No va a ser necesario que rebusque, señora Abels— intervino la voz masculina que estaba pegadita a mi espalda—. Esa persona soy yo. Por eso vengo a hablar con usted. No quiero la misma optativa que la señorita Nass.

Su problema era todo lo contrario al mío. Él no quería cursar mitología nórdica. Era un chico avisado. Sabía cómo me llamaba.

— Dime tu nombre, joven.

Dejé que el berserker ocupara mi lugar apartándome a un lado.

— Nils Vinter.

Incluso para una mujer como la señora Abels, aquel chico no le era indiferente. Le miró como le miré yo, con curiosidad, como si ambas intentásemos averiguar si aquel tipo era de carne y hueso.

— Intentaré solucionarlo hoy mismo— contestó—. Mientras tanto, os ruego que vayáis al aula del señor Riodhr y no perdáis un solo día de clase.

Nils apretó los labios mostrando disconformidad. ¿Pero qué demonios le había picado a ese gigante? ¿Por qué era tan antipático?

Después me miró de arriba abajo arqueando una ceja y perdonándome la vida. No sé qué demonios pasaba con mi atuendo y por qué todos me atacaban de esa manera. Muriel me habría dicho en aquellos momentos: <<Tranquila cielo. No todo gira entorno a ti>>.

Quizá tuviera razón, pero a mí me lo parecía. Con eso me bastaba para que mi espíritu de leona herida reaccionase ante un ataque hacia mi persona y sacara las uñas para defenderme. No estaba de humor para darle al tal Nils una lección de respeto y humildad, así que fijé con gran desafío mi mirada a la suya. Parecía que estábamos luchando por superar nuestras frustraciones en la sala de secretaría con la señora Abels como juez.

Enfurrugada con aquel tipo que olía tan bien con aires de superioridad e indiferencia, le di de nuevo las gracias a la señora Abels y me marché de secretaría dejando al berserker cabreado. ¡Ni de broma iba a tolerar más insolencias!

Retomé de nuevo el pasillo y volví a ver al hombre de la pulidora. Era un *dejà ví*.

Antes de que pudiera pensar en nada más, Nils Vinter detuvo mis pasos y congeló mi cerebro.

— Espera, Ness— alargó la ese.

Puse los ojos en blanco.

— ¡No es Ness! ¡Es Nass! — di media vuelta y me encaré al berserker que, con total seguridad, estaba mofándose de mí.

Ninguno de los dos llevaba escudos y aquello no era un campo de batalla. No era un

buen lugar para luchar contra un gigante. No porque no estuviera a la altura —ambos éramos altos —, sino porque me atraía aquel olor y debilitaba mis barreras. Tenía una buena razón para plantarme.

Por primera vez vi su sonrisa y la maldije una y otra vez para mis adentros. Descubrí que era incapaz de sostenerle la mirada y que me dejaba sin palabras. Estaba bien jodida.

Llamé a la puerta y Nils se mantuvo detrás de mí. Notaba sus malditos ojos explorando mi espalda o... mi culo.

— ¡Deja de mirar mis malditos leggings! — le pedí.

— ¡Por todos los dioses! ¡Qué carácter tienes, muchacha! ¿Quién te ha dicho que miraba tus leggings?

Negué con la cabeza contrariada.

El profesor Riodhr abrió la puerta.

— Van dos veces que interrumpes mi clase, señorita Nass. Ya puede ser por un buen motivo...

— Señor Riodhr— se adelantó Nils echándome una mano—, soy Nils Vinter. Hemos hablado con la señora Abels y ha admitido en su clase a la señorita Nass. Yo soy uno de los alumnos que figura en su lista. Se han equivocado asignándonos optativas que no elegimos.

El señor Riodhr pensó que me estaba marcando un farol para poder entrar en su optativa. Percibí cómo me miraba. Definitivamente no me quería en su clase. Nunca supe a qué se debió aquel rechazo. Ni siquiera me había dado la oportunidad de presentarme, pero era tozuda, muy tozuda y pretendía cursar mitología nórdica a toda costa.

— Si ya lo habéis arreglado, entonces asunto resuelto, solo que hay un problema más, muchacho.

— ¿Cuál?

— Las optativas no son de carácter obligatorio, pero sí son imprescindibles para aprobar el curso. La señorita Nass ha tenido suerte. Normalmente no se hacen cambios a última hora porque suponen un desajuste para el profesorado, así que me temo que solo se podrá hacer un cambio. Si la señorita Nass quiere cursar mi asignatura, usted también la cursará. Solo un cambio — repitió incansable.

— Pues yo he llegado antes y he hecho el cambio primero— me adelanté.

— Y eso me deja a mí en mal lugar— contestó Nils enojado.

— ¡Haber venido antes! — repliqué.

— No es mi problema que en administración haya personal tan incompetente. Nosotros elegimos las optativas. Como bien dice usted, las optativas no son obligatorias. No puede obligarme a cursar esta asignatura.

El señor Riodhr se encogió de hombros.

— Es cierto, señor Riodhr— intervine—. Podría usted hablar con la profesora que imparte clases de matemáticas aplicadas al arte y comentarle este problema.

El señor Riodhr negó rotundamente.

— Lo lamento, muchachos, pero las normas son las normas. Solo se permite un cambio por alumno y yo ya estoy metiendo en mi clase a un alumno de más cuando las plazas son limitadas. Imaginaos que todos los alumnos quisieran hacer cambios a última hora. Sería un desastre.

Nils no me miró. Parecía estar sopesando en esa cabecita pensante los pros y los contras. No tardó ni diez segundos en contestar.

— De acuerdo. Acepto el reto...— asintió Nils.

El señor Riodhr nos hizo pasar. El aula no parecía el mismísimo averno ahora que entraba acompañada por el berserker. Dejaba de ser la ridícula chica de leggings horribles y pasaba a ser la segundona. Ahora era Nils Vinter el que ocupaba protagonismo.

Visto así, me había salvado la vida.

## 2

Me gustaba el olor a limpio. Las aulas olían a desinfectante tras un día largo con olor a humanidad.

Era el último año de universidad y todos sudábamos más de lo normal.

Me habían asignado habitación en el campus con Tate, la albina de Trondheim. Nunca antes había disfrutado de tanta independencia. A pesar de que mamá no lo aceptara, pude convencerla diciéndole que era lo mejor para mí. De haber alquilado un apartamento aparte, me habría costado una fortuna. El escaso dinero que ahorrara, iría destinado a las fiestas y a las salidas nocturnas. Pensaba divertirme mucho antes de decirle adiós para siempre a todos esos años de estudio, sacrificio y privación.

Los alumnos se renovaban cada año. Algunos abandonaban la universidad. Otros se quedaban para seguir probando suerte. Tate, mi albina favorita, había sobrevivido y por fortuna, coincidíamos un año más en la misma aula.

Me encantaría poder hablaros en profundidad de ella, pero requeriría otra historia aparte de la mía. Ella era tan diferente al resto de la gente que, sin duda, su físico también formaba parte de una marca personal identificativa en ella. Dormíamos en la misma habitación. No quería pensar qué sucedería con nuestras vidas cuando todo acabase. Habíamos planeado independizarnos juntas en algún piso, pero aún quedaba un año de curso. Todo podría variar.

Estábamos en clase de artes decorativas y suntuarias. Casualmente la impartía la señora Abels, quien también manejaba secretaría hasta las dos de la tarde.

—¿Alguno de los presentes se ha interesado en trabajar en museos? — preguntó antes de dar por finalizada la clase.

Nadie levantó la mano. Mis intereses no eran exclusivamente trabajar en un museo como guía turístico o como personal de recepción.

La señora Abels me recordaba a esas personas que ejercían una labor que no les agradaba. Estar detrás de un mostrador no era su sueño. Ella habría deseado perderse por los pasillos de un museo, custodiar o restaurar los cuadros con mimo, pero no todo el mundo podía permitirse el lujo de trabajar en aquello por lo que se había estado formando. Esperaba que ese no fuera mi caso.

—Bueno— carraspeó—. No es tan malo trabajar en un museo si lo que te agrada es estar rodeada de arte todo el tiempo.

Una campanita sonó en todo el Campus indicando que era la hora para el descanso.

Habían pasado solo dos días de clase y ya comenzaba a sentir algo incomprensible por mi compañero de mitología nórdica. Tan solo habían hecho falta varios encontronazos por los pasillos para ruborizarme.

Tate se había dado cuenta de que no había podido dormir aquella noche. Dos salvadores, uno de piel oscura llamado Jawara y otro de piel clara, Nils, me habían protegido dentro de un campo repleto de alimañas. Eran el yin y el yan. Ambos me infundían cierta inseguridad.

Nils estaba allí, a la salida del aula, mirándome fijamente. Parecía cansado por la manera en la que estaba apoyado en la pared y por el color grisáceo de sus ojeras. Quizá tampoco había dormido bien.

Vestía unos pantalones vaqueros oscuros y una camiseta blanca de manga larga. A sus pies descansaba una mochila.

Debía darle las gracias... Así que me acerqué hasta él temblándome hasta el flequillo.

—¿Vendrás al Heidi's Bier esta noche? — me preguntó.

Su pregunta me permitió unos segundos para reponerme. Los universitarios quedábamos allí para tomar cerveza y charlar de vez en cuando.

A pesar de tener clara la respuesta, me encogí de hombros mostrando indiferencia.

—Aún no lo sé— contesté.

—¿Qué tal las clases?

—Bien. ¿Y qué tal te va a ti?

—De momento puedo soportarlo.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso no te gusta el arte?

—Me refería a que estoy deseando acabar.

—Pues yo no. Me gusta lo que aprendo cada día aquí. Cuando creemos que lo sabemos todos, aparece un temario diferente, más emocionante que el anterior.

Atisbé un brillo especial en sus ojos azules.

—Me alegro de que disfrutes tanto del arte.

Sonreí levemente y después no supe qué decir a continuación.

—Yo sí iré al Heidi's— me guiñó el ojo—. Tengo que marcharme. Hasta esta noche, Eva Nassss.

Emprendió su camino hacia la salida. Antes de que le perdiera de mi vista, alcé la voz para que pudiera escucharme:

—¡Yo no he dicho que vaya a ir!

—Allí te veré.

—Te debo un <<gracias>>...— susurré.

Pero acababa de salir por la puerta.

Tate me dejó un vestido rosa de algodón, con el escote en forma de u y las mangas largas hasta el codo. Ambas teníamos la misma talla y por eso compartíamos vestuario a menudo.

—¿Qué te han parecido los chicos de clase? — se perfiló los ojos con kohl.

—¿Quiénes?

—Hay pocos chicos en clase— frunció el ceño—. Sabes a quiénes me refiero...

Me estaba pintando los labios de color fucsia cuando llamaron a la puerta. Era una compañera y acababa de salvarme. ¡Por los pelos! Expresar aquella locura a mi amiga y compañera Tate, sería entrar en un nuevo debate y no era mi intención asumir que Nils me robaba el sueño y me quitaba el hipo.

En la misma planta había más de treinta habitaciones, en las cuales, entraban dos o tres alumnas como máximo en cada una. Las chicas decían que era demasiado pequeño. Lo llamaban *el cuchitril* y solo dormían chicas en esos apartamentos. La zona de los chicos se ubicaba en el lado opuesto del edificio.

—Pasa— hice un ademán a la chica que dormía enfrente de nuestra habitación.

—Hola, me han dado esta nota para ti— se dirigió a mí—. Es de un tal Nils Vinter.

Tate dejó de maquillarse para mirar esa nota con ojos de leona hambrienta... Y yo como una gacela en apuros.

—¿No ha podido dármela él personalmente?

La chica, que iba maquillada como una puerta y vestida como una mujer de vida alegre, arrugó los labios.

—Ha estado aquí hace un rato.

—¿Qué? ¡Joder! — exclamé— ¿Se ha vuelto loco?

—Como veía que no encontraba tu habitación, me pidió a mí que te la diera.

Tate seguía muda. Parecía una estatua de mármol.

Se moría de la curiosidad tanto como yo.

—Gracias— pude decir al fin.

La chica desapareció dejándome con aquella nota en las manos. La abrí como quien abre un paquete envuelto en regalo y desgarró el papel.

<<El arte no es lo que ves, sino lo que haces que otros vean>> Leí. Aquella frase era de Edgar Degas. Continué leyendo:

<<Haces que me enamore del arte cuando veo cómo disfrutas estudiándolo. Y no solo del arte...>>

Suspiré.

Había dejado al descubierto mis debilidades y Nils se estaba aprovechando de ellas para hacerme perder el poco juicio que me quedaba.

Tate se abstuvo de preguntar. Llevábamos prisa y no quedaba tiempo para los interrogatorios.

Se hablaba mucho del heidi's Bier. Era pequeño y sucio. La gente bailaba sobre la mesa y la música era del año de mi abuela, pero, aun así, el deejay siempre introducía alguna que otra canción actual.

Nada más entrar en el local, busqué a Nils. Tate tiraba de mí mientras nos hacíamos un hueco entre la multitud. Había demasiada gente aquella noche.

Nos dirigimos hacia la barra para pedir un par de Martinis.

Nada de Nils Vinter.

Después nos sentamos en la zona vip junto con otras chicas del Campus. Shara, Lauritz y Hanne...

Y todos los fines de semana, se sumaba alguien nuevo.

Las cinco hablábamos sobre mis medias negras de gatos blancos.

El yin y el yan... — pensé en mis dos chicos.

A la única que le gustaban mis medias era a Hanne.

—A ver con qué nos sorprendes esta semana, Eva— dijo Lauritz—. Aunque no compartas tu gusto por las medias raras, lo respeto. Lo que no tolero es la manera que tiene la tal Brynja de reírse de ti. Me encantaría borrarle esa carita de puta bruja que tiene.

Brynja era una chica que compartía conmigo la optativa de mitología nórdica. En ella también estaban Tate, Jawara —mi héroe de piel oscura— y Nils.

A mí me daba igual lo que Brynja hablara sobre mí. Ni siquiera había intercambiado una sola palabra con ella. Seguía siendo invisible para mí, excepto cuando la vi aparecer con Nils del brazo en el Heidi's. Entonces no pude evitar sentir un puñado de celos.

—¿Qué te pasa? —Tate me dio un codazo—. ¿Por qué has cambiado el gesto?

Me tomé el Martini de un sorbo. Pretendía que me rajara las cuerdas vocales y me quemase las entrañas para no permitir que los celos me gobernasen desde dentro. Me hervía la sangre.

Las chicas no me retuvieron cuando me vieron dirigirme hacia Nils y su acompañante, quienes eran atendidos por el barman en ese preciso instante.

Le di unos golpecitos a Nils en la espalda, dura como una roca.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—¡Eva Nasssss! —arrastró la ese— ¡Qué grata sorpresa!

Odiaba cuando me llamaba así. Mi apellido no era el siseo de una maldita serpiente.

—Venía a por otra copa.

Me miró embelesado de arriba abajo. Cuando descubrió mis medias, se mostró maravillado a la par que divertido.

—A mí también me gustan los gatos— me confesó al oído—. Póngale otra copa a la chica. Corre por mi cuenta— pidió al barman.

—No— hice un ademán rechazando la invitación—. Tengo dinero de sobra.

Saqué varios billetes de mi bolso y les pagué a ellos la copa que se habían pedido, incluida la mía.

—Disfrutad de la fiesta.

Cogí mi copa y les dejé en la barra meditando sobre mi especial aparición.

—¿Se puede saber qué ha sido eso, Eva? — me preguntó Tate cuando llegué a la mesa.

—Nada que requiera mi atención. Solo estaba saludando a Nils.

Tate bufó.

—Eva... ¿Hay algo que quieras contarme?

—Ya te lo he dicho. No es nada importante.

—¡Oh, mirad quién ha venido! — intervino Shara— ¡Es tan guapo! — suspiró como una quinceañera.

Nos giramos en dirección hacia la puerta de entrada y vimos a Jawara. Iba con unos pantalones blancos y una camisa negra reforzando su musculatura. Se había engominado el pelo.

Me saludó efusivamente y me pidió que me acercara a él.

Sí, claro que sí, guapo— pensé.

—Vaya, vaya, vaya contigo, Eva. Estás triunfando últimamente— se rio Tate—. Ve con tu héroe de piel oscura antes de que Shara se te adelante.

Me tragué el segundo Martini con más ansias que el primero.

Quién iba a imaginar que se amenizara tanto aquella fiesta.

Jawara me recibió con un beso sonoro en la mejilla.

—¿Qué te gusta beber?

—Adoro el Martini.

—¡De acuerdo!

—¿Has venido solo?

—No. Ahora estoy contigo.

Sonreí. ¿Por qué con Jawara era todo tan sencillo?

Estuvimos charlando sobre nuestros gustos y expectativas de futuro, lo normal en dos personas que se estaban conociendo.

Llevaba cuatro Martinis cuando Jawara me invitó a un chupito de absenta. No había nada más asqueroso que el Diablo Verde.

—El hada verde prefiero llamarlo yo. Si quieres que alguien te diga la verdad, invítale a un chupito de absenta— matizó mientras hacíamos un brindis—. Por lo que está por llegar. Por ti y por mí.

Aquello que sentí al ingerir la pócima del hada verde, hizo que viera al gemelo de Jawara. Acto seguido, noté un brazo atrayéndome hacia atrás.

Al principio pensé que era Tate, pero cuando me di la vuelta y me encontré con Nils...

No sabía si Jawara y él se conocían de antes, pero lo que sí comprobé fue un cierto resquemor entre ambos, como si se estuvieran retando con la mirada.

Nils le dijo algo imperceptible para mí. Había demasiado ruido y mi cabeza explotaba.

Fuera lo que fuese lo que le dijo, Jawara sonrió de medio lado y me besó en la frente. No se fue sin antes decirme:

—Es tarde. Nos vemos en clase.

—¿Qué sucede?

—No es nada.

Y desapareció dejándome a solas con aquel berserker idiota.

—¿Qué quieres, Nils?

—Bailar contigo. ¿Puedo?

—No, no puedes—intenté centrar la mirada.

Me quitó el vasito de chupito de la mano tirándolo al suelo como hacían los nórdicos con sus cuernos vikingos. Aún miraba los pequeños trozos de cristal como si pudiera recomponerlos.

—¡Ehhh! ¿Quién te crees que eres para arrebatarme mi alcohol? — le encaré.

Admitía que me estaba costando pronunciar las vocales. Necesitaba gesticular para que Nils me entendiera y eso era indicativo de que me había excedido en el consumo.

—Si sigues bebiendo, te emborracharás. Llevas horas haciendo el ridículo.

—¡Já! — me reí de él—. Tú no sabes lo bien que me lo estaba pasando con Jawara.

Torció el gesto y me volteó con elegancia posicionándome de espaldas a él.

—¿Ya te has cansado de tu muñeca?

—¿Brynja?

—Claro. ¿Quién si no?

—Ahora solo tengo ganas de bailar contigo— me aferró a su cuerpo.

Mis caderas se movían atraídas por la música y por el puto Nils guiando mis caderas, sintiendo su pantalón vaquero en mi trasero.

—¿Para quién te has puesto tan guapa?

—Para mí misma, pero si te tengo pegado a mí, espantarás a mis pretendientes.

—Esa es la intención.

Gemí. Se escuchaba a toda pastilla *diamond heart* de Sophia Somajo y Alan Walker:

If I had a diamond heart

Oh oh

I'd give you all my love

If I was unbreakable

If I had a diamond heart

Oh oh

You could shoot me with a gun of gold

If I was unbreakable

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo ganas de besarte— susurró en mi cuello.

—¿Estás loco o qué?

Aquellas palabras silenciaron la música que estallaba mis tímpanos. El mundo empequeñeció. Solo estábamos él y yo rodeados de curiosos.

Había rebasado los límites de alcohol en sangre. ¿Cuánto era el máximo establecido por ley para poder conducir? Era obvio que yo no estaba cabalmente para circular un coche, pero no era yo la que llevaba el volante. Por aquellas peligrosas carreteras con curvas tan pronunciadas era Nils el que manejaba el vehículo de las emociones.

<<Abróchate el cinturón, Eva. En la siguiente curva estarás elevándote hacia el Valhalla>>

Sus manos varoniles, repletas de venas allí y allá, rodeaban mi cintura.

—Cierra los ojos. Es la única manera que tenemos para salir de este puto mundo— me propuso.

Lo hice y sus labios electrocutaron mi nuca.

No estábamos bailando. Estábamos volando.

Podía apreciar las miradas de todos los asistentes como cuchillos afilados apuntándonos. Envidia, alegría, lujuria, incomodidad. Como si leyese sus mentes. Eran pensamientos que detectaba mientras continuaba obnubilada en ese delicioso transporte hacia el Asgard.

Sus palabras suaves y cálidas inmovilizaron mis brazos y piernas.

—¿Me permitirás conocerte un poco más, Eva Nass?

—No.

—Tu cuerpo me llama.

—Que yo sepa, mi cuerpo no tiene boca para llamarte.

—¿Segura?

Nuestras manos se encontraron cerca de mi ombligo. Inconscientemente, le di un leve culetazo, poseída por esa magia que nos envolvía a ambos.

—Cuidado, preciosa. Tu mente te ordena que te detengas, pero tu cuerpo empieza a darme señales.

—¡Ya te he dicho que mi cuerpo no tiene boca! — exclamé.

Si abría los ojos y me hallaba en los de Nils, caería por siempre en un par de mares embravecidos.

—Y yo te he demostrado que sí. Sí sientes, Eva Nass. No eres de piedra.

Abrí los ojos entre asustada y abrumada por el alcohol. Ahí se rompió la magia. Sí que era de piedra calcita. Acababa de desenchufarme de esa corriente que me trasportaba hacia un mundo, hasta ese momento, desconocido: el de las emociones. Uno que me excitaba y temía por partes iguales y al cual me negaba a pertenecer.

—Estoy borracha, pero sé lo que hago y digo en cada momento— le apunté con mi dedo índice—. Eres un estúpido si piensas que voy a caer en tus redes nada más empezar el curso y con unas copas de más.

Tate apareció en ese mismo momento dándome otro Martini. Razón de más para demostrarle a Nils lo impenetrables que eran mis barreras aun cuando el alcohol regía mi cuerpo.

—¿Interrumpo?

—No, querida. Estaba dándole clases de integridad a este cachorro— sonreí.

Nils respondió con otra bonita sonrisa y yo le derramé el Martini en su perfecta y traviesa cara.

—¡Joder, Eva! — soltó Tate— ¡Eres una puta crack!

Nadie era capaz de desafiar a Nils Vinter. ¿Por qué le temían tanto? ¡Si tan solo era un chico cualquiera de metro novena...!

Viendo cómo el Martini le refrescaba la mente, me pregunté si el alcohol también quemaría sus pocas neuronas. Estaba empapado, pero aun así no perdía el sex—appeal.

—Jajajaja— me reí a carcajadas—. Hueles a perro mojado.

—Esto— titubeó Tate—... Nils, perdónala. No está muy lúcida que digamos— se disculpó.

Tate cuando se sonrojaba se parecía a un cochinitillo y yo, en ese momento, mostraba una insultante inexpresividad.

—No te preocupes. Alguien tendrá que pagar por los desperfectos— le respondió Nils mientras se preparaba para asumir el control.

Se retiró el Martini de la cara con la manga de su camisa. Para mi sorpresa no estaba furioso. El gentío enmudeció. Incluso habían parado la música y en ese silencio sepulcral se hallaba una desconcertada Brynja, a quien escuchaba rugir para sus adentros. Se mantenía a la espera para consolar a Nils, su dios Thor.

—Tate— Nils se remangó la camisa mojada—, te pido permiso para llevarla a su habitación

Fue lo único que a ese gigante se le ocurrió decir.

—Permiso concedido— contestó Tate mordiéndose el labio—. Tápala antes de apagar la luz o cogerá frío.

Nils me cogió en brazos sin que pudiera objetar nada. ¿A ese tipo no le daba vergüenza que estuviera mirándonos todo el mundo? ¡NO! El hacía lo que se le antojaba. Con o sin permiso.

No paré de insultarle de camino hacia el coche.

—¡Imbécil! ¿Podrías bajarme? ¡Sé andar!

—Me has tocado los cojones. Te quedas sin fiesta.

—¿Creías que iba a dejar que me besaras?

—No necesito tu permiso para hacerlo.

—¡Joder, Nils! — le di puñetazos en el torso para que me soltara—. Eres idiota perdido.

Me inmovilizó las muñecas.

—Nunca me había sentido tan ridículo. Mereces que te deje en la cuneta— se enfureció.

—¡No se te ocurriría!

—No me tientes.

Le mordí el brazo.

—¡Auhhh! — se quejó— ¡Dios, eres peor que un dolor de muelas! ¡Estate quieta! ¿Has bebido alcohol o te has chutado redbull? Joder... No tenía que haberte dejado sola con ese imbécil.

Grrrrrrr.

—Y, ¿se puede saber qué le has dicho para que saliera despavorido del Heidi's?

—Cosas de hombres que tú no entenderías.

—Hombres...—expresé escéptica.

Es no era de hombres. Era de críos inmaduros.

—Me estás llevando de vuelta al Campus cuando la fiesta no ha terminado. ¿Acaso te crees mi hermano mayor?

—¡Ja! ¡Ja! — rio forzado—. Créeme... Los hermanos no bailan así.

Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos. Me dolía la espalda del trote que estaba dando Nils al andar conmigo en brazos. Era un bruto.

—¡No me gustas, Nils! No sé cómo tengo que decírtelo.

—Las palabras valen una mierda cuando se está levemente borracho.

—Los borrachos siempre dicen la verdad.

—¡Oh, no! Pero tú eres una borracha con conocimiento. No has bebido lo suficiente para soltar verdades. ¿Pensabas que iba a aprovecharme de ti estando ebria como una cuba? No, Eva. Solo me he aprovechado de ti un poquito— se mofó—. Lo suficiente para saber lo que sientes por mí, aunque no quieras reconocerlo. Es un amor a primera vista. ¡Un flechazo!

—¿Alguna vez te han dicho que eres un pedante de mierda?

—No. Es la primera vez.

—Es que no entiendo qué es lo que quieres de mí.

—Con esos leggings tuyos, nada, la verdad. Son espantosos.

Fruncí el ceño.

—Ni falta que hace. Ahora mismo, lo único serio que tengo en mi vida son mis estudios.

—No eres ninguna mojigata, Eva.

—No soy una santa. Tú tampoco lo eres. No me das ningún miedo.

—No quiero darte miedo— me miró con dulzura—. Eso jamás.

Llegamos hasta su coche. Lo abrió con una mano y me metió en los asientos traseros. No. Me lanzó, mejor dicho.

—Y ahora, agárrate fuerte— exigió.

Todo me daba vueltas. Hacía meses que no bebía tanto y, además, tenía ganas de vomitar.

Nils puso el coche en marcha. Apretó el acelerador rechinando los neumáticos y echando humo por el tubo de escape. Estaba claro que quería joderme. Tuve que agarrarme al cinturón de seguridad para no caer y chocar contra los asientos delanteros. Aquel coche era tan estrecho como una lata de sardinas. Así eran los deportivos. Muy bonitos por fuera, pero diminutos por dentro.

—¿Este es tu precioso coche? — pregunté.

—¿Te gusta? — me echó un vistazo desde el retrovisor interior.

Mi respuesta fue una arcada seguido de un vómito. La cara de Nils era un poema y yo no podía dejar de reír.

El chico guaperas viéndome destrozar su coche era de lo más insultante.

—Tu precioso coche ha sido devastado por el Martini que te he tirado en la cara— reí.

Nils se detuvo en la primera gasolinera que vio. Estaba tan enfurecido que sus mismos ojos azules se tornaron oscuros.

Me sacó del coche en brazos y me llevó hasta uno de los lavaderos de coche.

No hacía frío. El otoño había comenzado, pero, aun así, se podía pasear por las desoladas calles.

Sin decir palabra alguna, me dejó sentada en una de las aceras mientras trapicheaba en su maletero. Pensaba que iba a abandonarme, pero me descolocó que cogiera un poco de papel para limpiarme los restos de vómito de mi vestido y de los zapatos.

—Gracias— dije.

También me pasó el papel por la comisura de los labios.

—No me las des todavía. Ven, levántate. Date la vuelta— me miró ceñudo.

Examinó el vestido palmo a palmo.

—Estate quieta.

Perdía el equilibrio con facilidad sobre aquellos tacones de aguja. Noté sus manos limpiando las costuras y los tirantes del vestido. Después dejó de hacerlo para mortificarme. Cogió una de las mangueras que disponía el servicio de autolavado y con todo el odio de su corazón, me bañó de arriba abajo. Tambaleé, pero las princesas no caían al suelo por mucho empeño que pusieran sus enemigos para destronarlas.

Al menos, había tenido la decencia de accionar anteriormente el botón de agua templada.

—¡Ahhhh! — grité— ¡Te odio!

Y no solo me lavó a mí. También dejó brillante su coche. Fue ese día cuando, por primera vez, comencé a odiar a Nils Vinter. Su risa perversa se escuchaba en la penumbra.

—Lo máximo que has podido sentir detrás de tu culo, ha sido un chorro de agua a presión— dijo cabreado—. Seguramente se te haya pasado el pedo que tenías. Vamos, entra en el coche.

—Prefiero morir de hipotermia que subir a tu maldito coche.

—Venga, Eva. No me lo pongas más difícil. Deja el orgullo ¡Sube al puto coche!

—No.

Suspiró. Vi cómo se cruzaba de brazos exasperado. Le hervía la sangre tanto como a mí. Ambos nos habíamos dado una reprimenda y nuestros cuerpos estaban extasiados.

—Voy a contar hasta tres, Eva. Vas a subir al coche.

—O... ¿Quéé— eee? — castañeeé los dientes.

—O te dejaré aquí tirada. Tú verás.

—No eres capaz.

—Uno...— comenzó a contar.

—¡No me moveré del sitio!

—¡Maldita terca! Dos...

Levantó su dedo índice y corazón mientras contaba y perdía la paciencia.

—Dos y medio...

Fruncí el ceño y me abracé a mí misma.

—3... ¡Muy bien! ¡Sube al puto coche!

—¡No! Me iré andando.

—¡Bien! — exclamó.

¿Es que nadie iba a venir a socorrerme? ¿Nadie iba a repostar aquella noche?

Refunfuñando entró en el coche y pisó el acelerador con tantas ganas que dejó el neumático dibujado en el pavimento.

Sin poder evitarlo, se me cayeron un par de lágrimas traidoras. Aquella era la primera vez que lloraba por un chico. O quizá solo lo hacía por mí, por sentir aquella mierda que aún no sabía cómo gestuar. Entre tanto, me perdí en ese humo contaminante que escupió el Audi TT al partir.

Nils me había abandonado en una gasolinera. Mojada, ebria y con un nudo en la garganta. ¡Maldito Nils!

Hecha una furia y en un mar de lágrimas, puse rumbo hacia Trondheim por el andén. Ni siquiera sabía si era ese el camino que debía seguir. <<Mejor sola que mal acompañada>> Pensé.

Aquella noche no circulaba ningún vehículo por la carretera. Nadie. Ni siquiera un animal extraviado que cruzase de lado a lado.

Estaba congelada, pero la furia y la adrenalina daban calor a mis pies para seguir caminando.

No llevaba ni cinco minutos andando cuando un deportivo rojo me dio las largas. Seguí mi caminata. El vehículo me adelantó y se detuvo en mitad de la calle.

Nils Vinter estaba loco de remate. Recorrió la distancia que nos separaba a pasos agigantados. Llegó hasta mí y me cogió del brazo con firmeza.

—Vamos, Eva.

—¡Te he dicho que no voy a montar en tu coche!

Temblaba tanto como yo. Su piel estaba tan fría como la mía.

—Está bien. Lo haremos a mi manera. Es tarde y no hay nadie por la calle.

Me cogió como un saco de patatas y me llevó hasta su coche. En sus brazos no opuse resistencia. Había luchado en vano. Quizá sí era cierto que las princesas necesitaran un héroe de vez en cuando.

<<Pensaba que no ibas a volver>> Cavilé, pero no se lo dije en voz alta.

Como si se hubiera adentrado en mis pensamientos, me contestó:

—Un chico decente siempre vuelve, aunque le vomiten su coche.

Me sentó en el asiento delantero y me puso el cinturón de seguridad. Solo se detuvo frente a mí lo justo para retirarme un par de lágrimas que humedecían mis mejillas y enrojecían mis ojos.

—Perdóname— se disculpó acariciándome la mejilla con el pulgar.

—Yo también te pido perdón.

Estrechamos las manos.

—Pongámonos en marcha. Aún queda lo más difícil.

¿Qué era más difícil de asimilar que vomitarle el coche al *trending topic* de la universidad? ¡Eso era imperdonable!

Rodeó el coche y ocupó su lugar de piloto con tanta elegancia como lo haría un rey

tomando su trono. Suspiré aliviada.

El interior del vehículo estaba caliente, aunque apestaba. Me sentía como un perro maloliente, abandonado y famélico al que acababan de rescatar.

—¿Qué es lo más difícil? — pregunté a pocos kilómetros de llegar al Campus.

—Desnudarte y meterte en la cama.

Pensé que era una de sus bromas de mal gusto, así que encogí los hombros y me quedé dormida. El alcohol surtía efecto tiempo después de consumirlo y se quedaba durante horas en nuestro organismo. Perdí la noción del tiempo entre mareos y cabezadas. Después soñé.

Mi subconsciente me mostraba un lugar lejano y salvaje. Una mujer de cabello rubio platino, quien me sonreía y me mostraba un broche precioso que llevaba en su antebrazo. Me desperté después de sentir los dedos de Nils colocándome un mechón detrás de la oreja.

Para los bebés, el mundo que les rodeaba era redondo, no estaba hecho de esquinas. Andaban confiados sin tener miedo a las caídas y a los tropiezos. Para nosotros, los adultos, cualquier terreno inexplorado podría estar salpicado de espinas, aunque nos aventurásemos a atravesarlo como los bebés.

Me desperté ovillada en la manta al igual que una crisálida. No recordaba haberme movido en toda la noche y por eso me dolían los huesos.

Tate me zarandó como si el edificio de apartamentos se estuviera quemando.

—¿Quéeeee pasa? — la obsequié con un quejido.

—Que es hora de que me cuentes todos los detalles.

—No hay nada que contar, salvo que eres una mala amiga.

Posé el dedo gordo del pie en el suelo, comprobé que estaba helado y volví a meterme en la cama. Llevaba un pijama limpio y olía a gel de baño.

—¿Mala amiga? — puso los brazos en jarras.

—Sí, eso he dicho. Le dijiste a Nils que *cuidara* de mí— hice el gesto de comillas en el aire resaltando <<cuidara>>.

—Y lo hizo muy bien. Te trajo hasta el campus, te bañó y te metió en la cama. Fue muy amable contigo después de lo que le hiciste. ¡Le tiraste el Martini! — se destornilló de la risa—. Solo tú eres capaz de hacer eso.

Pestañeé varias veces.

—¿Has dicho que me bañó? ¿He oído bien?

Asintió.

—¡Pues peor aún! — exclamé enfurruñada— Permites que un desconocido me bañe... ¿Te reafirmas en que eres una mala amiga?

—No, querida. Nils ya no es un desconocido. Es el *trending topic* de la universidad. Míralo tú misma.

Tate cogió el portátil que ambas compartíamos y se metió en su Facebook.

—¿Tienes a Nils en Facebook? — pregunté.

—Claro. ¿Y quién no?

Me encogí de hombros.

—Yo no lo tengo.

Pinchó con el mouse en el nombre de Nils Vinter y se abrió una ventanita con su perfil. Vimos su foto en el margen izquierdo y sus escasos datos personales:

<<Me gusta el ajedrez y el mar>>

Fin.

Había actualizado su muro con una frase inquietante que me hizo estallar en llamas.

<<Lo más difícil fue decirte que no cuando me lo pedías a gritos>>.

—¡Qué poético! — suspiró Tate— ¿A qué se referirá con eso? ¿Alguna sugerencia, querida? No tengo ni idea. Mira cuántos likes y comentarios tiene su publicación. ¡Es una burrada!

¡Oh, dios mío! Me sudaban las manos. Hasta donde yo recordaba, Nils me trajo en coche, me quedé dormida en el asiento del copiloto y tuve sueños extraños sobre vidas pasadas. Por más que intentara centrarme en qué sucedió después, no había más que lagunas mentales proporcionadas de mi cerebro trastocado por el alcohol. Empecé a recordar...

Nils y yo estábamos en la ducha. Hasta ahí bien. Me mantenía en pie agarrándome por la cintura. Tenía mi nuca apoyada en su hombro. La intensa llovizna caliente de la ducha y la humedad calaron nuestras ropas y él me decía: <<tranquila, preciosa. Ya se te pasará. Esto es solo una transición. Imagínate que estás en el pico más alto del Everest. Bajarás más despacio que como subiste, pero lo lograrás. Nadie muere por unos cuantos chupitos>>.

Mi cuerpo le hacía un llamamiento. Se friccionaba con el suyo como el jabón ahuecándose entre los poros de una esponja.

—Debes dejar de beber, Eva— me sugirió Tate con el ceño fruncido sacándome de mi ensoñación.

—¡Lo que debo hacer es hablar con él! Nadie le ha dado permiso para tratarme como si fuera su bebé.

—Y... Aparte de compartir ese momento tan íntimo, ¿sucedió algo antes, mientras veníais hacia el Campus? Tu ropa huele fatal. La he llevado a la lavandería.

Agradecía que fuera Tate la que compartía habitación conmigo.

Le relaté todo lo que recordaba de aquel episodio desastroso que podría haberse considerado una primera cita.

Desconocía por completo las intenciones de Nils, pero al parecer se había mantenido al margen sin aprovecharse de una pobre borracha. Me odiaba por no poder hacer un mejor uso de mi memoria. Necesitaba saber qué había sucedido entre los dos y por qué él ni siquiera insistió, si acaso fui tan persistente como para tentarle y, por ende, provocarle tal reacción en sus redes sociales. Lo que sí estaba claro era que teníamos una charla pendiente.

Odiaba los lunes. Eran deprimentes. Sentía un vacío enorme apoderándose de mi ser.

Necesitaba regenerarme como la piel cuando se expone durante horas al sol. Mi cuerpo no asumía la resaca del sábado y el estancamiento del domingo. Sinceramente, los lunes deberían ser para descansar, no para empezar una dura e intensa semana con Nils Vinter acechándome.

Estábamos en la cafetería preparándonos para la clase de *Las claves del mundo actual*, una interesante asignatura que enlazaba lo histórico con lo moderno. Lo viejo y lo nuevo. Marian, la camarera treintañera de pelo estropajoso, nos hablaba sobre las propiedades del té mientras Tate y yo tomábamos asiento frente a la barra:

—Además de su sabor irresistible, el efecto en nuestro organismo es notable gracias a los polifenoles que actúan como antioxidante y las catequinas, que son los flavonoides que ayudan a prevenir enfermedades cardiovasculares...

En ese momento estaba bebiendo ese delicioso té azucarado cuando Nils me arrebató la taza humeante y bebió de ella.

—Mmmmm. Está delicioso, señorita Marian. Buenos días, Eva. Buenos días, Tate— me devolvió la taza electrocutando mi piel.

Un simple roce de dedos me acariciaba el estómago. Qué sensación más agónica y desconcertante.

Me ruboricé sin más. Todo lo que había preparado con tesón para decirle, se esfumó en los posos del té.

—Los taninos— prosiguió Marian con su charla sobre tés— confieren al té propiedades cicatrizantes...

—Ya me ha quedado claro, Marian— la interrumpí malhumorada.

—¿Se lo ha bebido todo? — ojeó Tate mi taza.

—Casi. Tenía sed.

—¡Pues sí que es descarado este Nils! Ya hasta bebéis del mismo vaso... Quiero saber qué ha sucedido para que tengáis esa confianza. Ve y pregúntale, vamos— me dio un empujoncito.

—Cuando quieres eres insoportable, Tate.

No iba a ir detrás de Nils. No era una polilla atraída por la luz. Me negaba a hacerlo, aunque me moría de curiosidad. ¿Debía agradecerle que me cuidase o ahogarle con mis propias manos por haberse tomado tantas molestias?

Se quedó durante unos segundos mirándome desde su posición adoptando una actitud relajada, desinhibida, de total autocontrol. Estaba sentado a unos metros, cruzado de brazos y casi tumbado en la silla.

Me sacaba cierta ventaja. Sabía qué había sucedido esa noche mientras que yo hacía el esfuerzo por acordarme.

Marian, quien se paseaba de lado a lado atendiendo a los demás alumnos, me miraba de reojo de vez en cuando. Su rostro era una mezcla entre enojo y resentimiento.

No había tenido tacto con ella, así que le pedí que se acercara a mí mediante señas.

—Perdóname, por favor— me disculpé—. No era mi intención ser tan cortante. No estoy de buen humor.

—Quizá sea por el chico ese que está ahí sentado. No ha dejado de mirarte desde que ha entrado. ¿Es el famoso Nils Vinter?

Me encogí de hombros.

—¿Y por qué es tan famoso?

—Por su...

—¿Por su qué, Marian?

—Por su polla, hija mía— contestó Tate poniendo los ojos en blanco.

¡Joder! — exclamó mi yo interior.

—Vale, chicas. Comprended que no tengo un buen día— negué con la cabeza—, pero vosotras tampoco me ayudáis. ¡Ya está bien! Cuanto más habléis de ese sujeto, más lo haréis viral.

Marian y Tate se rieron de mí. No entendía a qué venían esas miraditas cómplices de la una y de la otra.

—Ahí os quedáis con el sujeto de la p... grande— sentencié.

—¡Espera, Eva! Perdona cielo— se disculpó Marian—. Antes de que te vayas, me gustaría leerte los posos del té.

—Como si fuera tan importante. No creo en esas tonterías.

—Pues deberías. Mira— puso boca abajo la taza de porcelana sobre un plato y la dejó allí durante unos segundos. Después la puso boca arriba, la cogió y observó con detenimiento—. Podría interpretar el dibujo de diferente manera, pero ahora mismo solo veo una cosa. ¿Lo ves tú también?

Me acerqué lo suficiente para comprobar que, en efecto, el líquido sobrante de té que se había quedado adherido en las paredes de la taza, dibujaba una especie de bandera.

—¿Y eso qué quiere decir? — la pregunté.

—Debes estar atenta, pues te acecha un posible peligro.

—No me sorprende nada que hayas trucado la respuesta.

—Créeme. No lo digo yo— contestó Marian ofendida—, sino la taseomancia. El futuro puede estar en los posos de cualquier té o café. Es espectacular. Si estás interesada en el tema te puedo enseñar...

— No, gracias. Me voy a clase. Ya he perdido la mañana en tonterías.

Cogí los bártulos y me dirigí hacia el aula.

Tate se quedó atrás charlando con una compañera y yo fui interrumpida por Nils a medio camino.

—¿Es que no vas a saludarme después de lo de anoche?

Se encendió un cigarrillo.

—La verdad es que hoy me he levantado un poco torcida. Será mejor que no me hables a no ser que quieras recibir una mala contestación.

—No me importa. Por cierto, duermes como los angelitos. De lado, a modo de cucharita.

Fruncí el ceño.

—Ya tienes tema para rato— fruncí el ceño—. ¿Qué es eso que has puesto en Facebook?

Nils echó el humo como si fuera una chimenea formando una inmensa "o".

—¿A qué te refieres?

—A la última publicación que has publicado. ¿De qué vas?

Tiró el cigarrillo y me asió del brazo. La punta de mi nariz tocaba la suya. Respiré su aroma, su aliento a nicotina. Sus pupilas se oscurecieron y me perdí en ese nubarrón tenebroso.

Hubo un instante en el que, sin poder evitarlo, me acerqué más a él permitiendo que me rodeara la cintura y que sus labios les hicieran cosquillas a los míos.

—Estuve a punto de besarte anoche solo porque tú me lo rogabas— me imitó poniendo voz de chica—. *Nils, bésame, bésame. ¡Quiero sentirte!*

Puse morros mostrando disconformidad.

—Me lo pones muy difícil, señorita Nassss. Apenas nos conocemos y ya quiero formar parte de ti. ¡Increíble! — remató con la voz ronca.

—¡Vamos, Eva, que llegamos tarde a clase! — Tate me llamaba desde el otro extremo.  
—No podría besarte jamás— le dije—. Dicen que la barba acumula la misma mierda que el retrete.

Conseguí separarme unos pasos y mantener la compostura.

—Jajajaja. Me encantas— se rio—. Entonces es muy sencillo. ¡Tendré que afeitarme!

—Ni por esas lo conseguirás.

—Me gustas, Eva Nass.

—Tú a mí no.

Y el pájaro enjaulado en su jaula invisible, abrió sus alas y huyó lejos de su confinamiento. Así me sentía yo cuando Nils trastocaba mi monótona vida.

—¡Espera, Eva! — me detuvo Nils con ojitos de cordero degollado—. No quiero ganarme tu enemistad.

—Pues vas por muy mal camino.

—No pasó nada ayer si es eso lo que te preocupa— intentó serenarme—, aunque me he divertido mucho haciéndote creer lo contrario esta mañana. Te ves tan preciosa cuando te enfadas...— me acarició la mejilla.

—Me jode que boqueara por ti.

—En tu defensa diré que estabas borracha.

—¿De verdad te pedí que me besaras o es otra trola?

Asintió.

—Pero cuando íbamos a besarnos, te desplomaste en la ducha.

—Nos... ¿Duchamos juntos?

—Tiraste de mí. No tuve más remedio— abrió sus enormes brazos en acto de defensa.

—Es muy fácil echarle la culpa a una borracha que no puede defenderse.

—Ojalá me hubieras besado— contestó mientras se humedecía los labios—, pero no fue así. No le echo la culpa a nadie, solo a mi maldita mala suerte.

Parpadeé varias veces.

—¿Qué pasó después de desplomarme?

—Te llevé a la cama.

—¿Mojada? ¿Con ropa?

—De lo demás se encargó tu amiga Tate.

—¿Y por qué ella no me lo ha contado así? Cada uno tiene una versión, ¿no es así?

—Puede ser.

—¿Me viste desnuda?

Sonrió socarrón.

—Solo de refilón. Era demasiado para soportarlo.

—¿Demasiado?

—Eva— me tomó el rostro con ambas manos—, eres mi tentación desde el primer instante que te vi. No puedes negar que entre nosotros saltan chispas. Hay algo brutalmente fuerte que nos une y aunque nos evitemos, ese algo insistirá en unirnos. Si algún día te beso, moriré en tus labios. Eso lo tengo claro. Conoceré lo que se siente al estar vivo y moriré de puro placer al mismo tiempo.

Cuanto más nos acercábamos, mayor era el deseo de aferrarme a sus brazos como un koala. La contradicción nació en mi ser para torturarme. Ni el corazón ni la cabeza se ponían de acuerdo, así que estaba a punto de enloquecer. Eso pasaba por no tener conocimientos sobre el enamoramiento y sus muchas contradicciones. Eso le pasaba a Eva Nass, la atolondrada Eva Nass

que estaba verde en asuntos del corazón.

La tarde sucedió sin altercados, solo trascendió a base de interrogatorios que se fraguaban en mi cabeza. ¿Quién era Nils Vinter?

*Vinter* venía de <<Winter>>, de invierno. Quizá eso me diera una ligera idea de quién era ese chico de carcasa helada. Sus ojos eran fríos y su corazón... No tenía la respuesta. Quizá ni siquiera quería saberla.

Había estado estudiando mientras esperaba a Tate. Esta entró en la habitación como un tornado. Tiró sus libros al suelo y se lanzó de cabeza en su cama sin saludarme.

—Eso, eso— la dije—, ignórame por la cuenta que te trae. Te estás luciendo.

—¿Y ahora qué he hecho? — preguntó sin levantar la cabeza.

—Mentirme sobre lo que sucedió anoche.

Tate elevó la mitad de su cuerpo para obsequiarme una de sus miradas fulminantes.

—Ahora sí que me he perdido. ¿En qué te he mentido?

—Me dijiste que Nils me cuidó— recalqué— en todos los sentidos y él me ha dicho que fuiste tú la que se ocupó de todo.

Arqueó las cejas.

—¡Puto mentiroso de mierda! — escupió—. Tu berserker es de verdad un idiota. Lo habrá hecho para que no te enfadaras.

—¡Arg! — rugí como un león.

—Escucha, cielo— rogó—. Estoy conociendo a alguien. Hoy hemos dado un gran paso y he acabado exhausta. Nunca había follado con un madurito, pero ha sido el mejor polvo de todos.

Puse cara de asco.

—Por eso no me has saludado siquiera.

—Porque no puedo ni hablar.

—¿Y quién es ese madurito del que hablas?

—No puedo decírtelo aún. Te horrorizarías.

—No. No me lo cuentes. Ya tengo bastante con mis problemas.

—Tú único puto problema es que necesitas un polvo urgentemente. Te ves muy limitada, cariño. No te lo tomes a mal, pero no es sano que te cohíbas de ese modo.

—Buah. No pienso seguir con este tema. Entonces, ¿me confirmas que no fuiste tú la que me puso el pijama y me metió en la cama?

—¿Le das demasiada importancia a algo tan banal! Hazme un favor, sal de este cuchitril, ve al Heidi's bar y tómate una cerveza bien fría por mí. Te falta calle, Eva. Necesitas emprender el vuelo de una vez. El mundo te lo agradecería y mi pobre paciencia también. Ve y cómete los morros de Nils Vinter. Apestaís a pura química. No sé qué andáis haciendo perdiendo el tiempo. Desde luego que yo no lo haría.

—Gracias por tus malos consejos. Te dejo que estires tus partes más entumecidas.

Adiós.

Cogí mi bolso y me fui de mi cuchitril con olor a sexo.

¿Era tan arisca y estrecha como me describía mi amiga?

La tarde era azul y se fundía en mi piel formando figuras que me recordaban a Nils Vinter y al cruel invierno. A cualquier parte donde yo fuera, mi interior solo quería encontrarse con él.

—Vamos a hacer una prueba— dije en voz alta mientras me montaba en el coche—. Si el Universo está empeñado en unirnos, vaya donde vaya, tú estarás ahí...

Arranqué y pisé el acelerador rumbo a Heidi's Bar.

Los lunes no había demasiada gente por allí. Cuando entré, reconocí a varias compañeras bailando y a otras tantas tomándola en la barra. Brynja era una de ellas. Aquella chica que me había cogido manía desde el minuto uno de conocernos andaba charlando con las demás cuando se cruzó con mi mirada. Apenas había intercambiado un par de frases conmigo, pero aquel día fue la excepción, y se acercó hasta mí. ¿A qué se debía tal honor?

—Hola, Ness.

—Es Nass, pero tú a lo tuyo— la corregí de malas maneras.

—Bueno, como sea, me da igual. ¿Has venido sola?

—¿Eso es todo lo que quieres preguntarme?

—Iré directamente al grano. Total, no tengo mayor interés en hablar contigo. Solo quería decirte que con Nils no tienes futuro, así que mi consejo es que te alejes de él. Llevamos mucho tiempo conociéndonos.

—Te lo regalo para ti entera. No tengo puestas las miras en él. Sinceramente, no es mi prototipo— la sonreí forzada.

—¿No? ¿Entonces qué haces aquí si no has venido a verle?

—¿Él está aquí?

Bufó como una gata en celo.

—No te hagas la tonta, Eva. ¿Él te ha llamado? ¿Habéis quedado?

—Tú sabrás. Le conoces mejor que yo.

—Conque no vas a contestarme. ¿Hay algo entre vosotros?

—Si lo hubiera no tiene por qué importarte.

—¿Eso es un sí?

—Nunca se sabe.

Dejé a Brynja maldiciendo en arameo y me pedí un Martini sentada frente a la barra. ¡Qué fijación tan absurda por mí! ¿Acaso me veía como su rival? Era estúpida si pensaba que iba a luchar por Nils Vinter. No movería ni un solo dedo por él. Ni uno, pero allí estaba, esperando que el Universo respondiera a mis dudas, desafiando al destino para ver si Nils y yo estábamos centrados en la misma sintonía.

—No me gusta verte sola— me susurró el susodicho.

Vino por detrás. Su boca rozaba el lóbulo de mi oreja. Dejé mi bebida en la barra.

—Espero que esta vez te pienses tirarme el Martini o pagarás las consecuencias...— me advirtió.

Aún no me había tragado el Martini y me dieron ganas de escupírselo en la cara, pero al final pude ingerirlo, avanzando por mi garganta, rasgando las cuerdas vocales y ardiendo mi estómago. Ese líquido envenenado fue el causante de mi afonía, pues me había quedado sin palabras. El destino se posicionaba a favor del Universo. Ambos habían conspirado contra mí. Ahí estaba la respuesta a mis múltiples preguntas. Si una se conectaba interiormente con el Universo, este te respondía. Tarde o temprano lo haría.

Giré mi asiento encontrándome metida entre las piernas de Nils. Se curvó tanto sobre mí que tuve que apoyar mi espalda en la barra. Me tenía acorralada.

—Hola, Eva.

—Hola.

Traté de evitar sus labios, pero cayeron en picado en mi mejilla. ¿Y si hubieran aterrizado en mi boca? Habría sido un beso robado, desde luego.

—Te he besado para que te dieras cuenta de que ya no pincho— se pasó la mano por la

cara.

Se había rasurado y tenía la piel más suave que el culo de un bebé. Con el rostro más despejado se le acentuaban los labios y algunos lunares. Vi una pequeña cicatriz bajo el labio y que tenía el mentón partido.

Seguía obnubilada con su sorprendente fisonomía cuando me volvió a abordar:

—¿Quieres dar un paseo?

Se percató de que estaba incómoda al ser observada.

El ambiente estaba caldeado. Brynja y las demás compañeras miraban hacia nuestra dirección. Despertábamos interés con nuestros constantes acercamientos que no atravesaban esa barrera invisible, pero que abrían otras posibilidades de seducción. Miradas, roces, el quiero, pero no puedo, empujones provocados que acababan elevando más el apetito... Y todo eso se acrecentaba con el paso de los días. El termómetro ascendía de grados centígrados y me preguntaba si no explotaría en algún momento.

Aun sin poder articular palabra alguna, me puse en pie y me dejé guiar por la mano de Nils.

Me hubiera encantado decirle que estaba allí porque quería verle, pero no era buena opción. No pretendía alimentar su ego, así que me limité a andar a su lado en silencio.

—Me he llevado una sorpresa al verte— confesó entusiasmado.

—He debido joder tu cita con Brynja.

—No pasa nada. Prefiero estar contigo.

—No va a tomárselo muy bien.

—Hablaré con ella y listo.

—¿Os conocéis desde hace tiempo?

—Así es. Es una vieja amiga.

El camino se estrechaba cada vez más hasta que acabamos en una calle sin salida. Nos miramos.

—Bueno, tendremos que volver, ¿no? — me encogí de brazos.

—¿Y si te retengo unos minutos más? Solo un instante.

Ambos miramos a la vez hacia el cielo nocturno repleto de estrellas.

—De pequeña creía que se iban a caer en mi cabeza— corté el hielo hablando sobre las estrellas y mi infancia—. Mi padre me enseñó el nombre de algunas constelaciones. Incluso quiso ponerme de nombre como una de ellas. Ni siquiera recuerdo cuál era.

—Quizá sea el momento de reunirte con él y recordar viejos tiempos...

—Vendrá a Trondheim en unos días— torcí el gesto.

—No parece que te haga demasiada ilusión.

Hubo unos segundos de indecisión. ¿Hasta qué punto podría confiarle mi vida a un extraño?

—¿A ti también te gustan las estrellas? — le pregunté.

Se encendió un cigarrillo y me invitó a sentarme en el capó de su Audi TT. Estaba aparcado de tal manera que se podían observar las impresionantes vistas de la ciudad nocturna a pocos metros del Heidi's bar.

—Sí. Sobre todo la constelación de los canes venatici.

Tomamos asiento sobre la fría carrocería del Audi y miramos hacia el firmamento.

—¿Dónde está exactamente? ¿Podrías ubicarla en el cielo ahora mismo? — pregunté.

—No. Es muy difícil hallarla. Está sobre la constelación de Virgo y tiene un par de estrellas que la hacen más visible, pero se sabe mimetizar con el resto.

—¿Qué estrellas son? Quizá pueda ayudarte a encontrarla. El cielo está despejado, así que será más fácil.

—Sus estrellas principales son Alfa y Beta. Aunque yo prefiero llamarlas como antaño, Asterión y Chara. Cuando era pequeño me encantaba unir todos esos puntos formando figuras. Era la única manera que tenía de evadirme de la realidad.

¿Y qué realidad era esa? ¿Quizá una infancia truncada?

Buscamos la constelación. Él por la derecha y yo por la izquierda. La luz de las farolas no ayudaba demasiado, ya que dificultaba la visión, pero pudimos adaptarnos a la oscuridad y pronto aparecieron más estrellas. Apuntamos con el dedo índice un conjunto de estrellas en la constelación de Virgo y sin querer, nuestros dedos chocaron en el mismo punto.

No dijimos nada, tan solo nos miramos maravillados por aquella hermosa casualidad.

Se arrimó un poco más a mí y yo me mantuve en el mismo lugar. El capó no era muy amplio. Me acarició la mejilla con su pulgar, me dio un beso esquimal y después se quedó quieto a tan solo centímetros de mi boca. Pensé que en algún lugar alguien estaría como yo esperando a ser besada, pero ese beso no llegó. Tan solo nos propinamos ternura.

—Podríamos ser muy buenos amigos— me estrechó la mano— Por algo hay que empezar, ¿no?

—Me lo pensaré. No soy demasiado sociable.

—Entonces tendré que ganarme tu confianza.

Volvimos a centrarnos en la constelación y Nils me enseñó a formar figuras uniendo estrellas. Su mundo cosmológico era tan agradable como el calor de un hogar en plena tormenta de nieve. Allí era todo posible. Incluso nuestra amistad.

—Gracias, Nils.

—¿Por qué?

—Por ayudar a una borracha a meterse en la cama. Tengo vagos recuerdos de anoche. Estoy segura de que te comportaste como un caballero.

—No puedo decir lo mismo de mí. Tuve que hacer acopio de valor para no besarte. Eres tan preciosa por dentro como por fuera.

Suspiré.

—Prefiero pensar que no viste nada.

—Vi lo suficiente para apretar los puños fuertemente y la mandíbula, Eva, teniendo que apartar la mirada para no quemarme vivo. Ahora vayámonos. Se está levantando aire...— se echó vaho en las manos y se las frotó.

<<Sí, será mejor>> Pensé.

—De acuerdo— contesté.

—Te acompaño hasta tu coche.

—No es necesario. He aparcado cerca del Heidi's. Gracias.

—Vale. Entonces te veo en clase. Buenas noches, Eva.

—Buenas noches, Nils.

Los días transcurrían rápido en invierno. La luz se extinguía tan pronto que para disfrutar de un bello atardecer se llegaba siempre tarde. Después de esos días con Nils, mi mente era un hervidero de sensaciones.

Había tenido la suerte de congeniar con mi héroe de piel oscura, el chico que había intentado apaciguar mi estado de ansiedad el primer día de clase y con quien me sentía a gusto conmigo misma.

Jawara, <<amante de la paz>>. Ese era el significado de su nombre. Desde que nos conocimos, comprobamos que ambos estábamos conectados con la naturaleza.

Éramos seres venidos de otro mundo y, además, en peligro de extinción. Teníamos gustos en común y disfrutábamos hablando sobre cualquier tema. Él me había hablado sobre las etnias senegaleses y yo le había contado quién era Muriel, de quien no solía hablar.

Jawara tenía una inmensa familia a lo largo y ancho de su país que se diferenciaba únicamente por el nombre de sus etnias: wólofs, peuls, sererers, diolas, malinkés y soninkés. Todos eran familia, aunque no compartieran lazos sanguíneos.

— Jau — como yo le llamaba de forma cariñosa—, esos nombres... ¿de dónde salen?

— Todos los humanos nos diferenciamos por el tono de piel, en el color de los ojos...  
Nuestras tribus también son diferentes.

— Yo no te veo diferente, Jau — comprobé el contraste de una piel y de otra enlazando nuestras manos.

— Pues entonces quizá tengas problemas de visión — bromeó.

Jawara me enseñó hablar wólof y me convenció de que lo hacía particularmente bien. A mí me sonaba un tanto extraño. Era superior a mis fuerzas hablar otro idioma que no fuera el mío, el norsk.

Estábamos en el descanso entre clase y clase charlando cuando apareció el señor Riodhr con un libro grande. Por las pastas, parecía antiquísimo. Jau llamaba al profesor, Riodhr, el vikingo y me hacía mucha gracia porque tenía toda la razón. La obsesión de aquel hombre por los vikingos era exagerada.

— ¿Sabes que suelo abrazar árboles? — susurró Jau.

Nos sentábamos individualmente. Riodhr no quería que charlásemos en sus clases porque decía que eso podía distraernos, así que, Jau se sentaba delante de mi pupitre.

— Estás loco, Jau. ¿De qué estás hablando?

— Hablo de que Riodhr abraza ese libro como yo abrazo árboles.

— No sabía que tenías esa afición.

— Tengo que enseñarte muchas cosas que aún desconoces de mí. A ver qué nos trae hoy el vikingo con ese armatoste.

— Interesantísimo. ¡No me distraigas o se lo diré a Riodhr! — me reí.

— Al salir de clase, abrazo un árbol sin falta — me guiñó el ojo.

Con Jawara no veía la diferencia que había entre tener la piel oscura o clara, hablar un idioma u otro, porque nuestra amistad sana podía derribar cualquier frontera, incluso vencer a las corurras de mis compañeras a las que, al parecer, seguía sin caerles bien.

Siempre había congeniado con los chicos en el instituto y pensaba que, en la universidad, no habría problemas de este estilo, que las compañeras venían a estudiar y no a competir, pero cuanto más aprendía de la vida, más me daba cuenta de que en todos los lugares, se repetía una y otra vez la misma competitividad absurda.

Y allí estaba él. Nils Vinter, tres pupitres más a mi izquierda y a quien recientemente le habían apodado << Nils Can >> porque era un chico conflictivo y se metía en problemas, pero a pesar de todo, era un superdotado —en todos los sentidos—. Los rumores en la universidad eran como una epidemia, y el miembro, mejor dicho, aparato genital de Nils se había vuelto más viral todavía. Un asco. Cada vez que alguien decía <<que viene el Can>, <<cuidado con el Can >>, todos se ponían tensos como las cuerdas de una guitarra y las chicas mostraban su pechera para que Nils disfrutara viéndolas desfallecer por él.

Mientras esperaba a que el señor Riodhr explicara por qué demonios llevaba consigo un manuscrito tan antiguo, me aventuré a observar a Nils Can.

Tenía control sobre todos los demás. Le temían. Le amaban. Le idolatraban, pero existía una sola chica en todo el recinto que empezaba a aborrecerle. Y esa chica era yo. No me gustaban los chicos que tenían el pelo largo, aunque Nils lo llevaba a media melena y casi siempre, recogida en una coleta.

No me agradaba en absoluto su actitud. Se metía en líos la mayor parte del tiempo y no me quería ni imaginar por qué le temían tanto.

Retiré de inmediato la vista cuando me crucé con su mirada. Empecé a ponerme nerviosa, pero no iba a consentir que Nils Can me hiciera temblar, así que le sostuve la mirada sin intención de retirarla. Si él era tozudo, yo lo era más. Me miraba anhelante y yo, sin embargo, me mostraba fría e indiferente.

No quería parecerme a esas chicas a las que se les caía la baba con sus mechones rubios y sus labios carnosos que a veces entreabría para dejar ver sus dientes relucientes. Bajo mi punto de vista, la perfección no existía ni en un berserker idiota.

Seguí su mirada azulada hacia mis medias. ¡Perfecto! ¡Tenía una carrera! Se me habían roto las medias.

Para que Nils dejara de mirarme, cogí un extremo de la rotura y abrí la brecha con

fuerza. Adiós medias.

Ahora parecía una punky de medias roídas. Nils ya no tendría razones para relamerse y las demás compañeras ya no tendrían de qué hablar ese día.

Pero para mi sorpresa, Nils no se espantó. Sonrió y muy pícaro, levantó su pulgar maravillado con el cambio que habían sufrido mis piernas desnudas. Ahora podía traspasarme la piel con sus ojos.

Tenía ganas de estrangularlo por mirarme de ese modo, pero... ¿qué podía pedir de un chico conflictivo? Nada se podía hacer por enderezar sus malos hábitos. ¡Además fumaba! Seguro que le olía el aliento a cigarrillos y tenía los dedos amarillentos. Besarle sería como besar alquitrán o lamer nicotina.

Era odiable la manera que tenía de mirarme. Parecía disfrutar con mis sobresaltos y mi rechazo. Quizá eso le atraía más.

Pero no podía evitar admirar su pelo cuando se ondulaba con la humedad; cuando se humedecía los labios con la lengua; cuando sus ojos profundos me decían <<ven, ven Eva, prueba del fruto prohibido>>; o cuando sonreía y el muy condenado dejaba ver sus dientes de blanco nuclear. Era para odiarlo y todos los días me decía a mí misma que era mejor odiarlo que amarlo.

El profesor Riodhr comenzó a llorar. Todos nos quedamos anonadados con la actitud que traía ese día. Parecía un niño abrazando su juguete de apego.

Nadie dijo nada al respecto.

— Lamento haberme presentado así — se disculpó—, pero... esta noche, mientras preparaba el temario de hoy, pensé que era importante que comprendierais de dónde venía mi sana obsesión por lo clásico e incluso, en estos casos, poético. Debía traeros mi mayor tesoro. Será el trabajo de investigación más ambicioso de mi carrera y pretendía que vosotros fuerais los que me ayudarais a llevarlo a cabo.

Riodhr, el vikingo, parecía un ser hosco, pero en su fuero interno, era todo un poeta vikingo.

El trabajo de fin de curso era complicado. Jamás llegué a imaginar que un simple ejercicio de investigación cambiase tanto mi vida.

Un trabajo de mitología nórdica.

— ¿Alguien conoce el *Codex Regius*? — preguntó Riodhr secándose las lágrimas con la manga de su camisa. Estaba tan emocionado como yo.

No. No tenía ni la más remota idea de qué era ese manuscrito, pero sí lo sabía el sabelotodo.

—Es un manuscrito islandés — respondió Nils.

Su voz ronca... Poderosa, atrayente...

¿Podía una persona ser más inteligente que Nils Vinter? Aquel chico me sorprendía. No podía negarlo. No comprendía muy bien mis sentimientos hacia él. Le conocía desde hacía tan solo unos meses, pero despertaba contradicción en mí.

— ¡En efecto! — se levantó Riodhr como un resorte—. Os voy pasando el libro para que lo ojeéis. ¿Conoces el contenido de este manuscrito, Nils?

Nils se encogió de hombros.

— No exactamente, señor. Solo sé que recoge una serie de poemas escritos en nórdico antiguo.

Riodhr estaba en su salsa hablando del tema que más le gustaba y los demás nos vimos contagiados por su entusiasmo. Riodhr y yo habíamos tenido un mal comienzo, pero en esos momentos, éramos más compatibles.

— El ejercicio que quiero plantearos se va a basar en un viaje en el tiempo. Para organizarnos mejor, me tomé la molestia en escribir vuestros nombres y meterlos en un bote. El nombre que os salga, será vuestro compañero. De esa manera, evitaremos que os apiñéis y así podréis trabajar con el resto de vuestros compañeros.

A veces, nos trataba como si fuéramos de primaria. Era un buen tipo, pero demasiado chapado a la antigua.

— El tema principal de este proyecto es el de las guerreras vikingas...— prosiguió Riodhr— El ejercicio se basará en localizar el cadáver de una guerrera vikinga del siglo IX llamada Mildri. Y no sólo descubrir dónde fue enterrada, sino averiguar cómo era la vida de las mujeres vikingas en ese siglo. Me entregaréis el trabajo al finalizar de curso, ¿de acuerdo? Os entregaré una guía para que la sigáis al pie de la letra.

Muchos de nosotros teníamos en mente especializarnos en restauración de obras antiguas. Yo era una de ellas y me fascinaba el tema de aquellos descubrimientos arqueológicos que había leído en la presa justamente el mes de septiembre. El titular de la National Geographic decía así:

<< El famoso guerrero vikingo de Birka era en realidad una mujer, según revelan pruebas de ADN>>.

¿Podría ser el cadáver de ese hombre guerrero el de una mujer guerrera?>>

Quizá la guerrera de la que hablaba el profesor Riodhr tenía que ver con la historia real del vikingo de Birka.

La cuestión era que el profesor de mitología nórdica nos ponía a prueba para ver dónde estaban realmente nuestros límites como futuros historiadores de arte.

El trabajo de investigación se basaba principalmente en desentrañar los secretos de una guerrera vikinga.

Cuando el señor Riodhr se detuvo frente a mi pupitre con el bote lleno de papelitos, metí la mano y saqué un nombre al azar.

Deseaba que mi compañero fuera Jau. Era con quien mejor me llevaba y estaba segura de que ambos descubriríamos el secreto de Mildri sin ningún esfuerzo, pero no. La divina providencia tenía un plan mejor para mí y había optado en retarme una vez más. El nombre de Nils Vinter apareció en mis manos.

— ¿Y bien, señorita Nass? ¿Me va a mostrar el nombre de su compañero?

Fruncí el ceño. No podía creer que aquello pudiera estar sucediendo.

— Vinter — leyó Riodhr—. Nils Vinter — se dirigió al susodicho—, su compañera en este viaje es Eva Nass.

Nils asintió. Pude ver un brillo extraño en sus ojos. ¿Eso significaba que le agradaba que fuera yo su compañera? No lo tenía muy claro.

Nils era un chico misterioso que atesoraba y manejaba sus emociones como nadie, así que era muy difícil seguirle el tranquillo.

Hubiera preferido incluso a Tate. A mi derecha, se sentaba ella, muy dada a las emociones fuertes y a los romances. Por ahí se decía que era un poco ligera de cascos. A mí me parecía simpática y muy risueña, pero, sobre todo, muy humana.

No solía hacer caso a las críticas. Prefería ser yo misma la que determinase la verdad maquillada detrás de una apariencia que se creaba a base de rumores. Por eso amaba tanto a Tate, no solo para contrariar a los demás, sino porque ella me aportaba muchos más valores que el resto.

Casi podía decir que su pelo era como el algodón y su piel tan blanca como la leche.

Me llamaba la atención ver que sus pestañas largas eran también blancas como sus cejas y no tenía nada de vello. Jau y Tate eran como la noche y el día, mi luz y mi oscuridad. Al parecer, eran los únicos que no hacían ascos a mis leggings.

— Ey, Nass — me susurró Tate—. No creerás que Nils Can te ayudará a aprobar, ¿verdad?

— No le llares así. Se llama Nils.

Tate negó con la cabeza. Se metió un chicle en la boca y comenzó a mascararlo con ganas.

— Se habla mucho de él estos días y la mitad de las cosas son falsas. Como, por ejemplo, que la tiene grande.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Otra vez con el tema? ¿Acaso has...?

Tate puso cara de asco.

— ¡Ni lo pienses! No es mi tipo. Ya te he dicho que me gustan más maduros — su mirada se desvió noventa grados hacia el señor Riodhr.

Fui yo la que puso cara de sorpresa.

— No sabía que tus gustos fueran por esos derroteros, Tate. No será el señor Riodhr a quien te tiraste el otro día, ¿verdad?

— Así es.

— Pero Riodhr...

— Está muy bueno y a mí todo ese rollo vikingo me pone demasiado.

— No me lo puedo creer. ¿Y él? ¿Te ha insinuado algo?

Tate se encogió de hombros y arrugó los labios.

— Aún no, pero lo hará— respondió convencida.

El señor Riodhr era un hombre atractivo, aunque para mí no fuera mi prototipo de hombre. La persona que yo escogiera para mí debía reunir unos requisitos. Primero, debía ser inteligente, después, romántico y no menos importante, detallista. ¿Estaba describiendo a Nils Vinter?

Nils otra vez metiéndose en mis pensamientos... ¿Cómo podía controlar mi propio cerebro para denegarle el acceso? Ya podría el cerebro ser tan inteligente como un correo electrónico y derivar el *spam* a la carpeta de correo no deseado.

Cuando la clase del señor Riodhr acabó y todos mis compañeros salieron de clase, el profesor detuvo mis pasos.

— Señorita Nass. ¿Tiene un momento?

Asentí con un leve movimiento de cabeza.

— Quería pedirle disculpas por haberme equivocado con usted. Hace un trabajo excelente. Apenas llevamos unos meses de clase y ya veo que destaca entre sus compañeros. No puedo estar más contento de tenerla en mi asignatura — confesó con absoluta sinceridad.

Lo cual agradecí. Íbamos a llevarnos muy bien. Riodhr no era un mal tipo, solo le faltaba esa chispa vital en su vida que le hiciera saltar de emoción. De ahí que siempre se mostrara tan austero.

— Gracias por admitirlo, señor Riodhr.

Me despedí de él y me perdí por los pasillos. Los lunes, Jaw, tenía otra optativa diferente a la mía, así que, me iba sola al edificio de enfrente donde se impartían clases de museología.

Recorría ensimismada el camino hacia el edificio invadido por las humedades cuando vi a Nils buscando su teléfono móvil que sonaba como un loco entre sus bártulos. Yo misma vi

cómo descolgaba la llamada y su rostro se ensombrecía. Incluso se había puesto pálido de repente.

—Necesito más tiempo — le oí decir antes de que colgara.

Se guardó el móvil en el bolsillo y de nuevo, nuestras miradas se atrajeron como dos imanes. Solo que aquella vez, sus ojos parecían buscar un refugio en los míos. Mi intención era pasar de largo y no hacerle caso. Era raro verle solo. Casi siempre estaba rodeado de colegas o de tías a su alrededor.

— Señorita Nasssssss. — alargó la *ese* con retintín.

Y yo estaba harta de que usara mi apellido como medio para mortificarme.

— ¿Qué quieres ahora, Nils? — me crucé de brazos.

Se encendió un cigarrillo. Detestaba el humo que salía de su santa boca

— Dime cómo vamos a aprobar tu asignatura si no somos capaces ni de mirarnos a los ojos sin sentir mariposas en nuestros estómagos...

Puse los ojos en blanco. Agradecí que hiciera frío. Tiritaba, pero no por el clima.

— ¡Nils! ¿Se puede saber qué coño dices? ¿Fumas porros?

Nils se rió a carcajadas. Sus ojos volvían a tener ese brillo especial.

— No, Eva. No consumo drogas.

— ¿Y qué crees que es el tabaco? ¿Un placebo?

— Tú no te ríes nunca, ¿verdad? Me recuerdas a la señorita Rottermeier a lo punky, solo que sin monóculo.

Podría incluso parecer gracioso, pero no me agradaba su prepotencia. No sabía qué responderle. Aquel berserker, quien parecía ser inmune al frío por no llevar nunca cazadoras que le abrigaran, conseguía dejarme noqueada. Y eso me ponía furiosa.

— Tu calidad de vida se reduce considerablemente, Nils Vinter. Me preocupas. Y sí, suelo sonreír a menudo. Lo que no quiero es que creas que te sonrío a ti.

Nils pegó una calada a su cigarro.

— ¿En serio? — soltó de golpe el humo en mi puñetera cara.

Tosí y tuve que desviar el rostro hacia otro lado.

— Deberías dejarlo. El mundo sin humo te lo agradecería— sentenció.

— ¿Siempre eres tan correcta?

— Siempre.

— Nass— dijo con voz ronca—, sé que no tengo ninguna oportunidad contigo. Eres demasiado buena para mí. Un tipo como yo, no merece una chica como tú, pero... sería muy afortunado si me permitieras empezar de nuevo. Abordándote no funciona, así que iré racionando mis ansias para que no huyas despavorida.

Dije que nunca tendría nada que ver con Nils Vinter.

<<Sé que no tengo ninguna oportunidad contigo>> Esas palabras aún resonaban en mi mente, pero no les daba la importancia que se merecían porque tener algo serio con Nils Vinter era del todo improbable.

Viendo que no contestaba, Nils volvió a la carga:

— Dame una oportunidad, por favor. Solo quiero que seamos amigos como lo sois Jawara, Tate y tú. Si vamos a hacer juntos el trabajo del señor Riodhr, quiero que nos llevemos bien. ¿Podemos intentarlo? Siempre andamos jugando al ratón y al gato.

No parecía mala idea. El azar había elegido a Nils para que pudiera aprobar mi amada optativa, así que no tenía más opciones.

— A no ser que— dijo con el rostro apenado—... Quieras cambiar de compañero. Vi

cómo hablabas con el señor Riodhr y pensé que estabais charlando sobre ello.

— No. No le he dicho tal cosa — bajé la mirada hacia mis medias rotas. ¡Joder, qué frío! —. Empecemos de nuevo — dije alisándome una arruga imaginaria de mi falda.

No fue necesario ver la cara de Nils para saber que estaba sonriendo. Yo también lo hice. Mi causa estaba justificada.

— Gracias, Nass o... ¿Cómo prefieres que te llame?

Me encogí de hombros. La verdad es que me daba igual.

— Como tú prefieras, pero nada de señorita Rottenmeier...

Ambos nos echamos a reír.

— ¿Nassy?

Lo cierto era que nadie me había llamado así nunca y aunque me pareció un poco ñoño, todo lo que venía de la boca de Nils sonaba de otra manera.

— Vale...

— ¿Sabes qué? Deberías sonreír más... y ahora ve a tu clase. ¡Estás helada!

— ¡Es que hace frío! — dije como pude. Me castañeaban los dientes.

— ¿Podría invitarte a comer luego? Primero tendremos que irnos de compras.

¿Así de repente? ¿Sin anestesia? <<Cerebro mío, recupera el spam que enviaste a la carpeta de correo no deseado y envíamelo a mi bandeja de entrada. Permítele el acceso solo una vez. Ya veré yo que hago después. Seguro que el odio se acrecentará>>.

— ¿De compras? — Pregunté entusiasmada.

Eché un vistazo rápido hacia mis medias.

— Tendrás que comprarte otras, ¿no? — apagó el cigarrillo con sus botas negras de cuero.

— Me va gustando el rollo punky.

— No me convences, Nassy. Iremos de compras te guste o no. No voy a permitir que pases frío— me guiñó el ojo—. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen los amigos, ¿no? Hasta pronto, Nassy.

Y me dejó allí sin saber bien si había hecho o no lo correcto, sin poder objetar nada y sin poner en orden unos sentimientos que parecían estar dando bandazos en una montaña rusa.

No recuerdo haber estado en la clase de museología. No tomé ni un solo apunte ese día, pues estuve con la mirada puesta en el infinito rememorando la escena que había experimentado con Nils.

Nunca antes había sentido algo semejante por un chico. No era la primera vez que amaba a alguien, que me enamoraba, pero con Nils era todo diferente. Era incapaz de percibir el peligro aun cuando sus ojos me pedían a gritos que me alejara de él. Era incapaz de alejarme aun cuando había intentado seguir inmunizada a sus continuas indirectas.

No. Él no era peligroso y yo tampoco era de piedra. La situación era en sí peligrosa.

Moría por lanzarme a su cuello y mordérselo como animal en celo. Se había declarado ante mí de forma sutil, pero sin éxito porque yo había evitado el mínimo contacto. Quizá él no era tan monstruo. Tan berserker idiota. Quizá mi visión de él había cambiado en tan solo unos segundos, cuando soltó el humo en mi cara y tuve que agradecerse para que no viera en mis ojos que las fuerzas flaqueaban, que, de no haberlo hecho, quizá me habría acercado tanto a él que muy posiblemente, habríamos acabado con los labios enrojecidos.

Todos esos días ignorándole no eran tan insufribles como lo era soportar un segundo a su lado sin saber si era cierto que su aliento sabía a tabaco, si con una sola mirada suya era capaz de desbaratar mis sentidos y hacerme suya sin apenas tocarme. No. Nils no era un delincuente como se oía por ahí. Nils era el frenesí.

Si acaso robaba, si acaso se apoderaba de algo, eso era de la razón. No era culpable de levantar pasiones en las chicas, excepto en Tate porque estaba inmunizada. A ella le gustaban

mayores.

¿Qué sucedería si por un momento dejase de evitar a Nils?

Muy nerviosa, salí de la clase de museología. Aún no sabía en qué lío me había metido yendo de compras con él. Pero no. Debía poner en orden esas desbaratadas ideas. A él le gustaban todas y yo sería una más... Teniendo eso claro, sería más fácil desconectarme de la red que llevaba el nombre de Nils Vinter. Tan solo era cuestión de concienciarme.

No deseaba perderme en sus ojos y dejar de ser Eva Nass. No deseaba sufrir por un chico que quizá no vería nunca más cuando terminase el curso.

Necesitaba a mi amigo Jau. Él sí que era neutral en asuntos del corazón. Para una vez que amó en toda su vida, la chica en cuestión, no le correspondió así que me hacía una ligera idea de lo que él podría decirme sobre mis desajustes hormonales. Él sería algo así como una ducha bien fría para refrescarme.

Y también sabía a ciencia cierta qué consejo me daría Tate. Ninguno de los dos debía saberlo por el momento. Era mejor así. Les diría que quedaba con Nils de vez en cuando para ir avanzando con el trabajo de la guerrera Mildri, y asunto arreglado. No tendría que vérmelas ni con uno ni con el otro.

Una estampida de universitarios salió en tropel interponiéndose en mi camino. Algunos me empujaron. Sé que era invisible, pero no hacía falta recordármelo a cada instante. No veía a Nils por ningún lado. Me había vacilado...

¿Qué te habías creído tú, Eva Nass? ¿Que ibas a tener a tu merced al chico *influencer*? ¡Nah, mujer! Bobadas... — Pensé.

No había rastro de Nils por ningún lado, aun cuando todos se hubieron ido y dejado sola muerta de miedo en el lugar donde había quedado con él. Por no haber, no había ni tan siquiera la colilla que Nils había espachurrado con sus botas horas antes. Así me sentía yo, como esa colilla aplastada y sin gracia llevada por el viento.

Mis pasos firmes decidieron que era hora de marcharse. No iba a esperar a Nils ni un minuto más. Me había dejado plantada, aunque eso no debería ser significativo. Podría haberle surgido cualquier imprevisto, pero mi mente, mi peor enemiga, me lapidaba.

Tomé el camino que daba hacia las habitaciones. Necesitaba soltar la pesada bolsa donde llevaba todos los apuntes y así aprovechar para despoticar.

Mi corazón estaba hecho trizas y mi rostro se apagó hasta el punto de tener que soportar los pesados párpados.

— ¿Adónde crees que vas, Nassy?

Su voz irrumpiendo mis demonios.

Cerré los ojos antes de darme la vuelta y encontrarme con él intentando recuperar fuerzas para parecer indiferente.

— ¿Qué haces aquí, Nils? Tengo muchas cosas que hacer.

Nils me miró contrariado. Estaba agitado. Parecía que había dado la vuelta al mundo en un par de horas. Tenía el pelo húmedo de haber estado sudando y no llevaba ropa de abrigo. Solo una camiseta de manga larga.

— ¿Te has olvidado de que habíamos quedado? Perdona que me haya retrasado... — se disculpó.

— Sí. Se me había olvidado — contesté metiendo las manos en los bolsillos para que Nils no pudiese ver que temblaban.

— Pues no voy a dejar que te escapes. Te vienes conmigo...

Para mi sorpresa, cogió mi mano y tiró de mí para llevarme hasta su coche.

En esos momentos más lúcida que la última vez, entré en su TT. Era más seguro ahora que la tapicería olía a limpio.

Mientras que en las noticias decían que Noruega era el primer país del mundo donde más de la mitad de los coches vendidos eran eléctricos o híbridos persiguiendo las cero emisiones, mi coche, el cual apenas cogía, seguía siendo una tartana en comparación con el de Nils.

Este no se quedaba a dormir en los apartamentos que disponía la universidad. Todos los días cogía el coche para ir y venir. No compartía su ubicación con nadie.

Cuando me monté en su coche, lo primero que noté fue la fragancia a frutos silvestres y cítricos. Olía tan bien como la fragancia que él llevaba.

Me quedé asombrada con lo ordenado que tenía el interior del vehículo. Era increíblemente organizado.

Una vez acoplada en la plaza del copiloto, no pude evitar pensar que donde ponía yo mi culo, lo habrían puesto cientos de chicas, y eso me hizo sentir un tanto incómoda sobre el asiento.

— ¿Tienes frío? ¿Quieres que suba la calefacción?

— No, no. Estoy bien, gracias. ¿Se puede saber adónde me llevas, Nils?

Nils parecía divertido y yo me vi contagiada por unos segundos permitiéndome sonreír. Tenía bajo su poder el factor sorpresa.

Sin verlo venir, acerqué mis manos hacia el conducto de ventilación por donde salía aire caliente para entrar en calor y él acercó también las suyas. Las aparté enseguida en cuanto noté sus dedos sobre los míos, pero él cogió mis manos de nuevo y las colocó en el mismo lugar.

— Quiero sorprenderte. Eso es todo— me respondió.

Llevábamos media hora en la carretera cuando desvió su vehículo hacia una de las salidas. Un cartel enorme indicaba que nos acercábamos a un centro comercial, cuyo nombre desconocía.

— Tienes que saber algo importante sobre mí antes de aceptarme definitivamente como amigo.

— Miedo me das Nils Can...

— ¡Ja! Conque ya sabes cómo me llaman...

Asentí.

— Lo cierto es que con la única persona en el mundo con la que me siento yo mismo, es contigo, Nassy. Me transmites confianza y mucha paz.

— Gracias — contesté halagada.

— Gracias a ti.

Ambos nos miramos. Ese era el comienzo de una verdadera amistad.

— Lo que quería decirte era que... — se tomó unos segundos para contestar. Parecía estar sopesando la respuesta

— Parte de esos chismes son verdad.

No pude evitar carcajear pensando en la bendita ocurrencia de Tate. Nils y su paquete descomunal.

— ¿Qué es lo que te parece tan gracioso? — dejó ver sus dientes alineados.

— No quieras saber lo que se dice de ti, Nils...

— ¿Tan grotesco es que te mofas?

— ¡Ajá! — murmuré.

— Dime qué es lo que se dice de mí y yo te diré si es verdad o no. He dicho que parte de lo que se dice es cierto, pero no todo llega a los oídos adecuados ni a las bocas adecuadas. La

verdad puede verse manipulada.

— No me siento preparada para decírtelo. Aún no tengo esa confianza contigo.

— Pues espero ganármela pronto...

— Primero tendrás que hablarme sobre ti. Lo poco que conozco sobre tu persona, son solo rumores y no te dejan en buen lugar.

Nils se encogió de hombros. No le sorprendía en absoluto que su nueva amiga, es decir, yo, tuviera mal concepto de él.

— Espero que cuando me conozcas de verdad, aprecies lo bueno que hay en mí — dijo.

— Sabré lo bueno que eres en cuanto vea la influencia que ejerces sobre mí. Muriel dice que nos alejemos de las personas que sacan lo peor de uno mismo, así que será fácil saber si eres o no apropiado en mi vida.

Nils asintió. El frío que hacía fuera ya no nos helaba adentro. Habíamos formado un microclima tan cálido y reconfortante que incluso las ventanas empezaron a empañarse. Estábamos volando sobre algodones.

— ¿Quién es Muriel? — preguntó interesado.

No solía hablar de Muriel. Había hablado de ella unas cuantas veces con Jawara. Hablar de ella era también sacar a relucir mi pasado.

Muriel era muy especial en mi vida. Cuando mis padres se separaron, mi mundo parecía sufrir el apocalipsis del que se hablaba en los libros y se ve en las películas. No había manera de restablecer mi paz interior porque me era imposible reconciliarme con mis padres. Tenía diez años cuando sucedió y me hacía mil preguntas sobre porqués inútiles y ninguno me fue contestado. Por ese motivo, tuve una época rebelde en la que desobedecía.

*<< ¡Ey, estoy aquí! Dejad de hablar como si yo no estuviera delante. Dejad vuestros problemas a un lado, porque os necesito. Sois mi oxígeno para sobrevivir>>.*

Aquellas palabras que se arremolinaba en mi mente, hablaban de una niña necesitada y carente de cariño que pedía a gritos que sus padres la escucharan.

Pero a pesar de aquella lucha interna por normalizar la situación y asentarme en esa nueva vida en contra de mi voluntad, me fue muy complicado asumir que mamá y papá ya no volverían a estar juntos, así que, la abuelita Muriel, una vecina de setenta años, me ayudó a sobrellevar la separación.

Esta hermosa mujer llevaba viviendo toda su vida en la misma zona residencial de Bryggen que mis padres, y por esa razón, conocía de sobra a cada vecino.

Recuerdo aquel primer contacto que tuvimos después de saber que a mis padres se les había agotado el amor. Estaba hecha una auténtica furia despotricando en el jardín, lanzando piedras sobre mi propia casa cuando apareció Muriel, la vecina del adosado de enfrente. Ni siquiera me di la vuelta cuando escuché su voz:

— *Cariño, sé que estarás sumida en la desesperación, pero ¿podrías parar un segundo y contarme por qué estás tirando piedras sobre tu propio tejado? ¿Es tan grave como para desear destrozarse la casa donde has sido la niña más feliz del mundo?*

Y lo único que pude hacer fue llorar. Llorar sin parar. Muriel se acercó hasta mí y me susurró:

— *Ven, te haré un vasito de leche con suksessterte.*

Tuvo compasión y supo escucharme. Ese simple vaso de leche hizo que dejara de lanzar piedras y me unió para siempre a ella.

Hablar de Muriel era hablar de mis padres; de las leyendas de Bryggen que ella me relataba para hacerme comprender las incongruencias de los adultos; de aquella herida que se

abría cada vez que hablaba sobre la etapa más difícil de mi infancia, pero también era hablar de una buena amiga, de una mujer que había despertado en mí el amor por la mitología nórdica.

— No tienes por qué hablarme de ella si no quieres— dijo Nils cuando vio que no contestaba.

— Es algo así como una abuela para mí — contesté sin añadir nada más.

— Mis padres están divorciados. Me crié con mi abuela materna, ya que mi madre trabajaba y normalmente no tenía tiempo para estar conmigo. Poco puedo decirte de mi familia... Me independicé con dieciséis años y me alejé tanto de ellos que hoy por hoy, tengo muy poco contacto con mi familia. Hablo con mi madre una vez al mes y de mi padre, apenas sé gran cosa. Solo nos llamamos en Navidad.

La vida de Nils y la mía no distaban mucho. Eran tan similares que me costaba creerlo. Descubrí que teníamos muchas cosas en común.

A pesar de todo, no me atreví a hablar sobre mi familia. Me parecía algo tan personal que me era complicado compartirlo incluso con alguien que había experimentado la misma situación de agonía.

Nils no era la clase de persona que me infundiese confianza. Tenía mis reservas en cuanto a su extraña curiosidad por conocerme y querer ser mi amigo, así que me abstuve y me limité a decir unas escuetas palabras:

— ¡Vaya! Entonces sabes lo que es estar solo y hacer frente a las adversidades.

— Sí, aunque yo no me siento solo. Tengo a mis dos pastores alemanes, quienes viven conmigo en mi caravana.

El aire caliente reseco mi garganta. Nils tenía amigos, era el *trending topic* de la universidad, de las redes sociales que compartíamos, pero no esperaba que su lado más tierno se lo dedicase a sus mascotas.

Atípico era lo mínimo que podía decir de él. Pero su rareza me atraía. Era una tonta de remate.

— ¿Vives en una caravana? — pregunté asombrada.

— Así es. Quizá algún día quieras ir a verla...— se peinó el cabello con la mano en un intento por cubrir su rostro avergonzado— Eso no ha quedado bien, ¿verdad? Debo cuidar al máximo todo lo que digo para que no parezca indecoroso y así no alimentar las críticas despectivas que hay sobre mí.

— Viniendo de ti, ha sonado como una proposición indecente, pero tienes suerte, porque me gustan los perros.

— ¿Te gustan los perros?

— Me encantan.

La tensión se palpaba en el aire. No sabía qué sentía realmente Nils por mí, pero al menos intentaba llevarse bien conmigo y no me insinuaba absolutamente nada inapropiado. Era diplomático y cortés. Esa era la definición exacta del chico que tenía demasiados puntos en contra.

— Se llaman Eleanor y Levis. Se puede decir que son los guardianes de mi caravana. Sus vidas no eran mucho mejor que la mía. Ellos me encontraron. Muchas veces me he sentido identificados con ellos. Solo necesitan que se les mime. Te gustarán— agachó la cabeza.

— Nombres preciosos.

Deseaba saber cuál era la otra vida de Nils Vinter que tanto le había influido para convertirse en el muchacho que era.

Todos deseaban ser Nils Vinter. Sus fans estarían dispuestos a besarle los pies si fuera

necesario, aun sabiendo que había tenido un pasado turbio.

Nils aparcó en el parking subterráneo del centro comercial. No esperaba tanta caballerosidad por su parte, pero se esforzó en demasía por crear buena impresión. Me abrió la puerta para que pudiera salir.

— ¿Intentas persuadirme, Nils Vinter?

— ¿A qué te refieres?

— Me refiero a que intentas demostrarme que el mundo se equivoca contigo, que todos esos rumores son rotundamente falsos. No trates de aparentar quien no eres o me daré cuenta enseguida de que estás fingiendo.

Su sonrisa se apagó.

— Quisiera saber quién se ha encargado de enturbiar mi nombre y por qué la única chica que me importa se muestra tan esquiva conmigo.

Negué con la cabeza.

— ¿Qué chica?

Íbamos de camino hacia el interior del centro comercial y Nils me tomó del brazo con suavidad.

— Vamos, Nassy... por favor... ¿Estás ciega? Hablo de ti. Ya sabes que me importas. Nunca has sido invisible para mí, Nassy. Nunca — su voz ronca hizo eco en las inmediaciones del centro, pero más hizo mella en aquel tambor que sonaba en mi pecho. En el centro de mi corazón.

Nils se había convertido en un adverbio de negación.

**NO** puede ser.

Él **NO** te conviene.

**NO** confíes en él.

Él **NO** es quien te hace ver.

Él **NO** busca amistad en ti, sino en pasar un buen rato.

**NO. NO. NO.**

Así que, sus declaraciones, que quizá yo podría malinterpretar, formaban parte de una frase en negativo: Nils JAMÁS pondría los ojos en mí y quizá yo tampoco le vería ideal o apto para algo más formal que unos cuantos polvos, como diría mi amiga Tate: <<querida, si te tirases a Nils, serías una más para él, pero para ti, él sería el polvo de tu vida. Así que, déjate de ñoñerías. Deja de buscar al príncipe azul y tírate al berserker idiota. Debes adquirir experiencia>>. Desde luego, el mundo de Tate no funcionaba igual que el mío, lo cual agradecía enormemente, porque de ser mi vida como la suya, la que sería *trending topic* en la universidad, sería yo y no Nils Vinter.

Nils era mi adverbio de negación y asumía que debía andar con pies de plomo para no asomar mis narices en asuntos que no me concernían, como, por ejemplo, su pasado, ya que, si hurgaba en él estaría obligada a contarle el mío y no estaba dispuesta a recordar mi infancia con un muchacho conflictivo.

— Intento ser bueno para ti. Me consta que es complicado acallar esos rumores, pero espero cambiar tu versión, que es lo que realmente me importa.

<<Nunca has sido invisible para mí, Nassy. Nunca>>

Visto así, para mí tampoco eran invisibles Tate y Jau. Ellos eran mis amigos, como ahora también lo era Nils, aunque aún me costase digerirlo.

**NO. NO. NO.** Mi adverbio de negación me confundía.

— ¿Dónde vais las chicas a comprar ropa?

Me encogí de hombros.

—No suelo comprar nada en tiendas físicas. Todo lo compro online.

— Nassy, ¿alguna vez, en estos meses, has salido de la universidad?

Negué con la cabeza.

— No. Trondheim me parece tan grande comparada con Bryggen que me da miedo salir de mi espacio vital y seguro.

Nils me cogió de las manos mientras subíamos las escaleras mecánicas.

Sentí sus manos frías intentando atemperarse con la calidez de las mías y por un instante, preferí el hielo de su cuerpo, el profundo océano de sus ojos aguamarina, su mirada reconfortante despertando escalofríos en mi piel.

¿Antes había apreciado el frío? No. Solo sabía lo que se sentía cuando el aire rebotaba en mi cara o cuando oía crujir la nieve con mis pisadas.

Me encantaba ese *crach* sonoro cuando aplastaba la nieve. Ahora amaba el frío porque la mirada gélida de Nils deseaba fundirse con la mía y me llevaba hacia otro lugar. Así me lo decían sus ojos. Ahora necesitaba más que nunca sentir el frío sobre mis mejillas, permitirle que entrase en mi ropa y atravesase mis huesos porque de esa manera le sentiría conmigo.

Él era el invierno, la borrasca que zozobraba mis ventanas, el huracán que llegaba para arrasarse.

Solo esperaba que su corazón no fuera un témpano de hielo. ¿Nils Vinter podía sentir o era extremadamente inamovible como un iceberg?

— Mientras yo esté aquí, te aseguro que nunca sentirás miedo. No dejaré que eso pase — apretó mis manos. Las suyas eran grandes.

Me dieron ganas de preguntarle por qué siempre llevaba ropa ligera y por qué parecía inmune al frío, pero de nuevo pensé que no tenía esa confianza como para hurgar y meterme en sus asuntos.

Nos dirigimos hacia la primera tienda de lencería y complementos. Desde fuera, parecíamos dos personas inmensamente compenetradas que iban a una tienda de lencería para preparar una noche desenfrenada.

Pero no. Nils era amable. Eso era todo y no debía permitir que mi cerebro procesara lo contrario. Nils solo quería ayudarme como lo haría Jau o Tate. Teniendo eso claro, me ahorraría el disgusto.

Entramos en la tienda *Calzedonia*. Las luces, la musiquita de fondo y la gente que iba y venía, me ayudaron a camuflarme con el ambiente.

Nils se tomaba muy en serio ser mi amigo y me siguió por toda la tienda como mi perrito faldero hasta que me decidí por unas medias negras con estrellas.

Estuvo aguantando, estoico, la media hora que me la pasé de un estante a otro con parsimonia. ¿Le estaba poniendo a prueba? En el fondo, sí, pero ni siquiera de esa forma conseguí llevarle al límite de su paciencia.

Cuando quise pagar las medias que había elegido, Nils me las arrebató de las manos y efectuó el pago ante mi asombro. No me dio tiempo ni a protestar.

— Muchas gracias, Nils.

— Me alegro haber sido yo el que reparase ese desperfecto. Me gusta reparar las cosas rotas — me guiñó el ojo y creí que iba a desfallecer.

Aparté la mirada.

— Y ahora, ¿qué? — pregunté.

— Iremos a tomar algo. ¿Te apetece? Además, necesitas cambiarte.

— Se hace tarde. Debo llamar a papá. Al parecer, tiene un caso pendiente aquí en

Trondheim y se quedará durante una temporada.

— ¿Han venido tus padres a verte?

Mi mirada se oscureció y dejé de sonreír. Nils no sabía que ese tema era tabú en mi vida diaria. Jamás hablaba sobre mis padres, tampoco de Muriel.

— No. Mis padres no...

Nils no alargó mi agonía.

— Lo entiendo— contestó con un nudo en la garganta—. Al parecer, no soy el único que sabe lo que es sentirse solo en el mundo, ¿cierto?

— Así es.

— ¿Por qué no le llamas desde mi móvil?

— No. No me sé su número.

Era obvio que no pretendía decirle a Nils que mi padre era policía y que su número de teléfono era tan sagrado como preservar mi amor—odio por el *trending topic* de la universidad.

Aquella noche me llevé la fragancia de Nils Vinter a la cama. Olían mis manos, mi pelo, mi rostro a él. Su olor se había metido en mis fosas nasales y allí quería que se quedase.

Había podido contactar con mi padre, pero la conversación que mantuve con él se había limitado a unos cuantos monosílabos. Sabía que su trabajo requería mucho esfuerzo y dedicación y

que eso fue una de las causas por las que mamá se cansó de él. Ella quería disfrutar de su compañía, en definitiva, de su familia, que éramos papá y yo, pero el amor se fue apagando conforme iba pasando el tiempo.

Fueron demasiados días de ausencia en los que mamá y yo necesitábamos a papá más que nunca, pero él siempre estaba trabajando. Incluso hacía horas extra. A veces pensaba que lo hacía adrede, que prefería estar trabajando que en casa. Pensaba que lo que le ocurría a papá era que se implicaba demasiado en los casos que él atendía, pero, por otro lado, nos desatendía a nosotras.

Él priorizó como también lo hizo mamá. Ambos eligieron caminos distintos y en medio, estaba yo, bifurcando a cada poco el camino que debía seguir, haciéndoles sonreír a ambos por separado, celebrando mi propio cumpleaños dos veces, veraneando en dos lugares diferentes...

Sí, era muy duro. Nadie los iba a poder sustituir. Ellos seguirían siendo mis padres, pero con un gran defecto: nunca me enseñaron a dividir el amor.

Mis padres eran un todo y se convirtieron en una parte, en una fracción, en un tiempo limitado y eso fue lo que más me dolió, que tuviera que fraccionar mi amor por ellos.

Mi compañera de habitación casi nunca dormía en su cama. Tate era una chica bastante ingeniosa para dormir en camas ajenas. Me había acostumbrado a sus ausencias. Aquella noche hizo una excepción y durmió en su cama. Su voz irrumpió en la oscuridad:

— Eva... — me llamó bajito desde su cama — ¿Tú crees que al señor Riodhr le gusto?

Puse los ojos en blanco. Nunca antes me había nombrado a un mismo hombre más de tres veces. Con el señor Riodhr hacía el récord. Más de diez veces, ¡por favor!

— Tate... ¿cuántos años tiene el señor Riodhr? ¿Treinta y pocos? Nosotras tenemos veintiuno. Son más de diez años los que te llevas con el profesor.

— ¿Y qué? La edad nunca ha sido un impedimento para mí. Siempre me he considerado más madura que las demás chicas de mi edad.

— ¿Me estás llamando inmadura?

— No, solo que yo soy más madura. Sé que le gusto. Lo sé por cómo me mira.

— Tate, ¡en serio! ¡Que puede tener mujer e hijos! — la reprendí — ¿Adónde crees que vas?

Como si la estuviera viendo, supe que encogía los hombros. Nunca divisaba los problemas. No era para nada precavida.

— Tate, si yo te dijera que va a llover, ¿llevarías un paraguas por si acaso?

— No — me contestó seca.

— ¿Entonces crees que me vas a hacer caso si te digo que dejes de soñar con el señor Riodhr?

— No.

Me reí a carcajadas. Tate era un caso excepcional y ya no solo por ser albina, que bastante llamaba la atención, sino porque era tan tozuda que siempre me ganaba la batalla.

— Y tú, Eva, ¿vas a ser sincera y me vas a explicar por qué demonios hueles a hombre? Toda la habitación apesta. No es justo que yo te cuente todo lo que me suceda y tú no. Sé que andas colada por ese berserker idiota. Llevas tiempo riendo en sueños y besuqueando la almohada.

— ¡Oye! Pero si nunca duermes en tu cama... ¿Cómo vas a saber lo que hago mientras duermo?

— Eva cariño, deja de marear la perdiz. Te he calado. Sé qué piensas de Nils Can.

— ¡No le llares Nils Can! — subí levemente el tono de voz —. Él no es como se dice.

— Eva, te estás metiendo en la boca del lobo. No sabes ni la mitad de las cosas que se dicen de él y yo no permitiré que mi amiga peque de inocente. Tíratelo, ¡claro que sí! — se animó —. Pero solo un polvo, Eva, nada más.

Tate hizo una pausa. Se levantó de la cama, encendió la lamparita de la mesita de noche y me pidió que le hiciera un hueco en mi cama.

— Mira Eva, a Nils se le llama Nils Can porque pertenece a la banda de los *Canes Venatici*.

¡Wow! Como su constelación favorita.

— ¿Quiénes son esos?

— En muy poco tiempo, Nils se ha hecho con el control de esta universidad, de todos y cada uno de los alumnos. No duerme aquí porque no se fía ni de su sombra y... ¿cómo crees que puede mantener ese coche que tiene? Pues vendiendo droga, cariño. Nils es traficante. Lo sabe mucha gente. Sobre todo, las personas cercanas a Nils con los que yo me he visto últimamente. Por eso sé cosas que quizá no debería decirte, pero no quiero que caigas tú también en sus redes.

— Quizá sea verdad lo que se dice de él, pero a mí no me parece mala influencia. Al menos de momento. Delante de mí no lo hace y además me confesó que él no consume.

De repente vino a mí un pequeño detalle que no pasé por alto cuando me topé con Nils fumando. Le había escuchado decir que necesitaba más tiempo, pero, ¿para qué?

— ¿Te das cuenta del poder que ejerce sobre los demás? Joder, Nass, tienes un puto problema. ¡Estás coladita por él!

Agradecí estar hablando contra la pared y no darle la cara a mi amiga. Mis ojos vidriosos necesitaban descargar lágrimas sin parar.

— No lo estoy— negué con rotundidad—. Tenemos algo en común y eso es el trabajo de fin de curso de tu querido Riodhr.

Sentí las manos de Tate en mi nuca. Las tenía heladas.

— Cariño... Mi preciosa amiga... Sé que te gusta, pero él no te conviene. Eres demasiado buena para él, ¿lo entiendes? Las niñas buenas deben terminar con niños buenos, no con demonios, no con ese berserker idiota.

Quería decirle muchas cosas a Tate. Una de ellas era que no se inmiscuyera en mis asuntos, que ya bastante embrollo tenía ella en su cabeza como para dar cabida al mío. También le habría dicho que dejara de intimar con todo hombre que veía, pero a pesar de todo lo que me hubiera gustado responderle en aquellos momentos para contrarrestar el dolor que yo sentía, no dije nada y así, se hizo la noche.

Tate durmió a mi lado. La sentí levemente roncar y también la oí llorar en sueños. O tal vez fuera yo...

Tate se cayó de la cama cuando sonó la alarma de mi móvil.

— Pero... ¿qué demonios es eso que suena?

El sol nos saludaba desde su altar. Estábamos invitadas a contemplar uno de los amaneceres más bonitos del mundo: Nils Vinter aparecía con su TT y mi ventana daba justo a los aparcamientos de la universidad.

— Es el despertador. Llegamos tarde. No recuerdo haber pospuesto el despertador.

Me dirigí hacia el poyete de la ventana.

Y allí estaba él, solo que iba acompañado por Brynja, la estúpida chica que se mofó de mis leggings el primer día de clase y me amenazó en el Heidi's.

Enseguida aparté la vista del cristal cuando los ojos glaciares de Nils se encontraron con los míos. Apenas me di cuenta de que me había saludado. Quizá yo no quería su salud.

El día no era tan bello en su esplendor y el mismo sol era un impedimento para mirar al frente.

Tate se vistió a toda prisa sin percatarse de que mi sonrisa había perdido brillo y de que mis ojos seguían hinchados de haber llorado durante toda la noche. Al lado de mi amiga Tate, yo parecía la albina. Estaba blanca como la pared y me dolía la cabeza. Necesitaba a Jau con urgencia. Al menos con él, podía ser yo misma sin filtros.

Ambas corrimos hacia la clase del señor Riodhr. Antes de llegar, nos encontramos con Nils y Brynja en los pasillos. La chica besaba sus labios y él rodeaba su cintura con los brazos. Me detuve en seco y Tate tiró de mí. Nils besaba con los ojos abiertos. Me miraba descarado. Incluso pude apreciar su sonrisa socarrona mientras dosificaba el beso.

Entonces me di cuenta de todo, en esa fracción de segundo, de lo ilusa que había sido al creer que podría tener una oportunidad con él. Era conecedor de ese sentimiento y jugaba con mis emociones. No le culpaba. La única culpable de dejarse la puerta abierta de las posibilidades era yo.

Le había dado permiso para entrar libremente, aunque todo eso tenía una solución: cambiar de cerradura para que no pudiera entrar nunca más.

Cuando Brynja le dejó respirar, vi su ojo derecho amoratado. Él se percató del horror que sentí al ver aquel golpe, pero tuvo el descaro de guiñarme ese mismo ojo para decirme que no me preocupara. Casi imaginaba su boca sexy susurrándome: <<Todo está controlado, Nassy>>, pero había algo que seguía pareciéndome extraño en él.

No era la primera vez que venía a clase marcado por otra de sus heridas de guerra, como él llamaba a los golpes que recibía en sus supuestas clases de boxeo. Esta vez era diferente. Su maravilloso rostro estaba hinchado. Tenía puntos de sutura en la ceja y el labio partido. Alguien le había propinado una soberana paliza.

Tate volvió a tirar de mí fuertemente.

— ¡Casi me tiras! — me quejé.

— Lo peor que puedes hacer es quedarte mirando como si acabasen de romperte el corazón— me sermoneó entrando en clase antes de que el señor Riodhr cerrase la puerta en nuestras narices.

Cuando ya estábamos todos sentados, entraron Brynja y Nils de la mano.

— La próxima vez que lleguéis tarde, os quedáis fuera, ¿de acuerdo? — avisó el señor Riodhr refiriéndose a estos dos y luego nos señaló a Tate y a mí—. Eso también va por vosotras.

Bajé la mirada cuando Nils pasó por mi lado para sentarse en su silla. Dio un golpecito con sus nudillos en mi pupitre.

— Hola, Nassy— me pasó el dedo por la nuca.

Pero no le contesté. Directamente lo ignoré. No debería sentirme molesta por haberle visto con Brynja. Ella no era más que una maleducada que se mofaba de los demás. Quizá ella sí que era la más apropiada para estar con Nils Vinter, apodado Nils Can.

Y en eso tenía que centrarme. Él pertenecía a una banda de delincuentes y traficantes. Ya no era tan importante que Brynja fuera la apropiada para él o no, sino que Nils no era el apropiado para mí y con ese mantra, volvería a levantar la muralla que protegería mi castillo, mi interior.

Jau, que se sentaba delante de mí, giró levemente el cuerpo hasta verme el rostro pálido y los ojos enrojecidos. Me hervía el lagrimal.

— Ya puedes decirme qué es lo que ha pasado... y no me conformaré con un no me pasa nada— me advirtió Jau muy serio.

Aún no había empezado el día y ya estaba harta de los sermones de Tate y de Jau. Pensé que era mejor ocultarles mis sentimientos hacia Nils. Había sido buena idea hasta ese momento, pero olvidaba que ellos me conocían demasiado bien.

El señor Riodhr, a quien habían elegido como organizador de eventos de ese año, había pensado en hacer un evento reivindicativo sobre el conocido y denunciado bullying para concienciar a la sociedad:

— Las fiestas que se celebrarán a lo largo de este año, tendrán una temática diferente. Por supuesto, estoy abierto a cualquier sugerencia y de esa manera, me ayudaríais a cerrar la programación de eventos para este año. Me haría falta uno de vosotros para organizarlo todo. ¿Algún voluntario? — se puso en jarras delante de la pizarra.

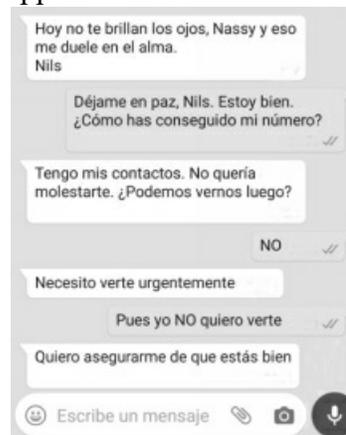
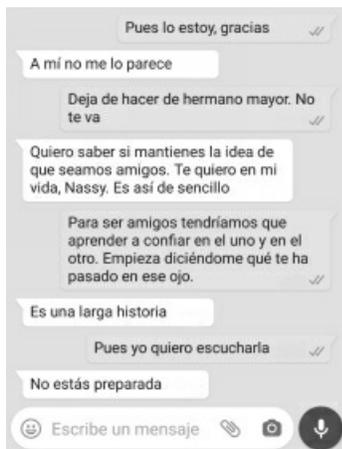
Aquel día no estaba inspirada, pero era obvio que Tate iba a levantar la mano. A mi derecha y con una sonrisa de oreja a oreja, estaba Tate dispuesta a darlo todo por el señor Riodhr. Solo rezaba porque no se expusiera demasiado al ridículo.

— Me presento voluntaria.

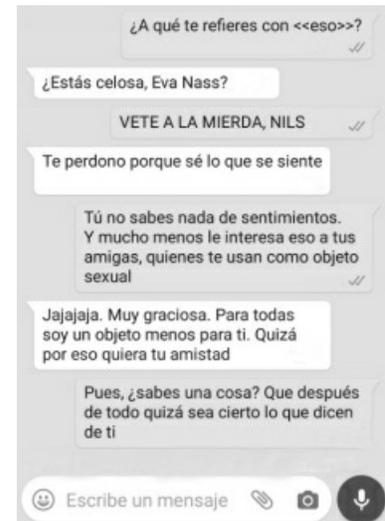
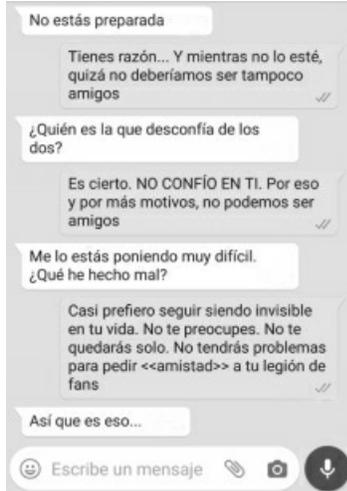
— Muy bien, señorita Adamsen.

¿Eso era una sonrisa? ¿El señor Riodhr acababa de sonreírle? Pensaba que jamás sucedería. ¿Era cierto lo que veían mis ojos? ¡Al señor Riodhr le atraía Tate! No podía ser cierto...

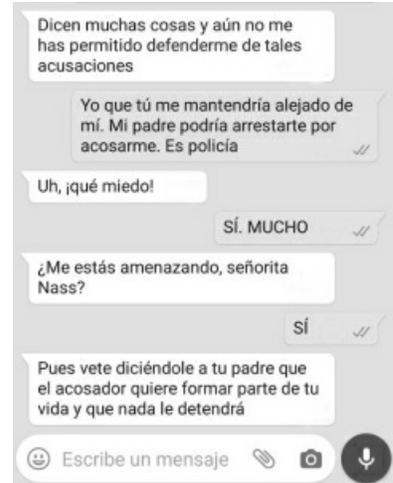
Cuando el profesor comenzó a explicar el temario de ese día y todos nos dirigimos hacia la página que nos pidió, vibró mi teléfono móvil. Tenía un Whatsapp:



¿Lo estaba? Quizá lo que tuviera que contarme no era apto para cardiacos, ni para una sencilla chica que no necesitaba adrenalina en su vida. Debía ser franca con él y conmigo misma. Después de pensarlo, le dije:



Ataqué donde más le escocía.



No hubo más mensajes. Le habría dicho más cosas, pero aquel último Whatsapp detuvo mi corazón.

Después de acabar la clase del profesor Riodhr, la cual desatendí por completo porque había estado obnubilada, tomé la mano de Jau.

— ¿Nos vamos ya? — le sonreí.

Jau arqueó una de sus cejas.

— No te había visto sonreír así desde hacía semanas. ¿A qué se debe tanto cambio de repente?

— Nuestra Nass está enamorada, Jau— intervino Tate.

— Pues qué bien has sabido ocultarlo— objetó Jau.

Me encogí de hombros.

— Yo no he afirmado tal cosa. Tate, no me hagas hablar.

— Me voy a tirar al señor Riodhr— nos confesó de repente sin anestesia.

Jau se quedó estupefacto y yo boquiabierta. Cogió sus cosas y se despidió de nosotros:

— Tengo un evento que organizar, chicos, así que, Nass, no me esperes hoy despierta...

Tate desapareció de nuestra vista junto con el profesor.

Jau me miró. Yo le miré a él y nos reímos a carcajadas. Tate estaba loca si pensaba que iba a conquistar a Riodhr.

Por la tarde, me encerré en mi habitación. Necesitaba reorganizar mis ideas, así que me puse a investigar más sobre la guerrera Mildri. Si avanzaba con el trabajo de investigación no tendría que permanecer mucho tiempo a solas con mi compañero Nils, con quien se suponía, tendría que hacer el proyecto.

Busqué en Google, <<guerreras vikingas>>.

Las doncellas escuderas, también conocidas como *skjaldmö*, eran mujeres vírgenes que habían dado su vida combatiendo en el frente como los hombres. Eran fuertes y se las entrenaba igual que a los demás, sin hacer excepciones. Hasta ahí era todo interesante, pero... Necesitaba adentrarme en el mundo vikingo para saber qué había sucedido con Mildri y mirando el móvil a cada rato, no me centraba. Repasaba la conversación que Nils y yo habíamos mantenido en la clase de mitología cuando unos golpes con piedrecitas tocaron mi ventana.

Me asomé y vi al berserker idiota.

Cuando me vio, sonrió y me pidió con gestos que bajara. Le negué con la cabeza. ¿Estaba loco o qué?

Insistió poniendo carita de cordero degollado y suplicando con las manos juntas a modo de rezo.

No sería un error si decidiese obedecerle para ver qué era lo que pretendía, ¿no?

Sin saber si estaba haciendo o no lo correcto, me puse la chaqueta y antes de cruzar la habitación nerviosa, me miré en el espejo para comprobar que mis mechones estuvieran en su sitio y que mis mejillas tuvieran color. Sentía agitada mi respiración. Era un efecto que se repetía constantemente cuando Nils me proporcionaba su valioso tiempo. Era el efecto Vinter.

Llevaba una preciosa chaqueta negra de cuero y cargaba con una pequeña mochila a sus hombros.

— Hola, Nassy— acababa de expulsar el humo de su último cigarrillo.

— Hola Nils — le hice un gesto con la cabeza.

— ¿Alguna vez has cometido alguna locura?

— Por supuesto. Tú misma me dijiste que no era una mojigata...

— Te aseguro que esta locura en particular, no.

— No voy a consumir drogas, Nils.

— ¡Por todos los dioses, Nassy! Nadie ha dicho que vayamos a consumir drogas...

Permíteme que te lo muestre. Solo tienes que seguirme — me tendió la mano.

Dudaba de su frescura, de su chulería, de su modo de ver la vida y de su peligrosidad. Aún no sabía de lo que era capaz de hacer por él, pero mis sentimientos crecían a cada instante a pasos agigantados. Me daban ganas de seguirle hasta los confines del mundo con tal de estar a su lado.

— Tienes el pelo más bonito del mundo, Nassy. Es algo así como el ámbar y hacen juego con el color de tus ojos.

Negué con la cabeza.

— ¿He dicho algo que no sea cierto? — preguntó.

— No. La verdad es que has dado justo en el clavo con mi color de pelo, pero no es el más bonito. Por cierto, quería hacerte una pregunta— le solté—. ¿Las agarras a todas de la mano en su segunda cita?

— Solo pretendo hacerte sentir más segura.

— Pues prefiero que no lo hagas.

— Vale, Nassy... Perdóname.

Cogimos el coche de Nils. Volví a verme envuelta en aquel olor tan agradable a cítricos.

— ¡Vayamos a cometer una locura, Nassy!

Se le veía tan entusiasmado que no me atreví a contrariarlo.

Tomó la carretera y nos pusimos en marcha.

Nos acercábamos a Pirbadet, al parque acuático. Sin saber bien qué hacíamos allí, me

pidió que le siguiera hasta unos arbustos que me llegaban a la altura de mis hombros.

— ¡Shhhh! Silencio— cuchicheó.

— ¿Qué hacemos en el parque acuático?

Eran más de las siete de la tarde y para entonces, ya había anochecido y el frío apretaba los huesos.

— ¿Ves aquellos guardias que están cerrando la puerta? — señaló a dos hombres uniformados que estaban abandonando las instalaciones del parque.

Asentí levemente con la cabeza mientras me escondía entre los arbustos y el brazo ancho de Nils.

— Pues ahora entraremos por esa puerta. Esta zona se queda totalmente desierta. No hay ningún guardia dentro.

— ¿Que vamos a hacer qué, Nils?

— Te dije que íbamos a cometer una locura...

— Pero no me dijiste que iba a ser un delito grave.

— Solo te pido que me des un voto de confianza, por favor. No va a pasar nada — me tomó el rostro con ambas manos.

— Vale... de acuerdo... pero... nunca he infringido las normas.

— Sé cómo funcionan estas cosas y en el peor de los casos, quizá nos quedaría pagar una pequeña multa— sonrió.

Sus manos estaban ardiendo. Aquel chico era un hombre lobo. Su temperatura no era normal considerando que estábamos a dos o tres grados y que parecíamos chimeneas humanas cada vez que hablábamos.

— Pero para eso tu padre es policía.

— Nils... a él le daría un síncope si se enterase de que su hija ha cometido una falta grave. Tienes todo controlado, ¿verdad?

— Así es— me contestó con la voz ronca.

El frío le venía bien para aquel cardenal que le ocupaba la mitad de su bello rostro angelical.

Alcé la mano y le acaricié la hinchazón con la yema de mis dedos. Mis manos sí estaban congeladas. Me paseé por su mejilla que ahora estaba pronunciada y adolorida y dibujé en ella remolinos y corazones. Quizá no le curaría, pero podía maquillar sus heridas con mis manos. Allí donde hubo violencia, yo depositaría ternura. ¿Qué habría hecho Nils Vinter para merecer tal paliza?

Noté cómo pegaba un leve respingo y gemía de dolor. En definitiva, si no podía tener nada serio con Nils, me conformaría con su amistad.

— ¿Te duele mucho? — le pregunté.

— Solo cuando sonrío y contigo lo hago a cada instante.

— ¡Vaya! — me sentí culpable— Mi compañía te duele...

Cerró los ojos y se dejó llevar por mi caricia.

— No— contestó con un deje triste en la voz—. Tu compañía me cura.

— ¿Algún día me explicarás qué te ha sucedido?

— Cuando me cuentes por qué no te atreves a hablar de tus padres.

Retiré la mano y bajé la mirada.

— No todo el mundo se puede liar a puñetazos con el mundo, Nils.

— Ya se me pasará, Eva.

Mi nombre en los labios de Nils sonaba tan atrayente como las cuerdas de un arpa.

Yo era la mosca y él era la araña que laboriosamente había creado su trampa para que cayera en ella. Una araña que parecía no tener veneno a simple vista y una mosca que se había emborrachado con su olor. A pesar de oponer resistencia, no tenía antídoto para esa toxina letal, así que solo podría esperar pacientemente recibir mi dulce muerte y luchar contra esos noes que enturbiaban la imagen de Nils.

Nils escondía un secreto a voces. Sus heridas pedían a gritos una sola caricia que emplasteciera sus grietas y redujese el dolor con una buena dosis de ternura.

No permitiría que pasase un solo día más sin que Nils me contase qué había detrás de aquellos golpes.

Recorrimos la distancia que había entre los matorrales y la puerta de salida del parque a toda velocidad. Parecíamos dos chiquillos a punto de armar una muy gorda.

Nils abrió su mochila y sacó algo parecido a una horquilla. No tuvo que hacer ningún esfuerzo. La cerradura cedió de inmediato ante la intromisión de aquel utensilio y se abrió la puerta. Nos miramos un instante antes de entrar.

— Después de ti, Nassy.

Por muy extraño que pareciese, me fiaba de Nils Can, a pesar de sus magulladuras y de ese porte violento que vendía a todo el mundo. A mí no me amedrentaban sus músculos, ni su mirada gélida, ni su archiconocida popularidad. Yo veía más allá de sus ojos, de aquel corazón de metal que no daba cabida para el amor verdadero. Se había acostumbrado a usar tanto sus labios para besar, que buscaba en mi boca la novedad. Había demostrado tanta fortaleza que, a mi lado, se derrumbaba.

No, Nils Vinter. A mí no me engañas— pensé.

Una vez dentro de las instalaciones, la oscuridad revestía los largos pasillos hacia una de las

piscinas climatizadas.

Olía a cloro y a humedad.

— Estamos en la zona de las duchas— informó mi tierno guía turístico.

Cogió una linterna de su mochila e iluminó el camino.

— ¿Ya habías entrado antes?

— Cada martes.

— ¿No tienen cámaras de vigilancia?

Nils se encogió de hombros.

— Sigo viniendo.

— Bueno, de momento nadie te ha encarcelado por esto, ¿no?

— Empiezas a ser una de las mías. Acabas de infringir las normas. Eso te hace una delincuente juvenil.

La luz de la linterna oscurecía más sus heridas, como si fueran las dunas del Sahara en una noche sin luna.

— Que te preocupes por mí me da tanta ternura, Nassy...— susurró.

Estábamos en mitad del pasillo que conducía hacia la piscina. Mis ojos se habían hecho a la oscuridad y apreciaba el leve oleaje azul de la piscina que se dibujaba en las paredes. Parecían ondas electromagnéticas.

— ¿Me permites que te tome de la mano? Solo será para que no tropieces. Este pasillo es un poco resbaladizo.

— Bueno...— dudé.

En cuanto acepté su mano, me condujo hacia el éxtasis. Con tan solo sentirla aprisionando levemente la mía, moría un poco más mi inseguridad.

Necesitaba sentir sus brazos rodeando mi cintura, como había hecho con Brynja, pero de esa manera dejaría de ser Eva Nass para convertirme en una de las chicas de Nils y no pretendía perderle por una estúpida atracción.

Él me dejaría de ver como esa chica inalcanzable por la que probablemente se sentía atraído solo porque le daba calabazas.

Nils se despojó de su mochila y se fue quitando poco a poco la ropa. La temperatura era agradable. Parecía que estábamos en un balneario.

Se suponía que yo debía imitar a Nils para entrar en el agua. Le miré un tanto contrariada con los brazos en jarras.

— ¿Qué ocurre, Nassy? ¿Por qué me miras así? ¿Creías que llevaba bañadores en esa mochila? ¡Pues no! Ni siquiera pensaba que ibas a acceder a venir. Contigo todo sucede sobre la marcha. Así es como funcionan mejor los planes, ¿no?

Si echaba un vistazo al cuerpo de Nils, me perdería de lleno en las formas sinuosas de su torso, pero me llamaban mucho más la atención las cicatrices y los tatuajes. ¡Oh! Su cuerpo era ciertamente su propio diario, un disfraz, un traje.

Entonces todo encajó. Mis ojos se fueron de turismo por cada uno de sus tatuajes. Las verdades en su piel se abrían ante mí para ser al fin descubiertas.

Nils pertenecía a una banda, sí. A la banda de los *Canes Venataci*, como la denominada constelación introducida por Johannes Hevelius en el siglo XVII.

Tate tenía razón.

El tatuaje de dicha constelación era el dibujo de un agricultor con el torso desnudo, ataviado a lo romano, llevando en su mano izquierda, una hoz a la vez que tiraba de dos perros de caza, Asterión y Chara y en su mano derecha, sujetaba una lanza.

En otro tatuaje, se podía observar la runa vikinga Teiwaz.  
¡Malditos sean los Canes que le habían arruinado el cuerpo a Nils!

Varias lágrimas traidoras descendieron por mis mejillas. Esos tatuajes los llevaría consigo toda su existencia.

— ¿Quién ha sido tan cruel contigo, Nils?

Entonces sucedió. No respondió a mi pregunta, sino que dejó que su alma le desvistiera para hacerme partícipe de su pasado y presente. Nils se quitó sus boxers, dejando en evidencia, su parte más íntima solo para mostrarme lealtad, para que, al fin, confiara en él. Me estaba ofreciendo su cuerpo repleto de esas verdades que nunca podría desmentir con palabras.

Se acercó hasta mí desnudo, aunque llevara ese pesado traje llamado <<horror>> que le cubría su bello cuerpo.

Le tenía tan pegado a mí que podía respirar su olor corporal y sentir sus mechones dorados cosquilleándome las mejillas.

Me tomó el rostro con ambas manos y besó con extrema delicadeza mis mejillas encharcadas. No podía evitar sentir compasión por él.

Ahora me correspondía a mí desnudarme ante él, sin filtros, sin maquillaje, piel con piel.

Aquel día no solo conocimos nuestros cuerpos, sino que también desnudamos nuestra alma y sellamos un pacto de amistad eterna.

—Siempre he sabido cuidar de mí mismo. Prometo cuidar de ti también— susurró.

Éramos amigos. Y si de algo estaba segura era que Nils me protegería. Ya no había dudas. Ni reservas tampoco.

Me cogió de la mano y se la llevó hasta su pecho donde moría la constelación de Hevelius y renacía la unión más pura de dos jóvenes apasionados por la vida.

Aquel día, las dunas azuladas que formaba el agua, nos condujeron hacia ese lugar donde se unían las estrellas cabalgando por el firmamento.

Sus ojos me pidieron una tregua. No más hachas de guerra. No había razón para forzar más la mecánica del corazón, ni para dar cabida a las evasiones. Estábamos Nils, yo, el agua. Un medio para purificar nuestros cuerpos y limpiar nuestras conciencias.

Dejé que me desnudara y él me permitió que explorara su cuerpo con ternura.

No podía borrar su pasado con tan solo pasar mi mano por sus golpes, ni arrebatarle esos tatuajes que le habían marcado como al ganado. No. Nils quizá fuera un número para esa banda, un código de barras que limitaba su libertad, pero allí no había nadie que pudiera tirar de sus cadenas y forzarle a sentir algo que él no deseaba. La libertad se la proporcioné yo permitiendo que me viera tal y como era.

Se me erizó la piel cuando sus dedos se deslizaron por mis hombros para quitarme los tirantes.

Sentí sus manos torpes como si fuera la primera vez que desnudara a una muchacha. Me percaté de que controlaba sus instintos carnales y más primitivos para no tocar allí donde existía el riesgo de atentar contra mi intimidad.

Bajó la mirada hacia mis pechos y se quedó unos segundos recreándose.

Después me miró maravillado y con un brillo especial en sus ojos azules dijo en voz baja:

— Quien tenga la oportunidad de ir más allá contigo, será muy afortunado.

Podrías ser tú, Nils Vinter, pero los dos sabemos que no podemos rebasar los límites de la amistad. Te muestro mi cuerpo porque tú me has mostrado el tuyo—Deseé decirle.

Él no era el único que portaba historia en su piel. En mi muñeca había una cicatriz muy fea. Yo también tenía un pasado y él nunca me había juzgado por ello.

No me preguntó qué era aquella herida de guerra producida por un objeto afilado.

Tan solo repasó sus dedos por la fina línea blanquecina que cubría parte de mis venas y vislumbré en aquella penumbra, sus ojos vidriosos mientras tragaba saliva.

Los dos teníamos muchas cosas que contar, pero nuestros cuerpos hablaban por sí solos. No me juzgó y yo... Tampoco le juzgué a él.

No éramos los jueces en un mundo de imprudentes. Éramos los ángeles, que vencidos, se arrodillaban ante la vida para ser absueltos, uno al lado del otro, como si estuviéramos cediéndonos un hálito de vida para poder sobrevivir sin alas.

Una misma imagen. Un pasado truncado por los amores incompatibles de nuestros padres. Ellos nos habrían enseñado a amar de verdad, puesto que, al separarse, tuvimos que aprender a amar por partida doble, a dividir y ensanchar nuestros corazones.

Valorábamos más el auténtico significado del amor cuando este se resquebrajaba. Y allí, ambos, sin exigir más de lo que pedían a gritos nuestras miradas y restringiendo nuestras ganas por explotar ese amor que añorábamos sentir, sufríamos de nuevo por no dar rienda suelta a nuestros sentimientos.

No sabíamos hacerlo de otra manera. Éramos lo que nuestros padres nos habían mostrado. Nos enseñaron a amar por separado. Nos enseñaron a sufrir la ausencia. ¿Cómo íbamos a ser capaces de amar si permanecíamos tan cohibidos?

No sabíamos querer sin hacernos daño.

Éramos dos almas transparentes que se entendían a la perfección, pero que habían sufrido mucho. Ahora al reencontrarnos, podríamos aprender juntos y reinventar el amor.

Una vez que estuvimos tan expuestos, Nils dio un rodeo para contemplar mi espalda y mis glúteos.

— Eva...

— Nils...

Ya no había secretos entre nosotros.

Dibujó una línea recta en mi columna vertebral, lo que me hizo dar un respingo.

— ¿Tienes cosquillas, Nassy?

— ¡Augghhh! ¡Sí! — me arqueé.

Nils repitió la misma operación en las axilas y en los costados. No podía parar de reír y él también se reía a carcajadas. Me cogió en brazos y saltó conmigo al agua.

Era fabuloso nadar con aquella luz tan mágica y acogedora.

Desnudos, liberados, dejamos que nuestros cuerpos flotaran como el corcho, sin escuchar nada más que el vacío bajo el agua.

Durante una hora, fuimos peces que nadaban libremente por el mar hasta que casi nos despellejamos vivos.

— Debemos marcharnos— dije—... Se hace tarde.

En todo ese tiempo, no habíamos hablado.

Estaba tan a gusto disfrutando del silencio y de su compañía que no me había percatado de la hora que era.

— Cierto. Normalmente no estoy tanto tiempo aquí, pero hoy se me ha ido el santo al cielo.

— Sí— me ruboricé—. Ha sido buena idea venir.

— ¿Aunque hayamos infringido las normas?

— Sí...

— Si quieres acompañarme otro día...

— No lo creo. No quiero tentar a la suerte.

Ni tener que pagar una multa ni tener que verte de nuevo desnudo— Debí haber dicho, pero solo quedó en un pensamiento.

— ¿A qué te refieres?

— Me refiero a que hemos tenido suerte de que no nos hayan pillado. Quizá otro día no corramos la misma suerte.

Afortunadamente, la misma sala contaba con una zona de toallas.

Salí del agua apresurada cubriendo aquellas partes íntimas que hacía media hora había dejado que Nils contemplase. Me sentía avergonzada. Sí... Nils no me había tocado y yo había estado dispuesta a entregarme a él.

En qué cabeza cabía que Nils pudiera fijarse en alguien como yo, una muchacha huesuda, con los pechos pequeños y redondeados y mis partes aún inexploradas, aunque él lo desconociera.

Me habría lanzado a su cuello de haber percibido una señal que hablara sobre un encuentro más carnal, pero Nils me había rechazado. No se sobrepasó y no sabía si era porque no le gustaba físicamente o porque pretendía ser cortés conmigo.

— No es necesario que te cubras, Eva. Ya...

— Ya me lo has visto todo, sí— terminé la frase por él.

Nils salió del agua. Ambos teníamos la piel arrugada, al igual que nuestros corazones, estrujados en un intento desesperado por declararse sin éxito.

¡Maldito miedo, que limitaba mis acciones y mis sentimientos! No era justo para ninguno de los dos.

— Eres preciosa. No quiero que te avergüences de tu cuerpo, por favor — suplicó mientras acariciaba mi mejilla—. El chico que se meta en tu piel, se volverá loco de remate.

Su pelo, ahora húmedo y enredado, se ceñía en su frente como mi toalla adherida a mi cuerpo.

Retiré los mechones para verle mejor el rostro. Nils no mentía. Sus ojos y su resistencia me lo decían. Estaba deseoso por modelar mi cuerpo con sus manos como si fuera de arcilla; ponerme a horcajadas sobre un torno y dibujar en mi piel formas inexactas hasta que me derritiese y acabásemos desparramados por el suelo. Todo eso me lo decían sus ojos en aquellos momentos.

Nos quedamos como dos tontos mirándonos la boca. Ninguno redujo las distancias que separaban nuestros labios, levemente unidos por un intervalo de varios segundos.

— Será mejor que me lleves de vuelta al Campus— tragué saliva.

¿Qué había sucedido? Había estado a punto de seguir los consejos de mi amiga Tate, la atolondrada <<Solo un polvo>>.

Sabía que no sería solo eso. Sabía que, si permitía que eso sucediera, no lo olvidaría en la vida y que se acabaría para siempre la amistad que nos unía.

Nos vestimos en silencio. Se podía palpar en el aire esa tensión que ambos habíamos creado, pero no dijimos nada en absoluto hasta que su TT aparcó frente a la universidad.

A las diez en punto cerraban el recinto.

— Es hora de marcharme — dije inmóvil en mi asiento.

— ¿Y si te pidiera que te quedaras esta noche conmigo? ¿Lo harías?

No respondí al instante.

— Quizá me dejaría llevar...

— Daría lo que fuera porque volviéramos a cometer otra locura.

Sonreí convencida de que, si Nils tuviera la oportunidad de persuadirme, lo haría, pero

me respetaba.

— ¿Y qué se te ocurriría hacer esta vez? — pregunté temerosa por saber la respuesta.

— Dime que me regalarás tu noche y tu mañana y lo demás correrá por mi cuenta.

Me encogí de hombros.

— ¿Me habrías dejado bajar del coche si te hubiera dicho que no?

Negó con la cabeza.

— Estoy muy a gusto a tu lado, Nassy. Eres peor que una droga. Para desengancharme va a hacer falta algo mucho más milagroso que una desintoxicación.

Nils Vinter ya no me parecía un berserker idiota. Le odiaba un poquito menos ahora que me había mostrado su verdadero yo.

Nos dirigimos hacia un camping llamado Tråsåvika, en Viggja, a casi 24 Kilómetros de Trondheim. La localidad de Viggja pertenecía a la región Midt— Norge, al condado Sør— Trøndelag y al municipio Skaun. La temperatura era de 3 ° según marcaba el termómetro del coche. Hacía un frío que pelaba.

Miré un tanto extrañada a Nils mientras nos desviábamos del camping hacia una carretera sin pavimentar.

— ¿Adónde me llevas? — le pregunté.

La noche estaba tan oscura que ni siquiera podía apreciar el paisaje desde la ventanilla.

— Este es mi hogar. Aquí es donde yo vivo...

En una caravana, sí. Me acordaba de ese pequeño detalle, pero atravesábamos un camino de árboles como si estuviéramos en un bosque.

— ¿Quieres decir que vives a casi media hora de la universidad? ¿Por qué tan lejos?

— No está tan lejos. Aquí respiro aire puro cerca del mar. Puedo estacionar mi caravana durante todo el año en el camping. Tiene vistas hacia el fiordo Trondheimsfjord y, además, por ser yo, me permiten tener a mis dos perros, siempre y cuando no perturben a los demás... ¿Qué más podría pedir?

— Si yo pudiera elegir, viviría en una zona lejos del mundo, por ejemplo, sin un alma a mi alrededor, en una casita de campo con mi propio huerto, un establo donde pudiera albergar varios caballos, alimentar a mis vacas y un corral para mis gallinas. Ese sería mi sueño.

Nils detuvo el vehículo en mitad de aquella fauna y después, me pellizcó la mejilla.

— Un sueño precioso, desde luego...

Suspiré. Nils era atractivo... No era el típico galán descrito en los cuentos de hadas donde las princesas conquistaban a los príncipes guapos y valerosos.

Él era todo menos un caballero, aunque quisiese aparentarlo para agradarme. Preferiría cien mil veces al Nils desaliñado que al Nils meticuloso y organizado.

Llevaba la melena alocada, cuando los príncipes se cuidaban escrupulosamente el pelo; iba vestido de motero con su chaqueta de cuero, cuando los príncipes se ponían atuendos más elegantes. Descuidaba su vestimenta. Esos vaqueros desgastados y rasgados le hacían parecer más macarra, pero le daban un toque *underground* junto con su gorro de lana color rojo fuego.

Los príncipes no llevaban barba y Nils no se solía afeitarse a menudo, pues se la dejaba crecer durante unos días. Por eso amaba el olor a *after shave* cuando se acercaba a mí y me decía <<Hola, Eva Nass>>, aunque ahora me diría <<Hola, Nassy>>.

Me gustaban sus andares. Eran tan característicos que podría reconocerlos en cualquier parte del mundo. Sí, era el temible Nils Can y no me extrañaba que la gente le tuviera respeto. Yo también le temía, pero de otra manera.

— Un sueño inalcanzable— suspiré.

Estaba tan ebria con su compañía que empezaba a perder los estribos. Toda esa fortaleza se iba al garete. Odiaba el maldito efecto Vinter.

— No lo creo. Todo es cuestión de plantárselo.

— Nils, apenas tengo dinero para mantener mi coche destartado.

— ¿Qué modelo es?

— Es el viejo Alfa Romeo 164 de mi padre.

— Todos merecemos una mejor vida, incluso tu coche. Podrías llevarlo al desguace. Allí seguro que te lo despiezan y te dan algo de dinero para comprarte otro.

Me encogí de hombros. Despedirme de mi vehículo no entraba en mis planes. Mientras me llevase por Trondheim, arreglado.

—En cuanto a la casa de tus sueños— se frotó la nariz—. Quizá en un futuro. No sabes qué puede pasar de aquí a unos años. Quizá incluso estés casada y tengas hijos.

Me reí a carcajadas.

— ¿Cómo podría ser eso posible si no tengo aún pareja, Nils? No empecemos la casa por el tejado.

—Eso tiene arreglo.

Vislumbré de nuevo ese brillo especial en sus ojos y no pude sostener su mirada por más tiempo. Era demasiado peligroso ese juego en el que me miraba y yo debía quedarme allí quieta, aguantando la respiración y encarcelando a las mariposas que vivían en mi estómago. Si las encerraba en aquella prisión, Nils jamás podría liberarlas, pero lo cierto era que él tenía el poder de abrir cualquier cerradura. Era mi maldito <<amo de llaves>>, a quien un día, no supe cuándo exactamente, le había otorgado el poder de abrir todas mis puertas.

La noche oscura ofrecía un espectáculo sinigual: el manto negro del cielo sostenía millones de estrellas que se reflejaban en las calmadas aguas del mar y allí estábamos, soportando una atracción fatal oyendo gritar al viento que zozobraba las ventanillas y agitaba el vehículo como si quisiese arrastrarlo hacia el vacío.

— Nils... Tienes que explicarme algunas cosas— bajé la mirada hacia mis pies y jugueteé con mis dedos.

— ¿Cómo qué? ¿Por dónde quieres que empiece?

El viento traía susurros, voces que pertenecían a otro mundo, a otra dimensión y estaban dispuestas a entregarme todas las respuestas del mundo.

— ¿Por el principio, quizás? ¿Con quién te identificas más, con Nils Vinter o con Nils Can?

Desde luego eran dos personas completamente diferentes:

Nils Vinter era orgulloso, hermético como un congelador, quien contemplaba la vida con su corazón de metal reforzado. A veces era extrovertido.

Luego estaba Nils Can, chulo y prepotente que repartía hostias a diestro y siniestro con su chaqueta de cuero, venerado y envidiado por partes iguales.

Y yo no sabía de quién estaba más enamorada.

Por eso sabía que era amor, porque le echaría de menos allí donde fuera si él no me acompañase.

— Nils Can solo existe cuando estoy dentro de la banda.

— Una banda de traficantes...— pude soltarlo al fin.

Nils no lo negó.

— Cuando tenía dieciséis años me marché de casa buscando mi lugar en el mundo. Lo hice con una sola mochila y con el dinero justo para poder pagarme el avión.

— Tus padres— hice una breve pausa para tomar aire y poder continuar —... No digeriste bien que ellos se separaran, ¿verdad? Huiste.

Asintió.

— Necesitaba salir de ese hogar que me asfixiaba. No entendía cómo mis padres habían dejado de quererse. Me era muy difícil asimilarlo y más a esa edad que no se controlan las emociones. Estaba muy enfadado con mi padre. Antes de marcharme le dije que era una mierda por no luchar por mi madre— tomó una pausa. Hablar de su pasado era tan difícil como hablar del mío—. Pero era obvio que la persona que no veía más allá de sus narices,

era yo. Mi madre no se hizo valer. Ninguno de los dos estaba dispuesto a arreglar aquel desastre porque no sentían amor el uno por el otro. Debía tragarme todas y cada una de mis frustraciones para no hacerles daño, pero lo único que conseguía, era hacerme daño a mí mismo. Necesitaba moverme, hacer algo nuevo, sentirme liberado. Toda mi familia es de aquí. Yo nací aquí, pero cuando era muy pequeño, nos mudamos a Dinamarca, hasta que decidí mover mi ficha y aterrizar de nuevo en la tierra que me vio nacer.

Le obsequié con una tierna sonrisa. Sabía lo que se sentía. Yo también había pasado por lo mismo.

Mi madre.

Mi padre.

Yo.

Se suponía que éramos inseparables.

—No te quedaban más opciones. Estabas atrapado.

— Puede que tuviera más opciones, pero por aquellos tiempos, no pensaba con claridad.

Había más... mucho más entre aquellas palabras. ¿Cómo se afilió a la banda? ¿Cómo sobrevivió sin dinero?

— Regresando a mi país de origen— continuó —, esperaba encontrar algún familiar que me acogiese, pero no. Lo único que recibí fueron negativas. Ni mis tíos, ni mis familiares más directos quisieron hacerse cargo de un mocoso adolescente de dieciséis, así que me vi obligado a vagar por las calles como un perro. Pasé hambre, Nassy, mucha hambre y, sobre todo, mucho frío, pero me terminé acostumbrando.

— ¿Por eso no sueles llevar chaqueta?

— No la necesito— admitió—. Me desprendo de las cosas innecesarias. Por eso soy tan terco contigo, porque quiero que te quedes en mi vida.

De nuevo, ahí estaba su mirada pícaro desnudando cada uno de mis poros. Él los desvestía y yo volvía a cubrirlos.

— ¿Te gusta el ajedrez? — pregunté lo primero que se me vino a la mente.

— Me encanta. Soy bastante bueno jugando, aunque a veces, en las jugadas del corazón, acabo bastante tocado como ya te he contado.

— A mí también me gusta jugar.

—Cuando quieras echamos una partida.

—Cuando quieras— me sonrojé.

Hubo una pausa. Nils volvió a la carga y retomó su pasado cogiéndolo desde las entrañas para traerlo al presente y sentarlo en los asientos delanteros del TT.

— Cuando no tienes dinero, ni comida y estás tan enfermo, ves la vida con otros ojos, Nassy. Solo quería morirme. Pensé que había sido un estúpido al pensar que me esperaba una nueva vida aquí en Noruega, pero me equivoqué. Estuve a punto de ver la luz, de morir al fin, pero ni en el infierno era bienvenido— ironizó.

— ¿No te querían allí porque podrías alentar a las chicas?

— Tú siempre tan perspicaz— me devolvió la sonrisa—. Las chicas en el infierno no desean relacionarse con un tipo con el corazón de metal como el mío.

— No seas modesto. Eres consciente de que no pasas desapercibido.

— Ah, ¿no? ¿Y para ti?

No supe qué decir. Nils estaba enviándome señales por doquier y yo no quería darme cuenta.

— No me gustan los chicos con el pelo largo— contesté a punto de explotar de rubor.  
Nils se echó a reír a carcajadas. Utilizar aquella confesión era una forma muy inteligente de evadir su pregunta.

— Podría cortármelo si no te agradase, al igual que hice con la barba.

— ¿Harías eso por una chica? El pelo es sagrado.

— Lo haría por ti.

Negué con la cabeza. No le creía capaz de cortarse la melena solo para contentarme.

— Yo no te lo permitiría. Dejarías de ser tú mismo para ser lo que yo deseo.

— Nassy, mi pelo no me da ningún beneficio. En cambio, tu compañía...— cogió mi mano.

Estuvimos jugueteando con nuestros dedos en silencio mientras nos mirábamos embelesados.

Nils repasaba mis nudillos y yo seguía la línea de la vida de su mano. Nuestros cuerpos se atraían en mitad de la noche. Era algo inevitable como el vendaval llevándose las hojas secas, pero antes de que nuestros labios impactasen, me detuve en seco con el corazón desbocado.

No.

No era el momento.

— Lo siento — confesó tan cerca de mi boca que sentí levemente sus labios—. Voy demasiado rápido.

— No pienso comerme las babas de Brynja— escupí deshaciéndome del cinturón de seguridad con fiereza—. ¡Joder, Nils...! No te pensaba capaz de hacer algo tan estúpido como besarme.

— ¿Te parece estúpido que quiera besarte? — repitió la frase con incredulidad.

Nils se empeñaba en volver a ponerme el cinturón de seguridad para que no me escapara.

— ¡Tú no me desees, Nils Vinter! ¡A ti solo te atrae mi resistencia hacia ti! — grité.

Con tanto forcejeo, conseguí quitarme el cinturón y abrir la puerta del coche. Estaba enfadada conmigo misma. Había bajado la guardia.

Nils bajó del coche a toda prisa y logró superar mis pasos.

— No tienes manera de volver al Campus — me cogió del brazo.

Ambos estábamos en la intemperie y yo no tenía ni la más remota de idea de dónde iba a ir a parar, pero necesitaba perder de vista a Nils.

Me zafé de sus brazos. Él no pretendía herirme.

— No permitiré que te vayas de mi vida. ¿Me oyes? — advirtió mientras me seguía los pasos.

Me dirigía hacia el acantilado. Con la penumbra no era capaz de ver con claridad el camino mientras sorteaba árboles y vegetación abundante.

— ¡Ya me las apañaré! — me di media vuelta y le planté cara—. No sé cuáles eran tus intenciones, pero te has equivocado de pleno conmigo. No soy como las demás. ¡No te quiero para echar un polvo, Nils!

— Lo sé...

— ¡No te quiero!

— Lo sé.

— ¡Tampoco te deseo!

— Muy a mi pesar también lo sé.

Sus ojos y los míos se habían fundido por completo. Nos conocíamos desde antes de

nacer, lo intuía. Estábamos buscándonos a través del tiempo y por fin, en esa vida, conseguíamos hallarnos.

— ¡Ni me gusta tu pelo!

Nils sonrió de medio lado.

— Puedo aceptarlo.

— ¡Odio tu mirada! — seguía gritando como una posesa—. ¡Aborrezco tu manera de decirme *Nassy*! — alargué la ese como el siseo de la serpiente.

— ¡Oh, mi niña...!

El frío congelaba mi garganta y sus palabras derretían el bloque de hielo que formaba mi cuerpo. Este se abría para dar paso a Nils. Pretendía sonar convincente, pero lo que despotricaba mi lengua, lo desmentía mi cuerpo.

— Y— me castañearon los dientes—... ¡No soporto tu boca!

— Yo tampoco me aguanto las ganas de besar la tuya...

Superó la pequeña distancia que nos separaba y me besó. Sus brazos me apretaban con tanta fuerza que pensé que iba a asfixiarme.

Sus labios eran suaves y aterciopelados. Atrapó mi boca con tanta avidez que mi cuerpo flotaba y se dejó manipular por sus brazos, aquellos que había anhelado desde que le conocí. Me dejé arrastrar por el vendaval.

Perdí la primera partida de ajedrez.

Su lengua buscaba como loca encontrar la mía y cuando ambas se acariciaron por primera vez descubrí el infierno y el paraíso al mismo tiempo. Me quemaban las entrañas y me temblaban las partes más íntimas como si Nils hubiera encendido el interruptor o apretado el botón mágico.

Su pelo y el mío se unían para formar parte del viento. Estábamos liberados en plena naturaleza y ésta nos abría las puertas de su casa.

Éramos dos animales nocturnos en un hábitat agreste.

No podíamos dejar de besarnos. Notaba a cada instante sus manos como si amasaran pan en mi espalda. Estábamos extasiados en una burbuja de ensueño y no podía ni quería despegar mi boca de la suya. Podría haber permanecido horas besándolo.

— No puedes irte, *Nassy*.

— No pretendía hacerlo, solo te estaba vacilando.

Dio el broche final mordiéndome el labio inferior.

Descubrí que Nils me había besado con los ojos cerrados.

— No puedo permitir que te hagan daño.

— ¿Quién quiere hacerme daño, Nils?

Nils iba a soltar la bomba de relojería más pesada. Sus secretos pesaban toneladas. Sabía que había algo detrás de su insistencia, de sus citas, de aquella llamada misteriosa de móvil que tanto le hacía perder la sonrisa, de las palizas que recibía... También sabía que mi padre debía tener una buena razón de ser para instalarse en Trondheim cuando me había ignorado durante años. Si a todo aquello se le sumaban los rumores que perseguían a Nils, todo encajaba condenadamente a la perfección.

— De haber dormido hoy en el Campus... Quizá no lo habrías contado, Eva.

No cabía de asombro.

— ¡Tate!

— Tranquila... Sé por mis fuentes que no ha dormido en la universidad. Está a salvo y tú también lo estás. A mi lado siempre lo estarás.

— ¿Qué es lo que está pasando, Nils? ¿Qué es eso que tanto te cuesta decirme?

— Vayamos al coche. No quiero que te congeles.

Me tiritaba el corazón. Hacía un momento me latía apresuradamente con ese beso de amor y después... Se detuvo.

Estaba muerta de miedo porque al fin Nils confirmaría mis sospechas.

Tomé asiento de nuevo. Nils arrancó el motor que rugía como un jaguar en mitad de un bosque tropical. Después, se puso en marcha hacia el camping.

— Llevaba años viviendo en la inmundicia, en la calle, Eva. Robaba a menudo para llevarme un mendrugo de pan a la boca y bebía agua de las fuentes que me encontraba a mi paso. ¡No sabes por el infierno que pasé...! Cuando estaba en las últimas por aquellas fiebres que casi acaban con mi vida, me encontré en medio de aquel callejón a dos perros que me olisquearon creyendo que era comida para llenar sus buches. Creí que estaba delirando. Veía a los perros como si fueran monstruos de ojos rojos y pelaje negro. Hice aspavientos con mi mano para ahuyentarlos, pero ellos continuaron su labor lamiendo la piel que sobresalía de mi vestimenta roída. Recuerdo que un hombre, cuyas formas eran inexactas en la oscuridad, dijo: <<Hey, chicos, dejad tranquilo al chaval>> Tiritaba de frío. Aquel hombre tuvo compasión por un muchacho acabado. Ya no tenía ni siquiera aspiraciones en la vida. Solo esperaba la llegada de mi muerte, triste y desamparado. Había abandonado cualquier atisbo de esperanza.

Varias lágrimas mojaron sus mejillas y yo se las aparté con los dedos. ¡Estaba tan nerviosa...! Me apenaba escuchar aquella triste historia que formaba parte del pasado de Nils.

— Aquel hombre de smoking, me salvó la vida. Se llamaba Logan. Logan Can. <<Venga, muchacho, levántate y anda. Te pondrás bien>> Me dijo. Me costaba sobremanera levantarme. No conocía a ese hombre. Nunca le había visto. Había mostrado más compasión por mí que mi propia familia. Los perros me ayudaron a levantarme.

Alcé mis cejas sorprendida.

— Sí— continuó con su testimonio—. Los perros me ayudaron. Logan me tomó por los hombros y como pudimos, me metí en los asientos traseros de un coche. <<Te llevaremos al hospital, chico>> Me informó. Solo me quedaba confiar en un extraño. Cuando mi cuerpo se acopló en aquel asiento de cuero negro, me sentí tan cómodo que me quedé semiinconsciente. Me acuerdo que los dos perros no se separaron de mí en todo momento. Notaba sus lenguas lamiendo mis heridas y apartando la suciedad de mi piel. Logan era un hombre de unos treinta años y siempre sonreía. Cuando desperté de mi letargo, mis ojos se adaptaron a una tenue luz en una pequeña y cálida habitación donde no había ni un solo mueble ni una ventana. Los dos perros seguían a mi lado. No eran monstruos de ojos rojos. Eran dos preciosos pastores alemanes. El más robusto, me lamió la mano. Me dolía todo el cuerpo, pero pude incorporarme para acariciar la cabeza del animal.

>>Entonces, volví a escuchar la voz de mi salvador: <<Hola, chico>>. Y yo le dije: << ¿he muerto?>>. Logan Can me había llevado a su mansión, donde disponía de servicio médico privado. Se sentó a mi lado y me contestó: <<Has dormido durante tres días. Creíamos que te habíamos perdido. Tenías fiebre muy alta. Te estamos tratando con antibióticos para paliar la infección>>

>>No era un hospital. Aquello era una gran vivienda, la mansión de los Canes, quienes formaban parte de una banda que se originó en 1978 en Noruega y que se extendió por Europa del Este, que traficaban y exportaban droga. Necesitaban hombres para hacer el trabajo sucio y yo me sentía en deuda con Logan, así que accedí a ser ese hombre con tal de tener dinero para poder sobrevivir. Vinter se sustituyó por Can. Todos los hombres que trabajaban para Logan formarían parte de los Canes. Tendrían su lugar en la mansión, coches de lujo, protección y, además, no nos faltarían

chicas para entretenernos. A simple vista, me pareció mejor idea que vagar por las calles hambriento y en estado febril.

— Quizá yo también habría accedido, Nils. No tenías más opciones.

— Sí las tenía. Podría haber vuelto con mis padres, pero me venció el maldito orgullo. Si regresaba, mataría a mi padre. Volví a saber de ellos más tarde. Escribí a mi madre diciéndole que estaba bien y que lamentaba haberme ido sin avisar, pero que ya había rehecho mi vida y que no iba a volver. La sigo enviando dinero y sé que mi padre no está bien de salud...

— Lamento por todo lo que has tenido que pasar...

— Gracias. Lo que quería pedirte la primera vez que te conocí, era que te alejaras de mí...

— ¿Lo dices porque eres un Can?

— No, Nassy. Lo digo porque corres un gran peligro. Los de la banda...

— ¿Qué me estás queriendo decir, Nils? ¡Dímelo de una maldita vez!

Llegamos a la entrada del camping.

— Necesito que duermas aquí unos días. Al menos hasta que lo haya solucionado.

— ¿Qué tienes que solucionar? ¿Por eso te han pegado esta paliza? ¿Ha sido por mí?

— sollocé.

Nils dejó el coche a unos pasos de su caravana. Me tomó el rostro con ambas manos y me besó la frente.

— Necesito que seas fuerte. Necesito protegerte, Nassy. Por eso es tan importante que confíes en mí, ¿vale? — susurró tan bajito que parecía una nana—. No tienes nada que temer a mi lado.

Salimos del coche con los corazones a punto de estallar. Dos pastores alemanes corrieron para saludar a Nils y después me olisquearon a mí.

— Es la chica de la que os hablé— se dirigió a los perros—. Ella es Eva y ellos son Eleanor y Levis—hicimos las respectivas presentaciones hocico—mano. Me lamieron y se sacudieron en mi pantalón para dejarme su olor.

Nils hablaba con sus perros y eso me pareció muy tierno. Los acariciaba y jugueteaba con ellos. Una persona que amaba a los animales, nunca podría ser mala persona. Y fue allí donde me di cuenta de cómo era el fondo de Nils Vinter. Noble y humilde.

— Parece que les caes bien — sonrió.

La caravana era de diseño, reconfortante y elegante. De color gris metalizada por fuera y por dentro, ancha y decorada con muebles de color negro y revestimientos blancos. Nils tenía muy buen gusto por el minimalismo.

Tuve que tomar asiento en un puff porque mis piernas eran de gelatina.

Nils me sirvió agua y después le puso de comer y de beber a Eleanor y a Levis. Había ampliado el interior de la caravana y añadido un compartimento donde dormían sus perros. Era algo así como una salita de estar.

Nils se dio cuenta de que examinaba su caravana.

— No quiero que duerman fuera con el frío que hace. Espero que no te moleste que estén aquí dentro, con nosotros.

— No, claro que no— le respondí friccionando mis manos en busca de calor.

— ¿Tienes frío?

— Un poco, pero estoy muy a gusto.

— Me alegro mucho de que estés aquí.

— No puedes contármelo, ¿verdad? Por eso te han dado esta paliza. Para que no te

vayas de la lengua, ¿me equivoco?

Nils no dijo nada al respecto. Se dirigió hacia el botiquín que estaba cerca de la cocina y cogió unas gasas, agua oxigenada y povidona yodada para desinfectar las heridas.

— Déjame hacerlo a mí— pedí cogiendo las gasas—. Siéntate, por favor.

Estando uno frente al otro, Nils no podía ocultar su tristeza.

— No va a ser necesario que las palabras salgan de tu boca, Nils. Voy a contarte lo que creo que está sucediendo y si no es verdad, niégamelo. Recuerda que estás en período de prueba y no puedes mentirme o me perderás para siempre, te lo juro. Odio las mentiras.

No era una amenaza. Era una advertencia.

Asintió con la cabeza.

— No te mentiré, te lo prometo.

— Bien... Vamos allá. Intentaré ser lo más breve posible— cogí aire antes de proseguir—. Sabes que estoy en peligro, al igual que lo sabe mi padre. Él es policía y especialista en estupefacientes. Ha venido a Trondheim por cuestiones laborales. Tú has intentado decirme en incontables ocasiones que algo no va bien, pero nunca te has atrevido porque— Nils escuchaba con atención. No había negado nada hasta ese momento—... Es tu banda la que me persigue. Lo que no sé es quién te propina las palizas. ¿Es Logan Can, sus secuaces? ¿Quién, Nils?

Negó con la cabeza. Se irguió levemente cuando de su herida, brotó espuma al recibir agua oxigenada. Estaba infectada.

—No puedo negarlo, pero... Hay cosas que son muy delicadas, Nassy.

— Estamos solos. Nadie puede escucharnos.

— Que nosotros sepamos, no, pero nunca se sabe.

— Bien. Si es eso lo que te preocupa, escríbemelo, por favor. Mándame un Whatsapp.

— No puedo fiarme de tu móvil. No sé si tu padre ha puesto un chip o algún dispositivo que le permita rastrear o escuchar conversaciones. No podría hacerlo mediante ese medio. Si lo prefieres, lo escribiré en un papel.

— De acuerdo.

Medio lado de su bello rostro se quedó sepultado por el color amarillento de la povidona y la hinchazón.

Se dirigió hacia un escritorio donde reposaba su portátil y abrió un cajoncito donde guardaba folios. Tomó el bolígrafo entre sus dedos trémulos y escribió:

***Lo canes te buscan.***

***Quieren que tu padre se aleje de Trondheim.***

— ¿Y qué quieren de mí exactamente? — pregunté horrorizada sintiendo que se me revolvían las tripas.

A Nils le costaba horrores continuar con aquella conversación. Hizo acopio de valor antes de volver al papel:

***Quieren que te secuestre para amedrentar a tu padre.***



Me levanté como un resorte cuando escuché <<secuestro>> en la boca del temible Nils Can. No era fácil mantenerse serena con semejante muchacho.

El efecto Vinter no solo conseguía dejarte noqueada y te hacía elevarte a la enésima potencia, sino que, además, se sentía el miedo y la inseguridad con mucha más intensidad. Experimentabas las emociones al igual que si practicases paracaidismo.

— ¡Ni se te ocurra tocarme, Nils! — advertí desafiante con mi dedo índice.

Pero Nils hizo caso omiso y con calma, se aproximaba a mí para sosegarme. Su mirada pícaro mordía la mía, indefensa y contrariada. Se estaba divirtiendo. Parecía un león a punto de aplastar a su presa. En efecto, yo era su recompensa.

— Nunca lo haría. Dije que cuidaría de ti, no que quisiera secuestrarte en mi caravana. Aunque— dudó—... No me parece una idea tan descabellada retenerte en mi vida, ¿no lo crees? Tú, los pastores alemanes, esta caravana... ¿Tienes un plan mejor que este?

Tragué saliva amarga.

— Ahora mismo no estoy para pensar ¿Vas a matarme? ¡Hazlo ya! No esperes más.

Nils sonrió y al hacerlo se le vieron dos hoyuelos preciosos una a cada lado de sus mejillas.

Cogí el pomo de la puerta con la intención de huir. El imponente Nils me hacía desear echarme a sus brazos y huir después o quizá fuera al revés, huir y volver a sus brazos.

— De haber querido matarte, ya lo habría hecho, Nassy. Deberías hablar con tu padre y pedirle que se marche de Trondheim. Si sigue metiendo las narices donde no le llaman, podría meterse en un buen lío.

— ¿Qué queréis de él?

Nils se dirigió rápidamente hacia el salpicadero donde había dejado el cuaderno para anotar:

**Tu padre pretende dismantelar nuestra banda. Está a punto de descubrirnos. Y no, Logan no me ha hecho esto. Él nunca ha faltado al honor. Estos golpes solo los producen los torneos de los Can&Fel. Lucho contra un fel cuerpo a cuerpo, sin armas de por medio.**

Claramente Nils era un bruto desalmado al que le atraía la violencia.

— Espera, ¿qué es un fel? — le pregunté empujándole para recuperar cierta ventaja y mantener las distancias—. ¡No, no me lo digas! Los fels son otro grupito de narcotraficantes.

— Así es...

Me crucé de brazos decepcionada con toda aquella historia. ¿Continuaría pensando que Nils abandonaría esa horrible banda por mí?

No solo yo corría peligro. También lo corría mi padre. Debía establecer un plan para que nadie saliera perjudicado.

— ¿Y crees que, porque me quede aquí a dormir una semana, estaré a salvo yendo a la universidad por las mañanas? No estaré segura durante el día.

— Yo también voy a esa misma universidad, Nassy. No vas a estar sola. Te estaré vigilando las 24 horas si hace falta.

— Nils...— me puse de morros.

— Eva...— me imitó.

— Estoy hablando en serio. ¿En una semana harás que tu banda abandone la idea de secuestrarme? No entiendo nada. Esto es muy enrevesado.

Nils se tomó su tiempo. Se dirigió hacia el frigorífico y sacó dos cervezas.

— Vamos a salir al porche. Te gustará. En tan solo diez minutos te he propuesto los dos mejores planes del mundo, pero no hay nada que se compare con una cerveza. ¿Te apetece? — me guiñó el ojo y pellizcó mi mejilla.

Di un respingo al notar sus dedos fríos. Admitía que estaba muy asustada.

— No tienes que temerme... Te prometo que soy de fiar— insistió—. No podría hacerte daño sin antes hacérmelo a mí mismo.

Aquella historia del torneo me parecía muy extraña considerando la magnitud de sus golpes.

Los dos pastores alemanes salieron escopetados meneando sus colas en cuanto escucharon que Nils abrió la puerta.

Detrás del camping, había una explanada donde los perros podían desfogarse y aprovechar para correr y jugar.

— Cuando ellos me encontraron — habló de ellos—, prometí que los cuidaría como lo hicieron conmigo. Les daría la vida que se merecían. Logan me permitió quedármelos. A veces me sentía como si fuera uno de ellos. Un perro. ¿Acaso no lo soy? Soy un Can, un perro de la noche como nos llaman los fels, porque mi gente se mueve en horas golfas para traficar, después de las doce. Podríamos pasar por unos putos vampiros. No chupamos sangre, pero succionamos vida. ¿Sabes cómo me llaman en la banda?

Negué con la cabeza. Escuchaba atentamente las palabras de Nils. No había nadie a nuestro alrededor. Las luces de las cabañas de madera que ocupaban el camping, estaban apagadas y no se oía ningún ruido más que los jadeos de Eleanor y Levis.

— La cenicienta. Así es como me llaman — detalló pegando un trago a su cerveza.

— ¿Y a qué es debido? No veo tu corona por ninguna parte. Tienes de princesa lo que yo de astronauta — bromeé.

— Porque siempre me recojo antes de las doce. Soy el estudiante... El que tiene que madrugar porque tiene universidad por las mañanas, así que debo organizarme bien para que me dé tiempo a todo. A veces me toca trabajar por la noche, pero no siempre.

— ¿A qué te dedicas exactamente en esa maldita banda?

— Me encargo de que la mercancía esté en perfectas condiciones y debidamente empaquetada. Reviso el transporte... Al menos esa es mi misión ahora.

— ¿Existe la remota posibilidad de que puedas abandonar la banda?

Nils se encendió un cigarrillo. Tenía las dos manos ocupadas. En una tenía la cerveza y en otra, el cigarrillo. ¡Y yo con ganas de que me diera la mano...! Así era imposible.

La temperatura era gélida, pero al menos no corría el viento.

—Ni siquiera he pensado en ello. Con el dinero que gano me pago la universidad y mis caprichos.

— Entonces... Una vez que entras en ese maldito mundo, ¿ya no puedes salir? ¿Eso es lo que quieres para el resto de tu vida?

— No se puede vacilar en un mundo donde no hay posibilidades. Yo no elegí esta vida, Eva. Quiero que te quede bien claro que esto no lo busqué. ¿Con qué dinero podría haber empezado de nuevo? No tenía absolutamente ni una moneda en mis bolsillos roídos... Logan me dio una oportunidad para avanzar y estudiar. Nadie dijo que la vida fuera sencilla. Se puede elegir cuando tienes todas las opciones encima de la mesa. Yo solo tenía una y accedí teniendo en cuenta las consecuencias. Lo cierto es que — dio una calada honda—, yo sería de los últimos en ser descubierto porque mi trabajo es revisar y dar el visto bueno. Peor lo tienen los camellos Rob y Pet. Ellos sí que están expuestos a diario. Accedieron pesar de todo y muy religiosamente se les

paga. Tienen un sueldo mejor que el mío. Eva... Si me quieres en tu vida— me miró con un brillo especial en sus ojos a la luz de la luna—, tendrás que quererme con mi pasado. Todo va en un pack. No se me permite abandonar la banda y quizá algún día paguemos todos por ello.

— ¿Te das cuenta de que le estás confesando todo esto a la hija del policía que desea desmantelar vuestra banda?

Nils aplastó el cigarrillo y se amasó el cabello rubio con la mano.

— Confío plenamente en ti, aunque tú aún no te fíes de mí.

— Pues que sepas que no me trago lo del torneo. ¿En qué consiste exactamente, en mataros a hostias? No le veo la gracia.

Eleanor empezó a rebozarse en la hierba.

— Lo comprendo y haré que creas en mí cueste lo que cueste. Mañana tenemos una reunión importante con los fels en el hotel abandonado de la ciudad. Logan quiere hablarnos sobre el balance de este año que se acaba. Diciembre se acaba, Nassy. El torneo se basa en medir la fuerza y la resistencia de uno y de otro. Los fels, <<los gatos callejeros>> como así les llamamos nosotros, conciertan una pelea en un lugar seguro y se lo hacen saber a Logan. Él elige a uno de sus hombres para la batalla... Yo soy su mejor hombre en combate.

— ¡Eres su perrito faldero, Nils! No puedes permitir que te ordene pelear si no es tu deseo. Las peleas callejeras son ilegales. ¿Has visto cómo tienes la cara? ¡Por favor, Nils... tienes que reconsiderarlo! — le agarré del brazo.

— ¿Ahora te preocupas por mí?

— Sí. Somos amigos, ¿recuerdas?

— ¿De qué tienes miedo? — Nils se puso serio. No habíamos tenido un buen inicio, pero... ¿qué éramos en esos momentos?

— Yo no le temo a nada ni a nadie— afirmé con el ceño fruncido—. Ni siquiera ahora que voy a estar secuestrada las 24 horas del día.

— No voy a secuestrarte. Tienes una semana para convencer a tu padre y que se marche. Mientras tanto, intentaré apaciguar las aguas en la banda. Hablaré con Logan y le pediré que te exima de cualquier cargo que tenga que ver con las acciones de tu padre, pero mientras tanto, me tendrás que soportar día y noche.

— Mi padre solo hace su trabajo— defendí.

— Tu padre no sabe dónde se mete. Los hombres de Logan son muy peligrosos y no les cuesta nada apretar el gatillo si reciben la orden...

Me puse tensa. Cuando veía a Nils en ese estado... Me alejé unos pasos.

— ¡Nassy, deja de pensar que voy a agredirte! Jamás— me levantó suavemente el mentón—... Jamás te pondría la mano encima, ¿me oyes? Antes me corto las manos.

Eleanor y Levis se pusieron a jugar mordiéndose el lomo, las orejas y el rabo.

Nils me acarició la mejilla y se levantó una leve brisa.

— Si supieras las ganas que tengo de volver a besarte...— miró mi boca con hambre.

Eleanor comenzó a escarbar donde antes se había rebozado como una croqueta. Sus patas lanzaban tierra por doquier. Aproveché la distracción para poner distancia entre Nils y yo. Debía evitar a toda costa cualquier acercamiento. Si él estaba al tanto de mi posible secuestro, tenía que andar con pies de plomo, puesto que quizá la pretensión de Nils era hacerme creer que era inofensivo para después entregarme a su banda...

Nils se mordió el labio y lamentó no obtener ese beso que se había quedado en el aire y que había sido arrastrado por una corriente de dudas. ¿Conocía a Nils realmente? Si tenía que hacerme esa pregunta a mí misma, quizá debía reconsiderar si permanecer a su lado era lo más

apropiado.

— Nassy... No supe cuál era mi misión en el mundo hasta que la banda me habló de ti— se acercó unos pasos y yo me alejé—. Necesito protegerte.

— Eso es porque existe el riesgo de que no salga viva de todo este embrollo y por eso te comprometes a protegerme, porque te sentirías culpable si no lo hicieras...— negué con la cabeza sintiendo punzadas en mi corazón.

El aire gélido congelaba mis huesos. Tenía miedo.

— Te deseo... no voy a negártelo— me tomó de la mano y rebasó los límites. ¿Acaso había límites entre nosotros? Ni siquiera había fronteras en nuestra piel que no hubiéramos liberado ya, excepto nuestro sexo, aún sin explorar.

Unió su frente a la mía. El vaho que salía por su boca, entraba en la mía como si su alma quisiese instalarse en mi interior para siempre.

— Pase lo que pase, Eva... Quería que supieras...

— Tienes mucho que decirme, Nils. Demasiados secretos inconfesables entre tú y yo, ¿no crees?

— Y te juro por mi vida, Nassy, que todo es cierto. Tan cierto como que yo... Tú... eres mi chica— murmuró.

A Nils le costaba sobremanera expresar lo que sentía. ¿Acaso me amaba? Lo dudaba. Quizá era pura atracción. Yo también le deseaba. Por supuesto que sí y cada vez me costaba más resistirme.

— Si voy a ser *tu* chica— dije haciendo énfasis en el adjetivo posesivo <<tu>>—, no soy de las que comparten a su chico con otras. ¿Serías capaz de ser fiel solo por esta vez? Puesto que no voy a permitir que...— me puso un dedo índice en la comisura de mis labios para silenciarme.

— Eva Nass es territorial... ¡interesante! — me besó dulcemente.

Nils no podía solucionarlo todo con un beso, aunque volver a hacerlo me había hecho regresar a mi paraíso particular. No existían bandas, ni la figura de mi padre ensombreciendo el momento, ni los secretos que Nils aún guardaba y no se atrevía a contarme, ni mis secretos que aún no le había revelado y no pretendía hacerlo nunca. Nuestros besos eran puros y sinceros a pesar de omitir ciertas verdades entre nosotros, pero no nos mentíamos cuando nos besábamos. Ese era el momento más sincero que compartíamos.

Nils me mimó mucho la primera noche en su caravana. Cocinaba muy bien. Puso salmón ahumado y arroz de guarnición. Le favorecía esos aires de chef entregado en los fogones. Tenía su punto sexy.

— Tienes que comer, Nassy — me decía mientras él devoraba su plato como un auténtico vikingo.

Repitió varias veces cuando yo aún no había terminado.

— Nils, si comiera tanto como tú, triplicaría mi peso. Eres de las típicas personas que comen hasta reventar sin ganar un solo gramo, ¿verdad?

Eleanor y Levis estaban también comiendo en sus respectivos cuencos. Se les oía masticar desesperados.

— Todo lo que como lo consumo en los torneos.

— Dichosos torneos— bufé—... Lo único que hacen es destrozarnos la cara.

— Y dan muchísimo dinero, Nassy. No te imaginas lo que se apuesta en ellos. Estoy en la semifinal.

— ¿Y qué ganas tú con todo esto?

— Privilegios. El ganador del torneo elige el premio. Ya he ganado dos veces...  
— ¡Sois todos unos brutos!  
— Depende de cómo se mire, Nassy. Esta final es importante. Me enfrento al mejor fels de la historia.

— ¿Y quién es ese fels?

Nils me miró dubitativo. Estaba compartiendo una información muy valiosa conmigo.

— Víctor Lunier.

— ¿Lo conozco?

Se encogió de hombros.

— No exactamente. ¿Te gusta el brócoli? — cambió radicalmente de tema.

— No me gusta. ¿A qué te refieres con que no lo conozco exactamente? — Pregunté totalmente intrigada. ¿Quién era Víctor Lunier y por qué Nils ocultaba su identidad?

— Eva... Me estoy jugando mucho compartiendo esta información contigo.

— Comprendo.

— Bueno, ¿qué te ha parecido la cena?

— Estaba todo muy bueno. No sabía que...

— ¿Que sería capaz de valerme por mí mismo? — terminó la frase por mí—. Siempre he sido muy independiente, aunque ahora quiera estar a tu lado y enseñarte mis dotes culinarias. Tengo un gran repertorio que pienso mostrarte cada día. Quizá con la comida pueda enamorarte si así lleno tu buche— sonrió complacido.

— No me creo lo que veo.

— Pues sí. No lo hago para impresionarte. Simplemente soy así, un chico práctico.

Se levantó cogiendo su plato para llevarlo a la pila junto con el resto de la vajilla sucia.

— Espera, Nils... Friego yo los platos.

— Perfecto.

Me remangué la camisa y empecé a enjabonar los platos.

— ¿Qué tal si lo hacemos juntos? — propuso divertido.

Nils me abrazó por detrás. Su cuerpo estaba ardiendo. El agua cubría nuestras manos hasta el codo. Nos estábamos divirtiendo como dos chiquillos chapoteando en el agua. Me salpicó y yo le devolví el gesto. No había nada impuro en aquella escena: él y yo riéndonos, y el mundo siguiendo su curso. Estábamos viviendo un sueño en nuestra burbuja protectora.

La cama era grande para el espacio tan reducido que había, pero muy reconfortante y mullida. Lo aprecié en cuanto tomé asiento.

— Buenas noches, Nassy — me besó en la mejilla mientras se ponía la chaqueta de cuero y se aseguraba de que llevaba el paquete de tabaco y la cartera en los bolsillos.

— ¿Adónde vas?

— ¿Se te olvida que tengo una doble vida? Tengo que trabajar. Solo te pido que seas discreta y no le comentes a nadie nada sobre el tema. Ni siquiera a tus amigos, Eva. Esto tiene que quedar entre tú y yo. Solo estaré fuera un par de horas. Eleanor y Levis cuidarán de ti mientras me ausento.

— ¿Vas al torneo?

— No, Nassy. Hoy solo tengo que verificar un envío. Mañana quizá me ausente más tiempo por la reunión de la que te he hablado.

— Mañana había quedado con mi padre para comer.

— De acuerdo. Estarás segura con él mientras yo me ausento — suspiró aliviado.

— Y después iré a tomar té con Muriel. La veo una vez a la semana.

Nils arqueó una de las cejas.

— No me parece buena idea, Eva. Deberíamos quedar cuando termines de comer con tu padre.

— Necesito verla.

— Nassy...

— ¡No, Nils! No puedes apollarme. Antes de conocerte, hacía mi vida normal. Sabes lo que es que te priven de libertad, así que no lo hagas conmigo.

— De acuerdo, Eva, pero iré contigo.

— Es que a Muriel no le gustan las visitas sorpresa.

Él no era mi guardaespaldas. Nunca me había hecho falta uno, aunque papá fuera policía. Desde pequeña me enseñó a ser independiente.

— Iré sola.

— No.

— Sí...

— ¡He dicho que no! No voy a consentir que vayas sola a ninguna parte.

Me crucé de brazos indignada. Nils era terco como una mula.

— ¿Y qué debo hacer? ¿Dormir aquí sola?

— No estás sola. Tienes a Eleanor y a Levis — me guiñó el ojo.

Me obligó a meterme en la cama y me arropó con las mantas. Después se despidió con un beso rápido en los labios.

— Buenas noches, mi niña. Estaré deseando volver para acurrucarme contigo bajo las mantas.

Me sonrojé.

— Buenas noches, Nils.

Y tras oír el crujido del motor en la noche, se hizo el silencio.

Noté el aliento de Eleanor a mi lado. No estaba sola. Me protegían mis dos nuevos amigos peludos. Me sentía bien. El miedo no era más que producto de mi imaginación. Aquello era el paraíso y tener a Nils a mi lado, superaba mi realidad aplastante. Aquello, en definitiva, era un sueño, aunque debiera ser mi pesadilla.



— No puedes huir...

Estaba inmersa en un sueño muy profundo donde iba a morir o al menos eso parecía a juzgar por el empeño que ponía mi contrincante blandiendo su espada y buscando mis puntos ciegos para que no me adelantase a sus movimientos y giros de muñeca improvisados.

Los pocos detalles que apreciaba era la rapidez con la que me movía con la espada y escudo en mano. Estaba batallando, sí, como si fuera una guerrera vikinga en un campo repleto de hombres, sangre y sudor.

Sentía los mechones de mi pelo adheridos a mi frente, la armadura apretando mis costillas y el frío desafiante, pero no era capaz de detectar olores o de apreciar el lugar donde me hallaba.

La hoja de mi espada chocaba tan fuerte contra la del enemigo que incluso saltaban chispas. El hombre que se empeñaba en matarme era muy alto y fibroso, de ojos azules y pelo rubio, de unos veinticinco o treinta años.

Había conseguido golpearme el costado con la empuñadura de su espada. Caí al suelo de bruces y antes de que mi enemigo me asestara el último golpe mortal, desperté sobresaltada con la mano en el pecho.

Eran las 3 y 30 de la madrugada y Nils no había llegado. Eleanor y Levis dormían plácidamente a los pies de la cama y una luz muy tenue se filtraba por la única ventanilla de la caravana que estaba al lado de la puerta. Ni un ruido.

Había pasado tanto miedo que me aferré a la almohada y no la solté hasta que me cercioré de que solo había sido una pesadilla. Aquel sueño había sido tan vívido que aún podía sentir la ira de mi enemigo como si siguiese frente a mí desafiándome con la mirada. Pese al odio, también percibí un atisbo de amor en su mirada furibunda. ¿Se podía amar y odiar al mismo tiempo?

A pesar de tener miedo, me sentía segura con los perros guardianes de Nils. Sabía que ellos me protegerían hasta que apareciera su dueño, quien también era dueño de mi corazón. Él se lo había ganado con sus muchas tretas.

¿Quién era en realidad la persona que se hacía pasar por mí en esos sueños? ¿Podría ser yo misma en otra vida? ¿En qué cabeza cabía que aquella guerrera podría ser yo o algún antepasado mío? Era obvio que estaba influenciada por el rollo vikingo que el señor Riodhr nos había metido en la sesera. ¿Podría ser la guerrera Mildri?

Quizá, pero eran solo suposiciones.

Para volver a la realidad, me centré en el beso cálido que Nils me había dado cerca del acantilado. Ese había sido nuestro primer beso.

Rememorándolo, volví a experimentar el mismo mariposeo en el estómago, la suavidad de sus labios esponjosos y la humedad de su lengua. Tenía grabado en mi mente su cuerpo desnudo enteramente a mi disposición y su integridad cuando fuimos a Pirbadet a bañarnos.

Quizá podríamos haber hecho el amor como bien era nuestro deseo, pero nuestra intención no había sido la de desfogarnos como dos animales nocturnos, sino la de conocer los límites de nuestros cuerpos, necesitados de caricias y deseosos por ser mapeados con los dedos.

Lo cierto era que no estaba preparada para ese momento. Aún no. Y mucho menos con Nils. Aquello no duraría. En cuanto le diese a Nils lo que deseaba, se cansaría y terminaría dejándome. Él era un alma libre. Tan libre como lo era yo. Ambos conocíamos de sobra lo que era el compromiso y lo que habría que sacrificar si abandonásemos nuestra amada libertad por una simple atracción adolescente.

Éramos conscientes de lo que había, aunque no estaba segura de querer que sucediera,

de dejar a Nils. No se podía acabar algo que nunca había empezado. No éramos más que dos personas alocadas con ganas de devorarnos vivos. Quizá eso era lo que muchos conocían como el amor. Yo solo viví el desamor, justo lo contrario, así que era difícil entender lo que sentía y muchas veces me daba hasta miedo reconocer que lo amaba. No quería esperar nada de él. Así, si llegaba la ruptura, toleraría el dolor como ya lo hice una vez con mis padres, la supuesta pareja ideal.

Creía estar inmunizada al dolor, pero si aquello era amor, resultaba ser muy cruel, pues cuando Nils no estaba a mi lado, me dolía respirar.

Al poco tiempo de despertar, escuché el ruido de unos neumáticos aplastando la gravilla. Era Nils. Lo sabía por el rugido del motor, como si fuera el gruñido de un perro.

Suspiré hondo. Apenas había dormido. No era mi casa, ni mi cama y, además, una banda pretendía secuestrarme para intimidar a mi padre, quien al parecer les estaba pisando los talones.

Mi cerebro se mantenía en constante alerta y era imposible conciliar el sueño.

Escuché la llave entrando en la cerradura. Eleanor y Levis se dirigieron hacia la puerta. Obviamente era Nils. Los perros movían sus colas al recibir la caricia de su amo.

Desde mi posición y en la penumbra, me encontré con los ojos de Nils que me miraban desde su oscuridad.

— ¿Por qué has tardado tanto? — le pregunté.

Nils permanecía en las sombras. Solo resaltaba el brillo de sus ojos azules aguamarina. Le costaba mantener el equilibrio.

— He estado mirando la noche ¿Y sabes qué? Me he dado cuenta de que nada se asemeja a tu belleza. Ni siquiera la propia aurora boreal...

Su voz rota hizo saltar todas mis alarmas. Salí de la cama a toda prisa y me detuve a unos pasos de él. Olía a alcohol y sabía a sangre cuando sostuve su rostro con ambas manos y lo besé. De nuevo, más golpes. Lo arrastré hacia la luz de la lámpara para contemplarle mejor y lo que vi, me horrorizó.

— ¡Oh, Nils...! ¿Qué te han hecho? Esto no puede ser por el torneo. Me dijiste que hoy solo ibas a encargarte de revisar la mercancía.

— Mi niña...— susurró en mi cuello mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por tenerse en pie.

Trastabillamos y caíamos encima de la cama.

— ¿Qué me estás ocultando, Nils? ¿Cómo pretendes que empecemos algo si no hay más que secretos entre nosotros? ¡No puedo permitir que esa gentuza te mate! Eres un berserker idiota y cabezota.

— Y tú eres tan preciosa, Nassy — me acarició la mejilla mientras me miraba embelesado—. No sabes las veces que he soñado con tenerte entre mis brazos. Admito que he sido un patoso. No he sabido expresar lo que sentía por ti en este tiempo... Soy un berserker idiota. He arriesgado demasiado.

Habíamos vivido tanto en tan poco tiempo que hasta me daba pavor. Le amaba más que a mi propia vida.

— Debes descansar, Nils... Voy a por las gasas y a por agua oxigenada. Alguien tiene que curarte.

— No... no te muevas. Te quiero así, muy cerca.

— Nils...

— Dime Nils así, cerca de mi boca. Haz que vibre por esta noche. Bésame...

— Nils, estás borracho. Mañana no te acordarás de esto.

— Te llevo anclada en mi alma, ¿cómo quieres que te olvide? Imposible...

Su boca y la mía se buscaban como dos imanes que vibraban para encontrarse. El sabor metálico de sus labios reseca mi garganta. Nils había vuelto a recibir una reprimenda. Me había engañado. No sabía con qué fin, pero debía averiguarlo.

Eleanor y Levis gimieron. Ellos olían mi miedo. También olían las heridas abiertas de Nils.

Nils besaba como los ángeles. De eso no había duda. Yo había besado a más chicos. Por supuesto que no era una mojigata y sabía besar, pero Nils...

Sus besos te hacían viajar hacia un planeta inexistente. Eran lentos y tortuosos. Abría la boca lo justo para dar paso a su lengua maligna, la que se encargaba de serpentear y plantar deseo en cada papila gustativa. Le odiaba por besar así.

— Conque berserker idiota— intentó sonreír—... Pues, me gusta.

Tomé su cabello enredado y le hice una cola de caballo con el coiletero que llevaba en mi muñeca. Tenía el pelo más rubio y ondulado que había visto jamás. Mis dedos se perdían entre sus mechones como si estuviera tomando avena entre mis manos.

— Jeg elsker deg <sup>1</sup> — susurró.

¡Oh Dios mío! Exteriorizar lo que uno sentía eran palabras mayores. Por mucho que yo desease decirle lo mismo, me era imposible comunicárselo con palabras. El miedo no me lo permitía, pero a él sí el alcohol.

Ambos sabíamos lo que era el desamor. Lo habíamos vivido en carnes propias con nuestros padres.

No podía corresponderle.

Me aparté de sus enormes brazos con gran maestría y me dirigí hacia el botiquín.

Nils se quedó inmóvil en el sitio. Se acomodó en la almohada boca arriba y se quedó dormido como un bebé. Parecía un ángel desterrado al que acababan de fustigarle por sus fechorías.

Con sumo cuidado le curé las heridas. Era la segunda vez que lo hacía, pero él ni siquiera se inmutó. Estaba profundamente dormido.

Una vez se las curé, intenté quitarle la chaqueta de cuero, pero era imposible levantar un peso muerto.

Una bolsita transparente que colgaba de su bolsillo delantero, cayó en mis manos. Quizá aquello fuera el destino.

Las cosas no sucedían porque sí. Él me había dicho que no consumía drogas y parecía que había dicho la verdad, pero nadie llevaba pastillas en una bolsita de plástico para sacarlas a pasear. Nils estaba metido en un buen lío.

Después deduje que podría haberse drogado para soportar el dolor. Le levanté la camiseta interior y vi más moretones. Sus tatuajes ocultaban parte de esos golpes, los maquillaban falsamente para no dar la cara, pero en ese momento eran tan llamativos y estaban tan al rojo vivo que no podían camuflarse.

Le acaricié la línea alba en su abdomen y repasé la constelación de los Canes Venatici. ¡Maldita constelación!

— Cuidado con esas manos, Nassy... ¡no quieras despertar a la bestia! — balbuceó mientras soñaba.

Había sentido mis manos acariciando su piel. Estaba borracho, quizá drogado, pero no estaba muerto para no sentir ni padecer...

Era un necio si se pensaba que le iba a permitir seguir en esa estúpida banda. Haría lo que estuviera en mi mano para que la abandonase. Le gustase o no. Si con eso debía hablar

personalmente con el cabecilla, con el tal Logan, lo haría. Incluso me entregaría si era eso lo que esa gente deseaba.

Debía establecer un plan y mi cerebro ya se estaba poniendo en marcha e ingeniándose para agilizar el trabajo. Hablaría con mi padre ese mismo día y le tomaría prestado un dispositivo de escucha para espiar a Nils y a su banda. De esa manera tendría acceso a ella sin ser vista. Me convertiría en una espía. También ayudaría a mi padre a dismantelar aquella banda y protegería ante todo el honor de Nils Vinter, apodado Nils Can. El temible Nils Can.

Nuestra primera noche juntos no había sido como me la había imaginado. Nils apenas se movía del sitio y yo no podía parar quieta. Su respiración era tan débil que más de una vez tuve la sensación de que estaba muerto. A tientas le había puesto varias veces la mano en la frente para asegurarme de que no tenía fiebre y a cada instante le escuchaba gemir de dolor.

Entrando la madrugada, me envolvió como un *wrap* y dormimos abrazados durante horas. No se movió hasta que le retiré el brazo con sumo cuidado para cambiar de postura.

Nils, la estufa humana, desprendía tanto calor como ella y era reconfortante sentirle a mi lado. Era la primera vez que dormía con un chico y no uno cualquiera. Era Nils Can. Su nombre lo decía todo.

Eran las siete y media. Me dio un microinfarto cuando sonó el dichoso despertador de mi móvil. Nils también pegó un brinco.

— ¡Hora de levantarse! — exclamé.

La luz de un nuevo día se filtraba por el ventanuco. Nils se desperezó estirando las piernas y los brazos y al hacerlo, se quejó de dolor. Yo no quise hurgar más en las heridas. Ya era bastante con curárselas.

— Lo siento mucho, Nassy.

Nuestras miradas rogaban redención. Sus ojos eran más sinceros que nunca, puros y brillantes. Tanto que incluso me veía reflejada en sus pupilas.

— ¿Qué es lo que sientes? ¿Que tengas que mentirme o pedirme perdón? Nils— dije seriamente—, tú no eres de los que exteriorizan sus sentimientos. Te pido por favor que dejes de mentirme, que no fuerces esta situación. Esto no va a ninguna parte. Tú. Yo... Jamás podremos estar juntos si sigues en esa banda. ¿Y qué pasará el día que esté esperándote muerta de miedo y no regreses?

Nils cerró los ojos y suspiró. Supe de inmediato que hablar sobre el tema le costaba sobremanera y que no pretendía herirme. Sus sentimientos eran sinceros. Igual que los míos, pero no podría soportar estar con alguien que anteponía lo nuestro a una estúpida banda que le estaba consumiendo.

Pasó sus dedos sobre la cicatriz fea de color hueso que tenía en mi muñeca y me puse nerviosa.

— Todos escondemos secretos, mi niña... No tuvo que ser fácil.

Aparté de inmediato la muñeca y tragué saliva amarga. ¿Esperaba que Nils se sincerase cuando yo le estaba ocultando parte de mi pasado?

La sinceridad era un factor imprescindible para que una relación funcionase. Lo sabía porque había vivido en una mentira toda mi vida. Creía que el amor era inamovible, que ni siquiera la rutina podría destruirlo, pero lo cierto era que el amor era más frágil que un cristal agrietado a punto de hacerse añicos con una leve brisa y que si se desatendía, se esparcirían sus pedazos para siempre. Ninguna fuerza terrenal podría volver a encenderlo jamás. Había oído <<Jeg elsker deg>> tantas veces que había perdido toda emoción. Y no porque aquella palabra no

fuera lo suficientemente bonita, sino porque mis padres se lo habían dicho constantemente y al separarse, dejó de tener sentido para mí.

La relación más consolidada podría quebrarse con el tiempo, así que, debía mimarse a menudo para que permaneciera en el mismo lugar de siempre.

— Es una larga historia que no me apetece contarte ahora.

Me levanté de la cama con un nudo en la garganta. Pretendía ponerme de pie, pero los brazos de Nils siempre se adelantaban.

— Si tengo que detener tus pasos una y mil veces para que regreses a mí, lo haré. No me importa cuánto tiempo tenga que pasar para que me cuentes ese dolor que escondes para sí. No te hace ningún bien guardándotelo. Lo sabes, ¿verdad?

— No sabes qué me empujó a hacerlo. Tú eres el menos indicado para hablarme sobre cargas emocionales, Nils.

Le lancé la bolsita de plástico que había descubierto en su chaqueta. Cayó justo en su pecho.

— ¡Quédate con tu puta banda! — grité— ¡Quédate con estas malditas pastillas! ¡Pero no permitiré que te lleves también mi corazón a tu fría y desolada tumba! ¡No esperaré sentada a acudir a tu funeral! — lloré desconsolada.

Nils me abrazó fuertemente, aunque en el intento apretara más sus moratones y abriera sus heridas.

Se arrodilló ante mí.

— Lo siento, mi niña... Perdóname, por favor. No quiero perderte...

— Nils... — quise acariciar su pelo, pero me detuve y mis manos se quedaron unos segundos en el aire.

Aquel chico arrodillado, herido y hundido era el temible Nils Can del que se oía hablar. Cuando exclamaban << ¡Que viene el Can, que viene el Can! ¡Cuidado con el Can!>>, todo el mundo echaba a correr porque le temían. Y allí, expuesto a mi merced, era el ser más noble del planeta. Lo habían demonizado. Aquel chico solo era una simple marioneta.

Eleanor y Levis se sentaron a nuestro lado. Eran fieles seguidores de Nils, así como Chara y Asterión siguiendo al agricultor en la constelación *Canes Venatici*.

— Todo esto es demasiado para mí... Necesito tiempo para reorganizar mis ideas — pedí.

— El tiempo que necesites, pero no podré separarme de ti. No estoy forzando nada, Nassy. Te prometo que esto es real. Las pastillas no son lo que parecen. Se me ha ordenado no hablar sobre ello, pero supongo que todo es cuestión de tiempo. Hacía mucho que había dejado esa mierda— reconoció—, pero estas son diferentes.

— Las consumiste para soportar el dolor. ¿Quién es la persona que te está castigando y por qué lo consientes? ¿Por qué sigues recibiendo golpes?

— Anoche me pidió Logan que luchara.

— ¿En el torneo?

— No. No solo lucho en torneos, Nassy. Me instruyeron para ello, para ser una máquina en las peleas, un perro rabioso. Aguanto los golpes con esta droga. Solo así puedo soportarlo...— se sinceró.

Y a mí me revolvió el estómago tener que escuchar aquello.

— Si quieres hacer algo por mí hoy, te pido que me lleves a casa de Muriel.

— Dijiste que irías después de comer con tu padre.

— Necesito verla antes.

— De acuerdo. Iremos.  
— Voy a escribir a Tate para decirle que hoy no iré a clase.  
— Prefiero que esta semana no vayas. Habrá mucho movimiento en la universidad y prefiero mantenerte al margen.  
— Cuanto más intentes evitar una situación catastrófica, más estarás atrayéndola. Necesito hacer vida normal, Nils. No puedes retenerme en tu maravillosa caravana para el resto de la vida.

Tomó mi mentón y me besó dulcemente.  
— ¿No pensabas besarme hoy? — Me preguntó.  
— No.  
Nils sonrió divertido.  
— Si no me besas tú, te besaré yo.  
— Eso será si yo quiero, ¿no?  
— Querrás.  
— No me hagas reír.  
— Puedo ser muy persuasivo cuando me lo propongo, ya lo sabes.  
— Y yo también — le dije muy cerca de su boca. Aquello era una provocación en toda regla... —. Te propongo un juego.  
— Me parece buena idea.  
— Vamos a ver quién de los dos consigue resistirse.  
— Conque eso es lo que quieres... Jugar. De acuerdo— se frotó las manos— Te enseñaré muchas cosas, Nassy y una de ellas es dejarse llevar. Eres mi pieza de ajedrez... La que muy posiblemente acabe llegando a mi territorio y se convierta en una bella dama, en la mujer del Rey. El ajedrez y yo nos entendíamos mucho mejor que con Nils.  
— Juguemos — le desafié con la mirada—, pero primero tómate un ibuprofeno para calmar el dolor y desayunemos. Nada de pastillas. Tenemos todo el tiempo del mundo para abrir ese tablero de ajedrez.

Nils me mostró dónde estaban las cosas ubicadas en sus respectivos armarios y lo hizo con la intención de sonrojarme con su mirada pícara que iba desde mi boca hasta mi canalillo.

Ambos desayunamos en silencio mirándonos con un deseo irrefrenable. Me encantaba torturarlo mientras lamía el borde de la taza de café y él me hacía enloquecer mientras mordía las galletas y las mojaba en la leche para después llevárselas a la boca. Ese iba a ser el juego.

Ninguno de los dos se tocaría a menos que quisiera perder y aunque aún no sabíamos muy bien cuáles eran las reglas de ese juego ni qué podíamos perder si uno de los dos conseguía resistirse, lo cierto era que, de esa manera, alimentaríamos más la pasión y reinventaríamos el amor a nuestra manera. El amor no tenía por qué seguir siempre el mismo patrón: conocerse, atraerse, amarse...

— Conseguiré que vuelvas a creer en el amor— me prometió cuando rozó mi mano al recoger las tazas para llevárselas al fregadero.

Y aquel simple gesto abrasó mi cuerpo y lo elevó.

No conforme con lo que acababa de decirme, me susurró al oído:

— Ya ha empezado el juego. Que gane el mejor...

Sus labios tocaron levemente mi oreja y por instinto ladeé la cabeza para dar paso a su aliento sobre mi piel. Cerré los ojos.

— Te espero fuera. Tengo que sacar a Eleanor y a Levis — me despertó de mi ensoñación.

Si pretendía ganar debía mover muy bien mis fichas en aquel tablero improvisado.

Sola en la caravana pude controlar mis emociones. Me vestí con una sonrisa absurda en mi boca. Si iba a convivir una semana al lado de Nils, tendría que pasarme por la universidad para recoger algunas cosas y avisar en secretaría de que no iba a acudir en una semana por motivos personales.

Siete días con Nils Vinter...

Me permití danzar por la caravana como una estúpida para dar rienda suelta a esa felicidad extraña que me embargaba. Podría estar muerta de miedo pensando que una banda de narcotraficantes pretendía secuestrarme para chantajear a mi padre, pero sabía que estaba a salvo en los brazos de Nils, y nada me importaba tanto que formar parte de la vida y del presente de ese chico que había conseguido lo impensable: que empezase a creer en el amor.

<sup>1</sup> Jeg elsker deg: Te quiero en norsk.

## 11

Cuando salíamos del camping, mi móvil comenzó a recibir Whatsapp sin control como si acabasen de chutarle grandes dosis de wifi:

TATE:

Eva, llámame urgentemente.

JAU:

Eva, dime que estás bien.

MAMÁ:

Mi vida, tienes el móvil fuera de cobertura.  
Tu padre y yo estamos preocupadísimos.

PAPÁ:

Eva,  
¿por qué demonios no me coges el teléfono?

MURIEL:

Cariño, no contestas a mis llamadas y  
tampoco a mis mensajes. Rezo a los dioses para que estés a salvo.

Casi cuarenta llamadas perdidas que me llegaban en forma de mensaje de texto.

Se me había olvidado llamar a Tate para avisarle de que no iba a ir a clase en toda la semana y confirmar la cita con papá y... Hablar con mamá para decirle cómo me había ido en

clase y también comentarle a Muriel que iba a ir a verla.

Había perdido totalmente la noción del tiempo. Nils me había embrujado y para una vez que hacía lo que se me antojara, el mundo se sumía en el caos.

Nils me miró un tanto preocupado. Nos dirigíamos hacia la casita de Muriel, en mi antiguo barrio de Bryggen, donde había vivido la mejor infancia y la peor adolescencia.

Bryggen estaba a una hora de Viggja desde donde partíamos.

— Algo ha pasado... ¿Por qué todo el mundo ha tratado de contactar conmigo? — pregunté a Nils sin retirar la vista de mi móvil. No me daba de sí el tiempo para contestar a todos.

— ¡Ah, se me había olvidado! Puede ser que en el camping no haya cobertura y que por eso no hayas recibido mensajes ni llamadas desde anoche.

¡Claro! Era obvio que había estado en una especie de cápsula del tiempo. Nils me había llevado hacia otro planeta y ahora regresaba a la civilización sin saber qué había ocurrido en mi ausencia.

La primera llamada que recibí tras volver en sí la red, fue la de papá.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Por todos los dioses, Eva! ¿Por qué no has cogido el móvil? ¿Sabes cómo estamos tu madre y yo? ¡Tengo a mi patrulla buscándote por toda Trondheim y he hecho un par de llamadas más para que activaran tu búsqueda si no aparecías en 48 horas! — exclamó. Estaba muy enojado conmigo por algo que, se suponía, había hecho mal.

— ¿Me puedes decir qué está pasando? Papá, no suelo llamarte todos los días desde que empecé la universidad. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

Mi padre echaba humo. Estaba encolerizado.

— Me estás tomando el pelo, hija... ¿Con quién estás?

— Gracias, estoy bien— contesté sarcástica.

No esperaba que mi padre me hiciera un interrogatorio y a la vez me sermoneara. ¡Ya era mayorcita!

— No es eso, solo que... Creíamos que te había pasado algo.

— ¿Y se puede saber por qué habéis pensado que ya no estaba en el mundo de los vivos?

— Hija— su voz alterada mostraba signos de desesperación—... Por lo que veo no sabes lo que ha sucedido en la universidad, ¿me equivoco?

— No. ¿Es que ha pasado algo?

— Sí...

Miré de reojo a Nils.

— ¿Qué? ¡Papá deja el misterio, por favor, estás empezando a asustarme de verdad!

Después de su respiración agitada y el temblor de su voz, suspiró para añadir finalmente:

— Alguien prendió fuego a la habitación que compartías con tu amiga Tate...

Abrí la boca en forma de *o* cuando se aunaron las piezas en mi cabeza. Ahora sabía por qué Nils me había retenido y por qué se empeñaba en protegerme.

— Lograron sofocar las llamas de madrugada— prosiguió—, y cuando notaron vuestras ausencias, se pusieron en contacto con nosotros. Imagínate cuando me lo contaron. Intentamos localizarte y no respondías. Creíamos que estabas allí... Así que, por primera vez en mucho tiempo, no me importaba con quién estuvieras y que te hubieras saltado mis normas. La persona que está contigo, será el héroe anónimo de toda esta historia si no quieres revelarme su nombre.

Me quedé sin habla. Cuando Nils me miró, supo a la perfección por qué me había

llevado la mano al corazón. Quizá para sentirlo, para saber que seguía viva y que había renacido gracias a él.

— Hija, ¿sigues ahí? — preguntó mi padre.

— Sí, solo que estoy en estado de shock.

— Lógico.

— Tengo que colgarte, papá.

— Llama a tu madre para decirle que estás bien.

— De acuerdo. ¿Sigue en pie comer juntos en el mismo restaurante de siempre?

— Con más ganas que nunca— contestó antes de colgar.

Enfrentarme a la verdad cada vez costaba más. Alguien había prendido fuego a mi habitación con la intención de intimidarme. Y estaba claro que no solo a mí.

— Dime algo, por favor...— pidió Nils con dulzura.

— Ahora mismo no sé si podría mirarte a los ojos sin imaginarme calcinada en mi propia habitación... ¿Desde cuándo sabes que iban a hacerlo? Lo importante de todo esto es quién lo ha hecho.

— Intento protegerte...

— ¡Intentas protegerte a ti mismo! — alcé la voz muerta de miedo—. No pienso que nadie muera por mi culpa.

— No morirá nadie, te lo prometo. Solo tienes que hablar con tu padre y si consigues que se marche, todo esto habrá terminado.

— ¿Sin víctimas de por medio? ¿Hay algo más que debas decirme antes de morir? No tengo miedo.

— Deberías.

— He desafiado a la muerte más veces y créeme, no soy buena para ella. Me ha rechazado una y otra vez— expresé rota por dentro.

No había mencionado nada sobre ello desde hacía años.

Cuando cambiaba el tiempo y hacía mucho frío, aquella cicatriz horizontal que llevaba en la muñeca como los tatuajes de Nils, me dolía considerablemente y me hacía recordar ese tiempo en el que echaba un pulso a la muerte y esta se mofaba de mí.

A Nils le cambió el semblante. Ambos estábamos machacados. Él llevaba heridas de guerra en su cuerpo y yo las cargaba en el alma. Ambos éramos dos guerreros que habían portado escudos y espadas como dos supervivientes.

Mis miedos con él se quedaban en el fondo del pozo, encerrados a cal y canto, como si no formasen parte de mi día a día. ¿Qué sentido tendría sino el triunfo sin antes temer el éxito? Los momentos de debilidad también formaban parte de mi fortaleza. Nunca vi el miedo como un impedimento, sino como una forma de estimar lo que después lograba si lo vencía.

— Ojalá hubiera estado ahí cuando lo necesitaste. A pesar de todo, pudiste renacer. Eso es lo más importante— me acarició la mano.

— Siento mucho haberte dicho que...

— ¡Sh! — me interrumpió—. No tienes que disculparte. Solo respaldabas tu verdad. Te agradezco que seas sincera conmigo, Nassy.

El asfalto nos llevaba hacia otra dimensión en la que no existía nada que nos impidiese ser felices. Me hubiera quedado en aquel coche con olor a cítricos yendo al fin del mundo sin hacer una sola parada.

Nils no pretendía contarme ciertas cosas que necesitaba saber. ¿Si lo supiera sería más feliz o alimentaría más mis miedos? ¿Era mejor vivir con la duda o asumir una realidad tan

aplastante como que mi vida estaba en constante peligro?

Me hacía muchas preguntas y me daba pavor saber las respuestas. ¿Quién había incendiado mi habitación y la de Tate? ¿Pretendían matarme? ¿Conseguiría la banda de los Canes secuestrarme? Nils era mi salvador, pero no lo sería eternamente. En cuanto esa asquerosa banda supiera que Nils me ayudaba, él también correría peligro.

— Nils... ¿No crees que quizá deberías alejarte de mí para no tener problemas con tu banda?

— Si decidí emprender este camino fue porque sabía cuáles eran las consecuencias y estar a tu lado me compensa mucho más que no estarlo. Merece la pena intentarlo, ¿no crees? — sonrió— ¿No querrás plantarte y dejarme ganar en este juego que no ha hecho más que empezar, ¿verdad?

— ¿Y si descubren que estás protegiéndome?

Se encogió de hombros.

— Me las ingeniaré. Ya improvisaré sobre la marcha. Lo tengo...

— ¿Todo controlado? ¿Desde cuándo tenían planeado lo del secuestro? Quiero decir— tomé aire—, ¿cuándo te dieron la orden de secuestrarme? ¿Y por qué accediste?

— Son muchas preguntas.

— Exijo saberlo. Anoche podría haber muerto. Necesito saber a quiénes me estoy enfrentando.

Nils se tomó unos minutos para contestar. Estaría sopesando muy bien lo que iba a decirme para que quedara satisfecha con la respuesta.

— Nassy...

— Dispara, berserker.

— No tienes fin, mi curiosa Eva. ¿Estás preparada para escucharlo?

— Sí.

— Bien, allá vamos. La banda supo de tu existencia desde antes de que entrases en la universidad. Tu padre es muy popular en el gremio, ya sabes. Le conocen como el cabrón caza traficantes y no es para menos. Ha conseguido ubicar el centro de operaciones de los canes en tan solo unos meses. ¿No es para odiarlo?

— Siempre ha sido muy aplicado. Así le fue. Prácticamente abandonó a su familia por el cuerpo. Amaba más su profesión que a mamá y...

Estaba hablando de más. A Nils no le importaba mi pasado en el antiguo barrio de Bryggen.

— Me enamoré de ti desde el principio, incluso antes de conocerte...

Eso me dejó noqueada.

— Me mostraron tu foto y me dijeron que debía seducirte para facilitarles el trabajo. Si accedías por propia voluntad a venir conmigo, no tendría que forzarte y no cabrearíamos a tu padre. Fui yo el que propuso hacerlo así, a mi manera. Les pedí unos meses. Exactamente hasta final de año. Así que, ingresé en la universidad para estar a tu lado...

Eso me enfureció.

— Conforme pasaban los días, más te resistías y yo más me enamoraba con cada uno de tus desplantes y con tus leggings de colores. ¿Quién iba a imaginárselo? No entraba en nuestros planes.

Eso me paralizó el corazón. Nils había accedido a seducirme para que, de esa manera, pudiera entregarme a su banda sin llamar demasiado la atención. Todo fue premeditado, un asqueroso juego de seducción.

— Así que, muerto de celos porque hacías más caso a Jawara que a mí, intenté por otros medios conseguir tu atención: tus leggings rasgados. Sé lo sensible que eres. No aceptas que nadie se burle de ti. Odias a Brynja. Te pintas los labios rojos cuando estás triste y te gusta llevar el pelo suelto. Cuando llueve, no llevas paraguas porque te gusta sentir la lluvia sobre tu piel. Te apasiona vestir de colorines porque te hacen parecer más segura y te encanta el mundo escandinavo. El día que se te rasgaron los leggings, vi un filón de oro para abordarte. Y una vez te tuve cerca y hablé contigo no pude seguir con la misión.

—¿Por qué besaste a Brynja? ¿Querías probarme?

—Por supuesto que no.

—Sabías que pasaría por los pasillos con Tate.

—Solo pretendía que te dieras cuenta de lo que sientes por mí. Estabas tan bonita celosa... Aprietas los labios y arrugas el entrecejo.

Mi instinto de guerrera me hablaba desde mi interior: <Es un hijo de puta>> <<Mátalo con tus propias manos antes de que te mate a ti>>; <<Eres tonta de remate si piensas que Nils te ama de verdad>>; <<Eres víctima del Síndrome de Estocolmo>>; <<Actúa con alevosía. Hazle creer que todo está bien y cuando menos lo espere, rómpele el corazón>>.

Y cuando Nils esperaba que reaccionase como una energúmena o como una chica despechada, no hice más que mirar al frente cruzada de brazos.

Los guepardos eran los animales más rápidos de la Tierra y también eran pacientes. Podían camuflarse entre el pasto gracias a sus colores, que se confundían con el entorno. Sabían esperar antes de degollar a su presa mientras esta pastaba libremente sin saber que un depredador la estaba acechando.

— Gracias por tu sinceridad...— contesté reprimiendo las ganas de abofetearlo.

Eso descolocó totalmente a Nils. Al parecer me conocía demasiado bien el condenado, pero desconocía mi faceta de guerrera vikinga, de chica Fénix, la que resurgía de las cenizas.

— ¿Estás bien, Nassy? ¿No te ha afectado lo que te he contado?

— Todo eso fue antes de conocerme, ¿cierto? El acceder a esa misión. Lo que me importa es lo que sientes ahora. Me salvaste la vida anoche. ¿Qué era lo que ganabas si conseguías llevar el objetivo a tu banda?

— No me hablaron de premios. No siempre me muevo para obtener recompensas económicas. Esta vez me movían las ganas por conocerte sin pensar en nada más. ¿Qué puedo hacer para que me creas?

— Si te lo dijera... ¿lo harías?

— Estoy dispuesto.

— Deja la banda.

Nils negó con la cabeza.

— ¿Ves? Necesito creerte... ¡Vayámonos lejos, huyamos si hace falta! Yo también estoy dispuesta a dejarlo todo.

— ¿De veras?

— Sí.

Nils sonrió.

— Es lo más bonito que me han dicho nunca. ¿Sabes por qué accedí a secuestrarte?

Negué con la cabeza.

— Porque de haberme negado, lo habría hecho otro hombre de Logan y yo no podía permitir que otro te tocara.

Me sonrojé. Podría decirse que había sido afortunada al caer en las manos adecuadas.

Lo que nos quedaba de camino, aproveché para hacer una llamada rápida a mamá y contestar a Tate y a Jau. También llamé a Muriel para avisarla de que iba a llegar antes de lo previsto.

Allí me esperaba la rueda del destino fusionando el pasado y el presente.

El antiguo barrio de Bryggen estaba ubicado en el noroeste de la ciudad de Bergen. En antaño, lo que más me gustaba de mi casa era lo cerca que estaba del muelle, donde podía sentirme en paz con las calmadas aguas, aunque turbulentas e inquietas cuando atracaba algún barco.

Me podía tirar horas admirando las casitas de colores que habían formado parte de la Liga Hanseática, una federación de comerciantes alemanes que controlaba todo el pescado del norte, y que antiguamente utilizaban las viviendas para lavar el pescado, salarlo y almacenarlo para exportarlo después.

Muriel me había contado por qué las casas estaban torcidas. Todo en Bryggen estaba encorvado. Ella se había inventado mil leyendas urbanas que hablaban sobre seres mágicos para satisfacer la curiosidad infinita de una niña con problemas de autoestima.

Al final, todos nos habíamos acostumbrado, pero las personas que veían aquella estructura inclinada por primera vez, sufrían sensación de vértigo o embriaguez.

La zona siempre olía a salitre y a pescado. Lo más explotado por la zona había sido el salmón y el bacalao seco, la comida favorita de papá.

Habíamos quedado a comer en *el Enhjørningen*, un restaurante con la figura de un unicornio en su fachada. Siempre comíamos allí.

Nils detuvo el TT frente a la casa de Muriel.

— Es hora de despedirnos— ronroneé.

Habíamos estado juntos un día entero y dormido en la misma cama. Le acaricié el rostro magullado. Estaba menos hinchado. Cerró los ojos al recibir mi caricia.

— Será por unas horas, mi niña. Llámame para que pase a recogerte.

No sabíamos bien qué hacer a continuación. Por un lado, estábamos conectados y necesitábamos besarnos con urgencia, pero, por otro lado, teníamos presente el juego de contención. ¿Eso incluía darle un beso en la mejilla? ¿O eso sobrepasaba los límites?

— Ya que no puedo besarte porque perdería el juego— se introdujo en mis pensamientos—, permíteme una cosa.

Bésame, por favor— pensé—. Sáltate las normas.

— Dime, Nils...

— Piensa en mí, aunque solo sea un poco.

Me acerqué lo justo para respirar su perfume y unir mi frente a la suya.

— No te vayas muy lejos.

— Me quedaré contigo si eso es lo que deseas, Nassy.

— Deseo muchas cosas— comencé a temblar cuando su mano acarició mi espalda y me atrajo hacia él—, pero... tengo que... irme.

Sentí cómo mi cuerpo despertaba para darle permiso.

No. Permiso denegado. No pretendía que aquel juego culminase tan pronto. Acabábamos de empezar y ya sentía las fuerzas flaquear. Comprobé que a él le pasaba lo mismo, que estábamos ebrios de pasión, que necesitábamos dar rienda suelta a ese sentimiento que se abría como una flor.

El cuerpo humano era sabio. Solo quería procrear para no verse extinguido, pero para amar, había que asumir ciertas pautas y una de ellas era el autocontrol.

— Veo que te has tomado muy en serio el jueguito, Nils Vinter...

— Me gustan los retos. Cuando llegue el momento, quizá no seamos capaces de controlarnos. Recuerda que tienes enjaulado al monstruo y que cuando lo liberes, nunca te desharás de él.

— ¿A qué monstruo te refieres? — dije mientras salía del coche un tanto divertida. Me

gustaba hacer sufrir de esa manera tan condenadamente sensual a Nils.

— Es la primera vez que quiero a lo bestia. A eso me refería. Pagarás mis noches en vela y mis ganas por besarte, que lo sepas — amenazó con el dedo índice.

Le lancé un beso desde la acera.

— No me das ningún miedo, Nils. Piensa en mí— reí.

— Sí, sí, ríete ahora que puedes.

Le dije adiós con la mano y llamé a la puerta.

Muriel me recibió con un fuerte abrazo. Sabía que había estado ojeando desde la ventana.

Me encantaba el olor a mi tarta preferida hecha a base de almendras, huevos y mantequilla. Pura delicia.

— Mmmmm... ¡huele a suksessterte!— exclamé.

— Hacía mucho que no lo probabas, cariño, pero creo que después de lo que pasó anoche en la universidad...

— No me lo recuerdes— pedí mientras me quitaba el abrigo y tomaba asiento en el sofá —. Aún no me creo que haya pasado. Espero que se hayan salvado mis pertenencias.

—Al menos lo más importante, sí— me tomó las manos.

Repasé con el pulgar las perfectas arrugas que delineaban el deterioro y la vejez de sus manos. Su piel era aterciopelada y translúcida. Casi podía ver cómo la sangre fluía por sus venas.

Llamaron al timbre. Muriel no esperaba a nadie y yo tampoco. Tragué saliva... Comencé a temblar. ¿Y si eran los hombres de Logan?

— ¿Por qué me da la impresión de que no quieres que abra esa puerta? — me preguntó con el ceño fruncido.

Se incorporó. Cogió su bastón y se dirigió hacia la puerta a paso tortuga. No podía permitir que Muriel viera que estaba muerta de miedo, así que me adelanté a sus pasos con un nudo en la garganta.

Abrí la puerta imaginando lo que podría encontrarme detrás de ella.

Cuando esos ojos azules como un día despejado me miraron con ternura, pude soltar el aire al fin.

— Nassy... Te habías dejado el móvil en el coche. Yo... no podía permitir que...

Muriel asomó sus narices.

— ¿Quién es este jovencito, Eva? ¿Lo conoces?

Apenas sabía nada sobre Nils Vinter, pero le deseaba con todas mis fuerzas y aquel absurdo juego estaba consumiendo mis últimas reservas de resistencia. Amaba su pelo recogido en una coleta, su torso repleto de tatuajes, sus besos con sabor a nicotina. ¿Quién iba a decirlo? Yo... amando a un chico que se salía de mis cánones de belleza y del prototipo de hombre con el que siempre había soñado... Incluso amaba su melena, aunque le dijera que la odiaba.

— Deja que pase, Eva, cariño, estás en medio — le invitó a pasar—. ¿Cómo no me has dicho que traías acompañante?

— No, no, no... En realidad, él ya se iba, Muriel, ¿verdad, Nils? Tiene otros compromisos.

— ¡Pero hay tarta de sobra, Eva! — insistió— Venga, Nils, entra.

Los vampiros no podían entrar en una casa si no era con una invitación directa como la que acababa de realizar Muriel, y Nils no tenía ese permiso. Al menos no el mío. No pretendía que supiera más de lo que ya sabía sobre mi vida.

— Por supuesto, señora. Gracias— asintió Nils divertido.

Sabía que tenía límites que no podía sobrepasar y, aun así, lo hizo.

Puse los ojos en blanco y él me pellizó el cachete del culo en cuanto Muriel se dio la vuelta. Le di un leve manotazo en el brazo. Eso me había dolido.

— ¡Estupendo! — iba diciendo Muriel mientras llegaba a la cocina.

— ¡Eres estúpido! — le susurré—. Debes respetar las normas del juego. Nada de tocamientos, Nils o perderás.

— No puedo estar ni un minuto sin ti...— me empujó contra la pared—. ¡Dios mío, mi amor... tengo una erección de caballo!

— No seas maleducado — me mordí el labio sintiendo los brazos de Nils a cada lado de mi cabeza.

Su cuerpo y el mío eran puro fuego. Me acarició la mejilla y tiró suavemente de mis labios con el pulgar.

— Ya me gustaría a mí mordértelos— suspiró.

Miré con descaro su boca. Me relamí.

— Deja de hacer eso o me volverás loco.

— Nunca probarás nada igual— dijo Muriel desde la cocina.

— En eso estoy de acuerdo, señora — respondió mientras acariciaba mi mentón.

Durante unos segundos, mi corazón se esforzó en bombear la sangre al resto del cuerpo, pero no daba abasto. Era demasiado trote para un pobre músculo destinado a las emociones.

Cuando escuchamos los pasos de Muriel aproximándose, logramos recuperar el aliento. Mantuvimos la distancia, pero él seguía torturándome con la mirada.

Además de la tarta, Muriel había preparado té de pasiflora, su especialidad. A este té se le conocía como la flor de la pasión, muy apropiado para el momento.

— Joven, siéntate, por favor — pidió Muriel—. Estoy doblemente agradecida por vuestra visita. Nils, de haber sabido que acompañabas a Eva, habría hecho más dulces.

— Así está bien, Muriel. Muchas gracias— respondió Nils muy educadamente.

— ¿Eres amigo de mi niña?

— No. En realidad, soy su novio — mostró su mejor sonrisa.

Tuve que pestañear varias veces para manejar aquella mentira y al mismo tiempo creerla ante la sorpresa de Muriel, quien me miró emocionada:

— ¡Qué callado te lo tenías, cariño...!

— Es que... bue...no...— tartamudeé y me encogí de hombros al mismo tiempo.

— Acabamos de empezar— añadió Nils, muy pícaro él.

— ¿Y dónde os habéis conocido? — preguntó Muriel observando cada una de las heridas de Nils.

¿Qué estaría pensando de él? Ella jamás le preguntaría nada ni se inmiscuiría en temas que no eran de su incumbencia.

— En la universidad. Vamos a la misma clase— respondí antes de que Nils abriera su boca para inventarse más patrañas y dejarme en evidencia.

— Me alegro mucho de que os entandáis tan bien. Lo percibo en el aire.

Nils era un descarado, mi descarado berserker.

Los tres nos mantuvimos en silencio para devorar el suksessterte. Se me deshacía en la boca. Nunca había probado nada tan delicioso como aquella tarta del éxito como así se conocía por aquellos lares. Y es que la persona que sabía hacerla, tendría el éxito asegurado entre los comensales.

Nils parecía estar cómodo con Muriel y esta con él. Habían congeniado.

— Bueno, Nils, ahora que has llenado el buche, quería enseñarte mi tesoro. No suelo mostrárselo a todo el mundo, pero como eres el novio de mi querida Eva, mereces saber cuál es mi verdadera vocación.

¡Oh, no, no! Muriel iba a leerle las runas a Nils...

— Abuelita... ¿No crees que quizá no le guste lo que quieras mostrarle? — interrumpí.

— Muy cierto— asintió con la cabeza—. ¿Te importaría si te leo una tirada de runas vikingas?

Para mi sorpresa, Nils aceptó de buen grado.

Nos sentamos los tres en la mesa del comedor donde Muriel solía centrarse para leer las runas. Llevaba entre sus manos un saquito de terciopelo negro y un tapete del mismo color.

— Estas runas están personalizadas por mí, pero dotadas con sabiduría por el propio Odín... Solo el rey de los dioses tiene el poder de cargar estas piedras y conferirme ese poder para leerlas— le mostró a Nils su bien máspreciado.

Las runas caseras de Muriel eran piedras planas de mar. Las había seleccionado con mimo para después pintarlas y rematarlas con un toque de barniz.

Muriel agitó el saquito y se escuchó el chasquido de cada una de las piedras chocando una contra sí. Amaba esas runas con todo su corazón y era muy profesional.

— Para que puedas sentirte más cómodo, haré una lectura rápida a Eva para que veas cómo funciona. — se refirió a Nils.

— De acuerdo — contestó.

Muriel extendió sobre la mesa un tapete donde colocaría las runas.

— Prepara la pregunta, mi niña. Si quieres puedes compartirla con nosotros o, por el contrario, formularla mentalmente.

A mí ya me había leído las runas en innumerables ocasiones.

En mi caso, decidí que mejor haría la pregunta mentalmente: ¿Moriré a manos de los Canes?

Asentí una vez formulé la pregunta y Muriel procedió a abrir el saquito, acariciar las piedras y sentirlas entre sus manos. Después sacó una de las preciosas runas, que casualmente apareció Laguz, vida y muerte, sobre el tapete.

— Mi niña...— Muriel cambió el semblante. La figura no había salido invertida, con lo cual, podría ser positivo, pero habría que considerar ir con cuidado en cada paso.

— Últimamente has tenido unos sueños que hablan mucho de tu vida pasada. Por eso tu subconsciente requiere de ti un poder intuitivo para actuar con cautela en el tema que te inquieta. Esos sueños te muestran el camino a seguir— hizo una breve pausa. Ella veía más allá de las runas—. Debes vivir el momento evaluando cada paso que das. Tu intuición te guiará y no te fallará. Permite que fluya el agua. No cerques el arroyo y obtendrás el éxito. Por tanto, con estos resultados, mi respuesta a tu pregunta es no.

Podía o no creer en ese misterio que desentrañaban un puñado de piedras, pero lo cierto era que sus respuestas me tranquilizaban, aunque no el rostro de Muriel, que se mantenía inexpresivo.

El símbolo de Laguz estaba formado por dos líneas que, juntas, daban la impresión de un torrente de agua, como así me hizo saber en su día Muriel. Se sabía que el agua era un eficiente conductor de energía, que fluía y limpiaba, pero podría verse estancada y enturbiarse. Laguz era paz, pero también indicaba peligro o muerte.

— Necesito que formules otra pregunta. Hay algo que no me cuadra. No me convence la respuesta.

Era la primera vez que veía indecisa a Muriel. Formulé de nuevo otra pregunta y esta

vez me centré en Nils y en mí: ¿Será Nils el hombre de mi vida? >>

Como si el susodicho se hubiera paseado por mi mente, se sintió aludido y me guiñó el ojo.

Muriel movió las runas mientras se comunicaba con ellas. Imaginaba que sentiría una fuente inmensa de energía fluyendo por su cuerpo y mente.

— Veamos— puso boca arriba una de las runas que había seleccionado. Ella era la única que podía tocar las piedras—...Wunjo invertida.

— ¿Qué quiere decir eso? — pregunté.

Muriel se mantuvo en silencio mientras meditaba la respuesta. Miraba ambos símbolos como si pudiera visualizar mi vida en ellos.

— Te va a costar la vida continuar con esa ilusión que te hace feliz. Vislumbro luchas, disputas, tristeza, incluso enfermedad, pero Wunjo aconseja mostrar comprensión, mantener la esperanza y tener paciencia. Todo indica que romperás con esa persona que te hace dichosa, pero las cosas se retrasarán. Será un proceso largo que aún no se ve con claridad, mi niña. En este proceso difícil, las cosas tardarán en asentarse. Es una prueba de la vida, que junto con la runa Laguz, dependerá mucho de ti y de cómo manejes la situación para llegar a buen término. Deja pasar la luz a tu vida al igual que lo haces cuando abres las ventanas de tu casa.

Vida y muerte unidas en mi relación con Nils Vinter. ¡Vaya! Las runas eran más listas que yo...

Muriel seguía pensativa, como si esa última runa siguiera sin convencerla. Había algo que se le escapaba y no sabía cómo hilvanarlo para hacer un todo. Aún era pronto para averiguarlo.

Cuando le tocaba el turno a Nils, Muriel ya había removido las runas, pero sonó el móvil de este.

— Perdonadme un momento— se disculpó antes de desaparecer de nuestra vista.

— Tengo que hablar contigo seriamente, mi niña— murmuró Muriel y guardó sus runas—. Debes tener cuidado con Nils.

— ¿Qué?

— Es Nils el que no permite que tu vida fluya con normalidad. Él es como el agua estancada que al final termina pudriéndose. Su yo interior se debate entre la vida y la muerte y sin darse cuenta, te está arrastrando con él... Vuestro amor es muy fuerte y sincero. Te prometo que Nils te ama como nunca ha amado a nadie, pero... Debes dejar que se marche para que puedas ver la luz y manejar las sombras desde un lugar seguro.

— ¿Me estás diciendo que tus malditas runas intentan regir mi vida? ¡No! No lo permitiré.

— Estás cometiendo un grave error y en el fondo lo sabes. El Nils de ahora no te conviene. Debes dejar que reflexione por sí solo y cuando regrese, se habrá renovado por completo y podréis vivir en paz. Lo he visto, Eva. Él es el hombre de tu vida, la persona que te hará feliz, pero no ahora. Por eso es tan importante que hagas caso a tu instinto, pues es el único que puede llevarte hacia el camino correcto.

— ¿Y qué ocurre con mis sueños? ¿Quién es esa persona que se aparece en ellos batallando, sudando y amando por encima de todas las cosas?

— Mi amor... Aún no estás preparada. La persona que se presenta en tus sueños te revelará la verdad. Un antepasado tuyo sufrió en carnes propias lo que tú revives en tus pesadillas. Verás, Eva, cuando nos marchamos de este plano físico, dejamos unos códigos en forma de mensajes que viajan por todas partes al igual que las redes de los teléfonos móviles. La

mente deja en este plano esos mensajes descodificados que cuando llegan a la persona cualificada para leerlos, se resuelven como esos enigmas indescifrables. Las personas con ese don, simplemente tienen activada la glándula pineal, que se halla en la parte central del cerebro con el tamaño de una lenteja, pero es tan potente que, en las culturas antiguas, en la egipcia, por ejemplo, se la conoce como el ojo de Horus; el tercer ojo en Asia o para la masonería, la visión de Cíclope. Tú tienes el don de recrear imágenes reales de tiempos remotos a través de los sueños. Puedes revivir momentos que sucedieron en la historia y sentir lo que sintieron esas personas que existieron en su día. Ellos también fueron de carne y hueso.

¿Quién era ella? Esa mujer que se alzaba como una guerrera, luchadora y capacitada para derrotar un ejército de hombres... ¿Podría ser mi antepasada? Era difícil saberlo cuando los sueños sucedían tan rápido y apenas recordaba detalles de esas escenas.

— Quizá solo esté influenciada por las clases de mitología nórdica del señor Riodhr.

Muriel negó con la cabeza convencida.

— No, Eva. Pregúntate entonces por qué amas tanto la mitología nórdica, por qué estás tan interesada en desentrañar los tesoros de la guerrera Mildri. ¿Es así como me dijiste que se llamaba?

— Sí. Así es...

—¿Qué has soñado esta última vez?

— Que luchaba contra un hombre fuerte...

Le describí al hombre que me había intentado arrebatarme la vida y el lugar donde me hallaba, una explanada tan extensa que parecía no tener fin y en mitad del desconcierto, había divisado a miles de hombres batallando a mi alrededor, aunque sorprendentemente, muchas eran mujeres.

— El destino te tiene reservada una misión que solo podrás concluir con la ayuda de Nils— concluyó antes de que el susodicho nos interrumpiera.

— Tengo que marcharme— se amasó el pelo nervioso—. Me reclaman esos compromisos de los que hablábamos antes, Eva — me miró con cierta complicidad—. Muchas gracias por todo, señora Muriel.

— Encantada de conocerte, Nils — ambos se estrecharon las manos.

Me puse en pie dejando a Muriel en un mar de dudas mientras doblaba el tapete y retiraba su equipo rúnico.

Seguí a Nils hasta la salida.

— ¿Qué ocurre, Nils?

— Nada — respondió cabizbajo.

Tragué saliva.

— Es por esa reunión de las dos bandas, ¿verdad?

Asintió y evitó encontrarse con mi mirada.

— Ten cuidado, ¿vale? — le tomé por los hombros.

— Lo tendré, pero antes de marcharme, quería darte una cosa.

Se quitó la goma del pelo que llevaba atada en una cola de caballo y me la entregó.

— Quiero que la lleves. Así me echarás de menos y me sentirás apretando tu muñeca como si fuera mi propia mano la que te agarrase.

Sonreí como una tonta.

— Muchas gracias— le di un beso en la mejilla.

— Nunca había sentido el cosquilleo que deja un beso en la mejilla hasta ahora. Me haces inmensamente feliz, Nassy.

- Quizá he infringido las normas...
- No has perdido aún. Solo te he permitido cierta ventaja.
- Hasta la noche, Nils.
- Hasta la noche, Nassy.

Aquella noche en la que Nils y yo habíamos sentido un beso dulce e inocente en mitad de una noche oscura, la banda de los Canes Venatici habían incendiado mi habitación y mis pertenencias a modo de advertencia, para que papá dejara de husmear donde no debía.

Pretendían llegar hasta él a través de mí y para ello, habían orquestado un plan muy astuto para conseguirlo: Nils debía seducirme para que nadie levantara sospechas.

Podría decirse que había renacido, pero aquello no era más que un preludio de un final aciago.

Antes de despedirme de Muriel, ella puso un trocito de mi tarta favorita en un tupper.

- Esto es para que desayunes mañana.
- Gracias, abuelita. Me acordaré de ti cuando la saboree.
- Ten cuidado, hija. No te fies de la luz que ciega tus sentidos.

Siempre se despedía con una de sus muchas frases hechas.

— Le amo y me temo que, con el tiempo, este amor se intensificará — confesé al fin.  
— Lo sé y él también lo sabe. No he visto amor más puro que el vuestro. Y no conocerás nunca a nadie que te ame como él lo hace.  
Lo dijo tan segura que me lo creí. En ese momento, apareció papá con el coche.  
— Hasta pronto, abuelita— le di un abrazo fuerte.  
— Recuerda lo que te he dicho. La oscuridad acecha hasta cuando tú crees que forma parte de tu sombra.  
— Una pregunta antes de irme.  
— Dime, preciosa.  
— ¿Quién es él? El hombre que aparece en mis sueños. El que quiere matarme. Ya me has contado quién es ella, pero él...  
Muriel se apiadó de mí. Sabía muchas cosas que me ocultaba porque según ella, aún no estaba preparada para saberlas.  
— Es el hombre que una vez amaste en otra vida, en otro tiempo...— torció el gesto.  
¿El hombre que una vez... qué? Las paranoias de Muriel empezaban a preocuparme.  
¿Quién era él? ¿Quién era ella?  
Papá estaba esperando en el coche.  
Cuando me senté en el asiento delantero, le dije adiós con la mano a Muriel, quien nos contemplaba desde el porche.  
¡Papá me abrazó tan fuerte aquel día!  
— Hija mía...  
No recordaba a mi padre llorar como lo hizo al reencontrarnos.  
— Estoy bien, papá. ¿Ves? Vivita y coleando. Hierba mala nunca muere.  
— Si te pasara algo, yo no podría perdonármelo nunca.  
— Pero estoy bien. Aquí me tienes, ¿de acuerdo? — le sonreí.  
Hacía una década que no veía a mi padre tan cariñoso, pero lo cierto era que me gustaba ese cambio de actitud.  
Comimos en *el Enhjørningen* como cada semana, aunque después del almuerzo en casa de Muriel, no tenía demasiado apetito.  
— Tengo que ir a la comisaría en un rato— me informó mientras se terminaba el postre.  
— Yo te acompañaré, papá.  
Me miró un tanto extrañado. Se secó la boca con la servilleta y después pidió la cuenta.  
— Nunca has querido venir.  
— Papá, he quedado después con alguien y...  
— Con tu ángel de la guarda— arqueó las cejas.  
Esta vez su mirada era de reprobación.  
— Es un amigo, papá.  
— Ya...  
— Es verdad. Somos amigos— insistí con las mejillas encendidas.  
— Está bien. No voy a presionarte. Cuando tú decidas contármelo, seré todo oídos. Lo único que quiero saber es que estarás bien, aunque no me cojas el teléfono.  
— Gracias, papá.  
Intenté sugerirle que podría irse de Trondheim para descansar, pues le veía muy cansado, pero con lo ocurrido en la universidad sería complicado pedirle que se marchase sabiendo que su hija estaba en peligro. Solo me quedaban seis días para convencerlo y debía sonar muy convincente para que abandonase una ciudad en la que había pedido trasladarse

expresamente para protegerme.

Eran ya las seis de la tarde cuando entramos en comisaría. Papá organizaba el papeleo mientras yo me escapaba y echaba un vistazo en la sala donde descansaban las armas y toda clase de dispositivos. Me había hecho con una de las llaves maestras de papá.

La habitación estaba rodeada de estanterías por donde apenas podía pasar de una a otra. También se guardaban archivos y objetos de casos perdidos en cajas de cartón.

De repente, se me ocurrió hurgar en los archivos antes de coger prestado el dispositivo de escucha que necesitaba.

Me regí por las fechas y por los nombres de los casos que estaban enumerados por orden alfabético. ¿Estaría allí el de las bandas can&fel que llevaba mi padre?

Me aseguré de que la sala estuviera completamente desierta y comencé con la búsqueda. Me encontré con una veintena de casos abiertos. No profundicé demasiado en ellos, pues tenía el tiempo contado. Directamente busqué la palabra <<Canes>> entre los diferentes casos. Y...

¡Premio! Allí estaba. Encontré escrito en el lomo del archivo:

**Caso: can&fel.**

¡Vaya! Sí que tenía razón Muriel. Mi instinto me iba a llevar hacia la verdad, hacia la luz.

Repasé el contenido con manos temblorosas. Fotografías, mapas donde podría ubicarse el centro de operaciones de las dos bandas y... En las últimas páginas estaba él... Supuse que era Logan Can.

Como bien indicaba el encabezado, era el cabecilla de la banda de los canes. Un hombre apuesto para su edad. Llevaba la barba blanca muy cuidada y el pelo corto al estilo militar.

En el momento de la fotografía, Logan estaba conversando con un chico con la chaqueta de cuero— este de espaldas a la cámara—.

El informe policial, firmado por mi padre, decía así:

*(CASO ABIERTO):*

**Universidad de Trondheim, 1 septiembre 2018, 12.30 AM**

*El testigo afirma haber visto a Logan Can entrando y saliendo de la universidad. Nos ha facilitado esta fotografía.*

**Casa del testigo, 20 de septiembre 2018, 17.00 PM**

*El testigo nos proporciona más información. Nos entrega la dirección donde cree que puede ubicarse el centro de operaciones. Nos hemos traído al testigo a la comisaría para hacerle más preguntas.*

**Información de la patrulla, 20 de septiembre 2018, 20.00 PM**

*No encontramos semejanza entre la dirección que nos proporciona el testigo con el lugar donde podría ubicarse el centro de operaciones. Hay un supermercado en dicha zona. La patrulla revisó palmo a palmo los alrededores y no encuentran nada relevante para el caso. Creemos que el testigo podría estar desviando nuestra atención. Podríamos estar buscando en*

*el sitio equivocado.*

**En mi despacho, 21 de septiembre 2018.**

*Tras dejar al supuesto testigo 24 horas en el calabozo, le hemos llevado hasta la sala de interrogatorios.*

*Estas son alguna de las preguntas realizadas al testigo:*

— *¿Tiene usted algo que ver con la banda de los canes y fels?*

— *Nada, señor. Solo sé que este hombre tiene contactos en la universidad y que va repartiendo una droga muy rara que hace que los alumnos no sientan dolor.*

— *¿A qué se refiere con <<droga muy rara>>? ¿Es como un analgésico?*

— *Es por la forma y el color de la píldora. Yo mismo tuve una en mis manos en una ocasión.*

— *¿Usted consume drogas?*

— *No, pero he probado la droga de Logan. Solo una vez.*

— *¿Conoce personalmente a Logan Can?*

— *Me lo presentaron en una discoteca. Por eso supe que era él cuando visitó la universidad, pero sé quiénes son sus secuaces y no son otros más que los propios alumnos de la universidad, quienes reparten su droga.*

— *¿Podría facilitarnos el nombre de uno de sus camellos?*

***(El testigo se toma su tiempo)***

— *Nils Vinter y Víctor Lunier, alumnos de la universidad.*

Cerré el archivo.

Me era imposible seguir sosteniéndolo entre mis manos. El chico que hablaba con Logan en la fotografía no era otro más que el propio Nils. Mi Nils... Y alguien con mala intención había testificado en contra de él y del tal Víctor Lunier, un fel, a quien aún no tenía el placer o la desdicha de conocer.

Recogí el dispositivo de escucha que necesitaba para espiar a Nils y me lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta a toda prisa. No pude hacer nada más. Un ruido que provenía de la entrada, hizo que volviera a poner en su sitio el archivo y detenerme en seco cuando vi la sombra de mi padre acercándose a mí.

— *¿Eva? — preguntó—. ¿Qué haces?*

*Sonreí forzada.*

— *Estaba husmeando en tus trastos. Sabes que soy muy curiosa.*

— *No deberías estar aquí. No hay nada que sea de tu interés. Es demasiado aburrido.*

Me empujó con suavidad hasta la salida sin darse cuenta de que le había tomado prestado un dispositivo de espionaje. Él solo me hablaba sobre lo maravillado que estaba de tenerme en su zona de trabajo.

— *Quisiera saber qué es lo que te ha traído hasta aquí cuando nunca has querido venir.*

— *Papá, son otros tiempos... Mis necesidades son otras, ¿lo comprendes?*

— *¿Cómo no voy a entenderte? Mi necesidad es la de protegerte. Parece que eres un imán para los problemas en Trondheim. He hablado con el director de tu universidad. Al parecer ya te han asignado nueva habitación junto con tu amiga Tate.*

— *Gracias, papá— le besé en la mejilla.*

Era obvio que él no sabía que iba a faltar a una de sus normas: dormir fuera del Campus durante seis días.

— *Gracias por nada, hija. Tu madre habría hecho lo mismo de haber estado en*

Trondheim.

Mi miedo se alimentaba a cada instante. No quería que mamá husmeara en ese asunto. Ya era suficiente con tenerme a mí y a papá en el punto de mira de la banda de los canes. No quería que ella entrara en ese juego peligroso.

— Estoy deseando verla. Papá, deberías descansar una temporada. Llevas mucho tiempo sin irte de vacaciones.

— Miedo me da cuando mi hija me pide que me marche de la ciudad. ¿En qué lío estás metida?

— ¡Oh, vamos, papá! — exclamé—. No soporto cuando empiezas con tus conjeturas.

Se puso a trastear en uno de sus cajones y me pidió que tomara asiento.

— No pienso interrogarte. Solo quiero que te mantengas segura, así que, te pido que lleves esta pulsera. Es parte de tu seguridad — la sacó del cajón.

Parecía una pulsera de citronela anti mosquitos.

— ¿Para qué sirve? — la examiné de cerca.

— Si necesitas ayuda, solo tienes que pulsar el botón. Tendrás, en menos de cinco minutos, a dos guardias en tu puerta y a otros dos en la entrada y salida de la universidad. Tu director le ha dado el visto bueno a mi plan antiterrorista.

— ¡Bobadas! ¡Pero papá...! ¿Qué van a pensar de mí en el Campus? Tengo cierta reputación. Nadie debería saber que mi padre es policía y que tengo ciertos privilegios que otros no disponen. No. Me niego — dejé la pulsera en la mesa.

Papá lo estuvo sopesando mientras daba vueltas de un lado para el otro en su despacho. Estaba nervioso.

— Hagamos un trato. Tú te la pones y ya veremos cómo me organizo yo con la patrulla.

— Hablas como si fuera a ser necesario tener que apretar el botón de seguridad...

Papá sabía algo.

Muriel sabía algo.

Nils sabía algo.

Todos sabían algo menos yo. No era justo.

— No voy a permitir que nadie te haga daño. Las cosas en el Campus van a empeorar. Ya no estás segura allí.

— Debería pasar un tiempo antes de que regrese.

— En eso coincidimos. Quizá sea la hora de volver con tu madre.

En París residía mi madre con su actual pareja. Yo me negaba en redondo a irme tan lejos y menos en ese momento que tenía una muy buena razón para quedarme en Trondheim: Nils Vinter.

— Es otra de las posibilidades — contestó papá a mi negativa.

— No, papá. Deseo acabar mis estudios aquí. No voy a irme a ningún lado.

Noté cierto alivio en su rostro al saber que no deseaba marcharme de su lado.

— Entonces... ¿Dónde pretendes pasar ese tiempo sin ir al Campus?

— Papá, la semana que viene nos dan las vacaciones de Navidad. Así que, podemos pensar qué hacer cuando pase todo. De momento, pasaré los días en casa de Jau. Es mi mejor amigo.

— ¿Jawara?

— ¿Qué pasa? Sí, papá, Jau.

— Un chico... — susurró bajito.

— Un chico, sí. No todas mis compañeras se quedan a dormir en el Campus. Algunas

comparten piso o habitación con otros compañeros y no pasa nada— intenté serenarle.

— Vale... Ya está hablado. Al menos estarás fuera del Campus, que al final va a ser lo mejor para todos. Volveré a ponerte en contacto con tu director para comentárselo.

No pensaba que todo iba ser tan sencillo... Mi yo interior gritaba feliz. Iba a pasar unos días maravillosos con Nils Vinter sin tener que lidiar con papá. ¿No era perfecto?

Sonó mi móvil. Era un Whatsapp de Nils.

Mi amor...  
Te echo de menos.  
Necesito verte

No pude evitar sonreír mientras volvía a leer aquellas palabras que tanto me gustaban.

— Tu ángel de la guarda. Es él el que te hace sonreír, ¿verdad?

No contesté, aunque para papá eso ya era una afirmación en toda regla. Respondí con ansias a Nils mediante Whatsapp:

¿Qué tal con tu  
padre?

Y yo necesito verte a ti.  
Cuando quieras, vienes a  
buscarme

Allí estaré, Nassy

Muy bien  
Puedes recogerme en  
casa de Muiel

— Ponte la pulsera, Eva. Hazlo por mí. Me quedaría más tranquilo. Este dispositivo me dará cierta ventaja para que pueda encontrarte estés donde estés.

Los dos hombres de mi vida me protegían en cuerpo y alma. Nils se enfrentaba a la horda de los canes mientras mi padre actuaba en las sombras junto con su patrulla. Era toda una privilegiada.

Cogí la pulsera de nuevo y antes de ponérmela, volví a observarla con detenimiento. Podría ser funcional, me podría servir. ¿Por qué no? En fin, ¿qué daño podría hacerme?

La brisa del atardecer azotando mi cabello a su antojo, daba paso al cierre de un día agotador donde si bien, no había conseguido convencer a papá para que se marchase de Trondheim, había logrado que confiara en mí, y casualmente, no había hecho preguntas indiscretas. Hasta el momento.

— Entonces dices que tu ángel de la guarda va a venir a recogerte a casa de Muriel... ¿Podría al menos saber su nombre?

Hasta el momento en el que le venció la curiosidad.

Estábamos frente a la casa de Muriel, donde había quedado con Nils.

Papá no debía saber bajo ningún concepto cómo se llamaba mi ángel de la guarda, puesto que, en sus archivos, Nils estaba siendo investigado, al igual que Víctor Lunier.

—Se llama Ángel.

— ¡Vaya! ¡Qué apropiado! ¡El ángel de la guarda de mi hija se llama Ángel!

— Ajá— asentí y salí del coche. No sin antes darle un beso de despedida.

— ¿Sabes qué? Te queda de maravilla esa pulsera.

—Espero no tener que usarla porque eso supondrá que estaré en una situación comprometida.

— Así es, pero cuando aprietes ese botón, estaremos mi patrulla y yo a tan solo unos minutos de ti.

— Unos minutos que pueden ser decisivos.

— En un pestañear de ojos, estaré ahí. Te lo prometo.

Me despedí de él y me dirigí hacia el porche de Muriel. Ella no se esperaba que fuera a visitarla por segunda vez en un mismo día.

Papá no se fue hasta que Muriel me abrió la puerta. Después le vi partir.

Muriel estaba leyendo un libro llamado *El libro mágico de las runas*; El oráculo vikingo por Fabiana Daversa. Estaba claro que Muriel ampliaba sus fuentes de información instruyéndose en la materia.

Esperé a Nils pacientemente mientras Muriel y yo hablábamos de las leyendas de Bryggen.

— ¿Recuerdas cuando me decías que aquellas casas eran de un hombre deforme y jorobado que las había construido para poder entrar en ellas? — pregunté acomodándome en el sillón mullido de color vino burdeos.

— Que cojeaba tanto que el pobre iba siempre de lado y que, por aquella circunstancia de incomodidad, tuvo que construirse todo un pueblo para poder entrar en las casas.

Amabas nos echamos a reír.

— También me hablaste de otra leyenda que me gustó mucho más, abuelita. Trataba sobre un hechizo que desató la sirena de Bryggen, que poseída por la belleza de un pescador alemán que lavaba el pescado en el muelle, le hizo creer que era una mujer que se estaba ahogando para que se introdujera en las aguas y la salvara...

— Y cuando el pobre hombre se metió en las frías aguas y comprobó que se trataba de una sirena al toparse con su cola de escamas, le dio un infarto y se ahogó antes de poder salir a flote— arrugó los labios.

— La sirena lloraba su pérdida y aunque trató de salvarlo, ya era tarde. Con tanta pena dejó el cuerpo del pescador en el muelle y maldijo a los habitantes de Bryggen, haciendo que sus casas se inclinasen para confundirlos y que creyeran iban a caérseles encima.

— ¿Por qué hizo eso con ellos? No tenían la culpa de la muerte de su amado el pescador.

—¿Nunca has oído hablar de que siempre pagan justos por pecadores? —asentí—. Pues ahí tienes la respuesta. Los habitantes de Bryggen estaban sumergidos en un hechizo y rezaban a sus dioses nórdicos para que protegieran sus casas de la crueldad de la sirena. De esa manera, todo seguiría en su lugar, aunque torcido a modo de advertencia para que nunca subestimaran el

verdadero significado del amor y creyesen el poder que ejercían los dioses sobre el mundo. Lo que esa sirena sentía por su pescador le hizo perder el sentido y pretendía que los demás también enloquecieran — dijo Muriel.

Ambas nos miramos al oír el rugido de un motor.

— Ya está aquí— me puse en pie—. Adiós, abuelita.

— Adiós mi amada sirena de Bryggen— creí escuchar en susurros antes de correr a los brazos de Nils Vinter.

¿Qué verdad escondían aquellas leyendas? Lo supe con el tiempo.

Muriel había intentado rellenar aquellos huecos vacíos, es decir, aquellas carencias de amor y afecto que yo tenía y que afectaban directamente a mi autoestima.

El hombre jorobado que andaba de lado para poder entrar en aquellas casas torcidas reflejaba, sin duda, mi propia inseguridad. Ni siquiera un hombre con esa deformidad se sentía limitado y prueba de ello fue que construyó una ciudad entera para cubrir sus necesidades, pero nunca se rindió. Luchó por lo que ansiaba. Fabricó un hogar a su medida.

Y en cuanto a aquella sirena... la sirena de Bryggen, el mensaje estaba claro: amar a alguien que era tan diferente a uno mismo y poseía tantas taras, podría arrastrarte hasta el fondo del abismo.

Desde que habíamos partido hacia el camping, Nils se mantuvo en silencio. No estaba receptivo. Apenas me contestaba con monosílabos y sonreía forzado. ¿Qué había cambiado? Hacía unas horas se mostraba dulce y paciente y en ese momento parecía cansado y ausente.

— ¿Ha pasado algo en esa reunión? — pregunté.

— Te pido por favor que no me preguntes. ¿Has cogido ropa?

Papá me había traído algo de ropa para pasar unos días fuera. No echaba en falta nada importante en la universidad donde había compartido habitación con Tate. Por desgracia, todos mis objetos personales y los de ella se habían convertido en cenizas. Solo de pensarlo me venía un olor a chamusquina.

— Sí. Mi padre se ha encargado de todo.

— ¿Le has dicho que debe abandonar Trondheim? — apretó el volante.

Tanto fue así que se le emblanquecieron los nudillos de la fuerza que ejercía sobre él.

— ¿Solo haces tú las preguntas? ¡Porque estoy cansada de que nunca contestes a mis preguntas y yo sí tenga que contestar a las tuyas! — elevé la voz.

Hubo un silencio seguido de un suspiro. Nils no pretendía discutir aquel día. Quizá había tenido una tarde rodeada de canes, de perros sarnosos dispuestos a joder vidas humanas.

Me debía una explicación. Éramos amigos con derecho a amarse, como si nuestra relación fuera una casa de alquiler con derecho a compra para quedarnos para siempre en ella. Todo era cuestión de seguir avanzando y experimentar para comprobar si éramos o no compatibles.

Dulce hogar y Nils. Lo mismo era.

— Lo siento— se disculpó—... No he sabido manejar todo esto— me acarició el dorso de la mano.

— En realidad yo también lo siento. No debería meterme donde no me llaman. Ya estabas en esa banda cuando te conocí. Me olvidé de todo cuando me besaste. Me olvidé del mundo entero cuando supe que ibas a estar en mi misma clase, estudiando lo mismo que yo y compartiendo momentos para hacer el trabajo de fin de curso de Riodhr.

— Un trabajo que tenemos abandonado con el embrollo del torneo. Deberíamos retomararlo cuando lleguemos a casa.

— Casa...— susurré saboreando ese nombre.

Sonrió complacido.

— ¿Cuándo es la final de ese torneo?

Su sonrisa se ensombreció.

— Dentro de seis días.

Los mismos días que me quedaban para convencer a papá y así se marcharse de Trondheim.

— Justo en Navidad.

— Así es.

— ¿Y después? ¿Qué pasará si no ganas?

— Perderé respeto y autoridad en la banda. No se permite fracasar.

— Así que no puedes perder...

— No. Logan invierte muchísimo dinero en ese torneo. Me ha elegido a mí que soy su mejor luchador.

— Por lo que se ve, gana más dinero azotando a sus camellos para vender su propia droga de mierda, esa que fabrica y distribuye. ¿Qué más le da perder dinero en ese torneo si luego lo recupera?

— ¿Cómo sabes que Logan fabrica y distribuye su propia droga? — me miró con el ceño fruncido.

— Me... lo dijiste tú...— titubeé.

— No. No recuerdo haberte contado eso.

Metí la pata. Había descubierto bastante sobre la banda gracias a los archivos de mi padre. ¿Cuánto iba a durar aquella mentira? No lo sabía. Lo cierto era que debía mantenerlo en secreto para proteger a Nils y también a mi padre.

— Eva...

— ¿Qué? — me encogí de hombros.

— ¿Qué es lo que me estás ocultando?

— Ahora sabes lo que se siente cuando alguien que te importa te oculta las cosas— contesté.

— Entonces este es el juego, ¿no? No me dejas tocarte ni besarte porque hay unas reglas absurdas entre nosotros, un jueguecito de tortura que no nos beneficia en nada a los dos y, además, me ocultas las cosas. Imagino que esto me lo merezco.

— Tengo mis razones...

El absurdo juego de amor que se basaba en no tocarnos para experimentar esas sensaciones y esa necesidad carnal, estaba diseñado para que Nils no se cansara de mí o quizá para que nuestro amor resistiese y no cayera en la rutina; para que juntos pudiéramos crear desde sus cimientos, un amor real. Nada que ver con lo convencional en donde el chico conoce a chica; Chica conoce a chico; Chico se enamora; Chica suspira por el chico. ¡Qué horror!

Pretendía que nuestra relación no partiera de un simple y aburrido <<te quiero>>, de unos cuantos besos y polvos. No quería que se hartara, como le pasaba con todas las chicas con las que pasaba sus cortos romances en el campus.

— Ojalá algún día podamos sentarnos y hablar sobre las cosas que no decimos. Tenemos demasiado miedo a ser felices. Yo también tengo mis razones para seguir en la banda, para participar en ese torneo y para quererte— me confesó mirándome a los ojos con amor.

Me centré en lo bueno que Nils me aportaba. Me daba amor. Un amor tan puro que me hacía sentir especial.

Cuando llegamos a la caravana, Eleanor me saludó primero. Después Levis, pero este tenía predilección por Nils.

— Espérame adentro— me pidió—. Hoy hace mucho frío para que me acompañes a dar un paseo.

Necesitaba tiempo para preparar mi plan. Un plan que se había creado en mi cabecita en el mismo momento en el que deseé que Nils saliera de esa maldita banda.

Accedí a entrar en la caravana sin rechistar. Todo volvía a estar en orden en el interior. Nils era muy ordenado y había estado allí colocándolo todo para que cuando yo llegara me sintiera cómoda.

Me quité la cazadora y cogí del bolsillo el dispositivo de escucha. Lo coloqué en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta de cuero que Nils solía llevar y después me puse a trastear los armarios de la cocina para preparar la cena. Opté por unos sándwiches vegetales. Esperaba que le gustaran a Nils.

Aquel paraje era una burbuja de ensueño con sus tonos verdes, azules y ocre, donde el wifi no formaba parte del paisaje. Estaba de nuevo fuera de onda. No necesitaba más. Era feliz rellenando los sándwiches de pepino, tomate y lechuga, poseída por la magia que desprendían los pocos metros cuadrados que delimitaban la caravana. Era amplia y reconfortante y olía a cítricos, además, estaba decorada a lo Nils Vinter.

De pronto, Nils entró con la brisa de la noche. Sentí su ráfaga como la primera vez que le noté en mi espalda vigilando mis pasos en secretaría. ¿Acaso había sido siempre mi ángel de la guarda?

Se acercó a mi espalda, algo arqueada mientras cocinaba y me agarró por la cintura firmemente. Notaba su pecho fornido en mi espalda y su aliento en mi cuello. Traía el frío de la noche consigo, el invierno en su piel.

— Haré que desaparezcan todos tus miedos... Aquí y ahora. No puedo pararlo — susurró.

Tuve que apoyar mis manos en la encimera. Cerré los ojos y ladeé el cuello para dar paso a la boca de Nils, que descendía desde mi cuello hasta la clavícula.

— Eres más mía que de nadie en el mundo — prosiguió su misión de torturarme—. Dejarás de tenerme miedo. Necesito que confíes en mí. Te he mostrado mis heridas. Te he hablado de mi pasado y te he dicho cuánto te necesito.

— Nils... recuerda las reglas del juego— gemí rodeándole el cuello.

— Sí, yo también siento eso, joder, esa electricidad, ese magnetismo. ¿No te das cuenta de que estamos hechos del mismo material? Tengo la sensación de que ya te conozco desde hace miles de años.

Estábamos hechos de metal. Demasiado duro para gestionar los temas del corazón, pero si nos fundíamos, encontraríamos la homogenización. El bloque perfecto.

— ¿Eres tú la pieza que me faltaba? — pregunté sin fuerzas.

— No lo dudes. Al final nos hemos encontrado. Ni tú deseas que me detenga en estos momentos ni yo deseo otra cosa más que... ¡Oh, malditos sean los dioses! — exclamó cuando lamí mi muñeca donde se extendía una línea horizontal y blanquecina a lo ancho—. Si no hubiera llegado a conocerte, me habría entregado a la muerte con tal de verte en otro tiempo.

Me besó en los labios. Me levantó y me puso sobre la encimera con una fuerza sobrenatural. Se escabulló entre mis piernas y prosiguió besándome sin dejar que cogiera apenas aire para respirar.

Su hambre también era el mío. Nos devorábamos vivos. Tanto fue así que nos sobraba incluso la ropa. Ya conocíamos nuestros cuerpos desnudos, los que acariciábamos con miedo. Temblábamos a la vez, como si esa pasión sin medida nos fuera a abrasar la yema de los dedos. Su piel y la mía se convertían en una sola voz, en un solo ser. Dejó de besarme para mirarme a los ojos, pero yo no quería que dejara de hacerlo. Le agarré los mechones con fiereza para guiarle de nuevo hacia mi boca, pero él se resistió.

— Nassy, tienes la carita más bonita del mundo.

—Nils, estoy...

— ¿Excitada? Lo noto, Nassy— se humedeció los labios—. Yo podría enseñarte un mundo repleto de placeres — tomó mi rostro con ambas manos. Supo de inmediato que iba a ser mi primera vez—. Déjame mostrártelo.

Se dirigió hacia uno de los cajones del cuarto de baño y cogió dos pañuelos de seda.

— Ninguno de los dos tendrá ventajas esta noche— intentó apaciguar mi estado de nervios.

Fue muy tierno por su parte hacer todo lo que estuviera en su mano para hacerme sentir más cómoda. No sabía cómo sería aquella sensación. ¿A qué podría parecerse? Lo único que deseaba era estar unida a Nils. Lo demás no importaba.

Me tomó en brazos y me llevó hasta la cama. Ambos nos pusimos los pañuelos en los ojos y nos dejamos llevar por las emociones, acariciándonos y mimándonos, proporcionándonos placer y profundizando en los lugares donde perdíamos el norte. Nos pasamos horas rebasando los límites, explorando zonas que nunca antes habíamos visitado y cuando dejamos de temblar, Nils entró en mí muy lentamente. Quizá él también se preguntaba lo mismo que yo: << ¿Aquello podría

parecerse a rozar el cielo?>>

Era bello sentir dos cuerpos que se acoplaban tan perfectamente, dos almas que, al fusionarse, bailaban pegadas y se movían buscando una continua fricción, una inagotable fuente de calor que no parecía extinguirse nunca y que cuando llegaba el momento de plenitud, seguían enlazadas hasta apagarse para volver a ser encendidas en otro baile, en otro encuentro, en un lugar donde evadirse de la realidad.

En pocas palabras: aquello era la esencia de la magia en estado puro.

No recordaba cuándo me había quedado dormida. Solo sentía que aún permanecía unida a Nils. Me adentré en mis sueños, esos que me hablaban de vidas pasadas, de una historia de amor que parecía insatisfecha, de guerras y venganzas, pero, sobre todo, de sudor y sangre.

Volví al campo de batalla, donde miles de hombres se debatían entre la vida y la muerte y donde el extenso prado empezaba a teñirse de rojo. Allí estaba él, el hombre que una vez había amado en otro tiempo, tal y como me había dicho Muriel, con el pelo rubio platino y los ojos azules poseído por una descontrolada furia apuntando su espada hacia mi esternón.

— *Tú me rompiste el corazón una vez, así que yo haré trizas el tuyo*— maldijo aquel imponente hombre con lágrimas en los ojos.

— *No lo harás, mi amor. No me matarás porque si lo haces, también morirás tú. Estamos unidos para el resto de la eternidad, ¿me oyes?*

Sujeté la hoja de la espada con ambas manos y empujé la punta hasta que esta penetró mi piel. Le estaba ayudando a matarme.

— *Cuando mueras, irás a Helheim y responderás ante Hela*— escupió—. *Ya me he encargado yo mismo de pedirle que seas torturada, ya que no podré hacerlo yo mismo.*

Ví sus ojos encolerizados. De su cuerpo sobresalió un haz de luz que cegó mi visión y la de los hombres. Antes de que rematara su misión, me despertó mi propio sollozo.

— ¿Qué ocurre, Nassy? — me zarandé Nils varias veces hasta que consiguió hacerme regresar.

Mi cuerpo estaba en Viggja, pero mi alma se había quedado en aquel campo de batalla, con el hombre que una vez amé. Muriel tenía razón. Aquel hombre fuerte como un titán, quien me superaba en fuerza y estatura y quien estaba herido profundamente, había sido alguien importante en mi otra vida. Quizá una antepasada me transmitía su mensaje a través de los siglos.

— ¿Crees en la reencarnación? — le pregunté.

— ¡Claro que sí! — encendió la luz de la mesita para poder verme— ¿Por qué lo preguntas?

Notaba las sábanas levemente manchadas por un líquido rojizo que descendía por mis ingles.

— ¡Oh, Nils! — exclamé horrorizada al ver que era por mí.

— No pasa nada, Nassy. Lo importante es cómo te sientes tú.

— No sé cómo me siento realmente. Es... extraño. Nos quedamos dormidos después de...

— Sí. Estábamos agotados— tomó mis manos y besó mis nudillos—. Todos nos sentimos así después. Es una mezcla de emociones, pero te prometo que la segunda vez será infinitamente mejor. Ahora dime, ¿qué has soñado? ¿Por qué llorabas?

— Primero necesito ir al baño y luego, comer hasta saciarme. Hablar de esto me resta mucha energía.

Cada vez que me adentraba en aquellos sueños, tenía hambre. Fui al baño y me asecé. Me sentía avergonzada y tremendamente adolorida, pero pese a todo, no me apenaba haberle dicho

adiós a mi virginidad.

Nils fue muy tierno y paciente. A hurtadillas, se coló en el baño y me ayudó a quitarme la sangre reseca. No esperaba su intromisión. Actuó con naturalidad. Cogió una toallita y me la dio para que pudiera aplicarla sobre mi zona íntima.

—¿Te duele, mi vida? — se mostró atento.

—Un poco.

—He intentado ser cuidadoso.

Se puso de rodillas, abrazó mis piernas y me dijo lo preciosa que era.

—Ha sido maravilloso— me sonrojé.

—Me siento muy especial. Me has escogido entre todos los chicos del mundo. Soy muy privilegiado. Ahora te siento más mía que nunca.

—Soy tuya para siempre...

Nils me besó en la frente y me abrazó con fuerza.

—Nunca olvidaré cómo te deshacías en mis brazos, Nassy.

Tenía tanta hambre que comí uno de los sándwiches que seguía intacto en el plato sabiendo que Nils me contemplaba maravillado.

— Así desnuda devorando la comida, te pareces a la diosa Freyja.

— ¡Já! ¿Quieres un sándwich?

— ¿Quién te dice que ya no esté comiendo?

Tenía sus cabellos rubios alborotados y ondulados y seguía siendo bello incluso con aquellos moratones que le ensombrecían el rostro.

Sonreí con las mejillas encendidas. Cogí la sábana que cubría a Nils y me la puse a modo de vestido dejándole en paños menores.

— Estamos en desventaja— dijo divertido.

— Has perdido el juego. La regla era muy sencilla: no tocarnos... Qué menos que me ofrezcas algo con lo que cubrirme.

— ¿Es que existían reglas en ese juego?

— Sí, muchas y nos las hemos saltado todas— me chupé los dedos.

Nils se levantó de la cama. Me había entregado a mi ángel de la guarda y desde mi posición, podía observarle en toda su plenitud. Parecía un ángel de verdad, con las alas rotas y el cuerpo esculpido por los mismos dioses del Valhalla.

— Quizá esas reglas estuvieran en tu mente. En la mía, la regla número uno era besarte y la regla número dos, era entregarme a ti. La regla número tres está por verse — lamió mis dedos —. Saben a tomate.

Me cogió la goma de pelo que llevaba puesta en mi muñeca con la que se hizo una coleta y después me preguntó por la pulsera de seguridad.

— Nada... Es una pulsera que me ha regalado mi padre.

— ¿Es antiNils?

Ambos nos echamos a reír. En cuanto me descuidé, tiró de la sábana que resguardaba mi cuerpo y me dejó de nuevo a su merced.

— Nada de cubrirse, Nassy.

Nils cogió el suksessterte que Muriel me había dado en un tupper y se comió una parte en unos cuantos bocados después de devorar su sándwich.

—Muriel, a la que llamas abuelita, es muy entrañable.

—Lo es. Por cierto, ¿cuál es la regla número tres? — pregunté cubriéndome el pecho con los brazos. Me sentía avergonzada.

—Tengo que pensar en ella, pero te juro que te la haré saber. Hoy ha sido la mejor...

— ¿Noche de tu vida? ¡Oh no, Nils! No se te ocurra mentirme o...— le amenacé dándole una palmada en el hombro.

— ¿O...? De aquí no puedes salir, Nassy. Podemos tirarnos lo que queda de noche mandándonos indirectas y amenazas. No tenemos wifi. Estamos desconectados de las redes y del gentío. Los únicos que han visto de más son Eleanor y Levis y a ellos les da igual lo que hagamos. Seguirán durmiendo como troncos.

— No podemos escondernos en tu guarida para siempre.

— Ojalá pudiera hacerlo, levantarme como tú sin tener más ataduras que estudiar arte. No tienes que dar explicaciones de tus actos a nadie salvo de vez en cuando a tus padres y ellos nunca te juzgarán ni te tratarán como un objeto.

— Lo sé— acaricié sus mejillas.

— Créeme, Nassy... Me ha encantado. Nunca antes había hecho algo parecido.

—Ha sido perfecto, Nils.

—He volado, Nassy. Te he sentido en mi piel y en mi corazón — se llevó mi mano hasta su pecho y sentí una especie de pinchazo en el mío.

Pegué levemente un respingo y mi cuerpo respondió con un dolor agudo en mi espalda. Tuve que sentarme.

— ¿Tú también has sentido eso? — le pregunté recobrando el sentido—. ¿Ese dolor que atraviesa el corazón? Es como un presentimiento.

— He sentido como si se me adelantase un latido. No ha sido doloroso, sino perturbador.

Había algo mágico e inusual entre los dos. Alguien me llamaba. Nos llamaba. Oía una voz advirtiéndome del peligro, pero no era capaz de entenderla.

— Mi cuerpo está empezando a experimentar una sensación extraña. Algo va a pasar, Nils. Siéntate— pedí—. Ahora te explico por qué creo en las reencarnaciones. Antes de nada, ponte cómodo. Es una larga historia. Quiero contarte quién soy cuando duermo...

La mujer que se hacía pasar por mí en aquellos sueños, tenía el pelo tan rubio que en ocasiones parecía incluso blanco. Llevaba unas trenzas que caían a los lados de su rostro, y el resto del cabello se alzaba en un moño revuelto. Era toda una guerrera, una valquiria mortal que desafiaba a los hombres con su espada y escudo. Pero hubo un hombre entre todos los valientes que se atrevieron a retarla que se enamoró perdidamente de su fiereza y coraje. Él era un hombre rudo, un vikingo. Lo supe desde que vislumbré en mi tercer sueño el emblema dibujado en su escudo. Un dragón expulsando fuego de sus fauces y una cabeza de oso.

Aquella mujer me transmitía tanto dolor que me contagiaba y aunque no supe a ciencia cierta qué le ocurrió, podía suponerlo.

Se tenían amor puro el uno por el otro. La mujer había herido a aquel hombre y este, en un arrebatado de ira, aprovechó aquella lucha, en la que ambos eran blanco fácil para el enemigo, para echarse todo en cara.

A él no le importaba morir con ella allí mismo si con eso lograba su venganza.

Lo cierto era que el sueño terminaba siempre igual: El hombre bloqueaba mis piernas y brazos con su enorme cuerpo ataviado con una capa de piel y cabeza de oso. Quería matarme. Sentía la punta afilada de su espada en el centro del pecho y la rabia en sus ojos que lloraban apenados. Se resistía a hacerlo. Una parte interna de él no lo deseaba. Nunca llegué a ver cómo acababa con su cometido hasta esa misma noche, cuando, después de la charla con Nils, volví a retomar el sueño donde lo había dejado...

Había conseguido vencerme después de combatir en una lucha justa con espada en mano. Ambos escudos, el mío y el de mi enemigo, yacían a mi derecha, uno al lado del otro, rendidos, al igual que estábamos los dos. Yacía boca arriba, a merced del hombre, anclada en la roca que presionaba mi espalda y mis riñones. Sentía como si estuviera tumbada en una cama de piedras puntiagudas que se clavaban en la carne al recibir el peso de aquel vikingo enfurecido encima de mí.

— *Yo no lo hice, Einar — decía la mujer que me revelaba su pasado como si fuera el mío propio—. Si vas a matarme, debes saber antes la verdad.*

— *¡La única verdad es que eres una ramera traidora! ¿Me oyes? — tomó con violencia mi rostro y me obligó a mirarlo.*

*Las lágrimas que salían de sus hermosos ojos azules caían en mis mejillas, fusionándose con las mías. Estaba agotada. Dejé de oponer resistencia para entregarme a Einar.*

— *Me entrego a la muerte si eres tú mi verdugo. ¡Yo no maté a tus padres! — grité.*

— *Te vio mi pueblo, sanguinaria, fría y distante, aquella noche en la que te llevaste vidas inocentes para obtener el beneplácito del Rey. No mereces vivir.*

— *¡Era una enviada! Me dieron la orden de arrasar con vuestro poblado.*

— *¡Lo admites!*

— *Sí, admito que estuve allí la noche que vi arder tu pueblo y morir a tus padres... Pero cuando tuve la antorcha en mi mano y vi el miedo en tu pueblo, me abstuve de hacerlo. ¡También era mi pueblo! Fue entonces cuando Nerta, furiosa conmigo por no haber culminado con el deseo del Rey, tomó la antorcha e incendió una por una vuestras casas. Lo hizo sin piedad, como nos enseñaron desde pequeñas.*

— *¡Mientes tan bien! — mostró sus dientes delineados al reírse a carcajadas.*

*Después inclinó su boca hacia la mía y hundió sus colmillos en mi labio inferior haciéndome sangrar. Me dolía más la desconfianza de aquel hombre que la propia herida.*

— *Nunca te he mentado, excepto en una cosa.*

*Me pasé la lengua por el labio. La sangre de los hombres corría a mares por el prado. Todos estaban cayendo a nuestro alrededor y yo sentía mi propia sangre caliente descender por la barbilla. Aquello era un río de sangre.*

— *¿En qué me has mentado? ¿Hay algo más?*

*La espada se clavó un poco más en mi esternón. Había un segundo hombre detrás de Einar con la intención de aniquilarme antes que él, pero este consiguió matarlo de un solo cabezazo.*

— *Esta es mía— exclamó furioso al cuerpo inerte del hombre— ¡Nadie puede matarla excepto yo mismo!*

— Sí. Hay algo más, Einar. Algo que no te he dicho.

Me apasionaba lo rudo, bestia y poco civilizado que era en la batalla. No tenía compasión y no la tendría conmigo. No temía morir si era en sus brazos.

Volvió a colocarse a horcajadas sobre mí bloqueándome la salida.

— ¿Qué quieres, mujer? Piensa bien lo que vas a decirme, porque van a ser tus últimas palabras.

— Tienes un hijo precioso. En el fondo de tus entrañas sabes quién es.

— ¿Mi hijo? ¡Oh, por favor! ¡No puedes salvarte de la muerte!

— No lo digo para salvarme. Te lo digo para que lo salves a él. Mi destino ya está establecido. El oráculo ha sido firme en su decisión: <<Morirás en el campo de batalla. Un alma atormentada conseguirá apagar tu vida con la punta de una espada cargada de ira y venganza>>. Las nornas no se equivocan, Einar.

— Solo por ver desbaratados sus planes, quizá me piense no matarte. ¿Quién dices que es mi hijo?

Hablar de nuestro pequeño me llenaba de orgullo. ¡Se parecía tanto a su padre! Me tiritó la barbilla al pronunciar su nombre con la voz rota.

— Bjorn— contesté emocionada.

Vi sorpresa en sus ojos.

— Bjorn es el hijo bastardo del Rey, fruto de vuestra relación.

— ¿Acaso no nos amamos aquella noche, Einar?

— ¡No quiero escuchar ni una mentira más! No es posible...

— Hace justo cuatro primaveras que nos amamos, mi amor. ¿Lo recuerdas? Aún sigo amándote, Einar.

— ¡No, no y no! — me abofeteó— ¡Por mi pueblo, por tus mentiras y por seguir queriéndote muy a mi pesar, recibe la muerte, Mildri, hija de Aren!

Tomó la empuñadura con fuerza y antes de que la hoja descendiera sin piedad hasta tocar mi corazón, vi a Gisli, la hermana de Einar, trotando a lo lejos con su caballo, tensando su arco para detener aquella barbarie, pero la espada de Einar rajó mi costado antes de que eso sucediese.

Einar detuvo el caballo de Gisli tomando los estribos. Desafió a su propia hermana con la misma espada que antes había estado a punto de atravesarme el corazón.

Gisli bajó del caballo con destreza, cogió mi espada y con ella le retó.

— ¿Por qué eres tan tozudo, hermano?

Ambas espadas chirriaron cuando impactaron en cruz.

— ¡No te entrometas en mis asuntos, Gisli! ¡Esta ramera merece morir como murió nuestro poblado! — me escupió en el cabello.

— ¡Ella no fue! — luchaba con todas sus fuerzas— ¡Fue Nerta! — Aun así, Einar seguía sin creérselo—. ¡Ibas a matar a la mujer que te ha dado un hijo, Einar! Juro por la gloria de nuestros padres, quienes murieron a manos de esas mujeres sin corazón, que ella es inocente. Y tú... ¡Tú no eres mi hermano! —exclamó furiosa— Sabes perfectamente que Björn es tu hijo. Tu corazón te lo dice.

Einar lanzó la espada a los pies de su hermana. Le dolía el corazón. Había sido cruel y despiadado creyendo que había aniquilado a su pueblo, a su familia. Hundió sus rodillas en el prado embarrado, vencido y maltrecho y agachó la cabeza.

— ¡Mátame hermana. ¡No merezco vivir! Iba a matarla de no haber sido por...— lloró desconsolado— Y después, simplemente me habría dejado matar porque no podría vivir

*sin ella.*

*— Hermano — le acarició la cabellera rubia teñida de sangre—, recuerda quién me salvó entre los escombros. No fue otra más que Mildri, la guerrera vikinga. Abandona el deseo de venganza y sé el padre que necesita Björn.*

*No podía moverme. Comenzó a emanar sangre de mi herida. No pude soportar el dolor y me desmayé.*

Me desperté entre sollozos y sudores fríos y busqué a tientas a Nils. No. No estaba. Se había marchado, pero me había dejado una nota:

***Nassy, me he ido a trabajar.  
Llego tarde.***

Eran las cinco de la madrugada.

Encendí la luz de la mesita y vinieron a saludarme Eleanor y Levis.

— Hola, preciosos— acaricié sus pelajes—. Me parece que nos hemos quedado solos. No le digáis nada a Nils, pero a partir de esta noche, sabremos más sobre él y sobre sus quedadas con la banda.

Me aseguré de que Nils había cogido la chaqueta de cuero donde descansaba mi dispositivo de escucha. En efecto, lo había hecho. Sonreí para mis adentros. Aquello prometía ser interesante.

Cogí el móvil a toda prisa. El dispositivo y mi móvil estaban íntimamente conectados. No era necesaria ninguna conexión a internet, lo que facilitaba la tarea considerando que no había wifi en todo el recinto. Solo tenía que abrir una aplicación y ponerme cómoda.

¿Palomitas? No. Había algo mejor en la encimera.

Cogí el suksessterte que quedaba de Muriel y lo devoré mientras escuchaba el ruido que hacía Nils al abrir una puerta pesada:

— ¿Qué ha pasado hoy, cenicienta? ¿Es por Eva Nass?

— ¿A ti qué coño te importa, Pet?

— ¿Ya te las ha tirado? Dice Logan que la hija del poli te está haciendo perder la cabeza, que estás olvidando lo que de verdad importa en esta banda.

— Me da igual lo que penséis de mí. Estoy aquí y no he dejado de cumplir con mis obligaciones.

— ¡Llegas tarde! — gritó un tercer hombre.

Este tenía la voz más grave. Supuse que era Logan Can.

— Lo sé — reconoció Nils—. Me he quedado dormido.

— Ah, ¿sí? — Se rio—. Pet, déjanos a solas. Lo que tenga que hablar con Nils es cosa nuestra.

Se oyó un portazo. Al parecer, el tal Pet se había marchado.

— ¡Teníamos un trato, joder, Nils! La droga no se revisa sola... Ese es tu trabajo. Se te paga una excelente suma de dinero por los servicios prestados ¿No es suficiente?

— ¿Cuándo te he decepcionado, Logan?

— Nunca, pero esta vez es distinto. Hay una chica de por medio y estás enamorado de ella hasta las trancas. No es una chica cualquiera. Es Eva Nass. ¿Por qué no guardaste tu polla en su sitio?

Hubo un silencio que me pareció infinito.

— No metas a Eva en esto— rogó Nils.

— ¿Quién cojones te crees para darme órdenes?

— Soy el mejor de tus hombres.

— Deja los sentimentalismos para otro momento. El trato era seducirla y cuando te ganaras su confianza, me la traerías sana y salva para hacer el trueque con su padre.

Nils no contestó al momento.

— ¿Quién ha incendiado su habitación? — preguntó.

— ¡Y eso qué más da! Solo queríamos intimidar al poli, hacerle creer que su hija había muerto en esa habitación. Nos está tocando mucho la moral ese hijo de puta. Si tú no la traes, lo haremos nosotros y te aseguro que será peor. Sabes que mis hombres no son tan indulgentes. Deberías haber dejado este trabajo en manos de Pet.

— Me diste tiempo y aún no se ha cumplido el plazo. Me quedan seis días— le recordó.

— ¿La tienes localizada? Porque mis hombres me han dicho que no la han visto hoy por el campus.

— Cometisteis un grave error al incendiar su habitación. Pretendíais intimidar a su padre, pero lo que habéis hecho es cabrearle más.

— ¿Crees que le tengo miedo a un poli tozudo? No— bufó—. No es la primera vez que un poli mete las narices en nuestra guarida. Ha habido muchos más y todos han salido escaldados. Vete haciéndote a la idea de que esa relación debe terminar. ¿Dónde la tienes retenida?

— No sé dónde está.

— No me hagas volver a...

— ¡Dejadla en paz! Ella no tiene la culpa de que su padre esté implicado en este caso.

— ¡Pet! — gritó Logan— ¡Entra! Creo que no eres consciente de la situación tan jodida por la que estamos pasando por culpa de ese cabrón. Tú también podrías salir malparado en caso de que nos encontrase.

Como si Pet hubiera estado esperando al otro lado de la puerta, apareció veloz. Parecía deseoso por escuchar el veredicto de Logan.

— Ya sabes lo que tienes que hacer — le pidió Logan—. Llama a los demás. Nils necesita otro correctivo. No le ha parecido suficiente la reprimenda de estos días.

Me estaba poniendo tan nerviosa que me temblaba el pulso. No pude evitar sentir miedo e impotencia. Las palizas que Nils estaba recibiendo esos días eran propinadas por los hombres de Logan. No era Logan quien lo hacía. Él nunca se ensuciaría las manos con la sangre de Nils. Observaría paciente cómo sus hombres se enfrentaban a él hasta que diese por finalizado el castigo y mediase para que sus hombres no acabaran con su vida, pero sí que se aseguraría de que su amenaza había quedado clara.

No pude continuar escuchando. Me daba pavor imaginarme cómo sería enfrentarse a unos cuantos hombres a base de puñetazos.

Por muy bueno que Nils fuera cuerpo a cuerpo, no podría manejar los golpes que iba a recibir solo por defenderme. No era un titán, era mi berserker idiota, y aunque no dudaba de su fuerza, sí que lo hacía de su entereza. Quizá esta vez sí iba a llevarme hacia la banda de los canes y no podía permitirlo.

Quedarme en aquella caravana hasta que trascendieran los días sería posponer la agonía. Si me quedaba, corría el riesgo de que Nils culminara con su cometido, que era llevarme hasta la banda de traficantes a la que él pertenecía, por la que daba su apreciada libertad y por la que no podía, ni quería abandonar.

Cogí todas mis cosas. Aún temblaba cuando me adentré en la fría madrugada de Viggja

con una simple mochila a la espalda y un corazón malherido.

Las lágrimas helaban mis mejillas. Enamorarme de Nils había sido un profundo error. Mi adrenalina me ayudaba a mantener el calor y aunque me dolían las ingles, lo que inevitablemente me hacía recordar la pasión con la que me había entregado a Nils, debía huir.

Podría presionar el botón de seguridad de aquella pulsera y tendría a la patrulla de mi padre en unos minutos, pero no quería que olisquearan por aquella zona y mucho menos que encontrasen el hogar de Nils.

Me alejé un par de kilómetros con la esperanza de recuperar cobertura en mi móvil y así poder hacer una llamada a Tate o a Jau. Eran los únicos que podían ayudarme.

Tuve que andar más de lo que había imaginado, pero lo logré. Mi móvil volvía a la vida. El frío helaba mis huesos. Apenas sentía mis dedos marcando el número de Tate. Sonaron tres tonos y Tate no lo cogía. Había perdido la esperanza de oír su voz al otro lado del teléfono e iba a colgar, cuando de repente, Tate descolgó haciéndome la chica más feliz del mundo.

— ¿Eva?

— ¡Tate! — exclamé desbordada en lágrimas.

— ¡Por fin! ¿Dónde estás? ¿Por qué lloras?

— Necesito que vengas a por mí. Te envío mi ubicación exacta.

— Por supuesto. Ahora mismo voy a por ti. ¡Ya estoy saliendo de casa! No me cuelgues. Sigue hablándome.

Sollocé. ¿Qué había hecho con mi vida? Me dolía la cabeza. Cada vez que respiraba hondo, se me clavaban agujas afiladas en mi cráneo. ¿Podría ser por aquellos sueños?

— Amiga mía... ¡No me puedo creer que me hayas cogido el teléfono!

— No es tan raro en mí. Lo que pasa es que a veces tengo las manos ocupadas, ya sabes.

Su comentario me hizo sonreír entre lágrimas. Mi visión de la vida podría verse emborronada por las circunstancias, pero oír a Tate diciendo guarradas, me hacía más llevadero el sendero.

— El amor es una mierda, ¿verdad, Tate?

— Sí, cariño. Es un auténtico asco, aunque debo decir que, por primera vez, he encontrado al hombre ideal. Y no es otro más que el señor Riodhr.

— ¡Pero el señor Riodhr te dobla la edad!

— Has estado desaparecida casi dos días y no sabes por lo que he tenido que pasar. Menos mal que el señor Riodhr me invitó a pasar la noche en un hotel porque si no quizá habría muerto calcinada. Creía que te había pasado algo, pero me quedé más tranquila cuando me respondiste al Whatsapp. Las cosas en el campus han estado muy moviditas. Había mucho policía deambulando por las aulas y aún sigue habiendo en las entradas y salidas. Todo parece estar controlado, pero sigo sin fiarme. Nos han asignado una nueva habitación...

— ¡No puedo volver al campus por el momento! Tienes que llevarme a casa de Jawara.

— ¿Andas metida en un lío? Apuesto a que esto ha tenido que ver con Nils Can.

No pude responder. Volví a llorar de impotencia. Quizá en aquellos momentos, Nils estaría revolviéndose de dolor por el suelo y sus compañeros de banda se estarían aprovechando para obsequiarle patadas y rodillazos. Todo por protegerme. ¿De verdad merecía la pena? ¿A qué estaba esperando para entregarme ante Logan Can?

Debía despedirme de Nils. No podía irme sin más de su vida cuando él se había enfrentado a esos animales salvajes para salvarme, así que cuando colgué a Tate, le escribí un Whatsapp:

*Nuestras vidas deben bifurcarse. No puedo seguir. Ni tú ni yo estamos dispuestos a dejar la*

*vida que llevamos por esto que sentimos. Quizá no haya sido tal real como nos lo imaginábamos. Lo siento, Nils. Siempre serás mi ángel de la guarda...*

Todo sucedía tan rápido que me costaba seguir el hilo. No pasaron ni dos minutos cuando Nils leyó el mensaje y me llamó por teléfono. No lo cogí, pues si lo hacía, podría arrepentirme de haberlo dejado y regresar a sus brazos, donde ya no me sentiría segura después de saber la razón por la que venía con el rostro y el cuerpo magullado. No lo permitiría. Todo había sido por mi culpa.

Nils me había vuelto a engañar diciéndome que aquellos golpes se debían a los duros entrenamientos a los que se sometía para la final del torneo can&fel.

Como una leona herida aún con flechas clavadas en mi lomo, continué luchando por zafarme de aquel juego peligroso en el que Nils y yo habíamos consensuado no tocarnos para reconstruir nuestros corazones y reinventar el amor. ¡Qué ilusos! Poco nos había durado aquella restricción. Había sido una dulce tortura, pero terminaría siendo la perdición de Nils y yo no pretendía ser una opción, sino la única chica en el mundo para él.

Cuando debíamos plantearnos si estábamos obrando bien o mal era porque en el fondo, sabíamos que no estábamos yendo en buena dirección. ¿Y si hacer el mal era lo único que te hacía sentir viva?

Antes de entrar en el coche de Tate, vislumbé a Eleanor a lo lejos. Parecía que la vida le iba en correr. Debía haberme rastreado por mi olor.

¡Oh, no! ¡Nils había regresado a casa y me estaba buscando! Mi teléfono no dejaba de sonar una y otra vez.

— ¿A qué esperas para montarte, Eva? — apremió Tate.

Era doloroso dejar atrás una historia inconclusa. Nils y yo habíamos construido las bases de una relación estable, pero faltaba rematar aquellas medias verdades para fortalecerla. La verdad era peliaguda y no siempre favorecía a las dos partes por igual. Nils mantenía la suya y yo la mía. No podía salir de esa cárcel que le amarraba. Y yo, habría dejado todo por él. Asumiría cualquier desafío junto a él. El universo me había obsequiado con un chico complicado, aunque mi vida en sí no había sido fácil, así que no me sorprendía que, en el amor, las cosas fueran a ser distintas.

— ¡Eva! ¡Espera! — me pareció oír a Nils en la lejanía.

La única luz provenía de las farolas del barrio contiguo. En mi posición, lo único que estaba iluminado en aquella penumbra, era mi alma prendida. ¿Qué se suponía que era obrar el bien cuando lo que más deseaba en el mundo era retroceder los pasos que había avanzado para volver a sus brazos?

Miraba a Tate. Después giraba el rostro hacia la voz de Nils que me reclamaba a los lejos y...

Seguíamos siendo los mismos animales nocturnos que deseaban encontrarse para aullarle a la luna, pero habían cambiado muchos factores.

— ¡Eva! — volvió a reclamarme Nils en la fría noche.

Mis lágrimas caían de dos en dos. Unos pasos más y estaría dejando la sombra de Nils. Para siempre.

— Cariño, hace mucho frío— insistió de nuevo Tate—. Sube al coche, por favor.

La voz de Nils se quedaría grabada en mis oídos. Su boca, memorizada en mi piel. Su pelo como la avena, continuaría enredándose en mis dedos y el sabor de sus besos, se quedaría adherido en las grietas de mis labios. Nunca se marcharía.

Di unos pasos más. Nils superaba con creces la distancia que nos separaba a toda carrera. Eleanor llegó hasta mí jadeando y me lamió la mano.

— Lo siento, Eleanor. Debo irme... Sé que me he ido sin despedirme de ti, pero de haberlo hecho, nunca os habría podido abandonar. Compréndeme.

Acaricié su cabeza y entré en el coche.

— Pisa el acelerador a fondo, Tate.

— Tienes a Nils corriendo por la izquierda.

— No lo mires. Vámonos.

— Pero...

— ¡Vamos! — exclamé acelerada— Ya he tomado una decisión.

Tate puso en marcha el vehículo. Mi otro yo se había quedado en esa acera esperándole. La sombra que quedaba de la verdadera Eva Nass, estaba sentada en aquel coche mirando hacia un nuevo horizonte que debía asumir sin él. ¿Los humanos podíamos vivir sin nuestro ángel de la guarda?

— ¡Para el coche, Tate! — grité.

— ¿Es que te has vuelto loca?

Tate detuvo el coche en plena calle. No había nadie a nuestro alrededor.

Salí del vehículo y eché a correr. Vi a Nils corriendo hacia mí. Nuestros cuerpos impactaron al abrazarse.

— Mi amor... — escondió su rostro en mi cuello.

— Mi vida— susurré casi sin voz en su cuello—. ¿No ves que lo nuestro es imposible?  
— No puedo perderte— me acarició la mejilla.  
— Pero sabes que es lo correcto. Mi padre sabe...  
— Sí, Lo sé... Me está buscando para interrogarme, pero soy capaz de entregarme con tal de que no me abandones.

Tenía sus pómulos nuevamente marcados y el labio partido, además de un derrame en su ojo izquierdo.

— ¡Dios mío... Nils! No puedes seguir protegiéndome ¡Van a matarte!  
— Escúchame, por favor— me tomó de la mano—. Me quedan unos días para enfrentarme a Víctor Lunier en el torneo. Una vez termine no habrá nada que me ate a Logan. Nos fugaremos, mi amor. No habrá nadie que nos detenga.

— Esto no puede acabar bien, Nils.  
Nos besamos con urgencia.  
— Lo único que sé es que tú eres mi salvación, Nassy.  
— Y tú la mía.  
— Miénteme. Dime que me quieres, Eva.  
— No te quiero— contesté.  
Nils sonrió y unió su frente a la mía.

— Me vale con esa mentira.  
Tate estaba detrás de nosotros de brazos cruzados. Le castañeaban los dientes.  
— Bueno... ¿Qué? ¿Vais a seguir ahí pasando frío? — preguntó sin éxito.  
Si hubiera optado por irme, jamás habría podido despedirme de él. Ambos lo sabíamos. Aquello era una despedida. No estaba segura con Nils. Logan estaría vigilando muy de cerca sus pasos y mi padre, los míos.

— ¿Dónde irás, Nassy?  
— Lejos de tu banda.  
— Supongo que es mejor no decírmelo porque correrías más peligro.  
— ¿El temible Nils Can me va a echar de menos?  
— Ya te echo de menos y aún no te has marchado. Cada día sin ti será una tortura.  
— Así cumples de verdad con las reglas del juego.  
— El juego de tortura más cruel del mundo.

Ambos nos reímos ante el desconocimiento de Tate, quien volvió al interior del coche. Hablábamos en código *nilseva*: Nils— Eva. Un código que solo conocíamos los dos.

— Hasta que el destino nos una de nuevo— susurró y después me besó en la frente.  
— Volveremos a estar juntos cuando te cortes el pelo. Sabes que lo odio.  
— Y yo odio tus medias de colores, aunque supongo que podré vivir con ello.  
Sonreí en su pecho.

— Echaré de menos tus besos, Nils.  
— Te besaré hasta el fin de mis días cuando regresemos, Nassy. De eso puedes estar segura.

— Hasta que se me derritan los labios.  
— Hasta que nos muramos de hambre y sueño...  
Era agónica la despedida. Intentábamos alargar más los minutos que corrían en nuestra contra, pero el tiempo pasaba irrevocable. Me di media vuelta para entrar en el coche, pero Nils me detuvo cogiendo mi mano.

— Eva... Antes de que te marches, quería darte esto— se sacó mi dispositivo de

escucha de su chaqueta de cuero. Me moría de la vergüenza—. Como te fuiste sin despedirte — prosiguió. Le temblaba la voz—, puse la caravana patas arriba intentando averiguar dónde podrías haber ido y si me habías dejado una nota. Busqué cualquier señal. Estuve rebuscando por los cajones, bajo la cama, en la encimera... También miré en mi cazadora y vi por casualidad este dispositivo. Supe que era tuyo porque nunca le dejo la chaqueta a nadie y estos aparatitos no están disponibles para la gente corriente. Tus mejillas encendidas me acaban de confirmar que es tuyo. Debo agradecerle a Eleanor que me haya guiado hasta ti.

— Es cierto— confesé—. Fui yo la que lo puso en tu chaqueta. Solo pretendía averiguar la verdad. Tenía miedo de que regresaras a la caravana a por mí con los hombres de Logan.

— Nunca te dejaría en manos de nadie. Y ahora que ya conoces la verdad... ¿Entiendes por qué no pude decirte nada? Ojalá algún día confíes en mí.

— Lo siento mucho.

— No te disculpes. Lo entiendo perfectamente. Tu desconfianza la he provocado yo mismo al no sincerarme.

— ¡Solo me protegías! Por eso estás en un buen lío con Logan. ¿No estás enfadado conmigo por lo que hice?

— No, claro que no— me guiñó el ojo.

Nos permitimos unos minutos más para mirarnos. Pretendía que su mirada se quedara adherida en mi retina para, después, soportar su ausencia.

— Bueno, Nils, debo irme. ¿Me prometes que me esperarás?

— Te lo prometo. Cuando todo esto se resuelva y convenzas a tu padre para que se marche, te revelaré la regla número tres.

Apreté su mano.

— Debe ser importante...

— Lo es. Bueno— rectificó—, lo será.

Aquella noche, las promesas de dos jóvenes enamorados se quedaron en el asfalto. Seguía siendo una despedida. Una despedida edulcorada, pero el tiempo nos revelaría si esas promesas llegarían a buen término o se quedarían en el aire.

PARTE II  
*Código nilseva*

<<La confianza se gana con mil actos y se pierde con tan solo uno >>.  
@candidman



Tate me estuvo interrogando de camino a casa de Jau. La resumí como pude todo lo acontecido hasta ese momento. La pedí que tuviera extremo cuidado en el campus y que, para asegurar mi supervivencia, no iría a clase en una semana, el tiempo que Nils emplearía en ese horrible torneo con los fels.

— ¿De verdad que estás con él, Eva? ¿No había chicos en el campus a quien elegir más que a Nils Can?

— Sí.

— ¡Lo sabía! Me lo negabas una y otra vez. Estabas coladita por él. Eres predecible.

— Es porque me conoces demasiado bien.

— Pero elegir al berserker ha sido tu peor elección.

— En realidad, él me eligió a mí. Mi corazón no es tan listo como para saber quién es el adecuado. Él no entiende de eso, solo siente y ya está.

— ¡Pues vaya mierda de corazón que solo quiere complicarte la existencia! Y... ¿Qué? ¿Ya habéis follado?

Puse los ojos en blanco. La manera que tenía Tate de hablar sobre el amor era esperpéntica. Su vida amorosa, antes de enamorarse del profesor Riodhr, había dado tumbos de cama en cama. Ella sí que sabía cómo escaparse de las relaciones serias sin salir perjudicada.

— Te veo con las pilas cargadas. ¿El señor Riodhr sabe de tu dilatada experiencia en asuntos del corazón?

— De momento no se ha quejado. Está satisfecho con los resultados y con mis limpiezas diarias.

— ¿Ya empiezas con tus vulgaridades? Me dan arcadas solo de escucharte.

— Limpiezas de sable— matizó haciendo muecas con su mano y boca.

— ¡Siempre tan detallista, mi querida Tate, hasta para relatarme tus intimidades!

— No quisiera guardarme lo mejor solo para mí. Debo compartirlo con mi mejor amiga.

Siempre se dice lo malo, ¿por qué no lo bueno también?

Le di un golpecito cariñoso en el hombro y ella me lo devolvió. Ambas nos echamos a reír.

La casa de Jau estaba ubicada muy cerca del campus, a tan solo dos manzanas.

— ¿Qué va a decir Jau cuando nos presentemos en su casa? — le pregunté.

— Pensará que estás loca. Ese abraza— árboles sí que está chiflado. Ambos lo estáis. Tenéis suerte de que sea yo la que está más cuerda de los tres— hizo una breve pausa—. Te dará un abrazo de oso cuando te vea o quizá te suelte un delicado sermón por habernos mantenido en las sombras estos días.

— ¿En serio? ¿Abraza— árboles? ¿Así llamas a Jau? Es cierto que lo hace y me ha dicho que es una buena terapia de choque. Dice que se siente una paz infinita. Y, por cierto, no me he olvidado de vosotros— le respondí—. Solo me he dedicado un poco más a mí misma y he averiguado cosas sobre mi persona que nunca llegarías a imaginar.

Tate asintió. Estaba aparcando el coche en línea cuando vimos varios gatos callejeros saliendo despavoridos de una esquina perseguidos por perros sarnosos. La escena no podía ser menos irónica. Claramente, eran canes contra fels en una batalla épica, la mejor versión animal de lo que en realidad sucedía en las dos bandas y lo que acontecería en su estúpido torneo para demostrar quién era el más fuerte.

El torneo generaba mucho dinero. Se distribuiría la droga de Logan entre los participantes para que estos no sintieran dolor en el combate.

Aquel plan era descabellado. Un can y un fel se disputarían la final para ganarse el respeto de sus bandas y yo no estaría allí para detener aquella pelea callejera de gatos y perros, ni podría socorrer a Nils si el tal Víctor Lunier, le consiguiese vencer. Nunca tomó tanto sentido aquella frase << se llevan como perros y gatos >> como en ese momento.

— Tenemos muchas cosas de qué hablar, Eva. Creía que te había perdido al saber que nuestra habitación se había reducido a cenizas.

— Mis padres también lo pasaron mal. Podríamos haber muerto.

— ¡Pretendían quemarnos vivas! — exclamó llevándose la mano a la boca— ¡Qué desperdicio para los hombres el haberme muerto en ese instante!

— ¡Tate, por favor! Estás hablando de un tema muy serio.

— Me considero demasiado joven para morir. Sin embargo, he renacido, como tú. De no haber estado con Nils...

— Él me salvó la vida como a ti te la salvó el señor Riodhr.

— Y creo que ya se lo he agradecido con creces.

Ambas subimos a casa de Jau, un dúplex ultramoderno para lo tradicional que él era. Me preguntaba en qué se ganaba la vida para ganar tantísimo dinero.

Eran las nueve y media de la noche cuando Jau nos abrió la puerta. Siempre había sido un tipo de lo más huraño y clásico. Le gustaba su rutina. Estudiaba y, por lo que tenía entendido, enviaba dinero a su familia a África. Comía y cenaba a las mismas horas todos los días y los sábados los utilizaba para la meditación, más bien, para establecer una conexión con la naturaleza. Ahí entraba su actividad de abrazar árboles que tanto le hacía gracia a Tate.

Su cara de asombro lo dijo todo. Estaba en bata. Acabábamos de despertarlo.

— ¿Qué me he perdido? — nos preguntó en un tono áspero.

— ¡Jau! ¡Que soy yo, tu mejor amiga! — puse los brazos en jarras.

— Creía que ya no.

Estaba enojado. Esperaba a un Jau deseoso por verme y me recibió otro Jau diferente.

— Vámonos, Tate. Jau no está muy receptivo hoy — cogí a mi mejor amiga del brazo dispuesta a marcharme.

Cuando ya habíamos avanzando medio pasillo, Jau nos llamó desde su felpudo.

— Venid y explicadme qué ocurre. Al menos que no sea en vano el haberme despertado.

Miré a Tate con una de las cejas arqueadas y ella me devolvió el gesto con la misma cara de sorpresa.

Accedimos a entrar en la casa de Jau una vez que ambas determinamos que la mejor opción era ignorar su desdén.

Era muy tarde. Ni siquiera sabía qué hora era.

— Bueno... ¿Y qué? ¿A qué se debe tu visita inesperada, Eva? Llevas días sin aparecer y de repente te manifiestas como un espíritu.

— No tengo adónde ir— respondí.

Mi respuesta no le convenció. Se sentó en el sillón y se puso de brazos cruzados. Aún esperaba un beso y un abrazo de su parte cuando accedí a imitarlo tomando asiento frente a él. Estaba cansada de ser juzgada. Se suponía que los amigos estaban para ayudar, no para cuestionarse.

Le relaté lo mismo que le había contado a Tate, pero omitiendo parte de la historia.

— Te dije que Nils Vinter no era de fiar— dijo al respecto—. Y sé que en algún momento me darás la razón. Sabes que esto no puede salir bien. Tarde o temprano tendrá que acatar las órdenes de su banda y se olvidará por completo de lo que se supone siente por ti y te entregará.

— ¡Él no haría eso! No conocéis al verdadero Nils — discrepé malhumorada.

— ¿Y tú sí crees conocerlo? Él no te conviene.

— Ya se lo he dicho yo, Jawara— intervino Tate posicionándose a su favor.

Me levanté refunfuñando y me alejé por un momento de mis dos amigos. Podría llamar a papá e irme con él. Entonces me obligaría a decirle qué hacía a esas horas despierta y por qué no le había llamado antes. No. Demasiado arriesgado. Mi padre ya sabía demasiado. Estaba investigando a los canes y a los fels, muy especialmente a Nils, así que, para mi padre, Nils debía ser siempre Ángel, mi ángel de la guarda.

— No pretendo que me comprendáis — objeté al cabo de unos minutos volviendo a tomar asiento—. Os lo cuento porque creo que os merecéis saber por qué he estado tan ausente estos días. Ya está. Ya lo he dicho. Ahora sois vosotros los que decidís si queréis seguir siendo mis amigos o, por el contrario, despediros de mí para siempre.

Después de exponer mi ultimátum, Jau y Tate se mantuvieron en silencio.

— Vale. No sabéis bien que decir. Lo entiendo— asumí—, pero es mi vida y yo siempre os he apoyado. Lo mínimo que os pido es que intentéis pensar en mi felicidad y no en lo que me conviene según vuestro criterio.

— Precisamente eso es lo que más me duele, Eva— confesó Jau—. Me duele que desee tu felicidad y a ti te importe una mierda. Es como si estuvieras cerca de un acantilado donde la tierra se hunde bajo tus pies y tú te arrimas al borde sabiendo que caerás de igual modo, aunque se te diga que lo evites y que des dos pasos hacia atrás. ¿Qué se supone que tenemos que hacer? ¿Dejar que te despeñes?

— No— negué con un nudo aprisionando mi garganta—. Simplemente acompañarme hasta el borde y si me caigo y me derrumbo, estar ahí para levantarme. Nunca os pediría que cayeseis conmigo.

— Pues yo te daría la mano si hiciera falta— dijo Tate contagiada por mi tristeza—. Y

si caemos al vacío, al menos caemos las dos.

Puso su frente sobre mi hombro brindándome su apoyo. ¿Qué amiga coge el coche en altas horas de la madrugada para salvarte de un aprieto? Tate, la chica blanca como la leche, ligera de cascos y enamorada de los hombres —de todos—. Ella, la persona más noble del planeta y la única que no me juzgaba.

— Gracias, Tate, por lo de esta noche. Por todo — apoyé mi cabeza en la suya.

— Estás loca si piensas que iba a dejarte llorando por las calles.

Jau seguía pensando que estar de brazos cruzados y con el ceño fruncido me haría recapacitar, pero no había nada que pensar. Amaba a Nils por encima de todas las cosas y él me amaba a mí.

El amor no era una enfermedad, pero visto así, podría decirse que la función de enamorarse se basaba en llevar al límite todas las emociones juntas y formar una explosión de sentimientos. El Big Bang se quedaba pequeño. ¿Un ser humano podría morir de amor? Quizá no hubiera nada científicamente demostrado, pero en mi caso, no concebía mi vida sin Nils, sin sus heridas marcadas en la piel, como la mía, la que él había acariciado sin saber qué historia se escondía en esa fea cicatriz cuando yo sí exigí saber qué había detrás de las suyas.

Jau no sabía quién era en realidad el temible Nils Can. Yo sí.

— ¿Me estás queriendo decir que Tate ha tenido que ir a buscarte porque estabas llorando? — preguntó Jau más enojado todavía—. ¡Llorando por él! Porque en el fondo sabes que puede traicionarte, ¡por eso huyes! ¿Dónde está ese malnacido? — apretó sus puños con rabia.

— Él no va a traicionarme...

— Lo dices muy segura. La caída al vacío llegará antes de lo previsto. Esa gente no se anda con rodeos. ¡Lo extraño es que no te haya entregado ya!

— ¡Porque me quiere!

Jau no añadió nada más. Se dirigió furioso hacia la cocina y dijo:

— Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites, hasta que resuelvas tus problemas, ¡pero conmigo no cuentas! — y me dejó llorando con Tate en el salón.

— ¡Shhh, cariño! — acalló Tate mientras me abrazaba y acariciaba la espalda—. Ya se le pasará.

— No. Conozco a Jau... Le he perdido para siempre.

— En cualquier caso, es él el que te ha perdido a ti. Anda, llama a tu padre. Al parecer es tu única opción.

— No. No puedo arriesgarme...

— No pensarás quedarte aquí después de cómo se ha portado Jau, ¿verdad?

— Es mi amigo.

— No. Los amigos nunca te abandonan. Ni aun sabiendo que estás a punto de caer al vacío...

Una mala decisión conllevaba a cometer imprudencias, pero cuando no te quedaban más opciones, se debía asumir la derrota.

Abandonar el camino superado, podría salvarte la vida, aunque pareciera una auténtica pérdida de tiempo, pero para renacer, había que renunciar a la verdad.

Tenía un plan y debía poner todo mi empeño en proteger la identidad de Nils frente a las declaraciones de ese testigo anónimo que juraba arruinar su vida y la de Víctor Lunier.

Cerré los ojos y con mucho miedo, apreté el botón de seguridad de mi pulsera.

— ¿Estás segura de que funciona así, Eva?

Los colores rojizos del amanecer habían expirado en las sombras de los edificios. Aún

no había ni un alma por las calles, salvo aquellos perros y gatos que seguían vagando sin un destino previsto.

— Sí— contesté—. En menos de cinco minutos tendré a la patrulla de mi padre aquí mismo.

— ¿Va a creer esa patraña?

— Eso espero.

— Suerte, amiga. Esto puede servirte para que tu padre abandone Trondheim.

— Gracias, Tate. Ahora ya puedes irte.

— Mantenme informada. Estaré esperando tu llamada por si necesitas que alguien te salve.

— Tú ya me has salvado.

— Una y mil veces...— me dio un beso en la mejilla antes de marcharse.

¡Que los dioses me aguardasen! Iba a romperle el corazón a mi padre. No tendría más opción que irse de Trondheim, salvándole de las garras de Logan Can y de sus hombres.

El coche de Tate se perdía a lo lejos, donde se cruzaba con dos patrullas viniendo a toda velocidad hacia mí. Podía oír sus sirenas desafiando el asfalto y sentir el miedo. No sabía si mis palabras iban a salir atropelladas de mi boca. Debía sonar convincente. Iba a poner en marcha mi plan, el mismo que se había estado gestando en mi cabeza días antes, cuando descubrí que Nils estaba en el punto de mira de papá. Que decidiese no esconderme en casa de Jau, había provocado que adelantase mi plan, cuyo objetivo era hacerle pensar a mi padre que me habían intentado secuestrar. Todas las mentiras escondían una parte de verdad.

Cuando los hombres de mi padre bajaron con celeridad del coche, todas las miradas se posaron en mí. No mentía del todo ¿Acaso no era cierto que la banda pretendía secuestrarme? ¿No estaban dispuestos a usarme como trueque para que Logan se deshiciese de la policía? ¿No pretendían intimidar a mi padre?

— ¿Se encuentra usted bien, señorita? — me preguntó uno de los hombres uniformados cargado con una pistola.

— No muy bien, señor— sollozaba aún escondida entre dos coches.

— ¿Qué ha ocurrido? — intervino el segundo hombre más mayor que el primero. Le doblaba en edad.

Me ayudó a levantarme del suelo.

— Han intentado secuestrarme y yo...

— Está en estado de shock. Será mejor que la llevemos a casa del inspector Nass— propuso el más joven al otro.

— Será lo más apropiado.

Tenía frío y miedo. No sabía si al final mis mentiras acabarían delatándome, pero tenía que intentarlo.

Mi padre ya estaba esperándonos cuando el coche patrulla estacionó frente a su vivienda.

Después de la separación, mi padre y yo manteníamos una relación cordial. Nunca me llamaba. No sabía nada de mí. Se olvidaba de mis cumpleaños y lo más doloroso era que había dejado de querer a mi madre. ¡Eso sí que era imperdonable!

Aquel día, cuando la patrulla abandonó el lugar y me encontré cara a cara con él, vi a un hombre renovado. Un hombre diferente.

— Quiero datos. Quiero que me digas la verdad— me pidió mientras entrábamos en su casa.

Esta era un cuchitril de unos setenta y cinco metros cuadrados con escasa decoración: dos cuadros mal puestos allá, una televisión antigua de tubo y un sillón que parecía arañado por un gato furioso.

Era la primera vez que entraba en su casa desde que se había trasladado a Trondheim. Vivía solo. Nunca rehízo su vida con otra mujer, lo cual me parecía triste. Un ser humano nacía para amar, para estar acompañado y ser mimado por su eterna pareja hasta que la muerte así lo decidiese, pero la insuperable obsesión que tenía por su trabajo, le impedía abrir las puertas de su corazón.

Esa misma obsesión que él tenía por su trabajo, yo la tenía por mis estudios. Amaba el arte como amaba a Nils.

Paseé mi mirada por el mueble donde reposaba el armatoste de su televisor. Encima de él, había varias fotos enmarcadas de cuando yo tenía seis años. Las pecas adornaban mi rostro infantil. Era tan feliz que mi sonrisa ocupaba toda la fotografía. Solo se me veían dientes y pecas. ¿Cómo iba a imaginar lo que vendría después?

— Aquí estarás a salvo— aseguró mientras se servía un whisky con manos temblorosas. Papá nunca había bebido. Me sorprendió ver que tenía esa nueva afición por el alcohol.

—Y ahora, Eva, si no te importa, cuéntame por qué tu amigo Jawara está tan enojado contigo y qué hacías con Nils Vinter en su caravana.

Se me detuvo el corazón. Náuseas. Mareos.... Y ese constato dolor de cabeza. No me encontraba bien.

— No pude seguir escuchando cuando tú y ese cabrón... ¡Joder, Eva, ha corrompido tu inocencia!

Llevaba varios días que mi cuerpo pretendía decirme algo y no solo me lo revelaba mi organismo, sino que las runas de Muriel lo vaticinaban.

Lo primero que se me vino a la mente fue: <<enfermedad>>. El miedo empezaba a adueñarse de mi ser, que se empequeñecía al estar alejada de Nils Vinter. En aquel momento, escuchar su nombre en los labios de mi padre hizo que mi cuerpo me recordase que había algo en mí que gritaba por salir y no sabía lo que era hasta que aquellos martillos que golpeaban mi cabeza y los destellos que cada vez eran más persistentes, me hicieron trastabillar, pero papá me cogió al vuelo.

— ¿Qué te ocurre, Eva?

— No lo sé... Mi cabeza...

— ¿Desde cuándo te pasa esto? Debes pedir cita con tu médico.

— No, papá. No es nada. Seguro que se me pasará.

Tras volver en sí, mi padre me dio un naproxeno para la jaqueca.

— No pretendía presionarte Eva— confesó—, pero debes decirme qué ha sucedido hoy y por qué han intentado secuestrarte.

Mi plan, mi simulacro, había curtido efecto. Mi padre estaba atemorizado. De esa manera, podría pedirle que abandonara Trondheim.

— Nils Vinter es mi compañero de clase. Por eso me has visto con él.

Pero no se podían mantener las mentiras por mucho más tiempo. Así era la vida. Cuando creías que lo tenías todo organizado, te asaltaba el factor sorpresa y todo se iba a la mierda.

— Sí— asintió—, sé quién es él perfectamente. Sé que vive en Viggja, Eva. Sé que él es Ángel.

Dejé de respirar. ¡Mi padre estaba al corriente de todo! No... ¡No podía ser cierto! ¿En

qué momento le había subestimado?

El amor nos hacía bobos y descuidados.

— ¿Qué?

— No voy a proseguir con esta mentira por más tiempo, Eva. No sé cuáles eran tus intenciones al apretar el botón de seguridad, pero apuesto a que ha sido todo para ofrecerme una coartada. La dirección exacta donde te han encontrado mis hombres es la de Víctor Lunier. Me lo has dejado a huevo sin planearlo.

¿Qué tenía que ver un fels en todo aquel embrollo?

Mi cara de sorpresa le pilló desprevenido:

— ¡Ah, claro! Que no lo sabías...

— Saber... ¿qué exactamente, papá?

— Víctor Lunier y Nils Vinter serán detenidos en cuanto dé la orden que esperan mis hombres.

— ¿Por qué me cuentas todo esto a mí? ¡Ellos no me importan, papá! ¡Ninguno de los dos son importantes para mí!

— Ah, ¿no? — arqueó una de sus cejas y tomó de un trago el whisky. Después lanzó el vaso contra el cuadro destartado que había sido de mamá y los cristales volaron por doquier—. ¡Joder, Eva! ¿Crees que soy gilipollas? ¿En qué mundo vives?

Negué con la cabeza. Observé el pobre cuadro arañado y por un momento me vinieron a la mente aquellos vagos recuerdos que me martirizaban y me quemaban la cicatriz de mi muñeca. Ese cuadro estuvo colgado en mi antigua casa de Bryggen hasta que mis padres se separaron.

— ¡En mi mundo de Yupi no sufro! ¿Y en el tuyo? ¿Piensas alguna vez en mí o en mamá? ¿En lo que dejaste atrás? — contesté furiosa.

Tragó saliva. Se movía nervioso de un lado para el otro y al hacerlo, se oía el chasquido de los cristales al ser pisoteados. Parecía querer decir algo, pero no pudo articular palabra.

Se dirigió hacia la cocina y se presentó nuevamente en el salón con una escoba y un recogedor. Hubo un tiempo en el que ni siquiera un recogedor podría haber apartado toda mi pena. Los cristales por fortuna, sí podían retirarse, pero uno de ellos, me habría servido en su día para acabar con mi agonía, creyendo que, si pertenecía a la otra vida, mi sufrimiento dejaría de existir, pero entonces jamás habría conocido a Nils.

Una vez que se relajó, también su cuerpo adoptó otra posición. Se sentó a mi lado y con mucha calma y como si estuviera hablándole a un bebé, dijo muy despacito:

— Víctor Lunier es solo un pseudónimo. ¿Te suena más Jawara?

¿Qué tenía que ver mi mejor amigo con ese fels llamado Víctor Lunier?

— Eva... todo este tiempo, tu amigo Jawara, alias, Víctor Lunier, te ha estado protegiendo contra los canes.

— Papá... Estás confundido. Jawara es estudiante de arte. Es una persona civilizada y trabajadora que mantiene a su familia con el dinero que gana.

Papá bufó.

— Eso teníamos entendido. Ganando lo que gana, ya puede mantener a dos o tres familias enteras, Eva. Tu amigo es un hacker y trabaja para la banda de los fels. Se le conoce como Víctor Lunier.

¡Cuán abismal fue mi sorpresa! Me masajé las sienes y negué con la cabeza confundida. Mi plan se había ido al traste como mi torre de naipes, las que vibraban a punto de desmoronarse del todo. Si Jau era el fels del que me había hablado Nils, entonces todo tendría

más sentido.

— Jawara me lo habría contado...

— Por lo que se ve, esto no te lo contó. ¿Acaso no sabes que, si no denuncias a Nils Vinter, podrías convertirte en su cómplice? Ni siquiera yo podría protegerte. Debes decirme la verdad para poder actuar en consecuencia.

Me puse en pie. No daba crédito.

— ¡Me has utilizado, papá y todo para dar caza a las dos bandas! He sido tu cebo.

— Veo que empezamos a entendernos. Eras el anzuelo y te pido perdón, pero gracias a ti y a esa pulsera que ha servido de gps y dispositivo de escucha, detendremos a Logan Can y a sus hombres. Incluso hoy, sin darte cuenta, has estado brillante con tu actuación facilitándonos la ubicación de Víctor Lunier. Mis hombres están esperando mi señal para detenerlos.

Me tocaba a mí mover ficha.

— Debes abandonar Trondheim de inmediato, papá. Ese es el mensaje que ellos me han dado hoy.

Como un mantra, me había repetido en innumerables ocasiones aquella frase. <<Debes abandonar Trondheim. Por tu bien y también por el mío>>.

— No me voy a ir a ningún lado y más sabiendo que han intentado secuestrarte. ¿Con <<ellos>> te refieres a los hombres de Logan?

Mi silencio confirmó sus sospechas.

— Debes irte o me perderás para siempre— insistí—. ¡Si no te vas, volverán para llevarme con ellos!

Romperle el corazón pidiéndole que abandonara su misión por la que daba la vida, sería alimentar más su fiereza, pero en mi cabeza no entraba la aparición de Víctor Lunier, mi mejor amigo, quien había actuado con total maestría en ese juego de bandas ocultándome su verdadera identidad. No iba a tolerar que ese idiota cabreado desbaratara mis planes.

— He grabado esta conversación— proseguí con mi diatriba entregándole el dispositivo de escucha—. Nils es inocente y apuesto a que Jawara, digo— rectifiqué costándome mucho—, Víctor Lunier, ¡también lo es!

— ¡Conque cogiste un dispositivo de mi departamento! ¡Lo tuyo no tiene nombre, Eva! — exclamó maravillado—. Incluso tú misma has dudado de la autenticidad de tu Ángel y por eso recurriste a robar este chisme, ¿cierto? Eres muy buena en esto, Eva, aunque admito que algo patosa, pero no dudo de que has salido a tu padre.

— ¡Papá, debes detener el caso e irte de Trondheim o esos hombres procederán a cumplir con su objetivo! Lo de hoy ha sido una mera advertencia diplomática. Mañana quién sabe.

Pretendía intimidarlo. Quizá de esa manera podría convencerle.

— Ya veo— se acarició el mentón—... Me quieren quitar de en medio para proseguir con sus fechorías. ¡Bien jugado! Y para ello, han intentado usarte de trueque, ¿me equivoco? ¿Qué quieren a cambio de tu secuestro?

Si mi plan había sido mentirle en todo momento, lo estaba haciendo muy mal, pero yo no servía para mentir. Usaba la verdad para rogarle que abortara aquella misión.

Viendo que no contestaba, continuó diciendo:

— Esto es lo que voy a hacer. Me iré, sí... Pero no voy a darle lo que ellos quieren. Te vendrás conmigo.

— No, papá. Aquí es donde estudio y donde deseo estar. En cuanto te marches no correré ningún peligro.

— Aquí no estás segura.

— Lo estaré si te vas.

No se le veía convencido.

— ¿Sabes cuándo van a actuar?

<<Después de acabar el maldito torneo>>, pensé. Quizá era adecuado decírselo para que lo detuviera.

— No. No lo sé.

— Doy gracias a que estás aquí para asumir el control y poder protegerte. Mañana hablaré con el comisario. Pediré mi traslado y omitiré las pruebas por el momento.

¿Así tan fácil? Si las mentiras tenían las patas muy cortas, las de papá eran largas. Se le veía a la legua que mentía como un bellaco.

Me había construido una sala de interrogatorios en mi mente. Tenía frente a mí a tres hombres dispuestos a luchar contra el ejército de Logan Can. Ellos eran: Nils, Víctor y papá. Lo que yo me preguntaba era quién de los tres renunciaría a su misión por mí, quién de los tres se levantaría para decir:

<<Yo. Yo lo haré>>.

## Dos días para el torneo

Ansiaba la libertad con la que un pájaro abre sus alas mostrando cada pluma al viento. Así de libre, así de ágil. ¡Desde arriba todo debía verse tan diminuto e insignificante! Mientras que, en la Tierra, los humanos anhelábamos lo que nos faltaba, en vez de valorar lo que teníamos. Pasábamos por alto detalles como el canto de los pájaros o el sonido que producía la lluvia golpeando las aceras. No nos parábamos para contemplar el reflejo de los enormes edificios en los charcos que se veían distorsionados por unas botas de lluvia chapoteando en ellos.

Se habían perdido tantos detalles con la contaminación acústica, las prisas y las pocas ganas, que los humanos habíamos optado por obedecer el mismo patrón todos los días omitiendo el bello sonido de la naturaleza apuntando en todas las direcciones para ser admirado.

Solo faltaba enmarcar la palabra <<mirame>> con luces de neón para que todos nosotros nos detuviésemos un instante y perdiésemos un minuto de nuestra apretada agenda para apreciar lo que crecía a nuestro alrededor mientras ocupábamos nuestras mentes en minucias.

La vida me había enseñado a prescindir de los ruidos y a apreciar el silencio con el que muchas veces me sentía mejor acompañada.

Y en ese momento, me podría haber sentido en paz conmigo misma. Escuchaba esos ruidos que eran secundarios y que debían ser primarios mientras esperaba en la sala de espera del doctor Andersen.

Pájaros, brisa acariciando las hojas secas... Y de repente, el infierno, la ciudad que nunca descansaba, coches y hospital, donde se acabaría mi amada libertad como la de un pajarillo.

Entrar en el despacho del doctor era como volver a mi infancia, oír una voz amiga que sonaba conciliadora en una ciudad de locos. El doctor Andersen, en quien siempre había visto un médico de confianza, me había tratado desde bien pequeña.

Había acudido sola a la consulta. No quería molestar a mis padres, ni siquiera a Nils, a quien llevaba tres días sin ver.

— Los análisis han salido normales— me tranquilizó.

— Entonces... ¿a qué se deben mis dolores de cabeza, doctor?

Hacía mucho tiempo que no veía al doctor Andersen, con lo cual era buena señal considerando que gozaba de una excelente salud hasta el momento.

— He estado viendo que hay algún parámetro desajustado. Tienes hipertensión y al parecer, anemia. Te voy a mandar estos tratamientos para ver si mejoras en unos meses.

— Sinceramente, doctor, nunca antes me había sentido así.

— La hipertensión no es tan habitual en personas jóvenes. Se suele dar más el caso de hipotensión que es un seguro de vida.

Parecía cansado, más bien, aburrido. No era el mismo doctor implicado que me había tratado anteriormente. Con los años había perdido tacto. Le faltaba vitalidad y eso me hacía perder la confianza que había depositado en él.

La consulta se basó en repasar a toda prisa el resultado de la analítica y evaluar los parámetros desajustados que él veía anormales, pero ni siquiera me miró a los ojos ni me preguntó qué tal me había tratado la vida en ese tiempo. Su vista estaba fija en la pantalla del ordenador donde redactaba el informe, actualizaba mis datos médicos y preparaba las recetas contra la hipertensión y la anemia.

Antes de marcharme, le pregunté una última cosa:

— ¿Usted ve normal que se me esté cayendo tanto el cabello?

Aquel pequeño e insignificante detalle lo cambió todo.

— No le veo la mayor importancia, señorita Nass. Podría ser el estrés. En unos meses volveremos a repetirle la analítica para ver si ha mejorado. Espero que así sea.

Y con el mismo saludo que me había recibido al entrar, se despidió.

Después de la primera visita al hospital, pretendí hacer vida normal. En cuanto llegué a casa, me tomé el hierro que me había mandado el doctor Andersen y el tratamiento para controlar la hipertensión.

Lo cierto era que me sentía recluida en aquella casa. Era algo así como una cárcel desde donde mi padre podía controlarme.

— ¿Adónde has ido? — me preguntó mi padre por teléfono.

Estaba viviendo fuera de Trondheim y las aguas parecían haberse calmado en la banda desde entonces.

— He percibido movimiento fuera de casa— continuó—. Cada vez que se abre o cierra la puerta, las cámaras lo detectan y me asaltan todas las alarmas.

— No sabía que habías puesto cámaras en tu súper casa de setenta y cinco metros cuadrados. ¿No te parece suficiente con haberme dejado a tus hombres custodiándome?

— Hija, tengo que velar por nuestra seguridad. Las cámaras llevan integradas desde que me trasladé a Trondheim y ahora las puedo controlar desde aquí.

— Para tu información, ya que me has preguntado, he ido a dar un paseo y me he comprado un par de cosas con el dinero que me manda mamá.

— Vale... No hace falta que me des explicaciones. Eres mayorcita y confío en que no malgastas tu dinero. Solo quiero que tengas cuidado... ¿Sabes algo de Nils Vinter o de Víctor Lunier?

— Prometiste que ibas a abandonar el caso...

— Eso dije.

Sí. Era cierto. Había hablado con Nils, pero no con Víctor. Aún me costaba sobremanera cambiarle el nombre a mi fiel amigo Jau, quien continuaba enojado conmigo y no contestaba a mis mensajes ni a mis llamadas.

— No he vuelto a saber de ellos, papá. Para tu tranquilidad, lo mío con Nils se acabó si es que acaso fuimos <<algo>>. Siempre hemos sido *amigos*— hice especial énfasis en la palabra amigos —. Solo eso, papá.

— Lo que se conoce comúnmente como amigos con derecho a roce.

Puse los ojos en blanco.

— No tengo tiempo para el amor, papá. Tengo que estudiar. A pesar de no ir a clase, debo prepararme para los exámenes.

— La semana que viene es Navidad. Tómalo con calma. Deja de estudiar y permítete visitar alguna amiga. Sabes que mis hombres hacen guardia en la entrada del portal. Ellos pueden acompañarte a donde tú quieras.

No estaba sola. Papá no se habría ido de Trondheim sin dejar cabos sueltos. Ya era bastante con soportar las 24 horas del día a su patrulla canina, como les llamaba con cierto sarcasmo y quienes me acompañaban a todas partes como si fuera miembro de la realeza. Hacían guardia tanto de día como de noche y se turnaban varios hombres.

— Papá, sabes que odio la Navidad.

— Espero que algún día cambies de opinión. La Navidad puede ser tan mágica como

uno desee o tan espeluznante como uno la crea. Todo es cuestión de actitud y posicionamiento. ¿Has hablado con tu madre?

— Sí. Vendrá en unos días a pasar la Navidad. Ya le he dicho que me has dejado tu casa una temporada, pero no la he contado nada más. Después hablé con Nils para decirle que habías abandonado el caso y Trondheim.

— No deberías tener ningún tipo de contacto con ese chico. No es de fiar y además creo que debes saber que otros compañeros han retomado el caso.

— ¡No destruiste las pruebas, papá!

— No. Ante todo, soy todo un profesional — se jactó. Lo que para él era una virtud, para mí era una insolencia.

Papá me había mentido y a saber en qué otros temas más.

Nils y Víctor seguirían en el punto de mira. Mi padre era el único que tenía el dispositivo de escucha que demostraba la inocencia de Nils y sabía lo coaccionado que estaba Víctor por la banda de los fels.

— ¿No podías haber pasado por alto esa profesionalidad para indultar a Víctor y a Nils? ¿Sabes que son inocentes!

Se me ponía la piel de gallina solo de pensar en verlos entre rejas. No podría soportarlo. Bastante duro era el hecho de haberme enamorado de un chico tan problemático y tenido como amigo a un hacker informático, pero pese a formar parte de esas bandas a las que tanto odiaba, ambos eran seres nobles carentes de maldad.

— Esa inocencia de la que hablas se ve un tanto cuestionada por los delitos por los que se les acusa. Eva, por favor— hizo una breve pausa—... Tus amigos han estado ayudando en esas bandas. Que sean tus amigos no les exime de sus delitos. No quisiera verte enredada con ninguno de los dos. Son peligrosos y...

Había algo que papá no me decía. En esta vida de mierda, todos me ocultaban la verdad, pero yo era lo bastante inteligente como para desentrañar sus secretos. Lo que más ansiaba era sentir la libertad en mi piel. Saber que todo lo que estaba sucediendo en mi cuerpo no me privaría de esa libertad que valoraba más que nunca. Lo cierto era que me encontraba tan débil que me pesaban esas alas con las que emprendía el vuelo.

— ¿Tienes algo más que decirme, papá?

— No. Nada más.

— Entonces tengo que colgarte. Hasta pronto.

— Espero que ya no tengas esos dolores de cabeza. ¿Has pedido cita con el doctor Andersen?

Nunca había visto tan entregado a papá y eso me resultaba tan extraño como sorprendente.

— No es nada. Mañana estaré mejor.

— Adiós, papá.

— Adiós, Eva.

Sí. Le pediría tantas cosas que no sabría por dónde empezar. Como, por ejemplo, que hiciera todo lo que estuviera en su mano para salvar a Nils y a Víctor, que volviera con mamá, que recuperásemos el tiempo perdido charlando de historia antigua como tantas otras veces habíamos hecho... Pero en ese momento, no me salió decir nada, salvo cuando colgó y ya no estaba al otro lado del teléfono:

— Te necesito, papá.

¡Cuánto me costaba decir lo que sentía...! No era capaz. Quizá por mi estúpida manía de

no preocupar a los demás.

Estaba muerta de miedo porque intuía que algo no iba bien en mí.

Necesitaba ver a Muriel y preguntarle un sinfín de dudas. En algo sí habían acertado sus runas: Nils no era apropiado para mí y además llevábamos días sin hablar. Había desaparecido de la faz de la tierra o quizá... No. Eso no podía ser.

Me sentía sola. Nunca antes había necesitado tanto de compañía. Amaba mi soledad, pero en aquellos momentos la aborrecía.

*Nils, te echo tanto de menos que me cuesta respirar. Tenías razón. Este juego de tortura es el más cruel del mundo. Ojalá pudiera verte, pero sabes que los hombres de mi padre están vigilando la entrada. No puedo vivir así. Siento que la vida no es tan fácil como me la imaginaba. No tendremos más oportunidades. Esta es la única vida que nos han dado y ahora mismo me asfixia. Si estuvieras a mi lado...*

Después de enviarle aquel Whatsapp tan emotivo, estuve esperando impaciente su respuesta, pero no la recibí. Ni esa noche ni la siguiente.

Nils Vinter se había olvidado de mí.

Einar, el hombre que se presentaba en mis sueños, me visitaba a diario para intentar matarme, aunque aquella noche, no había tenido éxito. Nunca me mató. Bueno, a mí en realidad no, sino a Mildri. Jamás acabó con ella.

Estar cerca de Nils hacía que los sueños fueran más vívidos y frecuentes. El amor no solo nos volvía más tolerantes con el mundo, sino que, además, nos lo hacía más llevadero y comprensible.

Einar había desaparecido. También lo había hecho Nils. No me había sentido más triste en toda mi vida, ni siquiera cuando tuve que asumir la separación de papá y mamá. Sí... Aquello fue sumamente duro para mí. Aunque estuvieran separados, estaban muy cerca de mí. En esos momentos, mamá estaba en París, ocupadísima con su actual pareja y mi padre en paradero desconocido. Le dije que se marchase y que no le revelase a nadie adónde se instalaría. Ni siquiera yo lo sabía. De esa manera le estaría protegiendo.

Sentada en el sillón con la vista puesta en el cuadro que papá había hecho añicos días antes y que había restaurado como había podido, mi mente viajó años atrás, cuando mamá y papá iban a separarse.

Mamá pretendía explicar a una niña inocente y risueña por qué ambos debían tomar caminos diferentes. Y para ello, utilizó la teoría del viejo lienzo:

— Mi pequeña Eva— acarició mi amelocotonada mejilla—. ¿Sabes por qué aún sigue ese viejo lienzo en la pared?

Ambas lo miramos. Llevaba años sobre la chimenea, en un lugar estratégico donde a nadie le dejara indiferente. Era un lienzo surrealista de una mujer sentada sobre la hierba contemplando las estrellas y un planeta imaginario.

Me encogí de hombros.

— No lo sé, mamá.

— Toda aventura empieza cuando alguien decide tirar a la basura ese lienzo del que está profundamente cansado de mirar cada día. El mismo, si es que gusta, será recogido por otra persona que lo verá precioso. Una vez que esa segunda persona se cansa de admirarlo, decidirá reemplazarlo por otro nuevo y después se repetirá la misma historia una y otra vez. Hasta que llega una persona que le da un lugar definitivo en el salón de su casa. Esa era mi abuela— la recordó con nostalgia—. Ella nunca tiraba nada y su casa estaba llena de cuadros y lienzos. Yo quiero ser ese lienzo, sí. Ser admirada por tantas personas debe ser maravilloso; pasar de vivir

una historia a otra y acabar en un hogar completamente diferente debe ser toda una aventura. Me gustaría ser ese lienzo porque las personas que lo han adoptado por ese tiempo limitado, lo han valorado y les ha gustado tanto que lo tenían en un lugar especial de la casa. Lo que pretendo decirte, mi dulce Eva, es que no es fácil deshacerse de las cosas, pero a veces es necesario renovarse.

— Yo también estoy cansada de ver el mismo cuadro todos los días... Aunque me parece demasiado precioso para deshacerme de él.

— Algún día comprenderás por qué algunas personas no podemos desprendernos de las cosas viejas. Ese cuadro ha visto momentos de plenitud. Todo lo que hay aquí, guarda momentos muy bonitos, ¿por qué he de tirarlo?

— Yo no querría ser ese lienzo, mamá, porque eso significaría que podrían cansarse de mí.

— Pues eso es lo que nos ha pasado a papá y a mí, ¿lo comprendes ahora?

No. Claro que no lo comprendía. ¿Cómo era posible que mi madre fuera un precioso lienzo que papá había admirado durante muchos años para después cansarse de él? ¿Podría ser eso cierto?

Mi madre no tuvo más opción que improvisar para explicarle a una niña de forma gráfica la ruptura de un matrimonio. Su teoría sobre el viejo lienzo funcionó, pero ya nunca lo admiré igual. Cada vez que lo veía, me acordaba de lo que me había contado mi madre. Nadie tocaría aquel cuadro a menos que quisieran vérselas con una niña furiosa.

Después de vender la casa, mi padre se lo quedó. Sí. Era el mismo que ahora admiraba, pero con taras. Él había roto el corazón de mamá, pero quizá la seguía queriendo y al igual que los cristales rotos, era muy difícil recomponer su corazón. Por ese motivo no pudo deshacerse del cuadro y por eso seguía admirándolo como la primera vez.

Y lloré. Lloré mucho al recordar lo bien que lucía en aquella chimenea que tantas veces se había prendido embriagándonos con el olor a leña quemada.

Mamá tenía razón. Algunas personas no podían deshacerse de las cosas viejas porque les perseguían a donde quiera que fueran. Papá era un hombre entregado al trabajo, pero solo había amado a una mujer en toda su vida y esa había sido mi madre. Por eso y por muchas otras razones, no pude preguntarle por qué seguía ese lienzo en su actual casa de Trondheim. Simplemente sabía la respuesta. No podía avanzar sin sentirse unido a su pasado.

Cuando regresé a mi mundo real en aquella destartada casa que parecía un cubo de Rubik, comprobé que retroceder en el tiempo para recordar dolía demasiado. Para afincarme en el presente, comprobé que mi corazón latía, que estaba viva y que respiraba. Esos pequeños detalles que olvidábamos porque eran movimientos involuntarios, también eran vitales para nuestra existencia. Respirar, escuchar nuestro propio corazón, amar...

Nils me hacía recordar cada uno de esos latidos que por fuera parecían silenciosos y que por dentro galopaban como caballos embravecidos. También me hacía suspirar. El oxígeno era tan necesario como su presencia. Sin él, respirar solo tenía un sentido puramente fisiológico, al igual que el funcionamiento del corazón.

Cuando alguien podía desajustar el orden natural de las cosas, habría que temerlo y amarlo por partes iguales porque habría logrado desafiar el mecanismo de tu corazón y tendría el poder de manejarlo a su antojo cuando así lo deseara.

Antes de que dieran las doce como a Cenicienta, llamaron a la puerta. Pegué un brinco en el asiento. No esperaba a nadie a esas horas de la noche.

Nils nunca me dijo dónde se iba a disputar la final del torneo, pero intuía que sería en

un lugar seguro. Quizá incluso podría ser en el mismo hotel abandonado que él me mencionó una vez donde se reunían las dos bandas para conversar y exponer ideas en común.

Me dirigí hacia la puerta con un temblor que iba desde mi cuello hasta los talones. Ya no solo sentía debilidad por la anemia, sino por descubrir quién estaría detrás de aquella puerta que había logrado burlar a mi patrulla canina, la que no descansaba ni de noche ni de día haciendo guardia.

Cuando llegué hasta la robusta puerta, miré a través de la merilla y vi a Tate junto con dos guardias. Debí habérmelo imaginado.

Inmediatamente abrí con un nudo en la garganta.

— Hola Eva, cariño, ¿te apetecería salir a dar un paseo? — arqueó cómplice una de sus cejas.

Algo intentaba decirme, pero no conseguía entenderlo. Observé a la patrulla canina. Parecían dos moáis inexpresivos y estáticos en la misma isla de Pascua.

Asentí con la cabeza y volví a mi habitación para buscar mi abrigo. Escogí uno de color verde militar con capucha de pelo.

Tate había conseguido persuadir a los guardias para que nos dieran vía libre y pudiéramos ir hacia donde deseáramos sin tener que sentirnos cohibidas, lo cual agradecí enormemente.

Una vez nos adentramos en las calles silenciosas de Trondheim, Tate me abrazó.

— ¡Por fin solas! — saltó de alegría.

— No voy a preguntarte qué has hecho para convencer a mi patrulla canina.

— No te acostumbres, pequeña. Solo será por esta vez. Les he hecho una limpieza...

— ¿Limpieza de sable? — me reí a carcajadas.

— Exacto.

Ambas nos echamos a correr como si acabásemos de cometer un delito. En el fondo lo era, pero solo sería por esa noche, como Cenicienta.

— Necesitabas esto. Un cambio de aires— sugirió tirando de mi brazo para que la siguiera.

Yo me detuve en seco cuando vi aquel hotel abandonado delante de nuestras narices.

— Tate, ¿cómo sabías que aquí era donde...?

— ¿Se te olvida que antes de enamorarme del profesor Riodhr, he ido de cama en cama descubriendo los secretos inconfesables de los canes y los fels?

Tate me dejaba anonadada. Era tan astuta como una zorra y tan delicada como una dama del siglo XVIII.

— Tate— susurré—... Este sitio es...— no pude terminar la frase.

Me quedé completamente sin voz, pero Tate me echó una mano:

— Es el centro de operaciones de los canes y los fels y donde efectivamente, esta noche lucharán tus dos mejores hombres.

No podía creérmelo. Contemplaba maravillada el hotel en ruinas que antes se erguía gracias a las columnas romanas de orden corintio que sostenían el edificio.

La entrada del hotel que emulaba un anfiteatro romano, tenía una escalinata que daba hacia la misma puerta de roble, ahora hecha a pedazos, por donde podía verse el interior de una espectacular recepción elíptica.

Aquel lugar estaba cerca de la casa de mi padre. Siempre había estado allí, en sus narices. Mi padre debía saberlo. ¿Por qué entonces había detenido el caso? No solo lo hacía para complacerme. También sabía que aquella noche se disputaría la final del torneo. ¡Oh, esperaba

que no fuera así!

Quizá mi padre había estado esperando el momento justo para detener a todos los miembros de la banda que asistirían al gran evento. Si era así, podría aparecer en cualquier momento con una orden de detención, y entonces, Nils y Víctor acabarían entre rejas...

— No— adivinó mis pensamientos—. Es imposible que tu padre sepa que hoy será la final del torneo.

— No es tan difícil. Mi padre es el que llevaba el caso.

No muy lejos de nosotras, escuchamos a dos hombres conversar. Tate posó su dedo índice sobre mis labios.

— ¡Sh!

Las voces provenían del mismo interior de recepción. Tate me tomó del brazo rápidamente y nos escondimos detrás de unos escombros donde se apiñaban muebles viejos. Oímos lo que aquellos dos murmuraban:

— El anfiteatro está listo para el combate, señor.

— Entonces anuncia la aparición de los gladiadores. Estoy deseando ver cómo se retozan en la arena — se rio a carcajadas.

Con un nudo en la garganta miré a Tate. Esta debió ver miedo en mis ojos porque justo en ese momento me acarició la mejilla.

— Amiga mía, tienes mala cara. ¿Te encuentras bien?

— No.

— No debí haberte traído. Ha sido mala idea. Me da pena verte encerrada en esa casa, Eva.

— Ha sido la mejor idea del mundo. Necesito saber qué ha sido de Nils. Lleva días sin hablar conmigo. Tampoco me ha escrito. Empiezo a pensar que...

— Se ha olvidado de ti.

Hablábamos tan bajito que me costaba sobremanera escucharla. Éramos dos almas inquietas o como diría Muriel, dos culos inquietos, pero me gustaba romper las reglas de papá. Me hacía sentir más libre. Romper sus reglas me había ido bien hasta ese momento.

— Quizá esta noche lo sepa — contesté con un deje triste en la voz.

— Puede ser— no pudo sostenerme la mirada.

— ¿Qué sabes que yo no desconozco, Tate? ¡Te exijo que me lo digas!

— Quizá sea la hora de que lo veas con tus propios ojos.

Y cuando tuvo que tomarme la mano para que me tranquilizara, supe que ese algo que no podía contarme, no me agradaría.

Cuando los dos hombres desaparecieron de nuestra vista, Tate y yo nos adentramos en el edificio por un agujero de la fachada que conducía hacia el gran salón. Se oían vítores y aplausos para recibir a los dos combatientes.

Llegamos hasta la segunda planta donde podía verse la plataforma cubierta de arena, en la cual, lucharían Nils y Víctor.

El edificio tenía un techado deteriorado y como había estado nevando y lloviendo, la estancia se había embarrado, lo que dificultaría considerablemente la lucha. Estaba todo decorado con luces artificiales que enfocaban la plataforma desde unas gradas improvisadas, reventadas de gente de diferente raza.

Había africanos, asiáticos, europeos e incluso americanos a juzgar por los estandartes que rodeaban el podio y que se ondeaban con el viento. Todos llevaban pancartas apoyando a sus bandas. Era todo un espectáculo para el invitado de honor, quien yacía en un lugar especial de la

grada, Logan Can, acompañado por dos mujeres más jóvenes que él. Tendrían la misma edad que nosotras.

Cuando el gentío tomó silencio, el maestro de ceremonias anunció a los dos combatientes, quienes salían por la puerta grande:

— *Como un buen can dispuesto a hincarle el colmillo a su gran rival y hacerle lamer el barro, he aquí el inigualable, el enigmático vikingo, alias, cenicienta, ¡¡NILS CANNN!!*— vociferó el portavoz desgarrándose las cuerdas vocales.

Ver de nuevo a Nils me hizo vibrar de emoción. Miles de mariposas revolotearon en mi abdomen haciéndome recordar a qué sabían sus besos. Se había cortado la melena al cero. ¡Por todos los dioses! ¿Qué atrocidad acababa de cometer? No podría jugar con sus mechones rubios como la avena.

Quizá ya nada sería igual después de aquel torneo y mucho menos cuando Nils, antes de adentrarse en la arena, besó con desenfreno a Brynja. Sí. Era Brynja, la chica que se mofaba de mis leggings de colores y la que me había arrebatado a Nils. Al final se había salido con la suya.

Debía marcharme. Ya había visto más que suficiente, pero Tate me detuvo antes de que mis celos pudieran sepultarme.

— Sé cómo te sientes, cariño. Estos días los he visto en el campus, pero quizá no signifique nada. Recuerdo cuando os despedisteis en algún lugar de Viggja. Parecía sincero cuando te dijo que...

— ¡Es un cabrón! — apreté los puños con rabia.

— El beso que se dan los combatientes es para que les dé suerte antes de la batalla. Es como cuando los luchadores de sumo lanzan sal para ahuyentar a los malos espíritus. Es un ritual que se practica antes de la lucha. Ese beso en realidad no ha significado nada, Eva.

— ¡No lo justifiques! ¡Por mí que le follen al ritual! ¡Que le den a Nils! Me da igual cómo acabe esta noche. Lo que deseo es que caiga en el barro y sea abatido por Víctor— maldije en un arrebato de ira.

— Pues entonces quédate y disfruta con su derrota, amiga mía. Todos apuestan por Víctor. No podría perderme esto por nada del mundo.

No iba a quedarme en casa de brazos cruzados. No podía volver a mi cárcel sin antes hablar con Nils, aunque arriesgase mi vida, porque estando allí corría el riesgo de ser secuestrada por la banda.

— *Y ahora... Un hacker sabihondo con ganas de arañar el bello rostro de un can y humillarle delante de sus adeptos... Un gato callejero que viene desde África para arrasar con su fuerza bruta. Ese es... ¡¡VÍCTORRRR LUNIERRR!!*

Allí estaba mi mejor amigo Jawara. En mi corazón seguiría siendo mi Jawara. Besó a una chica con el mismo desenfreno que lo había hecho Nils hacía tan solo un momento. Nada tenía sentido. Ni el beso ni el torneo en sí. Y menos, el haber pensado que Nils me amaba. ¡Qué estúpida!

Tate me pasó el brazo por el hombro y me pidió que no me marchara. Aquel Nils, el que ahora estaba a punto de partirse la cara con mi mejor amigo, era otro chico diferente y no solo lo pensaba por su pelo, sino porque no me había llamado, porque hacía tan solo unos días me había prometido que nunca me dejaría. Si así eran las promesas de Nils Vinter, no las quería.

— Antes de dar paso a la batalla, Logan debe decir unas palabras. Es como cuando un cura bendice a las tropas antes de que estas entren en el campo de batalla— me explicó Tate.

El maestro de ceremonias pidió a Logan su asentimiento antes de comenzar la batalla.

Puse los ojos en blanco. ¡Oh por favor! Se tomaban demasiada molestia para pegarse a

puñetazo limpio. Me parecía absurdo. La gente aplaudía. Todos honraban al rey de las bandas, al máximo exponente, Logan Can. Todos le veneraban como si fuera el dios Ra.

Logan, desde su posición en la grada más cercana a la arena, detuvo los aplausos como buen emperador acompañado por sus chicas las senadoras. Se puso de pie y todos le imitaron.

— Mis más fieles seguidores— sonrió complacido por el grato acogimiento—. Hoy es un gran día. No diré por quién apuesto porque creo que todos saben quién es mi hijo predilecto, pero a pesar de ser un can, debo agradecer a nuestro Dean Fel, el gato callejero más honorable de todos los tiempos, quien, a pesar de ser mi contrincante, siempre me ha respetado, que haya apoyado nuestra causa. Nos hemos respetado — corrigió—. ¡Por la gracia que me han otorgado los dioses, yo os bendigo! ¡Que gane el mejor!

— ¡Que comience la batalla! — aclamó el maestro.

Brynja y la chica de Víctor dieron el pistoletazo de salida enseñando sus pechos al público masculino, en su mayoría. Los hombres jadeaban como perros lascivos.

— ¿Esto también forma parte del ritual, Tate? — pregunté asqueada.

— Esto no lo sabía.

— ¡Menuda chica ha elegido Nils!

— No la quiere, Eva. Solo la ha utilizado para el ritual.

— No debió elegirla. No debió ni siquiera acceder a este absurdo torneo. Tenía todo lo que deseaba o eso creía. Me tenía a mí.

— Tienes que hablar con él. Creo que hay un malentendido.

— ¡Deja ya de defenderlo, joder! Ha pasado totalmente de mí en estos días y de repente aparece con Brynja sabiendo que la odio.

— Él cree que estás en casa de tu padre encerrada a cal y canto, protegida por los hombres de tu padre. ¿Cómo iba a imaginarse que te ibas a colar en su guarida como una rata?

— Y ni siquiera me ha contestado a los mensajes — continué profundamente afligida—. No le esperaba en casa de mi padre porque sería imposible acceder a ella, pero tampoco esperaba que me ignorase de tal manera. Creo que no me lo merezco.

— ¡Claro que no te lo mereces, cariño! Siento en el alma que tu berserker idiota te haya decepcionado. Soy de las que piensan que hay que dar una oportunidad a las personas para explicarse. Quizá tenga sus motivos.

— ¡No los tiene! ¡Me hizo una promesa!

Y al fin dejé que mi alma llorara un poco. Un poco más, ya que no había dejado de hacerlo desde que conocí a Nils Vinter y creído en sus promesas incumplidas.

Tenía muy claro por quién apostaría todo mi dinero. Y no solo eso, sino también por quién habría vendido mi alma al mejor postor.

Tate y yo hicimos nuestras apuestas. Todos en las gradas habían hecho las suyas.

*Alea jacta est.*

La suerte está echada— pensé.

El primer golpe lo inició Víctor. Su derechazo aterrizó directamente en el mentón de Nils. Eso solo provocó que este, enfurecido, le devolviera el puñetazo en la sien cuando Víctor se desestabilizó.

— Necesito estar más cerca, Tate. Apenas veo— cuchicheé.

— No se te vaya a ocurrir bajar ahí. Podrían descubrirte.

— No. Hoy precisamente no. La gente está absorta en la pelea, así que a mí no me verán. Espérame aquí.

— ¡No hagas nada imprudente, Eva Nass! ¡Eva!

Pero como buen animal escurridizo, ya estaba bajando las escaleras que daban justo hacia las primeras gradas. Allí me camuflé entre el gentío que vociferaba y animaban a los combatientes. Nadie se percató de mi presencia.

Desde mi posición podía oír los gemidos de ambos e incluso la conversación que mantenían mientras desafiaban el barro.

Tanto Nils como Víctor llevaban ropa cómoda: unos pantalones de chándal y una sudadera, unos guantes de boxeo y espinilleras en sus piernas para amortiguar la caída. No se permitía usar las piernas ni los pies, pero sí los puños, los codos y la cabeza. Esa era la regla.

— ¡Esto va por Eva, desgraciado! — gritó Víctor dándole un codazo a Nils.

Este cayó en el barro sin poder evitar la nueva oleada de puñetazos que Víctor le propinó con suma gracia desde el suelo.

Cada golpe que recibía en su rostro, me dolía más a mí. A pesar de todo, le amaba más que a mi propia vida y verle desfavorecido no era un divertimento para mí. Entonces deseé poder comunicarme con él telepáticamente para que se levantara y siguiera luchando.

El maestro de ceremonias, quien también actuaba como árbitro, comenzó la cuenta atrás. Nils no se movía de su sitio. Solo recibía los golpes. Estaba noqueado y por un momento parecía que la victoria se posicionaba a favor de Víctor, pero todo cambió en cuestión de segundos.

Nils pudo zafarse de su rival con gran maestría propinándole un revés. Víctor no tuvo más opción que permitir que Nils rodara sobre el lodo para poder incorporarse, mientras él se retiraba la sangre que brotaba de su labio. Eso fue un error irreparable que le sirvió a Nils para remontar.

— No voy a permitir que deshonres su nombre en la arena— amenazó Nils y aprovechó la distracción de Víctor para devolverle cada golpe.

Víctor no le había visto venir y aunque opuso resistencia protegiéndose con los antebrazos, Nils le asestaba golpes por doquier.

— No vuelvas a meterla en esto, Víctor. Eva no es tuya. Nunca lo ha sido, ¿me oyes?

Ver a Víctor en aquella desventaja también me provocaba dolor. ¿Quién ganaba con todo eso? Desde luego que yo era la más perjudicada. No habría hombre ni mujer en aquella grada que perdiera tanto como yo lo haría, donde mi nombre estaba presente en las bocas de los luchadores.

Mi nombre había iniciado una pelea violenta.

Mi nombre no debía ser utilizado para tales fines. No era justo para mí, ni para mi pobre corazón, el cual, ya no sabía cómo sosegarlo.

Hubo un momento en el que tuve que apoyarme en un hombre porque creí desfallecer.

— ¿Se encuentra bien, señorita? — me salvó de aterrizar en el suelo.

— Sí.

— Eso no es lo que parece. Está usted pálida. Tenga, tómese esto. Verá cómo se recompone en tan solo unos minutos. Todos hemos apostado hasta la vida en esta batalla, así que no me extraña que esté así.

Me dio una píldora de colores. Era obvio que se trataba de la droga creada por Logan.

— ¿Qué es?

— La felicidad. No sentirá ningún dolor, se lo aseguro. Le invito por esta vez. Hoy estamos de celebración, así que todo es permisible en la arena.

El hombre tenía las pupilas dilatadas, efecto que obraba cualquier tipo de droga, incluida la de Logan. Las personas que la consumían se manifestaban alegres, aunque también más violentas. Cogí la píldora y me la puse debajo de la lengua para que hiciera antes efecto. Quería saber qué se sentía al consumirla. Total, de algo había que morir.

Al cabo de unos minutos, me sentí como nueva. No me dolía la cabeza y me hallaba en una realidad paralela. Veía los colores más vivos y con mejor resolución, apreciaba el aire inflando mis pulmones y percibía los sonidos como si fuera un murciélago detectando ondas de alta frecuencia a mi alrededor.

Podía sentir la adrenalina apoderándose de mi cuerpo como si hubiera otra persona en mi interior que me empujase a hacer algo que no haría si estuviese en mis cabales. No tenía dolor, ni preocupaciones. Solo deseaba gritar y saltar, bailar y festejar, luchar. Podría comer hasta reventar y nunca me saciaría.

— ¿Con qué banda está, señorita?

Por su acento, parecía americano y en efecto, no me equivocaba. Era californiano y tenía alrededor de unos cincuenta años.

— La verdad es que no lo sé. Soy una mera espectadora. He apostado dinero por uno de ellos, pero ¿sabe qué? Me da igual quién gane — y me reí a carcajadas como si no me importara nada en el mundo—. ¿Y usted qué es? ¿Un fel o un can?

— Soy fel desde que se inició la banda en los 80. Se originó más tarde que la de los canes.

Asentí.

— Le agradezco su atención. Discúlpeme un momento. Desconozco el nombre de esta droga. ¿Cómo se llama?

— Se llama *constellatio*. Espero haberle servido de ayuda. Quizá pueda ayudarme usted a mí en otros menesteres si le parezco de su interés...

*Constellatio*, —constelación en latín— ¡qué apropiado! Claro... el nombre encajaba a la perfección con la constelación de los Canes Venatici.

Viendo que el hombre había aprovechado para flirtear conmigo, me fui alejando poco a poco de él hasta que al final conseguí perderlo de vista.

Una parte de mí seguía consciente y esa era la que luchaba por equilibrar la otra que actuaba a sus anchas sin pensar en las consecuencias. Podría hacer piruetas si me lo proponía, incluso podría saltar de un noveno piso creyendo que podía volar.

Si bien aquella droga podría ser alucinógena, la sensación de plenitud y la parte consciente, no permitían actuar de forma temeraria. Nadie moría a causa de sus efectos como podría darse con la metilendioxipirovalerona, <<droga Canibal>>, o también conocida como <<cielo de vainilla>>. Al cabo de unas horas, la *constellatio* desaparecía totalmente del torrente sanguíneo.

Nils estaba a dos pasos de ganar el torneo. Víctor era rápido con su derecha y Nils con su izquierda. Ambos se compenetraban muy bien en la batalla, pero se distraían con demasiada frecuencia echándose cosas en cara.

— ¿Ibas a hacerlo? ¿Ibas a secuestrarla para tu maldita banda, eh, Nils? — preguntó Víctor embarrado de arriba abajo, al igual que Nils.

— ¡Nunca! ¡No lo habría hecho jamás! — le retó con la mirada.

— Yo podría haberla protegido mucho mejor que tú. Te has rendido. Yo jamás la habría abandonado. Eso te convierte en un cabrón hijo de puta.

Víctor le propinó un derechazo que aterrizó en su ceja, un golpe limpio que le produjo un corte por donde brotaba sangre. Me llevé la mano a la boca.

¡Por favor, que alguien los detenga! — recé— ¡Se van a matar!

Mientras que Tate seguía admirando el panorama desde arriba, yo sufría abajo cada vez que Nils o Víctor me mencionaban. Se habían tomado aquella final como algo personal. Logan estaría encantado de ver aquel espectáculo que ofrecían los mejores gladiadores, como así los llamaban. Además de fuertes, estaban furiosos y seguramente, la droga *constellatio* también estaría curtiendo el efecto deseado.

— ¡Tú no sabes nada, Víctor! No te imaginas lo doloroso que ha sido separarme de ella. Tú, sin embargo, la has ignorado. Ella te ha necesitado y tú no la has ayudado. ¿Eso te enorgullece? ¿En qué lugar crees que te deja eso? ¡Tú no eres mejor que yo! Los dos la hemos decepcionado.

Nils hizo un cambio maestro de pies esquivando un crochet de izquierda.

El factor sorpresa trastocó a Víctor.

Nils había estudiado cada paso y cada golpe de Víctor y se había asegurado de que este

era diestro. Y se equivocaba. Víctor era ambidiestro y había omitido aquel hecho hasta el final para confundir a su contrincante una vez que este bajara la guardia.

Aquel era el golpe de gracia, un solo revés podría cambiarlo todo. Nils perdió el equilibrio al verme en primerísima fila.

<<Sí, aquí estoy Nils. No soy un espejismo, idiota>>

Hubo un intervalo de tiempo en el que ambos nos quedamos mirándonos sorprendidos. Podríamos estar en cualquier parte del mundo rodeados de miles de personas, pero siempre encontraríamos la manera de fusionarnos.

Víctor aprovechó el despiste para obsequiarle un cabezazo. Nils trastabilló en el barro, pero no cayó. Se mantuvo inamovible perdonándome la vida con la mirada. ¿Se podía permitir el lujo de estar enojado conmigo? ¡No! No tenía ningún derecho.

Tragué saliva amarga. Tate me sorprendió por la espalda.

— La has cagado, amiga. Nils te ha visto. ¡Debemos marcharnos ahora mismo! — me arrastró con ella.

— ¡No! — me negué librándome de sus brazos—. He hecho mi apuesta y hasta que no acabe el torneo, no me iré.

— ¡Eva! Tú no estás bien. ¿Acaso no te das cuenta? — me tomó el rostro con ambas manos para poder mirarme a los ojos.

Entonces fue cuando descubrió que mis pupilas estaban dilatadas y que las palabras se me amontonaban en la boca disparando incoherencias.

— ¡Nos vamos ya, Eva!

— ¡He dicho que no, Tate!

Conseguí posicionarme bajo la grada empujando a Tate y esta dejó de insistir. Estaba totalmente decepcionada por mi actitud desacertada, y no era para menos. Nunca antes la había tratado así de no estar drogada, pero en el fondo ella lo sabía y se mantuvo al margen cuidando de mis espaldas para no dar un paso en falso.

Víctor seguía luchando para obtener la victoria. Era tenaz y se le conocía popularmente por su resistencia. En cambio, Nils tenía frente a él a su talón de Aquiles. Yo. Aquello le dejaba fuera de combate. Porque, aunque me hubiera ignorado durante días y se besuquease con Brynja, sabía que no podría resistirse a mí.

Esa atracción era demasiado poderosa como para ignorarla. Ambos éramos conscientes.

Le deseaba y me importaba bien poco lo que significaba Brynja para él. El berserker idiota era mío y si tenía que luchar por él, así lo haría, pero primero tendríamos que debatirnos a duelo. Yo no me andaba con remilgos. Siempre destaqué por no ser una chica convencional. No iba a abandonar a Nils por mucho que él sí me hubiera abandonado a mí. Merecía una respuesta y estando drogada, me sentía más envalentonada. El efecto de la *constellatio* se pasaría en una hora. Quizá entonces volvería ser vulnerable y no podría enfrentarme cara a cara con él.

El torneo llegaba a su fin y aún no estaba claro quién de los dos había vencido. La pelea estaba muy igualada y la gente empezaba a impacientarse por ver el desempate. Necesitaban más sangre. Más espectáculo. Más acción.

Nils miró a Logan. Este le animó a continuar con un solo asentimiento de cabeza.

No sabía qué se jugaba Nils si perdía la batalla. Solo sabía que, si ganaba, obtendría mucho dinero, además de respeto en las dos bandas, e imagino que Víctor también obtendría su recompensa de ser él el vencedor.

Nils volvió en sí y antes de recibir de nuevo otro crochet, lo esquivó y eso le dio cierta ventaja frente a su oponente para golpearle el labio donde antes brotaba sangre. Nils habría

optado por recurrir a la herida para que esta volviera a abrirse y Víctor tuviera que detener sus pasos. Había sido un golpe bajo, pero en la arena estaba todo permitido. Entre los luchadores del torneo se tenía como código de honor: no golpear zonas dañadas anteriormente, pero Nils necesitaba terminar aquella pelea.

Lo percibí en sus ojos. No me perdía de vista en ningún momento. Me tenía totalmente ubicada y al parecer, ansiaba tener una conversación seria conmigo. No me daba ningún miedo. Yo también le necesitaba parar poder cerrar ese capítulo de mi vida y continuar como pudiera.

Eran casi las dos de la madrugada. No había habido ningún percance entre los radicales de ambas bandas. Quizá fuera el efecto de la *constellatio*, que otorgaba paz infinita y una fuerza sobrenatural para afrontar la derrota.

Sea como fuere, los combatientes tuvieron un público entregado y pacífico hasta el momento. Tampoco hubo ninguna intromisión policial. Parecíamos estar en una burbuja que nos evadía de la gran ciudad y de la vida de los transeúntes.

Los efectos de la *constellatio* se iban consumiendo poco a poco. Empecé a marearme y sentir náuseas. Quizá era hora de retirarse.

Víctor yacía en el barro intentando escapar de los brazos de Nils, quien le había conseguido bloquear para que no pudiera defenderse. El árbitro alzó la voz para contar hasta diez. Si cuando acabase, Víctor seguía en el suelo, la victoria sería para Nils.

— 1, 2, 3, 4...

Víctor movía brazos y piernas luchando por liberarse. Parecía un lobo herido capturado por un cepo, pero le era imposible retirar el peso de Nils, pues el barro le cubría parte de su espalda manteniéndole fijo en la base.

— 5, 6, 7...

El público alzaba la voz para contar los segundos junto con el árbitro. Tres segundos más y Víctor sería vencido por un can.

Víctor se había rendido. Había agotado las últimas reservas de energía.

— 8, 9...

Los canes se pusieron en pie repletos de felicidad y dicha mientras que los fels maldecían.

— Y... 10— terminó de contar el árbitro—. ¡El claro vencedor de la batalla es Nilsssss Cannnn!

Nils dejó de ejercer presión sobre las costillas de Víctor y después se puso en pie para celebrar su triunfo. Ayudó a Víctor a levantarse, pero este negó su ayuda.

Antes de que los canes salieran a la base para abrazarlo y mantearlo, me rogó que lo esperase levantando su mano.

Había ganado mi apuesta. Tate estaba enojada.

— Siento mucho lo que ha pasado— me disculpé mientras me daba el dinero que había perdido en la apuesta.

— Al menos has ganado. Solo pretendía ayudarte.

— Lo sé y por eso te pido perdón.

— Será mejor que nos vayamos.

— Prometo compensarte.

Se encogió de hombros.

— No pasa nada. Tampoco estabas en tus cabales...

— He probado la *constellatio* — confesé.

— ¿Qué? — me condujo hacia el exterior del edificio— ¿Te has vuelto loca?

—La necesitaba para poder soportar el dolor de verlos pelearse.

— ¿Y bien?

— Pues que deberían legalizarla— me eché a reír—. Es jodidamente buena. ¿Te puedes creer que durante dos horas no he sentido nada más que amor y pasión por Nils Vinter? ¿Que deseaba hacerlo con él ahí mismo, en la arena, delante de todos? Nada de debilidad. Nada. Es una locura lo que voy a decirte, pero... ¡Esta droga es puramente medicinal, Tate! ¡Debería legalizarse como la viagra!

Tate pensó que estaba delirando, pero carcajeó.

— Lo que tú digas, Eva, lo que tú digas.

Ambas salimos a toda prisa del edificio. No sentía frío. Estábamos bajo cero, pero al haber estado refugiada entre tanta aglomeración, aún seguía sintiendo calor humano.

— ¡No nos queda tiempo, Eva! Le prometí a tu patrulla canina que solo te robaría dos horas de tu tiempo y ya han pasado esas dos horas. Si no regresabas para entonces, avisarían a tu padre.

— ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Tate se detuvo a medio camino.

— Porque sabía que necesitabas estar cerca de él, de tu berserker idiota.

— Y has hecho todo esto... solo por mí. Tate... yo... — la abracé tan fuerte que parecíamos la misma persona—. Te quiero. Te quiero mucho. Gracias por estar ahí, por no abandonarme cuando me sentí tan sola.

— No solo lo he hecho por ti, amiga. Yo también me lo he pasado muy bien con esa patrulla que aguarda tu puerta. Puedes considerarte afortunada. No sabes cómo tienen la...

No terminó la frase. No se lo permití. Desde luego, Tate era una deslenguada.

—Te doy las gracias igualmente, Tate, aunque no te haya costado nada distraer a mi patrulla—levanté las cejas.

— No me las des todavía. Primero tendrás que vértelas con tu padre. Apuesto a que estará muy cabreado.

— ¡Me da igual! No puede encarcelarme de por vida. Hasta que no he sentido la libertad en mi rostro, no me he dado cuenta de lo cohibida que estaba.

— Y Nils, ¿te ha dicho algo?

— Quería que le esperase, ¿pero sabes una cosa?

— ¿Qué?

— Que habría hecho cualquier estupidez por él mientras estaba drogada, pero ahora le odio. Le odio con todas mis fuerzas.

— Ya— dijo no muy convencida—. Por lo que he visto esta noche, Nils está tan locamente enamorado de ti como tú de él. Es ridículo que estéis así.

Me crucé de brazos.

— Él no se quiere ni a sí mismo. Solo quiere su estúpido dinero y glorificarse. Ya lo ha conseguido. Ya lo has visto. Tampoco es un chico al que le falte compañía. En realidad, lo tiene todo.

—Tú eres su todo, solo que todavía no lo sabe.

Negué con la cabeza contrariada.

— ¡Ay mi querida Eva! — suspiró— ¡Nunca has estado tan perdida como ahora! Reconozco que me he equivocado con Nils.

— ¿Y se puede saber por qué has cambiado de parecer así de repente?

— Porque jamás había visto esa mirada limpia y tierna en ningún chico. Que no se te

olvide que soy toda una especialista en la materia del género opuesto.

Bufé. Esa era una verdad como un templo. No quise seguir hablando de Nils. Había pensado que, si él era el indicado para quedarse en mi vida, me lo encontraría en cualquier parte del mundo.

Mientras seguíamos andando de regreso a casa de mi padre, nos detuvimos un instante para ver las luces navideñas de un escaparate. Estábamos totalmente absortas en aquella maqueta. Un trencito cruzaba una pequeña ciudad nevada; los muñequitos patinaban en una gran pista de hielo y no faltaba luz en las casitas de tejas de pizarra. Lo cierto era que la Navidad llevaba iluminando las calles de Trondheim hacía semanas, pero no me había percatado hasta ese instante en el que el vencedor del torneo, el chico embarrado, mi berserker idiota, se reflejaba en aquella maqueta de ensueño.

Nils estaba detrás de mí.

La Navidad puede ser tan mágica como uno desee o tan espeluznante como uno la crea— así lo había dicho mi padre.

Nils parecía un puerco recién salido de su baño de barro. Solo que un berserker, por muy sucio que estuviera, siempre sería un guerrero.

Acababa de ganar un torneo y en vez de disfrutar de su triunfo, había preferido ir a buscarme. Eso no le salvaba de una reprimenda por haberme tenido tan desamparada días atrás y preferir a Brynja.

— Tate, ¿podrías hacerme el favor de hablar con mi padre si es que acaso está en casa y decirle que estoy bien? Enseguida voy— le pedí sin apartar mi mirada a la de Nils, quien me observaba ceñudo.

Tate estaba tan sorprendida como yo.

— Por... supuesto— balbuceó—. Me encargaré de todo, ¿de acuerdo?

Asentí. Tate se marchó hacia la casa de mi padre sin poner objeciones.

Ahora estábamos Nils y yo a solas. Él, el escaparate navideño y yo.

— Bueno, ¿qué? ¿Vas a estar ahí plantado mirándome cabreado durante toda la noche? — inquirí cruzándome de brazos—. Además, parece que va a nevar de nuevo.

Ambos observamos el cielo nocturno.

— Lo haría si con eso consiguiera que respondieses a mis preguntas.

— ¿Que te responda a tus preguntas? — bufé, incrédula— ¿Se puede saber quién coño te crees para venir aquí a pedirme explicaciones?

— La persona que más te ama en el mundo.

No esperaba aquella contestación. No podía mantenerme en pie. Necesitaba tomar asiento, quizá descansar. No era capaz de respirar sin sentir el aire frío en mi garganta, la cual, se reseca y mi corazón tiritaba.

— Define <<amar>>, Nils Vinter.

— Eva...

— ¿Ya no soy Nassy?

— Sigues siendo mi Nassy. Nunca he estado más seguro de mis sentimientos como lo estoy ahora mismo y siento que los días sin ti son angustiosos, pero fui yo el que quiso jugar a este juego. Cada minuto que pasa es un minuto sin ti, un minuto perdido. Estoy justo donde quiero estar. Aquí mismo. Para mí eso es amar.

— ¿Y te has perdido tu celebración solo para decirme esto?

— He dejado la banda. Es hora de que seamos sinceros el uno con el otro.

— ¿Qué? — abrí los ojos como platos.

— Hice un pacto con Logan. Le dije que, si ganaba el torneo, dejaría la banda.

No. Nils nunca la abandonaría. Logan no se lo permitiría.

— Sé que no me crees. Nunca me has creído— apretó sus puños—. Por eso he preparado todo esto. Espero que no me juzgues— me entregó un sobre—. Es todo lo que tengo y ahora es tuyo y mío.

— ¿Para qué me das esto?

Cuando abrí el sobre y me encontré con aquel fajo de billetes no supe qué responder ante aquella proposición.

— Es para ti, para la casita de tus sueños, para tus vacas, tu corral y tus caballos.

— ¿Te has vuelto loco? No pienso aceptar este dinero y menos sabiendo de dónde viene. ¿Qué pasa con Víctor?

— Tu Jawara ha perdido— respondió con orgullo.

— ¡No es justo!

— ¿Que no es justo? Así son los torneos. Uno gana y otro pierde. Lamento que no haya ganado quien tú deseabas. Esta vez no me compraré un coche, ni una caravana. Esta vez elijo hacerte feliz. Si no aceptas este dinero, tampoco me aceptarás a mí.

— ¿Y por qué debo aceptarlo? ¡Llevas días sin llamarme! Y cuando voy a buscarte, te encuentro con Brynja. ¿Qué se supone que debo pensar? ¿Eh? — Las lágrimas descendían por mis mejillas.

No había consuelo para tanto llanto. No podía retener tanta furia en mi interior.

— ¿Por qué has venido? ¡Sabías lo peligroso que era y, sin embargo, te has arriesgado demasiado! ¡Te has expuesto ante Logan! — me sermoneó—. No sé siquiera cómo has sabido dónde estaba.

— Por Tate. Ella siempre supo de vuestros negocios turbios, de vuestra maldita banda. No estás en condición de sermonearme, Nils. Tú ya has elegido— le lancé el sobre a los pies. Algunos billetes salieron volando—. No quiero tu sucio dinero. No quiero tener que compartirte. No quiero que me mientas más.

— ¿Mentirte? ¡Por favor, Eva, siempre he sido sincero! La que nunca me ha hablado con sinceridad, eres tú. ¡Nunca me hablas de tus padres! ¡Nunca me dices lo que sientes por mí! ¡Nunca dices lo que piensas y por qué tienes esa cicatriz de la que te avergüenzas! — alzó la voz—. He sido complaciente. ¡He respetado tu silencio! ¡Si quieres que sea sincero, empieza por serlo tú!

Me veía reflejada en sus ojos vidriosos. Ambos estábamos compenetrados. Jamás llegué a imaginar que Nils tuviera aquellos sentimientos tan bien atesorados.

— ¿Y qué quieres que te cuente? — me encaré— ¿Qué quieres saber de mí? ¿Que cuando era pequeña no soportaba la separación de mis padres e intenté quitarme la vida? Quería llamar la atención. Sí, Nils... ¡No soy tan fuerte como crees! Sufro en soledad porque no quiero que nadie más lo haga por mí. No lo soportaría. Y sí— me acerqué lo suficientemente a él como para que pudiera ver mis ojos enrojecidos y mi dolor—, te odio y te amo. Te amo como jamás he amado a nadie.

— Eso no lo esperaba...— dijo complacido.

— Ahora ya sabes mi gran secreto— bajé la mirada hacia mis botas negras.

Me tomó dulcemente el mentón. Buscó un punto de unión entre su boca y la mía y me dio un beso casto en los labios.

— Gracias por decírmelo— rozó mi boca con sus gruesos labios—. No eres la única que lleva cicatrices, mi amor. Todas y cada una de las mías han sido grabadas en mi piel con mucho dolor, pero no por ello debo sentirme avergonzado. Son una fase de aprendizaje en mi vida y si no las tuviera, quizá no sería el Nils que conoces ahora.

Mi cuerpo temblaba. Era pura gelatina en los brazos de Nils. Cerré los ojos sintiendo ese acercamiento tan cálido. Nils era una estufa humana.

— El día que me dejes de querer— continuó hablando en susurros—, habré perdido mi alma. Me dejarás tan vacío que no creo que vuelva a sentirme más completo en toda mi existencia.

— Ese día no existe.

Y la rabia que yacía enclaustrada en mi corazón, por fin se liberó. Le rodeé con mis brazos y Nils ya hizo el resto. Me besó con tanta fiereza que se desintegró en mi boca. Había olvidado el rencor, todo ese arsenal que llevaba preparado para desafiarlo. Aquello era un segundo torneo en el que vencerían nuestros tabúes. También había olvidado a Brynja. Todo. Incluso mi debilidad.

— Sabes a barro— me humedecí los labios.

— El barro es nutritivo— bromeó—. Y ahora, vamos, tu padre nos espera.

Cogió el sobre con el dinero y me lo metió en mi chaqueta verde.

— ¿Nos espera?

— No voy a dejarte sola, Nassy. Si debemos enfrentarnos a esto, lo haremos juntos.

— Pero sabes que papá podría arrestarte... Y entonces...

— No me importa.

Nada tenía sentido. Si Nils hubiera huido con el dinero, no tendría que vérselas con mi padre. A eso lo llamaba yo dar un salto de fe. Más muestra de amor que esa no la había.

Cuando creía que todo estaba perdido, Tate me llamó a mi móvil. Antes de cogerlo miré primero a Nils. Estaba asustada. La chica de la *constellatio*, valiente y decidida era en esos momentos un manojo de nervios.

— Dime, Tate — descolgué el móvil con manos temblorosas.

— ¿Está todo bien con Nils?

— Más que bien. ¿Y mi padre?

— Por suerte, tu patrulla canina te había esperado antes de avisar a tu padre.

Sentí paz interior y suspiré.

— ¿Qué vas hacer?

— La noche es joven, Eva. Yo soy joven y tengo derecho a divertirme. Tienes la casa a tu entera disposición. Quizá quieras seguir charlando aquí con Nils.

— ¿Qué haría yo sin ti? ¡Te quiero!

— Ya me lo has dicho dos veces en lo que va de día. Al final voy a tener que creérmelo. No sería tan fácil engañar a papá. Él tenía controladas las entradas y salidas de casa, pero no contaba con que Tate fuera tan eficiente.

— Tate... ¿Cómo has hecho para convencer a los hombres de mi padre para que se marchen contigo?

— Tengo un don. Eso es todo.

— ¿Y el señor Riodhr?

— ¡Quizá no esté tan enamorada de él!

— Pero... ¡Tate! ¡Por todos los dioses!

Escuché cómo se reía a carcajadas.

— No puedo evitarlo. Veo a un hombre con uniforme y pierdo los papeles. Por cierto, ¿sabes cómo está Víctor?

— No, no sé nada de él.

— Mantenme informada. Que tengas dulces sueños, amiga mía.

— Muchas gracias por todo.

— Gracias a ti— y colgó.

— Hoy no te enfrentarás a mi padre— le comuniqué.

— Le estaré esperando igualmente.

— Anda— le animé tomándole de la mano—, vayamos a mi casa.

— Vas a raptarme.

No era una pregunta.

— Ahora soy yo la que debo protegerte a ti.

Me besó el dorso de la mano.

Nils y yo habíamos llegado a casa e íbamos a darnos una ducha. Después íbamos a ver cómo nevaba desde la ventana del salón.

— Sé que hubieras preferido estar en tu caravana— dije mientras echaba el cerrojo.

— Nassy, estando contigo me da igual el cuándo y el dónde. Te necesitaba.

Justo cuando iba a darme un beso, me aparté. Aún seguía enfadada.

— ¿Por qué has estado tan distante estos días, Nils?

— No quiero hablar de ello ahora mismo...

— ¡Pues yo sí que quiero!

Asintió con desgana mientras se quitaba la ropa embarrada.

— Nassy... Prometí no decírtelo nunca. Es muy complicado para mí.

— Pues ya puede ser por una buena razón. Fui a verte con la sola intención de reprochar tu ausencia y te juro que te he odiado y te sigo odiando por lo que hiciste con Brynja en la arena.

— Nunca fue mi intención alejarme de ti, pero era necesario. Lo de Brynja fue solo y exclusivamente por las normas del torneo que requieren besar a una chica para el ritual previo a la lucha.

— Podrías habérmelo pedido a mí.

— Nunca se me habría ocurrido. El ritual previo a la lucha requiere que la chica que ha sido besada, muestre sus pechos. Jamás habría permitido que esa gente se recrease con lo que es mío por derecho.

Chasqueé la lengua.

— Y, ahora bien, no cambiemos de tema, ¿para quién era necesario que te alejaras de mí? — puse los brazos en jarras— No más secretos. Dímelo. ¿Para quién era necesario? ¡No te

atrevas a ocultármelo, Nils Vinter!

La tensión se palpaba en el aire. En el interior de Nils se estaba librando una batalla más. Decir la verdad nunca fue tan complicado, pero habíamos acordado ser sinceros el uno con el otro.

Vi cómo la nuez de Nils subía y bajaba. Tragaba saliva para liberar el nudo que le oprimía la garganta. Si ambos queríamos ser libres como los pájaros, debíamos desplegar las alas y para ello, tendríamos que decir cosas que quizá no nos agradasen.

Me encantaba su nuez. Le hacía tan varonil e irresistible, tan apuesto que me daban ganas de mordérsela.

Viendo que la verdad no emergía de su boca, salió de la mía:

— Ha sido por mi padre, ¿verdad?

No me contestó. Su silencio era un *sí*. Un *sí* gigantesco. Se detuvo a contemplar mis fotografías apoltronadas en la televisión de tubo. Intentaba hacer tiempo para pensar.

— Eva Nass era una chica risueña y feliz repleta de pecas y ojos del color del ámbar. Si llego a conocerte antes, seguro que me habría enamorado una y otra vez de ti. Estabas preciosa.

Di una palmada en el aire.

— Nils Vinter es un chico huidizo que no profundiza en temas que le puedan comprometer— imité sus palabras—, pero que debe confesarse antes de que consiga de otra manera la información que deseo.

Nils se lo tomó como un juego y se acercó hasta mí con mirada hambrienta.

— No, Nils— le aparté levemente antes de que pudiera abordarme—. Dime quién te ha pedido que te alejes de mí.

— ¿Saberlo te ayudaría a conciliar el sueño? Lo importante es que volvemos a estar juntos. Ya no me importa nada más. ¿Por qué no intentas vivir el presente?

— No sé por qué proteges a mi padre. ¡Él ha intentado separarnos! Y, además, me tiene encerrada en esta prisión.

— Como siempre, no se te escapa ni una. No sé cómo has deducido eso. Es tu padre y le debes un respeto. No deberías cuestionarlo. Sabe perfectamente lo que hace.

— Vale, ya veo... Mi padre y tú habéis tenido una charla en privado. ¿Es eso? ¿Qué te dijo para convencerte y que te alejaras de mí? ¿Te dio dinero? ¿Eh, Nils? — le di golpecitos en el pecho tan frustrada como él.

Me detuvo agarrando mis muñecas con suavidad.

No había excusas esta vez, ni le daría la oportunidad de huir de nuevo. Le encerraría en mi cárcel para acorralarlo.

Este volvió a tragar saliva amarga. Entrábamos en un tema demasiado escabroso, demasiado peliagudo para digerirlo.

— ¿Te crees que me importa más el dinero que lo que siento por ti? ¿De verdad lo piensas?

No contesté. Me limité a cruzarme de brazos.

— ¡Joder, Eva! — abrió una grieta que había en la pared de un puñetazo— ¡No eres justa! Si quieres saber la verdad, deberás preguntárselo tú misma a tu padre. No voy a decirte nada. Si piensas que es posible comprarme con dinero para olvidarte, mi respuesta es cien mil veces no, ¡joder! ¡Que le den al dinero! Hieres mis sentimientos una y otra vez. Me juzgas. ¿Vas a creerme alguna vez? ¡Porque si no es así, me marcharé de tu vida para siempre, Nassy! — gritó— ¡Te juro que lo haré!

Apretaba la mandíbula para retener esas lágrimas que yo misma había provocado. Le

había herido sin compasión, sin permitirle un margen de error. Eso me convertía en una persona que no era.

Me prometí aquella noche que besaría cada lágrima derramada por mi desatino y nunca más le haría llorar si no era de felicidad.

—Perdóname— susurré.

Lo que tenía Nils de valiente, también lo tenía de sensible.

— De cualquier manera, Nassy— tomó mi mano y se la llevó directa a su corazón—, habría vuelto a revivir todo con tal de conocerte. Habría accedido a secuestrarte en mi caravana; habría soportado las clases cursis de mitología nórdica una y mil veces para verte sonreír cada vez que se hablara de vikingos; también las palizas de los canes. Todo. Todo por esa sonrisa tuya que me tiene loco perdido. Siénteme. ¿Ves que soy real? Pues mis palabras también lo son.

— Es todo tan extraño que me cuesta creerlo: El torneo, la banda, tu pasado...

— Debes empezar a creer que eres la única que puede domesticar a un berserker — me acarició la mano y se la llevó a los labios. Besó uno a uno mis nudillos. Después lamió mi cicatriz color hueso de mi muñeca—. Mi dulce Nassy... Voy a conseguir que veas esta cicatriz como yo veo las mías, como guías que nos llevan hacia la cúspide de la sabiduría.

Sus palabras mimaban cada golpe, cada desengaño vivido con anterioridad. Haber vivido la separación de mis padres había sido la peor decepción hasta el momento.

— Una vez dije que nada duraba para siempre, Nils. Cuando todo esto pasó— señalé la cicatriz de mi muñeca—, jamás llegué a pensar en las consecuencias. En vez de conseguir que mis padres se unieran, se distanciaron aún más. Discutían a diario, incluso ya separados. No podían estar cerca el uno del otro porque se aborrecían. Y ese odio lo generé yo, pues se reprochaban a cada instante quién de los dos había sido el culpable de mi decisión fatal.

— Eras solo una niña, Nassy. No sabías lo que hacías realmente.

Le retiré las lágrimas de sus mejillas amoratadas. Pasaría mucho tiempo hasta que esas heridas dejaran de recordarme todo lo que Nils había afrontado por mí.

— Pero sí que lo hice con la intención de que mi plan pudiera afectarlos y así volvieran a estar juntos. Fui egoísta y cobarde. No tenía razones para hacer lo que hice.

Le relaté la teoría del viejo lienzo y cómo mi madre se las había ingeniado para contarme que se marchaba de casa dejándome con mi padre. Lo tenía bien claro. El amor podría ser ese lienzo que se desgastaba de tanto admirarlo.

— ¿Y crees que ese es el truco para que una relación funcione? — me abrazó.

— Sí— confirmé decidida—. Si haces algo nuevo cada cierto tiempo con tu pareja, la relación se fortalecerá y jamás caerá en la rutina.

Se quitó los pantalones. Todo él parecía una figura de terracota. Ni siquiera se le veían las pestañas.

— ¿Por qué te has cortado el pelo? — le pasé la mano por el cabello seco como la mojama. Había odiado su melena, pero también la extrañaba.

— Me dijiste que estaríamos juntos de nuevo cuando me lo cortase y así ha sido. Después del torneo iba a ir a buscarte.

— Lo recordabas...— sonreí con las mejillas encendidas—. Te amo.

— Dímelo otra vez.

— Te odio.

— Más...

— ¡Nils! Para ya...

— Vale, Nassy, ¡es que sienta tanmn bien escuchar que me amas y me odias a la vez...!

— Anda, vayamos a la ducha. Creo que el agua es lo único que puede purificarnos.

— Tendría que existir una palabra que uniera odio y amor a la vez— sugirió haciéndose el interesante.

— Algo así como, ¿te <<odioamo>>?

A Nils no parecía convencerle del todo. Pensativo, se rascó la barbilla y cuando encajó la respuesta en su mente, dijo:

— Suena mejor <<te amodio>>.

— Pues te amodio, Nils— ambos nos reíamos mientras tropezábamos camino a la ducha.

Al final de un camino que parecía bifurcarse, siempre teníamos la duda existencial de cuál era el trayecto que debíamos elegir. Estar con Nils me hacía inmensamente feliz, aunque ambos sabíamos que nuestro amor era complicado y que papá podría detenerlo en cualquier momento. Era el único que tenía la llave de la liberación y nunca haría la vista gorda. Nunca cerraría el caso *can&fel*, puesto que vivía por y para su trabajo.

Tal vez nunca sabríamos qué nos depararía el otro camino que en principio rechazamos, pero de algo sí debíamos estar seguros. Fuera cual fuese ese camino elegido, debíamos labrarlo para ser felices.

Siempre se podría retroceder hacia el punto de inflexión, pero nadie nos aseguraría que al hacerlo todo cambiaría para mejor.

La vida era como un látigo. Nos golpeaba con ira y nos demostraba con su inusitada fuerza que siempre estábamos equivocados y que le daba igual que intentásemos rebatir sus decisiones, puesto que era de ideas fijas y nada podía detenerla excepto la muerte.

Después de todo, siempre nos quedaría sonreír, aunque nuestra alma quisiera gritar, gritar hasta quedarse sin voz, gritarle al viento y reclamarle lo bueno que nos pertenecía de la vida, saber que vivíamos no solo porque respirábamos.

Cuando supiéramos vivir olvidándonos de esas pequeñas cosas que nos hacían decaer, obtendríamos nuestra merecida recompensa.

Aquellos que éramos fieles a nuestros principios, seguíamos siempre la misma dinámica. No solíamos exteriorizar nuestros sentimientos, tanto si eran para bien como para mal y

no permitíamos que nadie hurgase demasiado en nuestro interior.

Nils y yo pasábamos las horas mirándonos y recuperando aquellos días perdidos acariciando nuestras cicatrices. Nunca había tenido la oportunidad de perderme en sus tatuajes. Su pecho parecía una gran ciudad en la que moverse por sus calles y perderse por sus callejones.

Bajo el ombligo, tenía tatuado una frase que decía así: <<No llores, todo tiene solución>>; en la espalda, un ave fénix y debajo de él, con letras góticas destacaba en cursiva: <<Vive para renacer>>; bajo sus clavículas, el número 7 y la constelación de los Canes Venatici. Junto con la runa del guerrero, había tatuado un Yggdrasil, un fresno perenne que, según la mitología nórdica, sus raíces y ramas, unían los diferentes mundos:

Asgard, Midgard, Helheim, Niflheim,  
Muspellheim, Svartalfheim, Alfheim,  
Vanaheim y Jötunheim.

Su cuerpo era arte en estado puro y mis manos, los pinceles con los que coloreaba su pecho.

— ¿Y qué tal si desciendo lentamente por tu Yggdrasil...? — susurré repasando el dedo por los nueve mundos. Me detuve en Jötunheim que acababa en su vello púbico —. Aquí se supone que habitan los gigantes de hielo y de piedra. Desde allí, amenazan a los humanos del Midgard y a los dioses de Asgard— le ilustré.

Nils estaba boca arriba en la cama. Olía a gel de baño. Mis dedos repasaban el tatuaje del planeta de los gigantes sabiendo lo que aquello produciría en su interior.

— No seas mala... Llevo días deseándote, así que no voy a permitir que te burles de mi gigante de piedra.

Me reí divertida. ¿Se podía ser más feliz? No...

— ¿De piedra?

— Así es— asintió con la mirada fija en mi monte de Venus.

Comprobé que llevaba razón. Su gigante amenazaba con invadir mi mundo acuático. No se detendría hasta hacer suyo mi hábitat. Contemplé al gigante apuntando hacia mis profundidades. Estaba tan dispuesto a conquistarme, que le permití el acceso solo para ver quién de los dos vencería a la oscuridad.

## EPÍLOGO

Eran las cinco de la madrugada y como cada noche que pasaba con Nils, Mildri me deleitaba con otro pasaje de su vida.

Ojalá pudiera liberarla— pensé. Si ese ente seguía vagando por el mundo de los vivos, quizá necesitaría de alguien para absolver su alma atormentada. Lo cierto era que estando con Nils habían regresado los sueños. Me preguntaba qué era lo que nos ligaba a esas vidas pasadas. ¿Y si Nils era el Einar de Mildri? ¿Y si nuestras almas habían estado vagando toda su existencia para introducirse en nuestros cuerpos con el objetivo de encontrar la liberación?

Los cuerpos eran meros recipientes que portaban luz en su interior y que cuando morían, la luz escogería otro cuerpo para transportar su fuente de energía. Eso me explicó Muriel sobre las almas. ¿Y si el amor era el único medio que daba alimento a las almas atormentadas? Y no un amor cualquiera. Debía ser uno como el nuestro, nada convencional, fuera de serie.

Toqué el otro lado de la cama y Nils seguía allí a mi lado, velando por mis sueños. Entonces

le abracé muy fuerte. Sollozaba. Acababa de regresar de ese lugar donde Mildri había sido juzgada injustamente por el hombre que amaba. Esta vez me había llevado hasta una aldea donde las casitas eran de paja y se reflejaban en las inmensas aguas. Einar la tenía prisionera.

— Nassy... ¿Qué ocurre, mi niña? — me recogió el pelo para retirarme las lágrimas—  
¿Otra vez esos sueños?

— Sí...

Le conté quiénes eran Mildri y Einar con todo lujo de detalle. Incluso podía describirle la ropa que ellos llevaban, la aldea, el lugar donde me había hallado e incluso la espada con la que Einar intentó asesinar a Mildri, mi otro yo.

— ¿Dices que se llama Mildri? ¿No es la misma de la que hablaba el señor Riodhr en clase?

— Así es... La misma Mildri.

Nils me besó la frente.

— Si es así, con tus conocimientos, terminaremos pronto el trabajo de investigación del señor Riodhr. Quizá debamos encontrarla para que su alma descanse.

— Tú me crees, ¿verdad? ¿No piensas que estoy loca?

— ¡No! En absoluto. Hay personas más sensibles a este tipo de cosas. No todos tenemos una mente tan privilegiada como la tuya. Eso te hace diferente y me encanta esa faceta tuya.

— Cada vez sé más de ellos, Nils. Es como si intentasen decirme algo.

— Al parecer, por lo que me cuentas sobre sus vidas y sobre la espada de hierro de doble filo y las incrustaciones de metales semipreciosos en el pomo, Mildri y Einar pertenecieron a la época vikinga, pero, ¿cuál? ¿Sabes algo más de ellos? ¿Algún dato relevante sobre la relación que mantenían?

Era doloroso sacar a la luz aquella historia. En el último sueño, Mildri era la esclava de Einar. La tenía esclavizada al creer que ella había destruido su aldea.

Mildri fue instruida como una skjaldmö. Había jurado permanecer virgen si elegía ser una doncella guerrera, pero el mismo día que hizo el juramento, pasó la noche con Einar, su instructor. ¡Por todos los dioses! ¡Ahora ya lo entendía! Einar era su mentor... Loco de celos por el buen trato que Mildri mantenía con el Rey y después de arrasarlo con su aldea, este creyó que... Mildri le había traicionado con el Rey. Me incorporé a toda prisa para abrir el portátil y buscar en google <<batallas vikingas>>.

— ¡Quizá ella aún esté enterrada en esos campos de batalla!

Nils me acompañó mientras daba ideas sobre el posible paradero de Mildri.

— No la encontrarías en la vida, Eva. Los campos solían ser extensos y en algunos casos, debido a las constantes lluvias, también eran cenagosos. Podría estar enterrada bajo toneladas de tierra. Es imposible encontrarla. Debemos esperar a que ella te guíe hacia el lugar donde se hallan sus restos.

— No puedo esperar, mi amor. Debo ayudarla antes de que...

— ¿Mmmm?

— De que me sienta más débil y mi mente no dé para más.

— ¿Te encuentras bien?

Sinceridad. Eso es lo que habíamos acordado.

— No. No me encuentro bien. El médico me ha recomendado un tratamiento para la anemia y la hipertensión, pero sigo teniendo estos horribles dolores de cabeza y a veces, veo destellos.

— Todo indica a que estás experimentando un cambio brusco en tu organismo. Necesitas

buscar una segunda opinión y sé quién puede dárnosla.

— Te estás tomando demasiado en serio un simple dolor de cabeza, Nils. Mi médico me ha dicho que todo está bien salvo esos pequeños desajustes que se irán controlando con la medicación adecuada.

— ¿Y qué te dice tu instinto?

—No lo sé— me encogí de hombros—. Quizá si buscásemos una segunda opinión, nos quedaríamos más tranquilos. ¿Dónde quieres llevarme?

Abrí un documento nuevo de word en el escritorio y comencé a escribir notas sueltas de los diferentes sueños que había tenido de Mildri.

—Vente conmigo a la caravana. Eleanor y Levis nos necesitan. Además, estarán deseando dar un paseo. ¿Qué te parece?

—Una locura — sonreí—, pero quizá no haya otra manera para estar juntos. Necesitaría avisar a mi padre. Además, mi madre viene de París para pasar la Navidad conmigo.

Nils pensó cómo podríamos organizarnos mejor.

— Solo unos días, hasta que sepamos realmente lo que tienes. Después, podrás volver a casa de tu padre y pasar la Navidad con tu madre. Avisa a tu padre de que estarás con tu ángel de la guarda— me guiñó el ojo—. Desconecta las cámaras y envía a tu patrulla canina a tomar vientos.

Me permití sonreír al escuchar aquel disparate que no me convencía del todo. Mi padre no se quedaría de brazos cruzados sabiendo que estaría fuera por unos días, pero quizá había llegado la hora de que me permitiese echar el vuelo.

— Sabes que, aun así, mi padre te arrestará igualmente, ¿verdad? ¿Merece la pena arriesgarse, Nils? A mí no me compensaría en absoluto tener que verte entre rejas.

— Nadie ha hablado de rejas, Nassy. No te anticipes a los acontecimientos, ¿vale? — mordió mi mejilla—. Vivamos el día a día. No tengo miedo, mi niña. No voy a huir. No voy a vivir sin ti. Ya no...

— ¿Aunque mi padre intente de nuevo coaccionarte?

— Nadie va a convencerme de que me aleje de ti. No hay un solo Dios en el mundo que pueda separarme de ti.

Me besó la frente.

Cerré el documento. Había escrito más de una página. Me sorprendía lo que podía sacarse de unos cuantos sueños.

Me vestí y cogí ropa de recambio. Nils lo tenía más complicado. Al secarse su ropa, se había quedado dura como la arcilla.

— Puedes ponerte ropa de papá...— propuse.

— Es buena idea, aunque a tu padre no le hará ni pizca de gracia.

—Pues que se aguante.

Me fui a la habitación de papá y cogí una sudadera, una camiseta corta, unos pantalones de chándal, calzoncillos y calcetines limpios.

— ¿Esto servirá? — le pregunté.

— Sí... Mejor que mi ropa de esparto. Muchas gracias, Nassy.

Estaba de pie. Desnudo como su madre le había traído al mundo. Me gustaba su cuerpo, aunque estuviera repleto de cicatrices. Cada tatuaje correspondía a una etapa dura de su vida. Pronto descubriría qué significaban para él.

Mientras se vestía, le pregunté:

— ¿Qué significa el número 7?

— El día que Eleanor y Levis me encontraron enfermo. Lo recordé porque Logan me trasladó hasta su mansión, donde tenía médico privado y donde te llevaré para que te auscultan y te hagan las pruebas pertinentes.

— ¿Qué? — pregunté—. Me dijiste que habías dejado la banda.

— Y así es, pero Logan sigue debiéndome favores. Si decide ayudarnos con las pruebas médicas, habrá saldado su deuda. Eso significa que nos proporcionará revisión médica gratuita en su mansión hasta dar con el diagnóstico. No me vale un no como respuesta, Nassy. Hay que tomárselo muy en serio.

Me gustó ver a Nils preocupado por mí.

— No va a ser nada y volveré a clase como así es mi deseo. Ya estoy perdiendo demasiado temario.

— Recuperarás todo este tiempo— me tomó el rostro con ambas manos—. Trabajaremos codo con codo para averiguar el paradero de Mildri.

Asentí. Tener a Nils a mi lado era una gran ventaja.

— Haremos todo lo que esté en nuestra mano— aseguré—. Podríamos pedir ayuda al señor Riodhr. Él tiene que saber mucho más sobre la época vikinga.

— Pero primero nos centraremos en ti. Vamos por partes, ¿vale?

—Anda, cállate y dame un kunik, idiota.

Me miró divertido.

— ¿Y se puede saber de dónde has sacado esa palabra?

—Tendrás que averiguarlo si quieres darme lo que deseo.

Nils sonrió dejando entrever sus dientes relucientes y su preciosa sonrisa. Me tiraría las horas mirándole.

—Nunca has dejado de sorprenderme, Eva. Ahora ya no vas a sentirte sola nunca más.

— Cuidado con las promesas, Nils... Se pueden volver en tu contra.

— Lo digo en voz alta. ¡Eva Nass, no me iré de tu lado nunca! — unió su dedo índice con el mío—. Lo prometo.

Me quedé mirando embobada nuestros dedos unidos.

— ¿Es como una especie de código?

—Sí. Código nilseva. Nuestro código.

## ALEJANDRA MACOL

Nació en noviembre de 1987. Es Técnica Superior en Artes Plásticas y Diseño en Fotografía Artística. Cursó sus estudios en la Escuela de Arte nº10 de Madrid y compaginó la pasión por el arte con su otra vocación, la veterinaria. De madre cordobesa y padre onubense, empezó a escribir novelas con tan solo ocho años, siendo su principal referencia autores como Jane Austen, Emily Brontë o Gustavo Adolfo Bécquer, a quien idolatra. A los quince, quedó semifinalista en el Certamen de Antología Poética *Invierno Nevado* publicando su poema: *La Gaviota*.

**En 2017**, inició su carrera literaria de la mano de **Penguin Random House** lanzando su novela digital: *Cuando me llamabas tan dulcemente Leo*. Disponible también en papel en Amazon como **2ª edición**.

**En 2018** salió a la luz su segunda obra con la editorial **Babidi-Bú**: *Un lugar donde siempre nieva*, elegida como una de las mejores obras publicadas del 2018 en la XXXIV Muestra del Libro Infantil y Juvenil de la Comunidad de Madrid.

Está casada y tiene una hija llamada Vera. En su tiempo libre ejerce como fotógrafa freelance, escribe cuentos infantiles y novelas románticas. Tiene devoción por los animales, los viajes, el mar y la naturaleza. Actualmente es mamá a tiempo completo, y su afición favorita es estar en familia.

## OTRAS OBRAS DE ALEJANDRA MACOL

CÓDIGO QR:

Cuando me llamabas tan dulcemente Leo:



Un lugar donde siempre nieva:

